

La casa de El Codo de Satán

John Dickson
Carr



Selecciones del Séptimo Círculo

Lectulandia

Fantasmas, o por lo menos un supuesto fantasma, un nuevo testamento, mujeres misteriosas, mujeres de carne y hueso que aparecen y desaparecen como si nunca hubieran existido: todo esto ocurre en la casa en El Codo de Satanás, adonde llega, a requerimiento de su amigo Nicholas Barclay, Garret Anderson, un historiador que ha adquirido fama en Broadway con una comedia musical, Nicholas le anuncia que el día siguiente será un día importante. Además de importante resultó un día aterrador.

John Dickson Carr ha compuesto otro fascinante enigma, completo, con ventanas cerradas, disparos de revólver y un problema digno del Doctor Gideon Fell.

Lectulandia

John Dickson Carr

La casa de El codo de Satán

Selecciones Séptimo Círculo - 47

Gideon Fell - 21

ePub r1.1

Akhenaton 23.11.14

Título original: *The House at Satan's Elbow*
John Dickson Carr, 1965
Traducción: Lila de Mora y Araujo
Selecciones del Séptimo Círculo nº 47
Colección creada por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares
Dirigida por Carlos V. Frías

Editor digital: Akhenaton
Retoque de portada: Orhi
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para
CLAYTON RAWSON

Querido Clayton:

Te ofrezco esta breve historia a causa de nuestra mutua afición por artimañas e imposibles. En salvaguardia de la verosimilitud, la mayor parte de los hechos ocurre en lugares verdaderos. No obstante, aunque apenas me parece necesario aclararlo, no existe un colegio William Rufus en la Universidad de Southampton, ni hospital en Blackfield y aunque Lepe Beach existe —se puede llegar allí en autobús desde Southampton—, ni El Codo de Satán, ni Greengrove, ni los personajes de la historia, han existido en Hampshire, y tal vez en ninguna otra parte fuera de mi retorcida imaginación.

Tuyo como siempre,

J. D. C.

Lymington,
Hants.
Septiembre de 1964

Fue de este modo, cuando un viernes del mes de junio, a primera hora de la tarde, Garret Anderson hizo la maleta en su piso de Hampstead y llamó un taxi para que lo llevara a Waterloo.

No sería exacto decir que no sabía nada de la familia Barclay o de la casa en El Codo de Satán, lo que significa que tuviera alguna premonición sobre los acontecimientos a suceder.

Además, teniendo en cuenta el inexplicable asunto con Fay Wardour...

¡Fay, Fay, Fay! Tenía que olvidarla y apartarla de su mente por su bien.

¡Sosegarse!...

Hacía dos días, el miércoles por la tarde, que el teléfono había sonado en ese mismo piso, haciendo abandonar a Garret su máquina y maldecirlo como siempre hacía cada vez que su campanilleo venía a interrumpirlo en un párrafo difícil. Aunque su expresión fue cambiando a medida que contestaba.

—Mira, Garret —decía una voz animosa, vagamente familiar aunque no identificable al principio—. No quiero hacerte jugar a las adivinanzas. Soy Nick Barclay.

—¡Nick! ¿Cómo estás?

—Mejor que nunca. ¿Y cómo estás tú, ladrón de caballos?

—Quiero decir, ¿dónde estás?

—Estoy en Londres, por supuesto —contestó Nick—. No te estoy telefoneando sin razón a través del Atlántico, como otros acostumbran hacer en mi trabajo. Para ser más exacto, estoy en el Claridge's.

—¿Se trata de una visita aérea a tu antigua patria?

—Bueno...

Garret Anderson clavó la vista en el teléfono.

—Hace cuatro años, por esta fecha, en el verano de 1960 —dijo—, después de no haber oído tu voz ni haberte echado un vistazo en casi veintiún años, desde que éramos ambos dos muchachos de dieciséis, me telefoneaste como caído de las nubes, tal como lo haces ahora. Estabas en Londres en el aeropuerto, tardaste el tiempo justo en llegarte a la ciudad a tomar un trago. Al punto, en medio de la animación, con un fotógrafo a remolque, partiste hacia Marruecos, a ver cómo los moros construían un nuevo país después de haber logrado su independencia en 1955, para publicarlo en el satinado periódico que hacía poco habías heredado. ¿Se llamaba *Flash*, no?

—Es una revista muy buena, Garret.

—Bien, ¿se trata de la misma breve visita aérea?

De nuevo Nick Barclay titubeó.

—No —dijo—. Es verdad que no puedo quedarme mucho tiempo, no más de una

semana o dos de todos modos. Se trata de un asunto de familia bastante serio: cosas que no me gustan nada. Pero escucha, viejo hongo, ¿estás de tal manera enfrascado en escribir tus polvorientas historias que ni siquiera miras los periódicos?

—Leo los periódicos y, aunque no lo hiciera, veo noticias por televisión...

—Sí, siempre está la televisión, claro —Nick hablaba con un tono despechado—. Bueno, parece que has oído que heredé de mi padre y de *Bill Williss*, el hoy llamado *imperio revisteril* (que hoy no es más popular que la mayoría de los imperios) cuando mi padre cayó muerto en marzo de un ataque al corazón.

—Siento mucho la noticia de la muerte de tu padre, Nick.

—Gracias por la carta de condolencia; mucho me temo haber estado demasiado ocupado para haberte contestado.

De nuevo una nota de apremio surgió en su voz.

—Pero no estaba hablando de esto —añadió—. Conciérne al viejo Clovis, mi abuelo, que recordarás murió a la madura edad de ochenta y cinco años en el mismo mes que mi padre. Ahora, parece que estoy metido en algo que no necesito ni deseo tener. Acontecimientos muy desagradables están en camino. Y de ninguna manera quiero que estallen por mi causa. No deseo que mi tío Pen vaya a suicidarse, ni a cometer ninguna tontería sangrienta por el estilo.

—¿Qué?

—Mira —dijo bruscamente Nick—, ¿podemos encontrar, nos y hablar?

—Sí, de cualquier manera. ¿Por qué no cenas conmigo esta noche?

—Con mucho gusto, Garret. ¿Cuándo y dónde?

—¿Qué te parece que me encuentres en el *Thespis Club* alrededor de las 7,30?

—¿*Thespis*?

—En Covent Garden; es el club teatral más viejo de Londres. Escucha Nick; es verdad que has estado en Norteamérica durante casi un cuarto de siglo, desde que tu padre te liberó del colegio y emigraste al comenzar la guerra, cuando estalló la camorra con tu abuelo. Pero no me digas que un líder periodista como tú no puede encontrar el *Thespis Club* en Covent Garden.

—Muy bien, viejo caballo. Gracias, y hasta luego.

Le divertía mucho a Garret Anderson ser socio del *Thespis*, cosa que encuadraba en la comedia irónica en que de pronto se había convertido su vida.

Garret, que estudiaba historia, había escrito biografías populares sobre Victorianos que habían destacado en política y literatura. Estos libros, que eran excelentes y no carecían de talento y profundidad, aunque le dieron muy buena reputación no tuvieron sino un modesto éxito financiero, hasta que a su agente norteamericano se le ocurrió la idea de hacer de uno de ellos, *Macaulay*, una revista musical de Broadway.

El famoso equipo de Halín y Peters, se encargó del espectáculo e hizo lo que quiso. Tomás Babington *Macaulay*, con libreto de Sidney Smith, se convirtió en el héroe romántico, cuya *Historia de Inglaterra* y en particular *Leyes de la antigua*

Roma fueron inspiradas por su apasionado romance (ficticio) con la hija de un conde. Lady Holland, la formidable anfitriona de los primeros tiempos de la reina Victoria, se transformó en un personaje travieso de la comedia; una de sus canciones, *Leyó algún buen libro últimamente*, casi cada noche conseguía interrumpir el espectáculo. La del mismo Macaulay, *Pajarillo del Bough* cantada a su amor, en la terraza de la Casa de los Comunes, hacía palpar los corazones sentimentales. Y así, con el fondo literario y político del Londres de 1834, nació *La cabaña del Tío Tom*.

Manejado por quienes lo respaldaban, Garret vio desenvolverse las cosas de tal manera que no tuvo más remedio que firmar un contrato, impotente para poder impedirlo. A despecho de algunas protestas, los críticos se dejaron conquistar; y *La cabaña del Tío Tom* resultó un éxito triunfal.

—Pero ¿no le molestó —le preguntó más de una vez un amigo— que tergiversaran los hechos a derecha e izquierda?

—Sí, al principio, hasta que el ridículo se hizo más divertido que molesto. Si no se pueden cambiar las cosas, lo mejor es reírse de ellas.

Además, podía muy bien alegar que el fantástico éxito de *La cabaña del Tío Tom* le había librado de toda preocupación económica para siempre.

De este modo Garret Anderson, apenas pasados los cuarenta (aunque a veces debía confesarse a sí mismo que empezaba a sentir su edad) podía considerarse un hombre afortunado. No un hombre feliz, pero sí afortunado. Flaco, vigoroso, sin embargo mantenía un equilibrado sentido de la responsabilidad. Algunos amigos, inclusive, lo consideraban un poco adusto.

—Apuesto —solían decirle aquellos amigos—, que *La cabaña del Tío Tom* lo estorba más de lo que admite. En muchos sentidos, Garret, es un maldito Victoriano.

¿Victoriano? Si supiesen lo de Fay...

Pero no lo sabían, ni él tenía la menor gana de contárselo. *El caso de la cabaña del Tío Tom* podía descartarse como simplemente divertido.

No tan divertida era la situación de Nick Barclay ni de la familia Barclay, pensó Garret cuando recibió la llamada telefónica el miércoles 10 de junio, e invitó a Nick a cenar en el *Thespis Club*.

En el sudeste de Inglaterra, donde las aguas del Solent se estrechaban doblemente entre la costa del Hampshire y la isla de Wight, está situada como una chata espuela, la tierra llamada El Codo de Satán, por razones que se pierden en la niebla de las centurias. Si bien ningún sentido siniestro estaba ligado al nombre de El Codo de Satán, una más dudosa reputación vino a rodear a la casa de campo, Greengrove, que un eminente, si bien discutido juez del Tribunal Supremo, Justice Wildfare, construyó allí, a mediados del siglo XVIII. El juez murió por esos días, tal vez de manera violenta; y los Barclay compraron la propiedad a sus herederos, convirtiéndose en amos de El Codo de Satán desde entonces.

No eran en realidad una vieja familia, según se entiende por ello.

Los primeros Barclay de que se tenía noticia cierta (eran hombres de negocio con

no mucho sentido), venidos del norte alrededor de 1795, hicieron fortuna vendiendo botas a la Armada Francesa durante las guerras napoleónicas y, con juiciosas inversiones durante el siglo XIX, acrecentaron sus bienes de tal manera que, no obstante los aumentos de impuesto y las quiebras después de la segunda guerra mundial, el viejo Clovis Barclay, último de los patriarcas, seguía siendo un hombre rico.

Cuando todavía era muy joven, el viejo Clovis aumentó el patrimonio familiar, desposando a una pudiente muchacha. De este casamiento nacieron tres niños, dos varones y una mujer. Nicholas, nacido en 1900; Pennington, nacido en 1904 y Estelle nacida en 1909. La esposa de Clovis, alma gentil e inofensiva, abandonó este mundo a principios de la década de los veinte. Dejó todo su dinero a Pennington, el menor de los hijos, quien debía proveer a cualquier cosa que aconteciera.

De tal manera comienza la historia moderna.

Para el viejo Clovis, un tirano con toda la barba, mucho más por ser el cabeza de familia, se convirtió en una dura prueba. Si nunca había estado muy seguro de lo que quería, siempre lo había estado de lo que no quería. Su favorito entre sus hijos era el robusto y enérgico Nicholas, que fue con el tiempo el padre de Nick, el amigo del joven Anderson. A despecho de esta preferencia, o tal vez a causa de ella, el viejo Clovis y su hijo mayor discutían continuamente. Nicholas quería iniciarse en los negocios por su cuenta, y eso para su padre estaba mal. Se casó con una muchacha sin fortuna, otra equivocación. Nicholas deseaba conducir autos de carrera que el viejo tuvo que pagar; y haciéndolo, Nicholas se rompió una pierna de tan mala manera que nunca la pudo recuperar, sin que se dijera una sola palabra. Pero ¿independencia? ¿Luchar por sí mismo para sostener a su propia familia? ¡Eso, nunca!

Por otra parte, Clovis, no podía tolerar a Pennington, el *artístico*, y además el favorito de su mujer. Llamaba a Pennington débil, inútil, lo que no era verdad; pero quedó como cosa probada. Sobre Estelle, nacida solterona, de género infantil, que idealizaba a su padre al que siempre defendió, no pensaba ni bien ni mal.

—¿Essie? ¡Oh!, es una muchacha, los otros tendrán cuidado de ella; siempre estará bien, decía Clovis. Hasta que entró a tallar la joven generación.

El joven Garret Anderson y el joven Nick, que por aquel tiempo estaba lejos de ser un periodista, se hicieron íntimos amigos cuando estaban en Harrow durante el final de 1930. Entre Clovis y Nicholas, las viejas fricciones estallaban ahora abiertamente en riñas, en que las palabras hacían nacer hostilidades mortales. Billy Willis, un amigo norteamericano que reconoció la inmensa capacidad para los negocios de Nicholas, estaba preparando en Nueva York un modesto par de revistas, que con alguna suerte podían convertirse en varias. Escribió a Nicholas, urgiéndolo a reunirse con él. Su última carta llegó poco después que los nazis irrumpieron en Polonia; se declaró la guerra, las sirenas aéreas rugieron la mañana de un domingo de septiembre de 1939; y un día después, Nick, el mayor, se enfrentó al viejo Clovis.

—Estoy fuera de esto, usted lo sabe, declaró sosteniéndose sobre su bastón a lo largo de la polvorienta biblioteca de Greengrove. Esta condenada pierna me impide hacer servicio activo, que es el único servicio posible aquí. Si algo bueno puedo hacer es irme con Bill. Deme mil libras como todo riesgo, que recibirá dentro de seis meses, y veremos. ¿Qué le parece?

El viejo Clovis cumplió a su modo. No contestó en seguida, ni le extendió un cheque. Durante un mes maduró la idea. Retiró del banco de Brockenhurst las mil libras en billetes, que dividió en cinco gruesos paquetes atados con gomas. Después citó a Nicholas en la biblioteca. Ni siquiera le arrojó el dinero sobre la mesa, ni a los pies. Le tiró con toda su fuerza los paquetes de billetes a la cara.

—¡Ahí está tu dinero! —le gritó—. Y ahora ¡vete! ¿Qué tienes que decir?

Nicholas tampoco titubeó, lo que arrojó a la cara de su padre, en compensación, fue el contenido del tintero que estaba sobre la mesa de la biblioteca.

—Váyase al infierno y quédese en él —le rugió a su vez.

Y salió dando un portazo. Veinticuatro horas después, Nicholas, su mujer y su hijo estaban a bordo del *Yllyria*, embarcados desde Southampton a Nueva York.

Muchas gentes saben lo que pasó después. Guerra o no guerra, los negocios de Willis y Barclay prosperaron en seguida. Nicholas, útil al comienzo, se hizo indispensable. Al terminar las hostilidades eran socios; dos modestas revistas se habían multiplicado en cuatro. A comienzos de los años cincuenta, compró la parte de su socio, que quería retirarse. Nicholas controlaba media docena de importantes periódicos como único titular, encabezados por *Flash*, gruesa publicación de noticias ilustradas, y *Pueblo*, cuyas intromisiones en la vida de hombres y mujeres eminentes eran siempre tan íntimas como para resultar desagradables.

—Sé que tiene que hacerlo —decía Nick hijo.

Era también la época de la prosperidad de Nick. Habían enviado a Nick a otro colegio: American Harrow, en Gottsburg, en Pensilvania y ahora a Princeton. Después, como compartía la pasión de redactor de su padre, y viendo aquél que llevaba ya varios años de experiencia rodando por distintas redacciones, lo incorporó al cuerpo estable de *Flash*.

Nick se hizo en cierto modo un nombre como corresponsal especial. Fue enviado a todas partes para observar de todo. De buena índole, rápido y simpático, presumiendo de un cinismo que estaba muy lejos de su naturaleza, no tardó en situarse como periodista.

Entretanto en Inglaterra y en El Codo de Satán...

Un amargado viejo Clovis, después de la partida de Nicholas, se portaba como era de esperar. No estaba enfadado con el hijo, que no mantenía más comunicación con el patriarca que la devolución de las mil libras prestadas, añadidos los intereses, a la cuenta corriente de su banco. En apariencia Clovis conservaba su dureza. El nombre de su hijo mayor no se mencionaría nunca más. No tenía hijo mayor. Sobre todo porque debía disgustar al suave, bondadoso, altamente civilizado Pennington. No

obstante las posesiones de Barclay debían permanecer en manos de Barclay. Convocó en Greengrove, a Andrew Dawlish, el terco si bien impresionable procurador que durante años había servido a los Barclay tan fielmente como antes su padre y su abuelo durante casi una centuria. Aunque de la misma edad que Pennington, Dawlish tenía una gravedad que se aparejaba con la del patriarca. El testamento del viejo Clovis, lleno de comentarios que en vano el procurador trató de suprimir, dejaba todo, sin excepción, a Pennington. La fiel Estelle ni siquiera era mencionada.

Los años pasaron; Clovis, a medida que contraía más intimidad con la idea de la muerte, se hacía aún más reservado y gruñón. Y entonces...

En Nueva York, a comienzos de la primavera de 1964, Nicholas Barclay, que no se cansaba de alardear de su salud y fortaleza, mientras subía por una cuerda en el gimnasio de *Apex Club*, sufrió un ataque al corazón, que lo mató pocos meses después de cumplir sesenta y cuatro años. A su vez el viejo Clovis, haciendo plantaciones en Greengrove bajo los embates del viento de marzo, contrajo bronconeumonía. Fue a reunirse con sus antepasados en el patio de la iglesia de Beaulieu. Aquello no fue un final; sino tan sólo un principio.

Garret Anderson se enteró en Londres de ambas muertes. La muerte de Nicholas causó sensación en la prensa británica, mientras que la de Clovis ocasionó apenas una modesta crónica fúnebre en *The Times*. Murmullos chismosos informaron a Garret que Pen, el tío de Nick, había heredado no solamente el dinero de Clovis, que no necesitaba, sino además Greengrove, que Pen quería y cuidaba, así como que Nick había heredado las empresas de su padre y se había convertido casi en un magnate del periodismo a los años cuarenta.

Garret nunca pudo comprender la devoción de Pennington Barclay por la casa de El Codo de Satán. Durante una visita, que años atrás hiciera un día como invitado de Nick, el lugar lo deprimió y lo inquietó. A despecho de las comodidades y mejoras modernas que ofrecía, a despecho de la belleza de los alrededores, Greengrove era sombrío y triste.

Siempre se sentía la necesidad de echar una ojeada por encima del hombro en la oscuridad. Aposentos y galerías, fríamente lujosos, estaban recorridos por molestas corrientes de aire que no parecían actuales.

No era asunto suyo, se dijo a sí mismo Garret, no era sino un muchacho de su tiempo, tal vez equivocado; y de todos modos, ¿quién era para hacer juicios confidenciales de esa naturaleza?

De todos modos, cuando Nick en forma inesperada le telefoneó ese miércoles 10 de junio, Garret sintió como una punzada de inquietud por causas más tangibles. Tenía pocas noticias de lo que había ocurrido en Greengrove durante los años transcurridos. Pero Nick, el pretendido cínico, tenía evidentemente algo en la mente y, a juzgar por sus palabras, nada bueno. Garret resolvió no llegar tarde a su cita para cenar. Tomó su auto con tiempo suficiente para llegar a Covent Garden, dio interminables vueltas (como siempre ocurre en Londres) antes de encontrar sitio para

estacionar, y entró en el *Thespis Club* pocos minutos después de las 7,30.

Su huésped no había llegado aún. Eran las 7,45 cuando Nick Barclay irrumpió en el pequeño bar del piso bajo en el que los retratos de actores del siglo XVIII (¿un homenaje?), se alineaban formando una ancha franja en torno de las paredes.

Fuera de ellos y del *barman*, el lugar estaba desierto. Aunque Garret no había visto a su amigo sino una vez en veinticinco años, sintió de nuevo que habría reconocido al recién llegado donde fuera. Todavía Nick encargaba sus trajes a Londres. De cabellos negros, mentón ancho, ojos alertas, estaba bien para su mediana edad. A semejanza de su abuelo y de su padre y hasta de su tío, comenzaba a hacerse corpulento.

—¡Oh! —dijo Nick.

Se estrecharon las manos cordialmente y se insultaron con verdadero gusto. Garret pidió dos *Martini*, llevándose las bebidas a la mesa, donde se acomodaron uno frente al otro. Después de chocar los vasos en un brindis, bebieron sus *cócteles*, casi de un trago. Nick se sentó muy derecho con una cierta expresión de angustia marcada en las líneas de debajo de sus ojos, y se quedó mirando fijamente a su compañero.

—¿Y bien? —le dijo.

—¿Bien qué? —preguntó Garret.

—¿Cómo han ido las cosas?; desde que te vi la última vez, parece que te has convertido en un hombre famoso.

—Por razones equívocas.

—Eso a quién le importa. ¿Para qué discutir? *La cabaña del Tío Tom*, seas o no responsable de ello, es todo un espectáculo. La he visto dos veces, te felicito. ¿Cuándo la traerán a Londres?

—No lo sé todavía, tal vez nunca. Las autoridades no quieren dar permiso.

Garret llamó, para que les renovaran los *Martini* y ambos encendieron sus cigarrillos.

—Quién habría pensado que el viejo Macaulay fuese un gritón descosido. Recuerdo lo que Lytton Strachey escribió; *Helo aquí, rechoncho, cuadrado y hablando incesantemente del Parnaso*. ¿Qué es lo que el Lord Chamberlain de todos modos tiene contra él?

—En el segundo acto, si recuerdas, Macaulay desafía al Virrey de la India; primero en un largo parlamento sobre la democracia y después con una resonante canción cuyo título se me escapa ahora.

—*No los pisotee Virrey: ellos lo matarán*. ¿Puedo silbar la tonada?

—No gracias.

—Pero no puedo entender todavía Garret, ¿qué es lo que le pica al Lord Chamberlain?

—El Virrey, en *Tío Tom*, está presentado como el más ocluido y odioso de los villanos, azotando y torturando a los hindúes para gloria del Raj. En la vida real todavía existen descendientes suyos. A menos que se lo describa bajo mi aspecto más ficticio, el Lord Chamberlain no puede permitir que lo representen.

—Mala suerte. Pero no es de esto de lo que quería hablarte. ¿Cómo va tu vida privada, viejo animal? ¿Todavía no te has casado?

—No, aún no. Tú sí te has casado. Por lo menos es lo que he oído.

—*Estuve casado* —respondió Nick lanzando una bocanada de humo, con aire filosofal—. Estuve casado con Irma, pero no tuve éxito y rompí hace mucho. Desde entonces ando campeando. Amalas y déjalas es mi lema, aunque no muy original. Estoy entrando en años, Garret —dijo Nick casi con mal humor—, si no me cuido desarrollaré un corpachón; el pelo empieza a escasear en la coronilla como bien puedes ver. Pero tú, viejo mohoso, ¡estás estupendamente, flaco y derecho como una línea, con el cabello tan abundante como siempre, eres tres veces afortunado, hijo de mala madre!

De nuevo chocaron los vasos.

—¿Te crees muy fino, no, llamándome tres veces afortunado, hijo de mala madre —le replicó Garret—, Samuray Barclay, Monarca de Todos los Suministros?

—Puedo apropiarme de cualquier empalme —respondió Barclay—, y acallar cualquier historia sobre mí.

—Eso suena al *Times*.

—*Times*, cubierta de revista o lo que sea. Sí, tal vez les ha lastimado de manera infernal que les sugiera un competidor, pero juegan limpio, como caballeros. Lo mismo sigo pensando que eres un burro, ¿estuviste en el estreno de *La cabaña del Tío Tom?*, ¿y por qué no me llamaste?

—Lo hice, pero me dijeron que no estabas en la ciudad.

—Sospecho dónde estaba. Eso fue a finales de 1962, ¿no fue en tiempos de la crisis con Cuba? A pesar de eso...

—Mira, ya pasó la oportunidad, olvídalo y vengamos a lo de ahora. Si algo te perturba tanto como me hiciste saber por teléfono, dado que fue una insinuación solamente, ¿por qué no me hablas de ello?

—Eso creo de verdad, ¿o vas a empezar a burlarte como acostumbras?

—No dudes de que es lo que pretendo.

Una abrupta seriedad transformó la expresión del rostro de Nick. Hacía mucho calor en el bar, con la calefacción muy fuerte como de costumbre. Un tardío rayo de sol se filtraba por el borde de una hoja de la ventana, iluminando el extremo del ojo izquierdo de Nick, que de manera forzada se sobrepuso, acabó su vaso y apagó la colilla de su cigarrillo aplastándola contra el cenicero.

—Te lo contaré, la mayor parte de las personas acaban por convertirse en extraños después de veinticinco años, pero yo no te siento un extraño. Tengo confianza en ti. Dime; ¿puedo confiar en Andrew Dawlish...?

—Es el abogado de la familia, ¿no?

—Sí, todavía lo es. Y aunque soy un tipo desconfiado, tú eres justo la clase de persona de quien puedo fiarme.

Es verdad, hay dificultades. Cosas que han sucedido en Greengrove, y fuera de allí, es tío Pen, es tía Essie, es todo a la vez; espero ser capaz de manejar las cosas.

—Bueno, ¿qué es lo que ha ocurrido en Greengrove?

—Fantasmas —dijo rápidamente Nick, poniéndose de pie.

—¿Fantasmas?

—Un supuesto fantasma, por lo menos. Pero eso no es todo. Un nuevo testamento. Mujeres misteriosas, de carne y hueso, que aparecen durante un tiempo y se desvanecen como si nunca hubieran existido.

—¿Qué diablos quieres decir —preguntó Garret con la misma brusquedad— con eso de mujeres de carne y hueso apareciendo y desapareciendo como si nunca hubieran existido?

—¿Qué, quién? —contestó Nick con la voz encordada—. Te impresioné, ¿no?

—¿Qué es lo que quieres decir?, es lo que te pregunto.

—El hecho es, don Juicioso, que pensé que te ponías un poco raro cuando te pregunté si estabas casado. ¿Es posible, pongamos por caso, que como otros amigos tuyos del mundo del espectáculo hayas encontrado una dama?

—Bueno...

—¿Es rubia, Garret? ¿Te acuerdas de la pequeña Milly Stevens, que vivía cerca de ti, en Wartford? Estabas tan prendado de ella como se puede estar a los quince años. Milly era rubia, y tú jurabas...

—Cualquiera, fuese la que haya encontrado o que haya tenido, no veo qué relación puede tener con el presente problema. ¿Qué pasa, Nick? ¿Qué es lo que te preocupa tanto? ¿Tomamos otro trago?

—No, gracias. No me siento en forma, no he comido mucho en todo el día y no quiero estar duro antes de cenar.

—Como quieras; siéntate y cuéntame.

—Te conté una vez —continuó Nick arrellanándose en la silla y buscando sus cigarrillos— que no había ninguna comunicación entre mi familia y mi abuelo desde que mi padre rompió el tintero y partió. Te lo conté, ¿no?

—Sí.

—No estaba seguro. Mi padre nunca escribió a Clovis, excepto para mandarme el dinero y su interés, y Dios sabe que tampoco lo hice yo. Pero a veces tía Essie solía mandar unas líneas a mi madre, quien le respondía con toda puntualidad. No sucedía a menudo (una vez al año, tal vez, con un año por medio), pero establecía un modo de relación con la feliz y querida casa ancestral. El viejo Clovis, de quien cuanto menos se hable, mejor...

—Lo encontré en una ocasión, hace mucho, y no me Pareció tan mal como todo eso.

—Ni la mitad, siempre que no te hayas cruzado en su camino o no lo hayas molestado de alguna manera. Si es que existe alguien de quien no se pueda decir otro tanto.

Encendiendo un cigarrillo, Nick clavó la vista sobre la mesa con extraordinaria intensidad.

—Era terrible. Te lo aseguro. Éramos un grupo, Garret, inestable y tal vez no del todo equilibrado, pero mi abuelo era un excéntrico. Aparte de una pequeña costumbre sentimental, cuando se producía un nacimiento (no tienes la menor idea de cuál era esa costumbre, que por todo lo que sé, se conservó), Clovis permanecía en su sitio, furioso, con alternativas de modorra e ira. Fue tremendo en el tiempo en que mi padre y mi madre y yo vivíamos en Greengrove. ¡Y después! Tenías que haber leído entre líneas de las cartas de la tía Essie; creía que el viejo era Dios Todopoderoso, y aun así no puedes hacerte una idea. Jugaba a endemoniar a todo el mundo, pero en particular y sin cesar a tío Pen.

—No obstante —interpuso Garret—, tengo entendido que le dejó todo a tu tío Pen.

—Sí, por un testamento abierto y depositado bajo la custodia de Andrew Dawlish. Clovis no lo guardó en secreto. *No lo mereces, Pennington, pero eres mi hijo*. Hasta Essie sabía la existencia del testamento y comentaba que Pen no lo merecía.

Nick calló, echó una bocanada de humo y se sacudió las cenizas.

—Me gusta tío Pen —dijo como defendiéndose—. Lo he querido y aún ahora lo quiero. Tiene una suerte loca, y siempre la tuvo; no lo concibo burlado ni estafado por nadie.

—¿Y de qué modo ha sido burlado o estafado?

—¿No puedes esperar?

—Bien, prosigue.

—*Quiero* a tío Pen, me gusta —repitió Nick—. Tal vez es un poco teatral. Con su pasión por el teatro habría dado cualquier cosa por ser miembro de este club. Pero en aquellos días me trataba como si fuera una persona mayor, que es la manera más segura de ganarse a un chico. Siempre tenía tiempo para hablar; y ¡Dios mío, cómo podía hablar tío Pen! Me contaba cuentos, la mayor parte de fantasmas, a menudo aterradores. No creía en lo sobrenatural; desdeñaba cualquier creencia sobre un retorno después de la muerte, y, sin embargo, lo mismo que mucha gente como él, vivía fascinado por lo inexplicable.

»Todavía puedo verlo como era entonces: más delgado que tú, pero frágil como tú no eres, y nunca sano del todo. Lo veo paseando por el jardín, recitando poemas, aunque mi idea sobre la poesía temo mucho que en aquel tiempo se reducía a Kipling o algún otro *Horacio sobre el puente*, de tu amigo Macaulay. Pero la de él era verdadera poesía: Keats, Donne, Shakespeare. Clovis odiaba la poesía tanto como el teatro. Secretamente nos dábamos cuenta de que el viejo admiraba a mi padre por ser capaz de enfrentarsele.

—¿Se le enfrentó alguna vez tu tío Pen?

—Esto es algo difícil de contestar. Los adolescentes oyen un montón de cosas de los suyos, desde luego, pero no comprenden a los adultos de su propia familia, cuando son imprevisibles o raros. Fue mucho tiempo antes de que se le ocurriera pensar en ello para poder pedir datos a mi padre o a mi madre.

»Años atrás parece que Pen *había* dado el gran paso por una vez. En la primavera de 1926, siendo yo todavía un niño, y cuando tío Pen no podía haber pasado de sus tempranos veinte años. Mi abuela murió en 1923, dejándole una cantidad de bienes convertibles si él se hubiera tomado el trabajo de gastarlos. Un día después de un ataque de humor de mi abuelo y de una pelea con tía Essie, tío Pen, tranquilamente, hizo sus maletas y se fue. Lo primero que se volvió a saber era que había alquilado una villa en Brighton, donde vivía con una pequeña actriz cuyo nombre he olvidado, si es que alguna vez lo supe.

»¡Jesucristo! —exclamó Nick, alzando las manos—, ¿puedes imaginarte el pío horror de Clovis y la desesperación de tía Essie? Pero no duró mucho. La atracción de la casa solariega o algo así fue más fuerte. En septiembre del mismo año volvió

temporalmente a Greengrove con su capricho y su pequeña actriz olvidada.

—¿Temporalmente?

—Si se puede decir así. Tenemos que saltar un gran número de años: treinta, para ser más exacto, hasta el verano de 1958. Clovis había hecho su testamento hacía mucho. Si la situación en Greengrove no había mejorado por lo menos parecía estabilizada, cuando de pronto, a la madura edad de cincuenta y cuatro años, tío Pen, de manera inesperada y con gran secreto, se casó.

—¿Se casó?

—Como te lo digo. Con una novia veinte años menor que él.

Estas palabras, aunque bastante comunes, golpearon con fuerza en lo más secreto del pensamiento y del corazón de Garret Anderson. Fue como si de pronto las paredes del cargado pequeño bar se estrecharan, apretándolo.

—¿Veinte años más joven? —repitió y en seguida—: ¿Quién es la muchacha, Nick? ¿Qué tal es?

—¿Cómo diablos quieres que la conozca? ¿Acaso he hablado o me he escrito con alguien de mi familia?

—¡Cálmate, Nick!

—Se llama Deidre —Nick aplastó su cigarrillo—. Cuanto puedo decirte es que pertenece a una muy buena familia. Sin dinero, pero enteramente aceptable en todos los sentidos; esto lo admite hasta el viejo Dawlish. *Una encantadora joven —dice— y muy tratable. Ha sido un gran bien para Pennington, si es que se puede aventurar tanto, y ha ejercido también una buena influencia sobre su abuelo.* Por lo que pude colegir, tío Pen la conoció en un concierto o algo por el estilo, hicieron una boda rápida en el registro civil, tal como mi padre hizo con mi madre veintidós años antes, después de lo cual Pen la llevó a vivir a su casa.

—¿Y qué dijo el viejo Clovis?

—Qué *podía* decir. No podía portarse con la joven como un gallo de pelea, como tampoco podía con el mismo Pen. Si crees, sin embargo, que las cosas podían suavizarse y hacerse llevaderas, es porque no conoces a Clovis. Parece, de todos modos, que ella le agradó y que, gracias a ello, se hizo un poco menos insoportable al final. Pudo darse el lujo de esperar. A nosotros nos toca ahora asistir al último acto y a la explosión.

»¿No te conté que el 20 de marzo de este año mi padre sufrió un ataque en el gimnasio de su club y murió en el Sanatorio Presbiteriano una hora después? En las semanas siguientes estábamos ocupados con el funeral y poniendo en orden las cosas cuando llegó la última carta de tía Essie para mi madre.

»*Siento decirte —decía más o menos— que el pobre papá ha muerto el martes por la noche. Pero no te laments, está en paz. ¡En paz!, ¿qué te parece? Clovis había estado trabajando con viento este, furioso y con la cabeza desnuda, en no sé qué labor de jardín. A pesar de las maravillosas drogas de nuestros días, una bronconeumonía no es un juego a los ochenta y cinco años. Así que de todos modos...*

—¿Y bien?

—Clovis terminó de fastidiar, o por lo menos así lo creímos. Hasta que se produjo la explosión. Fue a mediados de abril, cuando llegó otra carta de Inglaterra. No para mi madre esta vez, sino para mí. No una efusiva de tía Essie, sino una misiva muy formal de Dawlish y Dawlish de Lymington. Fue necesario un intercambio de correspondencia regular para poner por fin los negocios en claro. Las cosas no andaban muy bien en Greengrove, donde se había descubierto un nuevo testamento.

—¿Un nuevo testamento?

—Un testamento hológrafo, realizado por Clovis, sin testigos, pero sin ninguna duda de su puño y letra, e incontestablemente legal. Como ves, Clovis no había terminado de embrollar; lo había hecho en secreto. Escribió el testamento, y lo escondió en la casa en un lugar donde tarde o temprano tenía que ser descubierto. El descubrimiento del testamento, parece, desencadenó una dramática historia, de la que todavía no conozco todos los detalles.

»De cualquier manera, fechado, más o menos, en 1952, el nuevo testamento revocaba el anterior. Tío Pen había sido dejado de lado y tía Essie ni siquiera era mencionada. Todo cuanto pertenecía a Clovis en dinero, seguros, propiedades, incluso por supuesto Greengrove, era legado incondicionalmente *a su hijo mayor Nicholas Barclay, o si el dicho Nicholas no estuviese vivo, quedaba lo mismo incondicionalmente a... a...»*.

—¿A quién?

—¡A mí! —exclamó Nick—. *A mi querido nieto Nicholas Arden Barclay hijo, en la esperanza de que pueda mostrarse más fuerte y vigoroso que su tío. ¡Por la gracia de Dios, es posible soportar tal cosa! ¿Has oído alguna vez algo semejante?*

La polvorienta habitación y su friso de retratos, los polvorientos astros de Covent Garden temblaron ligeramente con el rugido de un *jet* en lo más alto del cielo. Nick Barclay se puso de pie. Recobrando su dominante garganta, hizo un gesto hacia los vasos vacíos.

—Oye, Garret, puedo pagar bebidas en cualquier club y además puedo pedir otras dos, aunque en consideración a tu ofrecimiento de hace un rato...

—Sí, disculpa, dos más de lo mismo —pidió.

El *barman* mezcló los *Martini*, llenó los vasos y discretamente se esfumó. Nick, con su aire de buena persona, con seriedad, extendió la mano hasta el mostrador y tomó su vaso y el otro.

—¡Abajo las maquinaciones!

—Buena suerte.

—¿Lo ves, Garret?, el zopenco me dejó Greengrove, a mí que no lo necesito ni lo deseo, y ésta es la razón por la que estoy aquí, para poner las cosas en claro.

—Me doy cuenta, pero ¿cómo pondrás las cosas en claro?

—Campanas infernales, ¿qué clase de bastardo piensan que soy? Tío Pen tendrá su herencia, una vez que a tía Essie se le dé lo suyo. Pen, a despecho de cualquier

cosa que digan, no es ni sórdido ni avaro. Cuando todavía se consideraba el único heredero, durante casi un mes estudió la manera de asegurar a tía Essie una renta de tres mil libras al año durante toda su vida. Esto bastaría para probarlo. Pen tendrá, además del grueso de los bienes, y por encima de todo, Greengrove. Vive en el pasado; razón por la cual quiere tanto ese lugar. El testamento exigirá una serie de tretas legales según dice Dawlish. Bueno, se harán.

—Entonces ¿has hablado con Dawlish?

—Esta mañana le telefoneé desde larga distancia. Hemos cambiado una abundante correspondencia aérea. Vendrá a la ciudad mañana para informarme de la historia. Dime, Garret, ¿podrías acompañarme a Greengrove, a pasar el fin de semana, en el tren que sale de Waterloo el viernes por la noche? Me prestarías un verdadero apoyo moral.

—Sí, con mucho gusto, pero ¿hay alguna razón especial para que necesites apoyo moral?

—Temo que sí. Ha habido que pagar una infinidad de cosas desde que descubrieron el testamento en un jarrón lleno de tabaco. Essie lo encontró. Tío Pen no está bien. Deambula por la casa vestido con una de esas chaquetas de fumar pasadas de moda que la gente usaba hace sesenta años; sometido a cuidado médico. Y cuando se enteró de que en apariencia no era el dueño de la finca después de todo, la noticia le cayó como un golpe de taladro.

»Ten en cuenta —agregó Nick como pensando cuidadosamente sus palabras— que lo de tío Pen puede ser algo neurótico; estos temperamentos nerviosos siempre lo son. En mi opinión lo es más intensamente de lo que nadie sospecha. Es capaz de llevar las cosas muy lejos y hacer cualquier locura, tal como meterse una bala en la cabeza, si piensa que puede ser echado de Greengrove con sus maletas. La primera cosa que escribí a los abogados, semanas atrás, fue que le dijeran a tío Pen que debía permanecer en Greengrove, como le correspondía. Así que espero que eso ya esté aclarado. De todos modos, si la mujer de tío Pen ha temido por él, ¿qué puedo reprocharle?

—Nada.

—Pero tampoco es esto todo lo que ha ocurrido.

—¿Qué ha ocurrido?

—¿No te lo he dicho aún? Un llamado fantasma. Alguien ha andado rondando y haciendo esa clase de horrible e inexplicable treta, desde que se encontró el segundo testamento de Clovis.

—Un minuto, Nick, ¿no estás sugiriendo que el propio viejo Clovis ha salido de su tumba y anda errante?

—¡No, por Dios!

—¿Entonces?

Nick señaló con su vaso el retrato de Garrick representando a Macbeth.

—¡Siglo XVIII! —dijo—. *Sir* Horacio Wildfare, el perverso juez que construyó la

casa hace doscientos años. Aunque ¿cómo podría andar rondando ahora? Tus dudas son tan legítimas como las mías.

—¿Tú no crees en este fantasma, verdad?

—Por supuesto que no; no más de lo que tío Pen o Dawlish creen. Alguien se disfraza, y eso es todo. Pero ¿quién?, ¿por qué?, y ¿cómo lo hace? ¡Filtrándose entre sólidas paredes! ¡Pasando a través de puertas cerradas! Espero que esto no se convierta en un caso para tu viejo doctor Gideon Fell, sobre quien acostumbrabas a escribir cartas.

Y de paso, ¿cómo anda tu doctor Fell?

—Envejecido, como todos nosotros, pero no más sometido. Él y su amigo Elliot, que es ahora diputado presidente del CID, me hacen el honor de caer de vez en cuando a charlar conmigo un rato.

—De todas maneras así están las cosas. La cocinera y la doncella amenazan con irse. Deidre está sinceramente conmovida; tía Essie gimotea. Abreviando, por uno u otro motivo...

—Lo comprendo. ¿Un último trago antes de sentarnos a la mesa?

—¿Por qué no? Puedo muy bien apreciar lo que coma sintiéndome como estoy ahora. ¡Fred!

Con discreción el *barman* acudió apresurado, mezcló las bebidas, las sirvió y desapareció. El humo del cigarrillo aumentó en tomo al mostrador del bar.

—Y tú me preguntas —prosiguió Nick, sorbiendo con prisa su vaso— por qué necesito apoyo moral. No se trata de un fantasma imaginario. Hay algo en todo este asunto que me revuelve el estómago. Tengo que ir a esa casa, que después de todo es la casa de otro, para jugar al señor magnánimo...

—Es algo decente que debe hacerse, Nick.

—Desde luego. Es de mera justicia. Tú sabes muy bien, Garret, que no puedo hacer otra cosa. El dinero no significa nada para tío Pen; es sin duda suficientemente altivo. Pero no puedo quitarle su amado Greengrove, aunque... —Nick calló de pronto.

—Aunque ¿qué?...

—Nada, olvídalo, es charla de borracho.

—No creo para nada que sea charla de borracho, Nick; ¿qué es lo que te da vueltas en la cabeza hasta el punto de que ni siquiera quieres mencionarlo? ¿Qué anda mal?

—No, Garret, no puedo tolerar...

—¿Qué no puedes?...

—No, no puedo. Tú *eres* quien tienes algo en la cabeza. Lo sospeché cuando olfateaste lo de las mujeres misteriosas, pero tuve la certeza cuando hablé de la diferencia de edad de tío Pen con su mujer. Algo te mordía por dentro; estaría bien que lo dijeras. ¡Dilo, vieja musa de la historia y de la biografía! ¡Suéltalo, musgoso, Victoriano con toda la potencia de mil helios! ¿No tienes ningún *mensaje* para mí?

Garret se quedó mirando más allá.

—Sí, es posible que lo tenga. Esto en la mayor confianza, espero.

—Lo sabes bien, Garret. ¿Cuál es el perro muerto?

—No es lo que se pueda llamar un perro muerto, precisamente...

—¡Muy bien!, ¿qué es?

Invisibles demonios azules se agrupaban para atormentar los sueños de David Garrick, Mrs. Siddons y toda la corte de celebridades teatrales desde el siglo XVIII hasta el final de la era victoriana que se alineaban en torno, como mudos testigos en sus poses hieráticas. El centelleo del fósforo que encendió Garret puso un breve rayo de luz en la penumbra del bar.

—No es mucha cosa, creo, pero en el momento significó bastante. En mayo del año pasado, aliviado con la terminación de *Disraeli*, fui a París para tomarme unas breves vacaciones.

—Bastante oportunas. ¿Y...?

De nuevo Garret se quedó mirando al vacío.

—Bueno, como sugeriste antes, encontré una dama.

De este modo, temprano, en la tarde de aquel viernes de junio, Garret Anderson hacía sus maletas en su piso de Hampstead y después pedía por teléfono un taxi para dirigirse a la estación de Waterloo.

Viernes, 12 de junio.

La puesta de sol caía tibia sobre la ciudad cuando el taxi de Garret descendía por Roselyn Hill y Haverstock Hill; en Camden Town dobló a la izquierda, pasó el nuevo Euston, atravesó Russell Square y rodeó Aldwych en el Strand hacia la estación final de Waterloo.

Las calles, atestadas de tránsito a todas horas, imponían ese ritmo que impide llevar una marcha regular o doblar por la derecha o la izquierda, con las continuas detenciones obligadas delante de las luces rojas.

Garret no tenía la más mínima noción de esto. Pensaba preocupado en lo que le había dicho a Nick Barclay la noche del miércoles o, para ser más exactos, en lo que no le había dicho ese miércoles. Enfrentado con el propósito de hablar a su amigo sobre Fay, se vio de pronto con la lengua tan torpe, que Nick interpretó que su inhibición debía cargarse en la cuenta de la discreción habitual de cualquier familia de abogados.

Pero ¿cómo hubiese podido explicarle todo, aun en el caso de haber querido? La verdad era que no supo cómo hacerlo.

En el taxi recordaba los hechos.

Había sucedido en el luminoso mes de mayo, hacía poco más de un año, una mañana temprano, mientras volaba sobre París. A su lado, junto a la ventanilla, estaba sentada una adormilada muchacha, absurdamente joven y de aire ingenuo (¿podía tener más de veintiún años?), que le preguntó algo sobre el vuelo.

La miró directamente a los ojos: azules oscuros, tímidos, de mirada huidiza, pero con cierta intensidad a través de su inocencia; admiró el aire de salud de su hermosa piel; la pesada mata de cabellos claros cayendo sueltos sobre los hombros, su figura ágil, pero firme, ceñida con elegancia por su traje de viaje de *tweed*, de color claro. Antes que el avión descendiese en Orly, los dos hablaban bastante animados, a pesar de la modorra.

Dijo que su nombre era Fay Wardour. Había dejado su trabajo (que no especificó cuál fuese) en parte gracias a un legado de una tía que le había permitido hacerlo. Estaba gastando la herencia en esa aventura por el exterior (diez días en París, una semana en Roma) antes de comenzar otro nuevo trabajo a su regreso en junio. Entonces descubrieron que se alojarían en hoteles muy próximos el uno del otro; él en el Meurice, su favorito, y ella en uno muy grande, si no muy importante, no lejos de la calle Rivoli.

—Hotel Saint James y d'Albany. *Sic* —dijo Fay con su pequeña risa—. ¡Suenan muy absurdo!

—Como Gran Hotel, o Pequeña Mermelada o Universo.

—¡Sí! Siempre se usan esos nombres, ¿no? No es que conozca muchos, soy una persona muy ignorante y he viajado poco; mi francés es el espantoso y primitivo de una chica de colegio.

—¿Le importaría empezar a practicarlos yendo esta noche al teatro?

—¡Me encantaría!

De este modo comieron en Fouquet y fueron al teatro Sara Bernhardt, donde ambos se sintieron conmovidos con un espectacular melodrama de Sardou, representado con la convicción que sólo los actores galos pueden poner.

Así comenzaron diez encantadores días antes de que Fay partiera para Roma. Recorrieron los barrios. Observaron los muñecos de cera del Museo Grevin y del *Punch-and-Judy*, fuera de los Campos Elíseos. Fueron a la ópera no menos que a los *strip-tease* de los *night-club*. Comieron al aire libre, a la pálida luz filtrada entre las hojas de los castaños. Garret, abstemio por lo común, bebió más de lo que le convenía, y Fay, a su vez, no necesitó mucho estímulo para hacer lo mismo.

Sobre todo le encantaba Fay por sí misma, su buen humor, su seriedad, su inteligencia y sentido de lo cómico no menos que su simpatía y la gracia que parecía desprenderse de cada palabra suya. Podía andar millas a su lado sin quejarse, y nunca le permitió asumir aires de tío. Eso se puso de manifiesto cuando la llevó a hacer un recorrido por el viejo París, ese laberinto de calles grises de la Edad Media y el Renacimiento, de grandes piedras, en torno del Museo Carnavalet, en la calle Sevigné.

—Otra vuelta, Fay..., ¿se siente cansada?

—¡No, por Dios! ¿Cómo podía estarlo cuando me cuenta estas cosas? Aquel último lugar donde Enrique IV encerró a... ¿cómo era su nombre? La casa al otro lado de la carretera ¡es fascinante! ¿Pero qué estaba diciendo?

—La próxima vuelta será por la calle de Simón el Franco, y la calle de Simón el Simple.

—¿Qué pensamos encontrar en la calle de Simón el Simple?

—Lo verá en un minuto, jovencita...

—Oh, no; por favor, no haga eso.

—¿No haga qué?

—No hable en ese tono, como..., como si no fuera lo bastante crecida.

—No es lo bastante crecida, ¿o acaso lo es?

—Sí lo soy, lo soy. Lo sabe bien.

Y en muchos aspectos debía admitir que tenía razón. No le podía contar a Nick Barclay el acontecimiento más importante de esos diez días de delirio, no podía contárselo a nadie. En el comedor del *Thespis Club*, con tantos retratos teatrales, no pudo sino apenas describir las perfecciones más obvias de Fay. Nick escuchaba con

un aire de profunda sabiduría que le costaba esfuerzo aparentar.

—Mira —le dijo de pronto—, aparte de las cualidades que te gustaban en ella, esa Miss x tuya supongo que era atractiva fuera de lo común. ¿Condenadamente atractiva? ¿Físicamente atractiva?

—Sí, todo junto.

—En suma, todo un plato. Y tú eres un hombre completo y con experiencia, aunque pareces tan inhibido como si sigieras de pantalón corto.

—¿Cómo, hombre, esperas que te conteste una pregunta como ésa?

—Así que no quieres hablar, ¿eh? Eres un perfecto caballero, y no quieres hablar. Pero yo no soy un caballero; nunca lo fui. Hablaría hasta perder la cabeza, créeme, si un plato como ése cayera entre mis brazos sin decir mu. Muy bien, guárdate tus secretos. Pero yo saco mis propias conclusiones. Con París aplicando su medicina, como siempre suele hacerlo, me pregunto si ella no se habrá despojado de sus vestidos y lanzado a andar libre de ellos.

De hecho, Fay había procedido así. La aventura comenzó la primera noche, cuando Garret la acompañó a su hotel. No había tenido la menor intención de seducirla, o por lo menos creía que había sido así hasta que sucedió: le parecía tanta la diferencia de edades. Pero no pudo evitarlo. Fuera inspirado por el vino o porque París hacía el efecto de un filtro o por alguna razón más profunda, no bien la rozó, la timidez y la desconfianza de Fay se diluyeron en un entero abandono que lo asombró, tanto como lo sedujo y le dio vuelta a los sesos. Si alguna voz le aconsejó ser prudente, la ensordeció. Perdió la cabeza sin importarle nada. Tampoco parecía importarle a Fay. No era tanto lo que ella hiciera o dijese; en la intimidad esas cosas pueden exagerarse, sino los inequívocos signos físicos que daban prueba de la intensidad de sus emociones. Así comenzó un delirio que nunca dio señales de disminuir. A despecho de algunas casuales aventuras en el pasado, era como si una voz murmurase dentro de él: *Era esto*.

¿Y era? ¿No había sugerido que no estaba crecida del todo? En el acto del amor, al menos, Fay era tan experta y experimentada que más de una vez sintió el aguijón de los celos pensando en los otros que podía haber conocido.

Durante los días que siguieron ella pasó por diferentes y menos comprensibles estados de ánimo. Nunca permitió que la fotografiasen, ni siquiera esas cómicas fotografías en que se pasa la cabeza a través de un cartel y que hacen aparecer bajo las formas más tontas. La sola mención de la palabra boda le provocaba amargura, una especie de acidez, tanto más rara cuanto que parecía fuera de su naturaleza. A veces, además, le ocurría caer en un humor negro sin causa aparente. Podía sentirse alarmada, deprimida, y a veces deshacerse en un llanto desesperado.

—Querido —murmuró una vez—, supón que no fuese realmente quien pretendo ser.

—¿Quién pretendes ser?

—Si no me llamase como digo. Si estuviese envuelta en un sórdido y espantoso

negocio, inocentemente, por ejemplo, pero que en realidad fuese una siniestra combinación que te hiciese odiarme.

—¿Te he preguntado algo? ¿Puedes imaginar que alguna de esas cosas pudieran establecer la menor diferencia, aun en el caso de que fueran verdad?

—Podrían serlo, querido. Tú piensas que no, tal vez, pero sé que pueden serlo.

—No podría ser, te lo repito.

—¡Oh, Garret! Entonces imagínalo. Terminaríamos con altura al menos.

—¿Terminar? ¿Qué quieres decir con terminar?

—Querido, ¿has olvidado que vuelo a Roma el lunes?

—Bien, si te vas, parto contigo.

—¡No puede ser! ¡No debes hacerlo! Daría cualquier cosa en la tierra porque pudieras, pero no debes. Voy a visitar a una antigua amiga de colegio y otra del mismo curso volará para unírseos. Imagínate qué sucedería si tú llegases allí. No puede ser, Garret; se sentirían muy disgustadas. Es gente magnífica, pero fácil de escandalizarse. Debo *guardar* alguna apariencia de decencia, aunque desee pasar el resto de mi vida viviendo exactamente como ahora. Además no es en realidad un final; ¡por favor!, dime que no lo es. ¿Nos encontraremos en Londres, no es verdad?, tan pronto como regrese. Fijemos ya la fecha.

Estos eran los detalles que no diría a Nick Barclay. Bien podía contarle en cambio lo que siguió. En el comedor del *Thespis Club*, comiendo apresurado cualquier plato, pero fondeando en una botella de clarete, Nick asumía un aire del peor augurio.

—¿Te das cuenta —irrumpió— que ni siquiera me has dicho su apellido? Ese asunto, *Miss X* de nombre Fay, ha ido bastante lejos. Puesto que estás tan románticamente interesado por esta encantadora desaparecida, ¿qué gran daño podría hacerle que me dijeras su nombre?

—Ninguno. Pero es que no estoy siquiera seguro de saberlo.

—¿Un nombre falso? ¿Piensas que te quiso despistar?

—No sé qué pensar. Es penoso reconocerlo, dada la vanidad humana, pero...

—¿Nunca la volviste a ver, después que partió para Roma?

—Nunca. Se suponía que nos encontraríamos para comer en el Ivy el 24 de junio, y dentro de cuatro días se cumplirá el año justo. Después de esperarla dos horas más del tiempo que cualquiera hubiera necesitado para convencerse de que lo habían plantado, me di por advertido de que lo había sido ampliamente. Final de la comedia.

—¿Comedia, eh? ¿Has hecho algo para encontrarla?

—Su nombre no figura en la guía telefónica, además de que no estoy siquiera seguro de que viva en Londres. ¿Qué podía hacer?

—Eres amigo del diputado presidente del CID. Podías haber ido a la policía.

—¿Con qué información? Me hubieran dicho tan sólo que no era asunto suyo, y hubieran tenido razón. O me hubiesen ayudado a buscarla, ¿con qué resultado? Para gran confusión de Fay o tal vez algo peor.

—En el caso de que fuese casada, quieres decir.

—Tal vez. No lo sé.

—Hay detectives privados.

—Los hay, pero el resultado sería el mismo, para Fay...

—Y tú no deseas perjudicarla de ninguna manera. ¿No es verdad?

—Así es.

—Apuesto a que podré encontrarla para ti, si pongo a trabajar a muchachos capacitados para ello. Pero no querrás, ¿o sí?

—No, no quiero. Ya te lo dije, Nick, he tratado de pensar en cualquier explicación: he tratado de pensar que deseó volver, pero que hubo alguna razón que le impidió hacerlo. Me he torturado imaginando los accidentes que podían haberle ocurrido.

—¡Lo haces ahora, pobre diablo! Con seriedad —le dijo Nick—. Mira, Garret, vas por mal camino y tienes que intentar una salida. Sigue mi consejo. Consulta al oráculo.

—Es lo que estoy haciendo.

—Entonces el gran hombre hablará. Después de serias consideraciones sobre este relato, la sentencia es: que lo que te tiene preocupado es ni más ni menos que el simple y pasado de moda sexo.

—Muy bien, muy bien, y si así fuese, ¿qué hay de malo en ello?

—Oye, ¡criatura! Es tu tío Nick quien habla. No tiene nada de malo, por la gracia de Dios. Encuentros como el tuyo con Fay acontecen todos los días. Eso es todo. Regocíjate, disfruta retrospectivamente. Pero no lo tomes demasiado en serio, como ella tampoco lo hizo. No confundas la salida. No magnifiques una sana y saludable urgencia biológica convirtiéndola en una gran pasión sacada de una romántica novela victoriana. Si pudieras ver tu idilio en su verdadera perspectiva encontrarías que es lo mejor que ha podido sucederte.

—El sentido común te da la razón. El sentido común también está de acuerdo en que probablemente es lo mejor, dada la diferencia entre la edad de Fay y la mía. Pero lo mismo...

—Tienes que crecer, Garret. Vivirás para agradecerme esto. Y recuerda, viejo hijo —pontificó Nick, absorbiendo más clarete—, que estás empeñado en un encuentro de muy diferente género. El viernes por la noche, a menos que reniegues de tu promesa, estarás camino de Hampshire para ayudarme a resolver varios problemas que conciernen al suicidio mental del tío Pen y de su asustada mujer, a tía Essie y sus vapores, y a un supuesto fantasma que puede pasar a través de puertas cerradas sin dejar rastros.

El tren, había dicho Nick, confirmándolo después de hablar con Mr. Dawlish el día anterior, saldrá a las 7,30 de la tarde. Muchos pueblos y villas se agrupan dentro o alrededor de New Forest; Brockenhurst y Lymington, entre ellos. La estación era Brockenhurst, la siguiente parada después de Southampton Central. Llegaría a eso de las 9,35, podían comer algo en el tren, que no estaría demasiado lleno, pues el viernes

por la noche toda clase de trabajadores desaparece. En Brockenhurst había advertido Dawlish que esperaría un auto para llevarlos siete u ocho millas a través del campo, a Lepe Beach y a El Codo de Satán. Con qué...

Waterloo barajaba bajo su techo de cristal un gentío desparramado. Garret compró su billete de primera y miró. Tal como había sido preparado, dos compañeros esperaban junto al puesto de libros.

—Querido Nicholas —comenzó a decir una voz pesada y grave.

—Mira —dijo Nick Barclay.

Nick, sin sombrero, con chaqueta y pantalones de sport, cargaba una pesada maleta de mano. Frente a él, con la espalda contra el puesto de libros, estaba parado un hombre, rechoncho, cuadrado (igual que Macaulay, no pudo evitar pensar Garret) con el *Evening Standard* en una mano y una maleta en la otra.

Andrew Dawlish, un viudo de sesenta años con un hijo ya crecido, que era ahora el otro miembro de Dawlish y Dawlish, lucía el uniforme profesional, de chaqueta corta, pantalones a rayas y hongo. A pesar de su gravedad, algo débil trascendía en él; sus cabellos apenas parecían teñidos de gris. Si sus maneras mostraban algo más que trazas de complacencia y pomposidad, podía tomarse no muy en serio, porque se presentía escondido debajo de ello una gran dependencia. Erguido, pontificaba como Nick el miércoles por la noche.

—He de confesar, Nicholas, que no te encuentro tan norteamericanizado como temía. Usas, es verdad, aquellos vulgarismos a que todos tienden bajo la influencia de la televisión, pero has preservado mucho la vieja entonación. Como decía...

—¡Firmes! —interrumpió Nicholas, girando en redondo—, aquí está Garret, aquí está el trovador errante, por fin. Rápidamente hizo las presentaciones. Ahora que toda la Sucia Junta está reunida, podemos partir.

—¿Puedo sugerirte, Nicholas, que bajes un poco la voz?

—¿No ha entendido lo que dije? Es Garret Anderson. Mi más viejo amigo. Todo cuanto tenga que decirme, también puede decírselo a él.

—¿Puedo, como te dije antes, sugerirte que no es necesario decírselo a toda la estación? Mr. Anderson —continuó el abogado, con un gran parecido a los retratos de Macaulay—, es un gran placer conocerlo. He leído varios de sus libros que me han gustado. Temo que nuestro joven amigo Nicholas me considere demasiado cauteloso y discreto. Pero uno tiene deberes que cumplir. Me halaga que haya seguido mi consejo, si puedo decirlo así.

—Sí, sí puede decirlo —dijo Nicholas—. Estoy en todo con el Deber, Hijo de la Voz de Dios, y seguiré su consejo cuando sepa cuál sea. Pero ¿querrá, en una palabra, contestar una pregunta, directamente, sin ningún rodeo o antedicho estipulado?

—¿En una palabra? —replicó Dawlish—. Sí.

—Tío Pen...

—¡Ah, sí, su tío Pennington! —contestó Dawlish desde un punto intermedio entre Nick y Garret—. Al comienzo esperamos grandes cosas de Pennington, confieso que

yo esperé. Habló de nuevo de escribir una pieza, como se estilaba en los viejos días, aunque en la actualidad parece que lo único que hace es componer largas cartas para semanarios literarios, y dictarlas a su secretaria. Su salud... su corazón... el *shock* de estas semanas pasadas...

Nick movió una mano como hipnotizado.

—Ahora escúcheme. Comentarios de Blackstone, usted es cauteloso, muy bien. Y capaz de mantener la boca cerrada, aunque no lo haya observado así. ¿Puede el hombre que pregunta algo obtener una respuesta inmediatamente?

—Sí, le pido disculpas. ¿Cuál es?

—¡Bien! Todos estamos conformes, ¿no?

—Muy bien.

—¿Dijo a tío Pen que no sería expulsado como un viejo tubo de pasta dentífrica? ¿Qué puede permanecer en su amado Greengrove y conservarlo hasta el fin natural de sus días y más allá?

—Se lo dije tan detalladamente como me indicó. Me tomé además la libertad de informar al mismo tiempo a Miss Deidre. Miss Deidre, quiero explicarle —el abogado añadió para Garret— es actualmente Mrs. Pennington Barclay. El servicio comienza a llamarla así por instigación de Mr. Barclay (Mr. Barclay es desde luego el difunto Mr. Clovis) y algunos de nosotros, por supuesto, hemos contraído este hábito. Es una encantadora joven de quien Pennington *debería* estar orgulloso.

»Sé que Nicholas le ha informado. Pero es este un mundo malvado, por lo poco que he podido aprender. Los hombres se aferran con dedos voraces a las cosas que han heredado por ley, y Pennington no es por cierto de naturaleza confiada. Le di su mensaje; fue el suyo un gesto generoso. La cuestión es: ¿cree él que es eso lo que usted ha querido decir?

—¡Por la gracia de Dios!, claro que es eso lo que he querido decir.

—Yo lo creo, pero ¿lo cree Pennington? Es un hombre imprevisible, un imaginativo en cierto modo. ¿Cuál es exactamente, para usted, la definición de *con todo derecho*? ¿Y qué, por una desmañada terminología y todavía más desmañada intención, puede él considerar ser el fin natural de su vida? Si por azar...

—¡Necedades, Consejero! —rugió Nick—. ¡Necedades, disparates, salta a los ojos! Si está diciendo que tío Pen es lo bastante loco como para poder lastimarse él mismo...

—No digo eso. Nunca lo he pensado. Digo tan sólo que mi antiguo amigo es sombrío e imprevisible. Y digo más —Mr. Dawlish agregó con alguna premura—, debemos apresurarnos si queremos alcanzar este tren.

—Sandeces, ¡hay tiempo de sobra!

—Con su perdón, no lo hay. Mire el reloj. No le quiero meter prisa, Nicholas, pero tenemos otra razón para no perder el tren y apenar a la casa. ¿Sabe qué día es hoy?

—Viernes.

—Es junio 12. ¿Y mañana?

—A menos que se esté jugando con el almanaque, mañana será 13 de junio.

—Como acaba de señalarlo, será 13 de junio. Y será el cumpleaños de su tía Estelle.

—La ceremonia, ¿eh? Todavía se respetan las ceremonias.

—Lo hacen.

—Recuerdas, Garret, que cuando alguien nacía, había ceremonia en el viejo lugar. Te lo conté.

—Sí, me lo contaste. ¿Qué clase de ceremonia es ésta?

—La noche antes del gran día la cocinera prepara una elaborada tarta, que es transportada con gran pompa al comedor, hay un discurso y se hacen regalos. Esto sucede siempre a las 11 de la noche anterior. Tío Pen solía reclamar que debía hacerse a medianoche, pero tía Essie refutaba que esto tendría a los chicos levantados hasta muy tarde. Desde niño siempre me pareció insoportable aguantar hasta el final esta pesada costumbre... ¿Su cumpleaños, eh? No puedo imaginarme que Essie disfrute con él, teniendo cincuenta y cinco, que son los que lleva, ¿no? Pero tiene usted razón. No podemos decepcionar a la vieja muchacha. ¡Vamos!

Nick hizo señas a un mozo que pasaba por allí y le largó la pesada maleta a las manos.

—Aquí está, muchacho —dijo—, el nuestro es a las 7,15. ¿Por qué puerta?

—Número 11. Justo aquí. ¿Para Bournemouth?

—No vamos tan lejos como Bournemouth, pero sí en el mismo tren. Acomoda esto en el primer salón de fumar de primera clase que encuentres vacío.

—¿Tomó su billete? Enfrente está la parte mejor. Aseguraré la maleta y lo sigo.

—Rápido, ¿qué hacen ustedes? ¡Por los dientes de Dios, vamos!

Una vez decidido se zambulló. Pasó la barrera esgrimando su billete, se encaminó con gran prisa casi corriendo a lo largo del andén. Dawlish, a pesar de su solemnidad, podía moverse con agilidad cuando se decidía. Trotó a su lado sujetando la maleta. Garret trepó al último coche.

El sol desapareció detrás de una nube; el andén y el tren de la derecha (uno largo, color crema y chocolate de sorprendente nitidez de línea) quedó en la sombra, frío bajo un cielo barroso. Se encaminaron hacia el extremo del andén, a través de los pequeños nudos que era lo que parecían los pasajeros que subían al tren. Pasaron al coche restaurante, donde la cara desconocida de un desconocido miraba a través de la barra de la ventanilla. Llegaron al primer coche, donde se detuvieron a esperar al mozo, cuando Barclay volvió a hablar.

—No será precisamente una fiesta, estando las cosas como están. Había olvidado el cumpleaños de la vieja muchacha, si es que alguna vez supe la fecha, y ahora no hay tiempo para comprarle un regalo.

—Por el contrario, Nicholas. Le llevas el más precioso y bienvenido de los obsequios. ¿Necesito decir que me refiero al arreglo? Pennington lo propuso, tú lo

confirmas; y Estelle no tiene motivos para dudar de tu buena fe. Las cosas se encaminan bastante apacibles. Pienso que por lo que respecta a ti y a Pennington sobran los comentarios. Miss Deidre es la más ansiosa porque las cosas sigan placenteramente. ¿Habló usted Mr. Anderson?

—Sí —dijo Garret, que estaba a diez pasos de él—. Perdona la intromisión, pero la persona que menciona, Mrs. Pennington Barclay, ¿cómo es?

Detenido en su camino, Dawlish contestó con la cabeza medio vuelta.

—No hay duda que cargaré con gusto la responsabilidad de aclararle ese punto. Mrs. Pennington es encantadora en todo sentido. A pesar de la diferencia de edades...

—Sí, desde luego, pero no es esto exactamente lo que quiero saber. ¿Cómo es? ¿Cómo podría describirla?

—Una pregunta difícil, señor.

—Sí, pero...

—El más cauteloso crítico —declaró Dawlish—, estaría obligado a conceder que es muy bonita. Miss Deidre parece más joven de lo que es, todavía ahora. Es de mediana estatura, de cabellos claros, con hebras graciosas y finas que...

Nick Barclay lo paró en seco.

—¿Es rubia? —después, dándose la vuelta—: ¡Por todas las paganas ironías no puede ser *rubia*! Por los dientes de Dios, Garret, ¿qué va a pasar en tu cabeza ahora?

—¡Nada, nada en absoluto!

Fue Garret quien esta vez se paró en seco. Conducidos por el mozo que había abierto la puerta en el otro extremo del coche, otros dos subieron a él. Una pequeña agitación animó el andén, Garret permaneció sin moverse y sin pensar, cuando alguien le tocó el codo desde atrás. Era otro mozo, macizo y con aire de conspirador.

—Disculpe. Pero la señora dice...

—¿Qué señora?

—En el último compartimento sobre el corredor del otro lado. Si quiere ir a ese compartimento puede entrar por la puerta de la derecha, siguiendo más allá, hasta dar la vuelta por la esquina de la izquierda. Antes de seguir con los otros señores, la señora le ruega, que por favor se detenga y la vea durante un minuto.

—Gracias —Garret le entregó su pequeña maleta con media corona para obtener un servicio rápido y efectivo—. Lleve esto al compartimento donde van los otros. Dígalos que no tengo la menor intención de perder el tren y que estaré con ellos en cuanto pueda.

¡No era posible, desde luego y sin embargo!... Echó una mirada alrededor. Después se volvió apresuradamente.

Contra la ancha ventana, en la sombra se veía un triángulo rojo con letras blancas “*No fumadores*”. Alguien dentro se daba la vuelta para mirarlo. De pie, una mano en la ventana, pero con la cabeza desviada como para no ver, estaba Fay Wardour.

¿Anti clímax, o peor?

¡Dientes de Dios!, habría podido decir Nick.

Sin embargo, cuando abrió la puerta del compartimento y se dio de cara con Fay, tuvo la certeza de que su entrada le produjo una explosión emocional de alguna clase. Pudo haber reído. Ambos pudieron haber reído. Pero no lo hicieron.

Estaba sola, con un traje de verano azul y blanco, sin medias y con zapatos azules. Fay se encorvó atrás contra el rincón acolchado del asiento de la esquina hacia la ventanilla. Estaba más atractiva y deseable que en el recuerdo, pero parecía como si esperara un golpe físico. Con dedos temblorosos giró el cierre de su bolso de mano y lo dejó abierto. Aunque no se podía en un compartimento que no era para fumadores, de la cartera de Fay asomaba una cigarrera de carey que manoseaba tratando de abrirla como una manera de conjurar sus nervios. De pronto habían comenzado las cosas incongruentes.

Fuera, por donde su carro portaequipajes rodaba sobre el suelo de cemento, la figura de un próspero hombre de negocios atravesó rápidamente la ventanilla, con prisa hacia el tren; se detuvo, dio media vuelta y por alguna razón se encaminó en dirección contraria, a lo largo del andén. En ese mismo momento Fay abrió la cigarrera de carey. Garret no podría decir por qué causa, un cigarrillo con filtro voló como impulsado, hizo un arco en el aire y cayó en el asiento opuesto.

—¡Oh, querido! —exclamó Fay—. ¡Oh, querido!

Temblando, entrechocando las palabras casi en el borde de una risa histérica, se sentó de golpe. Con un gesto en cierta manera altivo, con la conciencia deliberada de sus propios nervios, Garret tomó el cigarrillo y se lo devolvió.

—Es tuyo, creo.

—Pero no lo quiero.

—¿Crees que yo lo quiero?

—¡Oh, que-querido! Esto es ridículo, ¿no es así?

—Ridículo no es la palabra, Fay, pero dejémoslo pasar. Ahora, dime querida...

—¡No, espera! Escúchame; por favor escúchame. ¿Quieres?

Ojos azules oscuros, una cabellera espesa sobre una hermosa piel, subyugaban e impedían razonar.

—¿Bien?

—Ese hombre mayor, justo detrás de ti... que te hablaba, aunque no podía oír lo que decía...

—¿Uno parecido a Macaulay?

—Sí. Es Mr. Dawlish ¿no?, el abogado. Entonces, el joven que estaba con él es...

—¿Joven?

—Sí, debe ser Nicholas Barclay, ¿no? Así lo pensé. Tú lo mencionaste alguna vez como un gran amigo tuyo y dijiste que habías estado en el colegio con él. Garret, ¿vas camino de Greengrove?

—Sí, voy. ¿Has estado alguna vez en Greengrove?

—Sí, ¿por qué me lo preguntas?

—¿Por qué te lo pregunto?

Un apagado ruido de puertas corrió a lo largo de la hilera de coches. Un silbato sonó. Deslizándose con suavidad, la poderosa máquina Diesel hizo rodar el tren fuera de la estación. Fay gesticuló nerviosamente hacia el sitio opuesto. Pero Garret no se sentó. Siguió parado frente a ella, un tanto inestable, pues el tren se movía, contemplándola como un maestro de escuela.

—Aunque no tienes la más remota idea de por qué te lo pregunto, trataré de aclarártelo. Pero hay otro interrogante, Fay, si es que realmente éste es tu verdadero nombre...

—¡Oh! ¡Claro que es mi verdadero nombre! Lo ha sido siempre ¿por qué no lo sería?

—Una vez dijiste...

—Estaba hablando de mi sobrenombre. También he adquirido el perfecto derecho legal a aquél, aunque puedas oír cualquier cosa en el futuro.

—¿Entonces tu primer nombre no es Deidre? ¿No eres la mujer de Pennington Barclay?

—¡Oh cielos! ¡Esto es horrible, es peor que todo lo que he soñado, y he soñado tantas cosas! ¡No, Garret! No soy la mujer de Pennington Barclay; no soy la mujer de nadie ni nunca lo he sido, gracias a Dios. ¿Quién te ha dicho que soy la mujer de Barclay?

—Nadie me lo dijo. Fue una loca casualidad. Oí una descripción de la mujer de Pen, que se ajustaba a ti. *Mediana estatura*, decía Dawlish, aunque tú eres más bien pequeña. Y además *cabellos rubios*.

—¡Por favor, Garret! Conozco a Dawlish; si algo tiene es que es preciso. ¿Ha dicho *cabellos rubios* exactamente?

—No, no lo dijo. Con un estricto sentido de historia detectivesca, ahora pienso que dijo: *cabellos claros*. Lo que tiene el mismo significado, ¿no?

—No, no exactamente. ¿Escucha, quieres? Deidre Barclay (era Deidre Meadows cuando la conocí) tiene cabellos castaños, un hermoso y atractivo tinte castaño claro. Es más alta que yo, tiene mejores maneras, buen carácter y desde luego, mucha, mucha más presencia. Mediana estatura, *cabellos claros* es una buena descripción de Deidre, pero no se ajusta tanto a mí. Si tú has pensado tales cosas...

—Si he pensado tales cosas, Fay, admite que he tenido razones para ello. Además, en materia de equívocos entre tú y la mujer de Pen, hay la disparidad de edades. Todavía, en apariencia, la edad no significa mucho en tu joven vida. Hace poco te referías a Nick Barclay como un joven, aunque tiene la misma edad que yo:

sombríos, chatos, inequívocos cuarenta. Mientras que tú...

—Encanto, encanto —saltó Fay—. ¿Sabes la edad que tengo?

—Veintidós a lo sumo. Según mis cálculos hace un año tenías veintiuno...

—Tengo treinta y dos —exclamó Fay a modo de vindicación de ella misma—, y cumpliré treinta y tres en septiembre. Cualquiera mujer te lo hubiera podido decir al mirarme, pero no sucede lo mismo con los hombres. Vosotros no sois capaces de ver o simplemente no deseáis enteraros. Mucho más en el caso de una mujer que no es horrible, y parece *joven*, y que tiene la posibilidad de usar sus... sus...

—¿Facultades?

—Bueno, sí. Engaña mucho. Eso convence a los hombres con nada. Pero esa es la verdad, soy una insípida, chata mujer de treinta y dos, y tal vez más vieja de alma y de espíritu. ¿Qué tienes que decir de esto?

Garret levantó su puño en el que había deshecho con violencia el cigarrillo recogido en el asiento.

—Digo, señora, que es la mejor noticia que oí en mi propia y avanzada centuria. Observo además que por alguna curiosa traición de su lengua, continúa dirigiéndose a mí con la intimidad de otros días. ¿Me permite sentarme a su lado?

—No podría impedirlo si insistieses, pero ¡por favor, no!

—¿Por qué?

—Porque no deseo que lo hagas. Aunque esto no es verdad. Estoy mintiendo de nuevo otra vez —sus manos se alzaron para esconder su rostro, y después descendieron—. Te deseo más que a nada, aun en este sofocante tren británico, y habiendo dejado atrás Clapham Junction. Pero no puede ser. Lo que estoy pensando no debe ocurrir; ¡no debe!

—¿Qué es lo que estás pensando?

—Lo mismo que tú, Garret. Pero no debe de ser. Te lo digo porque la situación es horrible y no puede sino empeorar. Podremos, seremos capaces de establecer algunas reglas entre ambos...

—De cualquier manera, si tú permites que discurramos.

—Está bien.

Fay se recostó, cruzó las piernas y se arregló la falda. A su lado, en el otro extremo del asiento, había un paquete envuelto en un papel con la etiqueta de un famoso librero del West End. Por un momento los dedos de su mano izquierda jugaron distraídos con la etiqueta. El color de su rostro subió, después empalideció. Garret se sentó en el asiento opuesto, observándola.

—Soy la secretaria de Pennington Barclay —le dijo—. No soy su mujer, ni nada por el estilo. Soy su *secretaria*, y lo he sido durante casi un año. ¿No te dije que después de mis vacaciones regresaría a hacerme cargo de un nuevo empleo?

—Sí, pero fue cuanto dijiste.

—Bueno, Garret, si te hubieras interesado lo bastante para preguntarme...

—No, señora, esto no va a convertirse en una demostración lógica de cómo

estuve equivocado. Cada vez que traté de este asunto, o que ensayé poner algo en claro, te ibas por las nubes y me decías que no era importante.

—Lo siento. ¡Lo siento tantísimo! Te dije seguramente que iba a Italia a visitar a una compañera de colegio y que una joven de nuestra misma edad iba a unírseos.

—Sí, fuiste tan lejos como todo eso.

—La primera era Alice Willesden, que se casó con el Conde Carpi y vive ahora fuera de Roma. La otra era Deidre Meadows: Deidre Barclay, desde 1958. ¿No resulta ridículo, después de todo —una falsa burbuja de humor pretendió disimular la nerviosidad de Fay—, que esto no haya sido sino un caso de encuentros entre antiguos compañeros de colegio? Tú fuiste compañero de Nicholas Barclay al mismo tiempo que Deidre, Alice y yo...

»Ya lo ves, Garret, fue Deidre quien me consiguió este trabajo como secretaria de su marido. Lo había arreglado antes que nosotros partiéramos de Inglaterra el año pasado. Mr. Barclay, Mr. Pennington Barclay en realidad no sabía quién era yo. Deidre me conoce, nunca cree lo que le dicen, estaba empeñada en darme una oportunidad, es leal en todo. Mr. Barclay, lo repito, no sabe una sola cosa acerca de mí.

—Tampoco yo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Dije que yo tampoco. ¿Quién eres Mrs. Esfinge sin razón? ¿Que decían acerca de ti que fuese tan terrible, y qué es ese *revoltijo de cosas horribles* en el que insinúas estar metida? En una palabra ¿cuál es el misterio y por qué estamos discutiendo?

»En verdad, Fay, ¿no es hora de que despejes esta tormenta en un vaso de agua hablando claro? ¡Por favor!, no te conduzcas como una heroína de novela victoriana, que por ninguna razón del mundo diría una palabra, cuando con dos frases se habría aclarado la mayor parte de las dificultades que comenzaron por eso: ¡por no decirlas!

»No quisiste ni oír que te acompañara a Roma, en razón del encuentro con tus amigas, cuando precisamente hubiéramos podido pasar por la más casual de las amistades o de compañeros de salida en París.

—Si eso hubiera sido todo Garret...

—¿No lo era?

—Si hubiese sido todo, o por lo menos la décima parte de todo —clamaba Fay en serio estado emocional—. ¿Crees que me habría importado lo que ellas o nadie pudieran pensar? No soy una doncella puritana, bien lo sabes.

—De acuerdo, ni por el nombre ni por el adjetivo.

—Además le conté a Deidre nuestro encuentro; es decir le conté lo que sentía por ti, y lo que pensábamos hacer. Deidre puede ser muy estricta, o como la gente piensa que es, pero es humana y comprensiva. Lo comprende todo, Garret. Ella no nos pondrá en descubierto. ¿Por qué querido no está todo aclarado?

—Sí, lo está.

—Pero ¿podía sospechar que habría de encontrarte aquí? ¿Pensaste que no quería

que partieras para Roma? ¿Pensaste que no quería encontrarme contigo en Yvy como habíamos decidido? Yo sí lo pensé, ¡pensé cien veces sobre lo mismo! Decidí no volver a verte más (y cumpliré mi promesa, así que ayúdame, tan pronto como abandone Greengrove), porque no quiero que te veas enredado conmigo. No quería herirte. No quería que sufrieras por mi culpa, no quería verte enredado como te verías si lo nuestro se descubre.

—Fay, ¡basta de condenadas insensateces!

—Insensateces. ¿Eso es todo lo que se te ocurre? ¡No me busques pelea, no seas cruel conmigo, por favor! Porque la verdad puede descubrirse, haga lo que haga. Si algo ocurre en esa espantosa casa, si Mr. Barclay se matara o llegara a dañarse de alguna manera...

De nuevo Fay calló en seco, tapándose la boca. A través del ruido de las ruedas del tren sobre las vías, del crujido y los tirones de los coches por el campo, se oyeron los pasos de alguien que se aproximaba por el pasillo. En la puerta apareció el traje gris y la cara soñolienta de un empleado del coche restaurante, que la abrió manteniendo las hojas separadas.

—La comida va a ser servida —dijo, con voz monótona—; la comida va a ser servida —como si no hubiera visto a nadie, la cerró de nuevo y se retiró y sus pasos se fueron apagando.

—Oyes, Fay, podemos...

—Sí, pero no podemos. ¡No debemos!

—¿Qué?, ¿no debemos comer?

—Garret, ¿no quieres entender? He comido antes de dejar la ciudad; no podría comer nada ahora. Pero no es eso lo que quiero decir. Vete y reúnete con los otros. Pero no les digas que estoy aquí; ni que has estado conmigo; y en el futuro no des la menor muestra de que nos hayamos conocido antes.

—Olvídalo, Fay, ¿estás fabricando más misterios todavía? Por otra parte, aunque quisiera simular que no estás aquí, ¿cómo podría hacerlo? Nos encontraremos obligatoriamente cuando descendamos en Brockenhurst.

—No, no nos encontraremos para nada. Yo bajaré en Southampton Central, veinte minutos antes de Brockenhurst y tomaré un autobús hasta Lepe Beach. Puedo decir que tomé otro tren, y dar cualquier excusa. De todos modos en Greengrove seremos presentados como si se tratase de dos extraños.

—¿Pero qué hay en ese *hocus-pocus*? ¿Qué siniestra razón había para que tú estuvieras en Londres hoy?

—No, ¡por la gracia de Dios! —Fay tocó el paquete que tenía al lado—. Mr. Barclay quería algunos libros, y me pidió esta mañana que fuera a comprárselos. Supongo que no podían mandárselos por correo; como se hace normalmente. Me pidió que fuera y así lo hice.

—Entonces, ¿por qué ocultarlo? En cuanto a lo de encontrarnos como dos extraños... Si tu amiga Deidre ya lo sabe...

—Sí, y ya que estamos en esto, quiero hacerte una tremenda pregunta, ¿has hablado con alguien de lo nuestro?

Esto le cayó un poco como si le golpearan en un ojo.

—Sí, se lo conté a Nick Barclay. Después de todo...

—Si yo puedo hablar de ti a una amiga, ¿por qué no podrías tú hablar de mí a un amigo? ¿Es eso lo que estás pensando?

—No exactamente en esos términos. Algo parecido, sin embargo.

—¡Garret!, ¿se lo has contado todo?, le has contado lo nuestro... que nosotros...

—No, no lo hice. Por nada en el mundo admitiré que ha habido un encuentro al modo de un cuento Victoriano. Las mujeres parece que sois menos reticentes en esta materia.

—¿Qué intención tiene lo que dices? ¿Te parece bonito? No quise decir eso, quise saber si en realidad es tu amigo y si puedes fiarte de él...

—Sí, tengo absoluta confianza en él. Y la puedes tener tú. Tan sólo que Nick tiene un particular sentido del humor. Pero es inteligente; sospecha bastante. Sobre todo cuando tuve la loca idea de que la esposa de Pennington podías ser tú, él pensó lo mismo.

—¿Qué pudo hacerle pensar eso?

—Lo mismo que me hizo sospechar a mí; la descripción que hizo Mr. Dawlish de la mujer de Pen, como una persona de cabellos claros. En cuanto lo oyó, Nick estalló en exclamaciones acerca de las rubias y me preguntó qué pasaba por mi cabeza, con una amplia explicación de lo que pasaba en la de él.

—¿Pensó que Deidre podía ser rubia? ¡Oh!, eso es imposible, no puede ser.

—Lo gritó estando en el andén, si tú estabas en la ventanilla, has podido oírlo.

—No digo qué palabras usó, sólo digo...

Fay alzó la cabeza para hacer frente a Garret. El tren en una brusca acelerada casi los lanzó al uno en brazos del otro. Ambos titubearon, ambos se echaron atrás y se acomodaron de nuevo.

—Él no podía pensar eso, te aseguro —insistió Fay—. Tampoco estoy haciendo misterios de nuevo. Estelle Barclay se escribía a veces con la madre de Nick.

—Sí, lo había oído. ¿Y qué?

—Cuando llegué, por esta fecha en el último verano, el viejo Barclay vivía todavía.

—¿El abuelo Clovis? Era alguien aterrador, ¿no?

—Podía ser terrible si no se lo sabía manejar. Por lo común era manso como un pollito con Deidre y conmigo. Se volvía contra todos los demás, sobre todo contra Pennington y Estelle, y no frenaba su lengua de ninguna manera. Pero este no es el problema. El último año hizo un otoño magnífico, hasta parecer verano. Tomé mi cámara, saqué varias fotos muy buenas en color. Una de Deidre y su marido en el jardín; otra de Miss Barclay. Miss Barclay me pidió que le hiciera una copia de ambas. Se las hice y las envié... a...

—¿A la madre de Nick?

—Sí, unos días después mientras escribía a máquina una de las cartas usuales de Mr. Barclay para el *Spectator* o *Time and Tide*, llegó con las copias y me dijo: *Creo que a mí querido sobrino le podrían agradar estas fotografías. No vale la pena escribirle una nota, porque no la contestaría. ¿Quiere, por favor, escribir a máquina la dirección que le voy a dar en un sobre y enviárselas?* Así lo hice. Detrás de una de ellas decía *Pen y Deidre, 1963*, y en la otra *Essie* también con la fecha. La fotografía de Deidre era particularmente nítida. Por lo tanto su amigo Nick conoce el color de su pelo, ¿no? No puede haber pensado que era rubia.

—No lo sé, Fay. Nick es un hombre muy ocupado. Si esas fotografías se extraviaron en el correo, o las enviaste a la dirección de Willis-Barclay-Publicaciones...

—No, no las mandé allí, las envié a su piso, recuerdo que Essie me dio las señas al estilo norteamericano: *Mr. Nicholas Barclay, hijo, 52 East, calle Sesenta y Cuatro, Nueva York* y el número de la zona. Y ¿cuándo se extravían las cartas por correo?

—De todos modos, hay muchas explicaciones.

—Me atrevo a decir, Garret, que no supondrás...

—¿Suponer que?

—A menos que este hombre sea un impostor, como Tichborne Claimant, y no sea para nada Nick Barclay.

—Por Dios, mujer. ¡Quién puede pensar semejante locura! ¡Fui al colegio con él!

—Después de todo no lo has visto en mucho tiempo...

—Lo vi hace cuatro años, cuando se detuvo en Londres, camino de Marruecos. Es el verdadero Nick Barclay y no otro. Te doy mi palabra y está aquí para dar total posesión de la propiedad a su tío Pen y a su tía Essie. ¿No lo habías oído?

—Sí lo oí. El abogado se lo dijo a Mr. Barclay. Y además se lo contó a Deidre y ella a mí.

—¿Entonces?

—Todavía no he conseguido entenderlo bien, mucho me temo. No es lo que uno quiere decir, es lo que los demás entienden que uno dice. Este amigo tuyo, el verdadero heredero, puede tener las mejores y más bondadosas intenciones, no lo dudo, puesto que tú lo afirmas, pero ¿cree su tío una sola palabra suya? No, no lo cree. «*El joven Nick, Miss Wardour —Fay imitaba su manera lenta de hablar— era una persona muy decente cuando lo conocí. En lo que puede haberse convertido entre tanto desenfadado yankee, es otro asunto. Estoy en medio de su camino, siempre he estado en el camino de los demás*».

—¿También tú dices esto?

—¡Lo digo yo, lo dice Deidre, lo dice Mr. Barclay!

—No solamente tú. Todos, casi sin excepción, han estado interpretando y dramatizando los hechos.

—No hablarías de interpretar ni de dramatizar si estuvieses allí y hablastes con

ellos. Mr. Barclay es un hombre raro. Mientras Clovis Barclay vivía nunca le sometió como la gente parecía creer; podía haber cometido algunos desafueros que el anciano nunca pudo entender. Desde luego nunca... nunca me hizo insinuaciones, esto es absurdo y ridículo. Pero es un hombre extraño. Está convencido de que todos, en especial los de su familia, están unidos contra él y que siempre ha sido así. Pienso que se sentiría feliz si pudiera hacerles daño de alguna manera. Tiene la misma enfermedad de corazón que mató a su hermano y mantiene al doctor Fortescue como huésped permanente. Viste chaqueta de *smoking* eduardiano; y habla constantemente de la obra de teatro que nunca se decide a escribir. Con todo parecía bastante feliz hasta la tarde que descubrieron el segundo testamento del anciano Mr. Barclay. Entonces explotaron todas sus rarezas.

—¿Te enteraste de cómo fue descubierta el segundo testamento?

—¿Enterarme? Estaba allí.

Por un momento Fay se asomó a la ventanilla con la mirada suspendida sobre el campo.

—Fue el 1 de abril —prosiguió—, estábamos todos en la biblioteca. Aunque no recuerdo por qué estábamos en la biblioteca. Después del funeral del anciano Mr. Barclay, su hijo acostumbraba ir allí. Me estaba dictando, andaba despacio de un lado a otro y me dictaba como hace habitualmente. Deidre estaba allí mirando hacia fuera. El viejo doctor Fortescue estaba allí; no sé por qué se me ocurre llamarlo viejo. No es viejo, en realidad, pero tiene algo en sus maneras que hace pensar así. Mr. Dawlish también estaba allí. No suele ir mucho a pesar de su amistad con la familia. Pero Deidre quería consultarle algo. Deidre tiene absoluta confianza en él, lo mismo que su marido, y creo que tienen razón. Entonces Miss Barclay asomó la cabeza diciendo que creía haber olvidado allí su labor. Era una tarde oscura y ventosa. Ninguno, lo juro, había pensado ni por un minuto en los dos jarrones que estaban sobre la repisa de la chimenea. Debo explicarte que en cada extremo de la repisa Mr. Clovis tenía un par de trabajados jarrones chinos con tapa. El de la izquierda contenía cigarros y el de la derecha tabaco de pipa. El anciano no fumaba pero los tenía para sus huéspedes. El doctor Fortescue dijo que era una extraña manera de tratar el tabaco, ponerlo en un jarrón chino sin humedad, que acabaría por secarse hasta hacerse infumable. No entiendo de eso. Acostumbro a tener siempre cigarrillos conmigo porque me siento menos nerviosa; los demás, con excepción de Fortescue y de Dawlish, solamente fuman cigarrillos. Mr. Dawlish, que fuma en pipa, nunca hubiera soñado servirse tabaco de lo que él llamaba la casa de la muerte. Y puedo asegurarte que aquel día olía a casa de la muerte cuando tía Essie asomó la cabeza preguntándonos por su labor. No tenía ningún sentido... —Fay se interrumpió para preguntar—. ¿No estoy divagando como es mi costumbre?

—Tienes muy buen sentido cuando te limitas a narrar —le respondió Garret—. Prosigue, la buena de tía Essie asomó la cabeza preguntando, y ¿qué pasó después?

Fay hizo una mueca de disgusto.

—Mr. Barclay interrumpió su dictado para decir: *Parece, Estelle, que está sobre la chimenea, llévatela por favor. Sí, sí,* contestó Miss Barclay. Entonces se oyó un ruido que nos hizo saltar a todos. Al tomar su labor, empujó el jarrón de la derecha, que se hizo añicos. En medio del tabaco apareció el borde de un sobre, que había estado escondido allí, un largo sobre sellado con un nombre escrito encima. Yo estaba sentada en una silla cerca de la chimenea con un lápiz y un bloc; pude ver la dirección: *Para Dawlish, Esq.* Miss Barclay gimió: *Es la letra de mi padre, es la letra de mi padre,* y se inclinó a recogerlo. Pero el doctor Fortescue se le anticipó y tomando el sobre lo leyó. *Esto parece ser para usted,* le dijo a Mr. Dawlish. *Es para mí* (contestó el que según tú se parece tanto a Macaulay) *y creo que lo mejor es llevármelo. ¿Y ponerlo lejos de la tentación de alguno, eh?,* preguntó Fortescue. *Haré mejor en tomarlo con el permiso de usted, Pennington, quise decir.* Tía Essie lloraba. *¿Qué contiene, qué contiene?* Mr. Barclay parecía fuera de la cuestión aunque por un momento ensombreció como herido por un rayo. *Con mi bendición, Andrew.*

»*Ella ha hecho un desgarrón en el sobre,* dijo Mr. Dawlish. *Discúlpeme.* Metió el sobre dentro de su bolsillo y se dirigió a su auto. Esa misma noche regresó para informar del contenido, un nuevo testamento. Lo único que dijo Pennington Barclay fue que sospechaba que *el viejo demonio* (se refería con ello a su padre) *hubiese sido capaz de una trampa tal.* Allí comenzó lo peor. La tensión, la depresión, el horrible humor suicida, que apenas puedes sospechar, se iniciaron en ese mismo minuto. Entonces, cuando el fantasma comenzó a andar y fue visto por Mrs. Tiffin y también por Miss Barclay...

El tren había tomado una curva que los hizo moverse en su mismo sentido, el sonido agudo del silbato quedó atrás.

—Sí, ¡el famoso fantasma! —interrumpió Garret—. ¡Mr. Justice Wildfare escapado del siglo XVIII! ¿Lo has visto tú también? ¿Y quién es Mrs. Tiffin?

—Mrs. Tiffin es la cocinera. No, yo no lo vi ni lo deseo.

Fay se puso de pie de un salto, dándose la vuelta como si fuese a escapar del compartimento, sujetándose con una mano en el respaldo del asiento. Miró por detrás de su hombro con ojos atentos y la boca roja temblorosa.

—¡Oh! Garret, sé que es alguien disfrazado, o por lo menos así lo creo. Pero te aseguro que de todos modos no es agradable. La horrible y perversa malicia de alguien que desea justamente aterrorizar a la gente. Y el efecto del nuevo testamento sobre el pobre Mr. Barclay, que finge reír, ja-ja, pero que no puede controlarse como para reír del todo. ¿Sabes que ha comprado un revólver?

—¿Pennington Barclay?

—Sí. Cuando hizo la petición de licencia dijo que era porque temía a los ladrones. Pero no se trata de ladrones para nada. Si el fantasma se le llega a aparecer, va a hacerle un agujero en su cuerpo espectral. No es sino un pequeño revólver, un veintidós. Pero así y todo hará mejor en no disparar al supuesto fantasma, ¿no te

parece?

—No debería, ciertamente. Si le da en la cabeza o en el corazón, quieras o no, un revólver pequeño puede matar tan efectivamente como un cuatro-cinco que salpica la víctima sobre los muebles. Por el acto homicida en 1957...

—¿Homicida, querido? ¡De otra cosa tengo miedo! Lo sé como lo sabe Deidre, mucho más, porque ella no quiere confesarlo. Mr. Barclay no debería encerrarse en un mutismo tan negro; este sobrino parece tener buenos propósitos. Un estado de ánimo como el suyo es salvaje, grotesco y estúpido, tanto como el fantasma. Pero los sentimientos no son menos fuertes porque sean locos o irrazonados. ¡No puedo soportarlo más! Con un motivo u otro, Dios nos proteja, ¿no han habido bastantes muertes?

Tensa por la emoción, leve en su vestido blanco y azul, medio vuelta hacia él, con los reflejos del sol iluminándole los cabellos y la cara, estaba tan hermosa que Garret solamente deseó tomarla en sus brazos y decirle que olvidara esos pensamientos absurdos. Cuando de pronto fueron interrumpidos de nuevo.

Otra vez sonaron pasos en el corredor desde la parte delantera del tren. Evidentemente eran los pasos de dos hombres en busca del coche restaurante; impresión que las palabras confirmaron un momento después.

—De todas maneras —decía la voz inconfundible de Mr. Barclay— espero que tengamos una comida decente. ¿Dónde cree que puede estar Garret?

—Es inverosímil —dijo otra voz, también inconfundible— que los restaurantes de los ferrocarriles británicos tengan tan poca cabida para los *gourmets*. En cuanto a Mr. Anderson...

—¡Con cuidado! ¡Condenado tren!

—No trastabille, Nicholas; agárrese del borde de la ventanilla. En cuanto a Mr. Anderson, el mozo que traía su maleta dijo que había sido llamado por una señora desde otro coche. Una buena comida concedamos que sería un encomiable milagro. Tan increíble como que su distinguido amigo hubiese podido encontrar alguna relación camino de Bournemouth en jímio. No hay duda que estará con nosotros dentro de un rato.

Pasaron la puerta, Andrew Dawlish delante, sin sombrero y con la cabeza alta de manera agresiva. Nick lo seguía uno o dos pasos detrás, exagerando el balanceo del tren. Sus voces sonaron más fuertes; sin mirar ni a derecha ni a izquierda, pasaron y se perdieron. Fay, que había olvidado sus temores y se había cubierto el rostro con el brazo, se volvió con un suspiro de alivio.

—¡No nos vieron! ¡Después de todo no nos vieron!

—No, cuando la gente anda por un tren, ¿te has fijado?, mira en todos los compartimentos excepto en el que queda al final del coche.

—No tendrán otra oportunidad, Garret, créeme. Vete y reúnete con ellos, ¿quieres? Te han dado tu excusa, ¿los oíste, no? Soy una vieja conocida tuya; voy camino de Bournemouth, y has venido a saludarme. ¿No es bastante gracioso?

—Hubiera deseado otra cosa de mi vieja amiga.

—Querido, no estoy bromeando. Algo tremendo puede suceder en Greengrove, algo peor para ambos que cualquier malentendido, a menos que nos separemos y nos encontremos como extraños esta noche, más tarde. ¿No quieres hacer esto por mí? ¡Te lo ruego! ¡Por favor!

Garret no contestó, aunque profano se trazó una fina y clara cruz sobre el pecho. Pero no pudo hacer que los ojos de Fay se encontraran con los suyos. Medio enfadado, algo turbado, corrió las hojas de la puerta, salió al corredor y siguió a los otros dos.

Nick Barclay no había exagerado el movimiento del tren. La puerta del siguiente coche estaba obstinadamente dura de abrir. Cuando volvió a oír voces delante de él apretó el paso hacia el restaurante.

Era probable que lo que Fay le contó no fueran sino hechos absurdos. Pero al mismo tiempo se presentían siniestras implicaciones detrás de las cosas que medio insinuaba, o que pasaba por alto. La única objeción real a la llamada intuición femenina es que da en lo cierto más a menudo de lo que la gente suele admitir. ¿Qué pasaba en aquella casa de El Codo de Satán?

La luz del anochecer comenzaba a oscurecer el cielo, desvaneciendo los contornos de un auto que apenas sobresalía por encima de un seto. Un Bentley azul oscuro, de hacía seis años, que estaba situado a la izquierda del patio de la estación, en una desviación llamada Mili Lañe.

En el andén, casi disimulada en la sombra, los esperaba una mujer joven de cabellos castaños y ojos color avellana, el tipo de la muchacha deportiva, con pantalones negros y chaleco naranja.

A pesar de una cierta altanería dentro de su desenvoltura y de su eficiencia, Garret no pudo evitar que le gustara. Ella dio un pequeño respingo cuando Nick se le acercó a grandes pasos.

—¿Es la esposa de tío Pen, no?

—Sí, soy Deidre. Después de su saludo no pueden quedar dudas de quién es usted.

—Ninguna —dijo Nick extendiendo su mano, devolviendo la insinuación de una sonrisa—. Tía Essie me envió un retrato suyo, así que en ningún momento pensé que fuera a equivocarme. El problema es cómo llamarla: Mrs. Barclay, tía Deidre, sería un poco exagerado. Cómo me dirijo a usted sin otra relación excepto el matrimonio.

—¿Por qué no Deidre, simplemente? ¿No le parece bien?

—Me parece admirable, si me llama Nick.

—Gracias, Nick, trataré de recordarlo.

—Desde que las presentaciones se han hecho sin necesidad de mi intervención —dijo Andrew Dawlish—, no añadiré sino que este caballero es Garret Anderson, de quien hablé con Pennington por teléfono.

—¡Oh!, ¿es usted? —exclamó Deidre, desviándose casi con alivio de Nick—, el Garret Anderson que escribió...

—Si me lo permite, Miss Deidre —interpuso el abogado—, Mr. Anderson es responsable de *La Casa de Tío Tom*, es culpable de *La Casa de Tío Tom*, pero no escribió *La Casa del Tío Tom*, como le dirá con algún calor cuando se lo pregunte. Entretanto, ¿cómo está usted, querida? ¿Cómo andan las cosas en Greengrove?

—No muy bien, me temo. Aun si el joven Nicholas..., Nick, quise decir; disculpe..., realmente y de veras se propone lo que usted dijo que se propone...

—¡Oh, el dulce tañer de las campanas!, por supuesto que me propongo —bramó Nick—. Es muy bonita, tía Deidre, para no tener cuanto desee sobre la tierra. Los papeles estarán listos mañana, como le dije. ¿Qué puedo hacer para convencerla hasta que haya firmado el documento?

—Me ha convencido, Mr. Barclay, ya me ha convencido; muchas gracias. Pero convéznase también —y Deidre lo miró fijamente a los ojos— que no deseo poseer

nada; nada material, esto es todo. Ahora, ¿quieren seguirme? Por aquí, por favor.

Con Deidre a la cabeza, a una velocidad que era casi una carrera, subieron la escalera de madera, cruzaron un puente por encima de otro andén y descendieron hasta el Bentley que esperaba en el patio de la estación. Acomodadas sobre el suelo, junto a él estaban las maletas de Nick y la pequeña de mano de Garret. Deidre empujó a Nick y a Garret hacia el asiento de atrás y abrió la puerta delantera izquierda para Dawlish.

Deidre Barclay se sentó al volante. A su lado, Andrew Dawlish, con la maleta sobre las rodillas. El enorme respeto de ella por él, no menos que la solicitud de él para con ella, conferían al abogado un aire tan solemnemente paternal que provocó en varias ocasiones que Nick Barclay, sentado atrás con Garret, ocultara su risa detrás de las manos.

Fay Wardour había desaparecido cuando Garret y sus dos compañeros regresaron de comer, tan copiosa como insulsamente, según había sido previsto. Con toda probabilidad estuvo escondida en alguna parte antes de descender; él no volvió a verla. Deteniéndose sólo en Winchester y en Southampton Central, el tren llegó a Brockenhurst a las 9,30 en punto.

El automóvil se puso en marcha al primer contacto. Un pueblo gris, blanco y rojo fue quedando atrás a medida que atravesaban Mili Lane y entraban en campo abierto. El abogado había iniciado algún pronóstico profético cuando Nick lo interrumpió.

—Ahora —dijo sin ninguna clase de preámbulos— qué es ese barullo y bla-bla-bla acerca del fantasma. ¿Quién es, en todo caso, Mr. Justice Wildfare? ¿Qué porquería hizo en el siglo XVII o qué porquería le hicieron para que mantenga su rostro vuelto hacia el pasado y retorne de visita a los reflejos de la luna?

—Por décima vez Nicholas —Mr. Dawlish giró en redondo— debo repetirle que no sé nada o muy poco de lo que concierne a la historia del supuesto fantasma. ¿No tiene algún comentario para hacer, Mr. Anderson? Tal vez su reserva de antigüedades pueda ayudarnos.

—Mi reserva de antigüedades —contestó Garret— no ha ido muy dentro de las consejas del siglo XVIII. En cuanto a *Sir Horacio Wildfare*, lo he visto citado una vez en el Diccionario Biográfico Nacional.

—¿Con qué resultado, puedo preguntar?

—Nada muy informativo respecto a sus inclinaciones después de muerto. Bastante sobre su vida. *Sir Horacio* fue el más salvaje e inflexible de los caracteres augustinianos: un juez con horca, de mal carácter.

—Eran tiempos duros —dijo Mr. Dawlish sentenciosamente—, y con leyes duras para aplicar. ¿Podemos sorprendernos de que un juez sentado en su silla se contagiase de esa misma dureza?

—Posiblemente no. Pero la gran objeción sobre este juez en particular es, según parece, que en una ocasión no sé mostró tan duro.

—¿Entonces Mr. Anderson?

—En 1760, poco después de haber sido elevado *Sir Horace* a su sede, el hijo de un rico terrateniente fue llevado a juicio acusado de asesinato. Se trataba de un crimen particularmente brutal, por el degüello de una muchacha de doce años, a quien el hijo del terrateniente había violado. Mr. Justice Wildfare, en vez de colgar al prisionero y a los testigos del prisionero, como era su costumbre, se volvió violentamente en dirección opuesta. Se condolió del prisionero, desbarató la causa, intimidó a los testigos y acobardó tanto al jurado, que en medio de una tormenta de silbidos dieron un veredicto de no culpabilidad.

—Ahora me explico —dijo Nick— que no pudiera andar bien con nadie.

—No, no fue así —dijo Garret—. George III había ascendido al trono; la batalla entre *whig-tory* estaba caldeada. *Sir Horace Wildfare*, *tory* y hombre del rey, había sufrido el fuerte fuego del ataque de sus enemigos políticos; la multitud le gritaba en las calles y una vez arrojó alguien un perro muerto dentro de su coche. Se lo acusó de soborno, lo cual fue probablemente verdad. Hasta el discreto D. B. N. admite *fuerte sospecha*. Dos años después, todavía bajo encarnizados ataques, pero sin que nada se le probara, renunció a su sitial y se retiró a Greengrove, que había construido, tal vez sí o tal vez no, con dinero mal obtenido.

—Muy bien, ¿y qué más?

—Oficialmente, éste es el final de la historia. Murió en 1780. Pero no conozco las circunstancias ni nada concerniente a él, ni el motivo por el cual, como lo has dicho ahora, *mantiene su rostro vuelto hacia el pasado*.

—Bueno, yo sé algo —observó Deidre—, y si les es igual deseo que no insistan en el tema.

—Despacio, mi niña —dijo Nick con intención—, gentil tía, buena tía, que no es realmente una tía. ¿Está dando un respingo?

—No soy una persona nerviosa, o por lo menos nunca creí serlo. Pero hemos estado un poco trastornados, como sabe, y...

Deidre quedó en suspenso por un momento.

A medida que la oscuridad aumentaba, los perfiles se hacían más claros excepto a lo lejos. El auto se deslizó a lo largo de una buena carretera que atravesaba un brezal, con vestigios de New Forest. Ponys pacían a los lados de la carretera, ociosos, sin preocuparse del tránsito, sin levantar siquiera la cabeza. A través de las ventanillas abiertas del auto entraba la fragancia de la hierba húmeda y la brisa jugaba con los cabellos de Deidre. Entonces los ojos castaños miraron con expresión indescifrable. Garret dedujo que ella sabía todo sobre él, puesto que Fay se lo habría contado, no porque diera la menor señal, o por lo que dejara traslucir, traicionándose, esta saludable y aparentemente sensible persona.

—¿Dijo, Mr. Anderson, que el juez murió en 1780?

—Sí.

—¿No es verdad que persiguió vindicativamente a sus enemigos, cosa común en aquellos días?

—Eso suele suceder también en nuestro tiempo, Mrs. Barclay.

—No de ese modo, espero, no de ese modo.

—Pen, mi marido, encontró un panfleto anónimo publicado en 1781 u 1782 — Deidre seguía dirigiéndose a Garret—. El panfleto se llama *Muerto y condenado*; resume la carrera del juez, y es el ataque más virulento que haya leído nunca. Dice que Sir Horace Wildfare fue peor aún en su vida privada que en su vida pública. Según el panfleto, murió de apoplejía mientras insultaba a uno de sus hijos —aquí Deidre miró a Mr. Dawlish—. Habló de él como si estuviera enfermo, pero parece que al final de sus días estuvo realmente afectado de una cierta clase de enfermedad de la piel. El panfleto dice, y cita testigos, que se convirtió en algo tan espantoso que después de aquello siempre usó, aun dentro de su casa, un velo negro de seda, con agujeros abiertos para los ojos. ¿No es esto bastante juicio sobre él?

Nick se inclinó hacia delante.

—¿Por aceptar soborno, quiere decir?

—Por aceptar soborno y algo más —dijo Deidre con una particular inflexión—. Cuando pienso...

De golpe aceleró. El Bentley desplegó su incontrolable pique.

Mr. Dawlish hizo una observación; entonces Deidre se controló y controló el auto.

—Me portaré bien —dijo a Mr. Dawlish—. No soy una persona sensiblera, como saben. Pero me pongo furiosa con sólo pensar en este fantasma o enmascarado o lo que sea: esa repulsiva figura vestida de largo y con un velo negro sobre la cara. Cuando me imagino a mí misma viéndolo, aunque nunca lo he visto, me lo represento siguiéndome por un corredor o adelantándome, y empujándome a un rincón antes de quitarse el velo para mirarme fijamente en la cara y...

—¡Ah, no! —interrumpió Nick; hablaba con gentileza, apoyando la mano izquierda sobre el respaldo del asiento junto a los hombros de Deidre—. Además de que usted se preocupa, cosa que no debe hacer, es aquí donde yo interpongo mi protesta contra esa historia que viola las leyes y protocolos de las buenas historias de fantasmas. Tiene demasiado color.

—¿Color?

—Es lo que he dicho. Un largo vestido, ¿eh?, y además lleva peluca. ¿Está tratando de decimos en serio, Deidre, que el fantasma de Mr. Justice Wildfare desfila por la casa en toda la grandeza de su púrpura y armiño judicial?

—¡No, no! No sea tonto. ¡Desde luego que no!

—Entonces, ¿qué es lo que está diciendo?

—El traje, según el panfleto, era un viejo traje que el juez usaba en vida y que le daba aire imponente cuando lo usaba en la casa. De todos modos, Mr...; de todos modos, Nick, es lo que la figura parece usar cuando ha sido vista.

—Seamos prácticos. ¿Quién la vio? ¿Cuándo?

—Mrs. Tiffin, la cocinera, dice que lo vio una noche, no hace mucho, después

que encontramos el segundo testamento de Mr. Barclay. Lo vio en el vestíbulo de abajo una noche de luna. Estaba parado y mirándola; después de lo cual desapareció a través de la pared. Estelle lo vio hace poco después del mediodía; también en el piso bajo, pero en otra parte. Fue hacia ella en una actitud amenazante, ella gritó, entonces se dio la vuelta y salió a través de una puerta que estaba cerrada con llave desde hace tiempo. ¡No es que crea todo lo que la pobre Estelle diga!

Nick tocó el brazo del abogado.

—Todo esto es correcto, ¿no?

—Los testigos son honestos, estoy seguro de ello —dijo Mr. Dawlish—. Dijeron lo que vieron o lo que creyeron haber visto. El testimonio de mujeres confundidas y asustadas, sin embargo...

—Sí, es todo un problema. ¿Alguien más ha visto la figura, Deidre?

—No, que yo sepa, en absoluto...

—Usted ve que, de acuerdo con la mayor malicia de *Muerto y condenado* —prosiguió Deidre, que tenía los ojos puestos en la carretera—, el fantasma del juez aparece en seguida después de su muerte, porque odia al mundo en general y a su familia en particular.

—Mr. Justice Wildfare se parece un poco a mi abuelo, ¿no?

—Nicholas —protestó escandalizado Andrew Dawlish—. Puedo aceptar cualquier broma, pero siempre que sea de buen gusto. ¡Esto es demasiado! ¡Es injusto, falta de generosidad e indigno de usted!

—¿Qué es injusto? Eran un par de viejos bastardos, como todos han reconocido. Aunque Clovis, por lo menos, fue honesto; esto se lo concedo.

—Querido Nicholas, apenas puedo...

—¿Estaba diciendo, Deidre?

—Estaba diciendo que el fantasma, aun como fantasma, parece tener mucha consistencia. Hay una gran cantidad de libros con títulos tales como *Casas encantadas de Gran Bretaña*. Pen tiene uno, publicado en 1890 y escrito por alguien llamado J. T. Eversleigh; el libro proviene del anciano Mr. Barclay.

—¿Y bien, dulce tía?

—¡Bien! —Deidre echó una breve ojeada—. El fantasma apareció hacia finales del siglo XVII. Fue visto una o dos veces en la época victoriana, según recuerda J. T. Eversleigh. En apariencia, al menos, ha estado perdido, hasta que de pronto vuelve a aparecer para asustar a Estelle y a Mrs. Tiffin. ¿Por qué aparecería ahora?

—Ahora y aquí —declaró Nick con aire de inspirado— es la misma pregunta que le formulaba a mi viejo amigo Garret cuando le decía lo poco que sé. El siglo XVIII y no después, hasta... Miren, sin embargo... Me parece recordar que mi padre mencionaba...

—¿Mencionaba qué, Nick?

—Mencionaba otra aparición —Nick lanzó su puño con suavidad contra la oreja del abogado— años atrás, cuando mis padres vivían, y estuvimos un poco asustados.

Entonces los tres vivíamos en Greengrove. ¿No será ésta una nueva visita?

—Procedemos con muy poco sentido —replicó Mr. Dawlish—. Sin embargo, estoy autorizado para manifestar que algo apareció.

—¿Cuándo? ¿Cómo? ¿A quién?

—Mi querido Nicholas, no puedo contestar a todo esto. En lo que a la fecha se refiere, puedo consultar mi diario para cualquier año que fuese. Llevo un archivo completo de tales acontecimientos día por día; son muy útiles en materia de negocios. Fue hace años, como ha señalado. Yo era un hombre joven, estudiaba mi profesión bajo la dirección de mi padre; no tenía ningún motivo para recordarlo particularmente y sólo lo anoté porque...

—¿Sí? ¿Coke y Littleton? ¡No se pare allí!

—... porque fue Mr. Barclay mismo quien lo vio cuando apareció. Telefoneó y se quejó de ello a mi padre.

—¿El anciano Mr. Barclay vio algo? —interrumpió Deidre—. Pen nunca me lo dijo.

—Tal vez. Pennington nunca lo supo. Sin embargo, podré establecer el momento y las circunstancias según recuerdo, corroborándolos con otras fechas y otras circunstancias cuando encuentre el diario correspondiente a ese año.

—A pesar de haber heredado Mr. Clovis Barclay la gran biblioteca de Greengrove, casi nunca abrió un libro. Pero él había leído *Casas encantadas en Gran Bretaña*. No necesito recordarle, Miss Deidre, las dos grandes ventanas que miran al oeste en la biblioteca. Es posible, Nicholas, que pueda recordar esas dos ventanas.

—No he estado en la casa desde hace casi veinticinco años. Pero creo que las recuerdo. Sí.

—Ventanas victorianas como las otras de ese lado, estirándose hacia el suelo, que destruyen en cierto modo la línea georgiana de la casa. Opuesto a ellas, a unos veinte metros más allá del campo de tenis, hay..., ¿qué?

—Un amplio y sombrío jardín —respondió Nicholas—, con avenidas entrecruzadas y con cercos de tejas de cuatro metros de altura. Una entrada al jardín está frente a la ventana de la izquierda si se mira hacia fuera desde la biblioteca.

—Una apacible tarde, al caer la noche, así como ésta —prosiguió el abogado—, Mr. Clovis estaba asomado a esa ventana de la izquierda. La ventana estaba abierta, como están la mayoría de las ventanas en los días hermosos.

Todo el día, como lo reconoció después, había estado de mal humor por alguna causa que hoy se me escapa de la memoria. Estaba parado delante de la ventana, sin duda respirando hondo, cuando algo emergió del jardín. Él no podía decir qué fue lo que salió del jardín y se desplazó cruzando el campo de tenis, y entonces, al verlo, se lanzó contra él como si tuviera malas intenciones. No quería contarnos, les repito...

—No, no hubiera querido contarle —estalló Nick—, y espero que lo haya espantado. ¡Oh, Judas! ¡Espero que le haya hecho perder los pantalones!

—Yo también —suspiró Deidre—. No querría admitirlo.

—La expresión que usa, Nicholas, es a la vez de mal gusto e inexacta. Dirigida a Miss Deidre es poco menos que ofensiva. No, Nicholas, su abuelo no se sintió tan afectado. Estaba mucho más enfadado que atemorizado, como explicó por teléfono. Se retiró precipitadamente, es verdad, y tuvo algo como una conmoción. No creía en ese fantasma. Pero ¿quién de nosotros podría estar del todo libre de temor o liberarse de las supersticiones acumuladas durante siglos?

Una voz susurró: *Hay otras cosas...*

—¿Hay más cosas? —añadió Nick cuando el otro se interrumpió—. No nos preocupemos y veamos si podemos dar con una respuesta. Querría que un hombre llamado Gideon Fell estuviera aquí para que se ocupara de ello. De cualquier manera debemos hacer todo lo que podamos.

Tal vez quedaron preocupados, pero permanecieron silenciosos durante algún tiempo. Después, coronando una subida en un cruce de carreteras, descendieron hacia el pueblo de Beaulieu, cuya abadía cisterciense es más antigua que la Carta Magna. Por otra buena carretera, con el río de Beaulieu rebrillando a la derecha y a la izquierda, los restos de la Abadía de Beaulieu y las modernas formas del Museo Montagu de automóviles antiguos, abandonaron el pueblo recorriendo varios kilómetros bajo altos árboles, a través del crepúsculo y del suave aire nocturno.

Entonces Deidre, que había encendido las luces del auto, se volvió bruscamente hacia Mr. Dawlish.

—¿Debo mantener mi dignidad? Siempre, siempre, siempre...

—Es aconsejable, pienso.

—Deseo, Nick, que no sigamos hablando de fantasmas ni tampoco sobre lo que se haya escrito de ellos, *Muerto y condenado*, *Casas encantadas en Gran Bretaña*. Realmente, no soy muy lectora, aunque debiera serlo como esposa de Pen. Fay podría contarle mucho más que yo. ¿Y dónde está Fay, a todo esto?

—¿Fay? —exclamó Nick incorporándose. Este nombre de algún modo le trajo alguna reminiscencia—. Por la salud de todos, Deidre, ¿puedo preguntarle quién es?

—Fay Wardour, la secretaria de Pen. La mandó a la ciudad hoy para que le trajese algunos libros. Pensé que regresaría en el mismo tren que ustedes, pero no ha sido así.

—No, evidentemente. ¿Hace mucho que Miss Wardour es la secretaria de tío Pen? Y ¿es rubia, por casualidad?

—Sí, es rubia y muy dulce, aunque sueña demasiado con los libros y sus autores. No ha estado con nosotros mucho tiempo, pero es una vieja amiga; la conozco desde hace años. Como le dije en Roma el último verano...

—Bien, bien, bien —musitó Nick, evitando mirar a Garret—. En Roma, donde llevan todos los caminos. ¿Y fue el último verano? No siendo un hombre, sino una condenada vieja amiga, me pregunto por qué el nombre de una mujer origina tal recuerdo...

¡Mejor que no!, pensó Garret con algún rencor.

—Y todavía, de todos modos, me inclino a querer saber dónde vamos.

Dejaron a la izquierda otro cruce de carreteras, pasaron dejando a la derecha una tienda de pueblo con una cabina de teléfono exterior.

—Esto es Exbury —dijo con energía Mr. Dawlish, señalando un letrero metálico a la derecha de la carretera—. Por el momento, en el sentido literal de su pregunta, nos dirigimos a El Codo de Satán y a Greengrove.

—Mi pregunta requería ser entendida literalmente, amigo Blakstone.

—Estamos, pues, a casi dos kilómetros de nuestro destino. ¿Puedo sugerir, Nicholas, que sería oportuno y de buen gusto mantener un discreto silencio?

De nuevo Deidre pisó el acelerador. El campo abierto donde pastaban algunas vacas irreales, como de fantasía, quedaba atrás. La carretera, después de bajar por una hondonada, subía por la izquierda hasta una cumbre no muy alta, rodeada de árboles. Pasados este altozano y dos cuadrados pilares de una entrada con un cartel donde se leía *Lepe House-Privado*, pudieron ver agua, por fin.

A la derecha y bien abajo, siguiendo la curva de Lepe Beach, el Solent lanzaba débiles reflejos contra un cielo oscuro. La brisa soplaba fresca del oeste, las olas aparecían blancas. En la calma de la tarde, por debajo del ronroneo del motor, podían oírse las cachetadas del oleaje sobre la pedregosa playa. Fue Andrew Dawlish quien rompió el silencio.

—Bien, Nicholas, ¿te parece familiar lo que ves?

—Empieza a ser así —Nick sacó su brazo a la derecha, hacia el sur—. ¿Es la isla de Wight lo que asoma a través de aquello, no?

—Es la isla de Wight, a cinco kilómetros de aquí, aunque parece cerca. Y más lejos donde el promontorio sobresale justo en el ángulo derecho más allá de la terminación de Lepe Beach, puedes ver el techo de Greengrove. Ya casi estás en casa.

—Es verdad —dijo Deidre con un curioso tono de voz—. No había pensado en ello de manera tan definitiva, supongo. Pero está en su hogar, Nick. ¿No es así?

—¿Hogar? Por la salud de San Pedro —rugió aquél.

—Sí, ha dicho cosas duras acerca del anciano Mr. Barclay. Tal vez yo también las haya dicho, o tan buenas como las dijeron los demás. Pero debe de estar agradecido, ¿o acaso no? ¡Le dejó la casa y todo lo demás!

—Mi bonita casa no es sino un apartamento del lado este, en la calle Sesenta y Cuatro, o el viejo Willis Building en Madison cuarenta y ocho. Este condenado viejo lugar, delante de nosotros, donde las corrientes de aire bajan por la nuca de cualquier lado que se vuelva la cabeza, no es mío ni nunca lo será. ¡Cuántas veces deberé repetir que no la quiero...!

—Esto no cambia los hechos en lo más mínimo. ¡Es suya! Mientras que el pobre Pen...

—¡Vamos, vamos! —terció Mr. Dawlish, que parecía estar contemplando la torre—. Le puedo recordar, Miss Deidre, que Pennington no está exactamente desposeído en un mundo frío. Aun fuera de lo que su joven sobrino con tanta generosidad

propone.

—Puede permitirse ser generoso, ¿osaré decirlo?, con algo que no desea tener. ¿Pero por qué tengo que aceptar esta caridad y estarle agradecida? ¿O qué otra cosa quiere decir esto? Cuando pienso en Pen...

El altozano arbolado asomaba más adelante. Deidre giró el volante hacia la derecha. A muy reducida velocidad dirigió el auto por una mal pavimentada carretera, entre los pilares de piedra de una portada que tenían un dibujo heráldico en la parte alta y ascendió por un sendero arenoso bordeado de árboles y rododendros. Casi más de cien metros delante, apenas visible, se alzaba una ancha casa de piedra rectangular, con larga fachada principal al norte, en dirección a ellos.

—Debo recordar —dijo Deidre— que soy la mujer de Pen, después de todo. ¡Pobre Pen! No puedo dejar de pensar en su revólver calibre veintidós. Dando vueltas con el revólver en el bolsillo de su chaqueta de *smoking*. Pensando y pensando, como dice Mr. Nick Barclay —su voz destiló amargura—, qué debemos hacer. ¡Y diciéndose a sí mismo lo que nadie podrá saber!

—El revólver fue un error —dijo Mr. Dawlish—. Nunca debió permitirse comprarlo, menos aún hacer ostentación de él. ¿De veras teme que pueda dañarse a sí mismo? ¿O disparar para asustar al supuesto fantasma? ¿O herir a algún otro? Es posible, desde luego...

—¡No, no, yo sé que no! —exclamó Deidre—. Pen es demasiado sensible. No está bien y está sumido en los más amargos pensamientos. Sabe la razón, mucho más que lo que los demás sospechan. Pero no puede, además he tomado precauciones para que no pueda. De todos modos no quiere. Estará esperándonos en la biblioteca, ya lo verán. No hay la menor, la más pequeña posibilidad de que...

Se detuvo en mitad de la carretera. El ruido que oyeron, aunque apagado, sonó agudo e inconfundible en el atardecer. Fue como si un nervio se hubiera desgarrado en el tobillo izquierdo de Deidre. Su pie se deslizó fuera del pedal, el auto dio un salto y se paró.

—Señoras y señores —comenzó Nick Barclay—, hemos topado con la gracia de lo fantástico. O un negro látigo ha restallado para divertir a los visitantes o alguien ha disparado un veintidós. Puedo hacer otras sugerencias, pero no las necesitan.

Abrió de golpe la portezuela a mano derecha y se echó hacia atrás antes de saltar. Durante unos segundos nadie se movió.

—¡Oh Dios! —dijo Deidre.

Nick saltó fuera seguido por Garret. Andrew Dawlish, sujetando su hongo, descendió más lentamente del otro lado. El auto estaba detenido a unos veinte metros de la casa. Nick, que corría, se detuvo una vez que llegó al final del túnel de árboles, no muy lejos y frente a la puerta principal.

Los otros se apresuraron a unírsele.

No había ninguna luz en la fachada. Dos pisos principales, coronados por una mansarda perforada por ventanas más pequeñas en el piso de los servidores,

delineadas de acuerdo con el siglo xvii, con los marcos pintados de blanco. Un par de escalones de piedra llevaban a la puerta principal. El camino de arena doblaba a la izquierda. Viejos olmos, que Garret no veía desde hacía veinticinco años, volvieron a su memoria en cuanto los vio. También Nick que estudiaba la casa dio un brusco salto atrás.

—¡Despacio, Garret! ¡Despacio, viejo caballo!

—¿Qué quieres decir con despacio? Eres tú quien ha tropezado conmigo. ¿Qué hacemos ahora? ¿Entramos por la puerta principal?

—No, creo que no. Está esperándonos en la biblioteca —dijo Deidre—. Mire, Garret, estuvo aquí de visita una vez, si la memoria sirve, ¿puede recordar algo acerca de este lugar?

—No, no mucho. Por un minuto creí que sí cuando alguien habló de las altas ventanas de la biblioteca. Pero se me ha borrado.

—La biblioteca —dijo Nick abriendo los brazos—, es la última habitación al final de este lado, enfrente, con sus altas ventanas dando la vuelta la esquina. Bien, ¿entramos a ver si están abiertas o no? ¿Qué diablos nos detiene? Vamos.

Una vez más se adelantó en una carrera. Garret y Mr. Dawlish se apresuraron detrás de él, sobre mullido césped, resbaladizo por la humedad. Siguiendo a Nick dieron la vuelta a la casa por ese lado.

Separadas por una amplia, saliente y recia chimenea de piedra, dos largas ventanas de guillotina hasta el suelo miraban al oeste, hacia un oscuro jardín. La ventana más alejada, estuviese abierta o cerrada, tenía corrida la cortina. Pero la ventana más próxima estaba abierta de par en par, su marco se mostraba por entero con las cortinas recogidas. Nick apenas introdujo la cabeza, espiando dentro.

Al oeste, hacia la boca del Solent, una última pincelada teñía de rojo el cielo. Además siendo las diez pasadas, apenas había luz para poder ver algo. En algún lado el viento silbaba entre las hojas. Garret, mirando por encima del hombro de Nick, pudo ver la figura de un hombre sentado inmóvil en un sillón junto a un gran escritorio colocado a cuatro metros más atrás de lo que podía ser el hogar, entre las ventanas.

El hombre del sillón se puso de pie. Una voz habló. Parecía sonar casi sin aliento, a causa de una emoción mental o física. Lo cólera se percibía claramente en ella. Pero no obstante, seguía siendo una voz melodiosa (llena, redonda, resonante), de alguien que sabía cómo usarla.

—¿Quién está allí? —preguntó—. ¿Ha vuelto de nuevo a la ventana?

—¿De nuevo a la ventana? Pero si estoy aquí. Soy Nick, Nicholas Barclay. ¿Eres tú, tío Pen? ¿Estás bien?

—Soy yo, sin duda —respondió la voz—, y estoy todo lo bien que se puede estar según las circunstancias. ¿El joven Nick, dices? Entra por favor, eras esperado. ¿No está alguien allí contigo?

—Yo estoy con él, Pennington —dijo Mr. Dawlish, sin decir nada de los otros—.

¿Qué ha sucedido aquí? Hemos oído algo muy parecido a un disparo de revólver.

—¿Andrew Dawlish? Su perspicacia nunca falla. Fue un disparo de revólver.

—¡Vamos entonces! —dijo el abogado, más emocionado de lo que habría admitido—. Puesto que usted, por lo menos, está vivo y no se ha hecho ningún daño, ¿qué ha ocasionado el ruido? ¿Estaba disparando al discutido fantasma?

—Bien, no —replicó Pennington Barclay— en realidad, Andrew, ha sucedido que el discutido fantasma ha disparado contra mí. Con un cartucho vacío.

¿Alivio? ¿O de nuevo una sensación de anticlímax?
—¿Qué dice? —exclamó Mr. Dawlish.

—No sea tan apresurado Andrew. ¡Encienda la luz! —insistió Pennington Barclay—. ¡Encienda la luz!

La borrosa figura se movió en tomo de una borrosa lámpara de pie, al otro lado del escritorio. La suave luz que se proyectó desde la lámpara bajo una pantalla de seda verde los cegó y les hizo desviar la vista hasta que se acostumbraron. Nick entró detrás de Mr. Dawlish en la biblioteca. Garret los siguió a ambos.

Era una larga habitación que se extendía de este a oeste. En la pared del lado norte, haciendo frente, cuatro ventanas georgianas estaban con las cortinas totalmente corridas. La pared este, a alguna distancia, opuesta al lado por donde los visitantes habían entrado, parecía muy gruesa, con puerta cerrada que llevaba a otro cuarto. A ambos lados de esta puerta macizas bibliotecas abiertas, estaban cavadas y moldeadas en roble casi hasta el techo. Más de esas estanterías, semejantes a mausoleos de libros, se alzaban a ambos lados de otra puerta que parecía conducir a una galería que atravesaba la casa. La persona que estuviera sentada delante del escritorio podía ver de frente la alta chimenea entre los marcos de las dos ventanas victorianas.

La habitación daba la impresión de estar cargada de cosas de arriba abajo. Desde la desgastada alfombra, hasta la raída tapicería de los muebles, todo respiraba frío. Se sentía un vago olor a pólvora. Pero la mirada de Garret se posó en seguida sobre el anfitrión.

Pennington Barclay, enflaquecido en chaqueta de *smoking* de color marrón con brillantes solapas oscuras, resultaba demasiado frágil para su resonante voz. De rostro macilento, con una gran nariz, frente alta y huesuda, finos cabellos grises, casi blancos, cuyas hebras brillaban como fibras de vidrio. Pero al mismo tiempo hacía ostentación de mucha urbanidad y mucho encanto masculino.

—¡Entra ahijado! —dijo, saliendo de detrás del escritorio y extendiendo una mano que el otro apretó—. Me alegra verte, Nick, a pesar de cualquier cosa que se diga. ¿Vienes en son de paz o de guerra?

—No de guerra, eso dalo por seguro. No olvides el resto de la cita, sin embargo.

—¿O a bailar en nuestras bodas, joven Lord Lochinvar? Aunque no es cuestión de bodas, hasta donde puedo saber. ¿O lo es?

—Difícilmente, tío Pen, ¿cómo podía serlo? Tu propia esposa fue a recibirnos a la estación de Brockenhurst...

—Sí, Miss Deidre fue lo bastante bondadosa —interpuso Dawlish—. ¿Fue idea suya enviar el auto, Pennington? ¿O fue idea de ella?

—Fue una idea de Deidre que aplaudí. Sólo nos pareció buena educación. Y

hablando de buena educación...

Miró a Mr. Dawlish, pero su vista se desvió hacia la cuarta persona del grupo; el abogado, salvando su negligencia, se apresuró a presentarlo.

—Bienvenido, Mr. Anderson —le dijo cordialmente—. Aquí estamos familiarizados con sus trabajos y estará a salvo de hacer referencia a esa embarazosa *Casa del Tío Tom*. Ya debe de haber aguantado tanto chiste barato que no querríamos añadir nada al fastidio.

—Gracias.

—¿Es verdad que hasta dentro de su familia el formidable Lord Macaulay es conocido hoy como Tío Tom?

—Para los chicos de Trevelyan, sí.

—¿Y es verdad también, según creo, que no hubo ninguna mujer en la vida de un temperamento tan sanguíneo? Ni esposa, ni novia, ni nada semejante.

—No, según las pruebas que existen. Ninguna cosa.

—Mucho más raro, dado que las victorianas son hoy bien conocidas como decididas, emprendedoras, sexualmente hablando.

De nuevo Mr. Dawlish intervino.

—Dado que estamos en un tema que parece preocuparle mucho, ¿puedo pedirte que tengas un pensamiento para tu esposa? Nos trajo de Brockenhurst como te he señalado. ¡Y le has dado un buen susto!

—¿Qué le he dado un buen susto?

—O algo semejante. Estoy al cabo de mi paciencia, confundido, ¿qué ha ocurrido aquí?

—Hay veces, Andrew, en que excedes tu fantaseada autoridad. Ni la más vieja amistad, ni las mejores intenciones pueden excusar los *gestos oficiosos*.

—No deseo apremiarte ni parecer oficioso. Pero con seguridad ha llegado el momento de dar una explicación. Escondido y disimulado en la sombra. ¡Fantasmas haciendo fuego con cartuchos vacíos!

—Lo cual da pruebas, si alguno las necesita, ¡de que no he tenido que ver con ningún fantasma, gentil Andrew! No he tenido intención de dañar; nunca la tengo. Y estaré encantado de explicar. Pero a su tiempo —dijo Pennington Barclay, y una curiosa nota de enfado aumentó en su hermosa voz—. También yo pregunto si nadie puede concederme la gracia de un pensamiento.

—¿Para ti?

—¡Sí! Acabo de experimentar la más desagradable experiencia —se tocó el lado izquierdo del pecho con gesto de dolor—. He sido golpeado por el taco de un cartucho vacío: no hay tragedia, pero sí un molesto malestar. Ha sido un estúpido atentado para asustar o para matar. Si Deidre se preocupa tanto por mi bienestar, como honestamente creo, ¿por qué no los acompañó? ¿Qué le ha ocurrido? ¿Dónde está?

La respuesta fue dada por Deidre misma que en ese momento saltó por la ventana

abierta. Parecía muy tranquila, aunque su boca más bien grande demostraba inseguridad y había un resplandor de miedo en sus ojos.

—¡Estoy aquí Pen! Los seguí alrededor de la casa. Cuando oí que hablaban y vi que no estabas herido, fui a guardar el auto en el garaje.

—¿Has guardado el auto?

—Sí, el auto de alguien está en la carretera; no sé de quién. Por la gracia de Dios, ¿qué querías que hiciera? ¿Qué gritara *mi marido* o que gimiese y me desvaneciera como una mujer del tiempo de Macaulay? ¿Era eso lo que querías?

—No exactamente, aunque hubiera sido la demostración de un estado de ánimo apropiado.

—Mira tío Pen... —comenzó a decir Nick.

Encima de la áspera repisa de piedra de la chimenea, sobre la que ahora sólo se veía un solo jarrón chino con su tapa, estaba colgado un espejo veneciano con marco de oro a la hoja, del siglo XVII.

Por alguna razón, Mr. Dawlish señalaba hacia este espejo con el hongo.

—Pennington, estamos esperando.

—Siéntate querida —dijo el anfitrión a Deidre— y trataré de explicarte —se movió hacia la redonda lámpara de pie del escritorio, detrás del cual estaba el sillón giratorio con almohadón. A la izquierda, frente a la chimenea, estaba el sillón donde estaba sentado cuando entraron y lo vieron por primera vez. Entonces se dirigió a Garret.

—Paso una buena parte de mi tiempo aquí, Mr. Anderson. Lo llaman mi cubil. Observe —y señaló con la cabeza hacia la pared este, opuesta a cierta distancia—, ¿se da cuenta que la pared es muy gruesa? Tiene una puerta al fondo.

—¿Sí Mr. Barclay?

—La puerta da a la sala. La pared parece gruesa, de manera poco común, porque es doble. Construida dentro de la pared, a ambos lados, hay una habitación completa. Mi abuelo, que también introdujo las ventanas con marco Victoriano, tenía esos pequeños cuartos contruidos hacia fines del siglo pasado. Desde donde ahora está parado, no puede ver la puerta, a menos que estire el cuello hacia un lado. La habitación de la derecha es una especie de biblioteca donde guardo los volúmenes que no están en exposición aquí. La de la izquierda es un cuarto secreto. Contiene una bañera, con agua caliente y fría, un armario con algunas ropas y hasta un canapé. Como paso tanto tiempo en la biblioteca, y a menudo trabajo hasta tarde...

—¿Ha dicho que trabaja? —preguntó el abogado.

—Sí, Andrew, esta es la palabra.

—¿Se refiere a su obra teatral?

—Estoy preparando un drama —respondió el anfitrión— que explora la conducta humana bajo un estado compulsivo. No siempre el trabajo se cumple afanándose en cosas del distrito, al modo suyo. Trabajo es cerebración, no es sólo agitación. Está aquí —golpeó con sus nudillos a los lados de su cabeza—. De cualquier modo no voy

a aburrirlos con esto. ¿Me he explicado Mr. Anderson?

—Con toda claridad.

—En la casa contamos con tres servidores. Mrs. Tiffin, una singular cocinera, muy imaginativa en todos los aspectos, excepto en la preparación de las comidas. Dos doncellas, Phyllis y Phoebe, que parecen afanarse alrededor de uno cuando no las desea y que nunca están a mano cuando se las necesita. ¡Paciencia!

Se irguió.

—Bien. Esta noche, después de cenar, pasadas las 8,30, vine aquí como de costumbre en tanto los demás se iban cada uno por su lado. Deidre se fue a Brockenhurst, en el auto, con gran anticipación. El doctor Fortescue se fue escaleras arriba. Mi hermana Estelle se había ido a la sala de música a afrentar su tocadiscos con discos *pop*. Si le gusta la buena música, hay todo lo que se precisa. Si prefiere música divertida, tiene Gilbert y Sullivan. En un mundo mejor, señoras y señores, los discos *pop* habrían tenido el mismo destino que las comadreas. Pero esto no es asunto nuestro.

—De acuerdo —dijo Andrew Dawlish.

Garret echó una ojeada al grupo. Deidre estaba sentada en un sillón tapizado situado en un rincón del ángulo sur de la habitación. Detrás de ella se encontraba la hoja izquierda de la ventana victoriana, cerrada y cubierta por una polvorienta cortina de color marrón con un fino hilo verde y oro. Nick Barclay estaba como clavado delante de la chimenea. Mr. Dawlish estaba de pie, inmóvil con su maletín en una mano y su hongo en la otra, y su mirada en un rincón del espejo.

—Déjenme repetirles —continuó el anfitrión—, que llegué aquí pasadas las 8,30. Por primera vez Phyllis y Phoebe no habían hecho lo peor. Las dos ventanas del sur estaban abiertas de par en par, como debía ser y como de hecho lo están ahora, dado que la de la izquierda todavía no tiene corridas las cortinas como pueden ver. La luz era aún fuerte y clara. Me senté al escritorio en la silla giratoria para escribir algunas notas para la carta del *Suplemento Literario del Times*. Esperaba para dictárselo a mi secretaria, que había ido a Londres para traerme algunos libros de Hackett's; pero no había regresado para cenar y por lo que sé, no lo ha hecho todavía.

—¡Es verdad, Pen! —reiteró Deidre—. Dado que Fay no volvió en el tren de las 5,50, estaba segura que tomaría el de las 9,35. Pero tampoco tomó ése, como lo pueden decir algunos de nuestros huéspedes.

—Claro, claro —dijo Pennington con indulgencia—, nadie duda de que ha encontrado la manera de pasar el tiempo. Miss Wardour es, Nick, la joven más atractiva. Si no estuviera tan embargado con mi encantadora mujer...

—¡Oh, Pen! ¡Por favor! No sabes lo que estás diciendo.

—Desde luego que no, querida, no lo he investigado nunca. No obstante como Andrew hubiera sido el primero en señalarlo si yo no lo hubiese hecho, y como no es esto de lo que estábamos tratando tampoco, *revenons a notre histoire*.

»A eso de las 9,30 pasadas —miró su reloj de pulsera consultándolo— había

terminado lo que estaba haciendo. Puse las notas a un lado, que todavía están sobre la mesa. Empezaba a hacerse cada vez más oscuro. Me levanté del sillón y me senté en el que está a la izquierda del escritorio, mirando por la ventana de la izquierda. Miraba el césped de este lado del jardín. Me sentía un tanto pensativo.

De nuevo Pennington Barclay volvió a enderezarse. Algo sombrío pasó por su cara. Como para sí mismo, la hermosa voz musitó:

*¿Qué es realmente lo bueno?
me pregunto caviloso.
Paz de alma, dice el hombre de ley;
Saber, dice el estudioso;
La verdad, dice el hombre prudente;
El placer, dice el loco...*

No siguió.

—En verdad, Pennington —dijo Mr. Dawlish como explotando—. Estoy habituado a tu humor, como lo he estado siempre, pero esta vez has ido un poco lejos. Citar poesía, en un momento como éste.

—¿Poesía, Andrew? La mente de los filisteos es misteriosa. Estos eran versos y versos muy indiferentes, aunque de mal gusto. ¡No hagan caso! ¿Quieren alguna evidencia? ¡Miren aquí todos!

—¿Qué? —gritó Deidre como si la hubiera quemado—. ¿Qué? ¿Dónde?

—Sí, querida, estaba mirándote. En el suelo. Justo detrás de tu pie izquierdo, pero más cerca de la ventana.

Deidre retiró su pie. Se puso en pie de un salto y corrió a ponerse entre Nick y Mr. Dawlish. Aunque la luz de la lámpara junto al escritorio no llegaba muy lejos, a través de los pliegues de la seda verde, su resplandor hacía brillar un pequeño pesado revólver con una empuñadura de goma dura.

—Veo —dijo Mr. Dawlish que se inclinó sobre él—. Un veintidós Ives-Grant. Cargado, como ya había informado, con cartuchos cortos del veintidós.

—Sí, ha dado el nombre técnico correcto. ¿Es su revólver?

—Es, lo reconocería aun en manos de otro. Pero eso, ¿qué tiene que ver, Andrew? Ha hecho un movimiento como si fuera a recogerlo y lo ha dejado caer. ¿Qué es lo que pasa?

—Francamente, querido muchacho, ¡pensé en las impresiones digitales!

—No tendrán impresiones digitales, ¡observe!

Con la cara desencajada, pero atenta, las manos temblorosas, Pennington Barclay salió de detrás del escritorio.

Junto a la silla en que Deidre había estado sentada, había otra lámpara de pie con una pantalla de pergamino. El anfitrión la encendió al pasar; y dio una luz brillante. Así iluminado, se agachó y tomó el revólver. Regresó a su posición inicial detrás del escritorio en la actitud de un maestro o de un conferenciante.

—¡Dime tío Pen! —exclamó Nick—, ¿tienes permiso para este arma?

—¿Una licencia para armas de fuego, quieres decir? Sí, desde luego que tengo. En este país, mi querido sobrino, tienes que mostrar la licencia para comprarlas.

Tiró del espacioso cajón del escritorio.

—La última vez que vi este arma, anteanoche, estaba en el cajón, totalmente cargada con verdaderos cartuchos. Miremos los que tiene ahora.

Manteniendo abierto el revólver, introdujo una pinza de metal dentro del cargador. Seis pequeños cilindros cayeron sobre el secante del escritorio. Los tomó y los examinó uno por uno.

—Seis cartuchos vacíos, perdón, no, uno de ellos quemado. Es verdad que compré balas, pero ninguna vacía. Ahora, déjenme que me aparte de esto durante un momento para tratar el caso del fantasma, de las impresiones digitales y de una idea que me *pareció* buena cuando se me ocurrió. ¿Quieren prestarme atención?

—Sí —dijo Mr. Dawlish.

—A continuación de la muerte de mi lamentado padre y después del descubrimiento de su segundo testamento...

—Acerca de ese testamento, tío Pen... —comenzó a decir Nick.

—¿Quieren prestarme su atención?

—Tienes razón, tío, prosigue.

—... según dicen el fantasma del último, no lamentado, *Sir Horace Wildfare*, con sus ropas negras y su negro velo estuvo dos veces en el mes de abril. Hasta hoy no había sido visto por nadie en casi cien años.

—Pero —interrumpió el abogado...

—¿Pero qué, Andrew?

—Nada, perdona la interrupción.

—El supuesto fantasma había sido visto por Estelle y por Mrs. Tiffin: en circunstancias que, me parece, se pueden explicar con un poco de ingenuidad. Pero si alguien había estado jugando al fantasma, según también me parecía, entonces debía apresurarme a jugar al detective.

»¿Cómo iba a proceder? No tengo experiencia sobre el trabajo policiaco. Mi información proviene tan sólo de la lectura de libros policiacos, que poseo en gran número.

—Escuchen, escuchen, escuchen —dijo Garret.

—En las historias de detectives, como saben, nunca se encuentran impresiones digitales, pero suele ocurrir de otro modo en la vida real. Esta biblioteca era hace doscientos años, la guarida y tela de araña del viviente *Sir Horace Wildfare*. Aquí, se revolvió con ira él y su desfigurado rostro. ¿Por qué tenía la cara desfigurada? ¿Era una enfermedad de la piel, algo como un eczema? ¿O una enfermedad más seria, como sífilis, pues parece haber sido algo así como un depravado gustador de mujeres muy jóvenes?...

—Pen, no, por favor —exclamó Deidre.

—¿O fue, porque, como se dice en un panfleto del año 1781, algún miembro de

su familia le daba veneno? Pero, tienes razón Deidre, esto no importa. Lo que importa (o así lo pienso yo por lo menos) es la impostura del fantasma que en nuestros días se ocupa de encantar la biblioteca, y de dejar huellas de carne y sangre por todas partes. De acuerdo con estas nociones, he logrado algunas cosas. ¡Miren aquí!

Del espacioso cajón sacó algunos artículos que alzaba para mostrarlos a medida que los nombraba y volvía a guardar, con excepción del último.

—Este libro es un tratado sobre impresiones digitales. Esta botella con la etiqueta química de polvo-gris se usa para tales huellas. Este es el cepillo para esparcir el polvo; esto, casi no necesito explicarles, es un cristal de aumento. Finalmente tenemos un par de guantes de goma tales como los que usan las amas de casa en la cocina.

»Prosiguiendo con mis investigaciones durante un mes o algo así, me puse unos guantes parecidos a éstos —se los puso—. Deberían estar enrollados, pero los encontré en el mismo estado en que ahora los ven. Con esto en mis manos, con polvo, cepillo y cristal de aumento, recorrí las superficies de esta habitación.

»Había una buena colección de impresiones mías y de mi secretaria. Me sumergí en ello en el mejor estilo del doctor Thomdyke. Hasta que descubrí las de Phyllis y Phoebe no me di cuenta de lo fútil y absurdo de mi juego.

—¡Pen, por Dios! ¿Qué estás queriendo dar a entender? —exclamó Deidre—. La biblioteca es tu habitación; muy bien. Pero todos entramos en ella. ¿Qué prueba podría ser, qué diferencia podía establecer que se encontraran unas impresiones u otras?

—Ni pruebas ni diferencias, querida. Este fue el descubrimiento que hice. ¿Podía cantar victoria descubriendo impresiones que estaban donde tenían derecho a estar?

—Y esto —dijo de pronto Mr. Dawlish—, nunca se le ocurrió hasta...

—No. Más allá del destino de un hombre que se considera inteligente, pero que no deja de pensar. Mi única esperanza era agarrar al fantasma en persona, vestido, con máscara y todo. Pero el fantasma hasta esta noche, se mostró singularmente cuidadoso de no aparecérseme. Y cuando lo hizo...

»Bien, reconstruiremos el escenario. En una nueva exhibición del cajón, permítanme que atraiga su atención sobre esta caja de cartuchos del Ives-Grant veintidós. Abro la caja, como ven, sin moverla del cajón; ¡observen de nuevo!

Un pequeño ruido se produjo al echar las seis pequeñas balas dentro del cajón. Con alguna torpeza, a causa de los guantes de goma, llenó el cargador con las seis municiones de la caja de cartón.

—*Finito* —dijo Pennington, cerrando el cilindro con una presión—. Aquí está la pistola tal como creía que estaba esta noche. La pondremos... no, no en el cajón. Para poner en su punto el drama, que fue un desagradable dolor, en su sentido más literal, pongo el arma a un lado de la mesa. Ahora, imagínense que es después de las 10. Estaba sentado en el sillón junto a la mesa, aquí, dando la cara a la hoja izquierda descubierta de la ventana. ¿Tiene alguno inconveniente en ocupar el mismo sillón?

¿Andrew?

—Gracias, no. Una total reconstrucción no es necesaria.

—No, no es necesaria, estoy de acuerdo. Y no se lo pediría, por cierto, a Deidre cuyo plácido exterior está un tanto fuera de lugar. Sin embargo trataremos de reproducir las otras condiciones apagando la luz.

—¡No! —irrumpió Deidre corriéndose hacia Mr. Dawlish—. Está completamente oscuro fuera ahora; y no estaba del todo oscuro en ese momento, ¿no es así?

—No estaba del todo oscuro, no. Podía ver muy bien el perfil, o hubiera podido verlo de haber prestado atención. Pero no lo hacía; estaba ensimismado. Y entonces...

—Se me ocurre tío Pen —dijo Nick—, que es igual a cuando solías contarme historias de fantasmas.

—El mismo pensamiento, muchacho, se me ocurrió a mí. Tú mismo no eras flojo de carácter en aquellos días; veo que no has cambiado. ¡Bueno! Me senté allí pensativo. El tenor de mis pensamientos no tiene mayor importancia. Estaba muy deprimido y abatido, debo confesarlo. No obstante yo...

—No tomes el arma, tío Pen, por el amor de Mike, no...

—Te pido disculpas, Nick, el movimiento fue involuntario. Mi mano en realidad no toca el revólver. Vamos a poner este diario sobre él, con tu permiso, para ocultar de la vista este horrible mecanismo.

»Estaba sentado, perdido en mis propios pensamientos, y no sentí ni vi aproximarse a nadie. No puedo decir qué atrajo mi atención. Pero levanté la vista; me desperté. Y alguien estaba detrás de la ventana mirándome.

—Está muy bien, sin duda —dijo Mr. Dawlish—. ¿Quién estaba mirándolo?

—No puedo decirlo, solamente que era una figura con ropa negra, con lo que parecía ser un antifaz oscuro o un velo sobre la cara. Podía tener agujeros para los ojos, no estoy seguro.

—Bien, trate de ser preciso acerca de la figura. ¿Alto o bajo? ¿Gordo o flaco? ¿Qué?

—La única palabra que se me ocurre es *médium*. Y no estoy *haciendo* una mala reseña del fantasma. También se me ocurre —dijo Pennington Barclay con un gesto forzado— que estaba adoptando una altiva o desdeñosa conducta hacia nuestro visitante. Pero no fue el caso, créanme, cuando lo vi. Me di cuenta de que era una figura humana; sentí que era humana. Y si pretendiera que no sufrí ningún sobresalto, porque he tenido experiencias de *shock* en mi vida, sería lo que en el idioma *yankee* de Nick se titularía un engreído mentiroso. Pero iba a sentir un *shock* peor. Temo que le grité a mi visitante: *¿Quién es usted? ¿Qué quiere?*, o cualquier cosa por el estilo. No puedo recordarlo. Fue entonces cuando oí a lo lejos el ruido del auto. Me di cuenta que Deidre regresaba de Brockenhurst. Y llego a la parte de la historia sobre la cual puedo ser muy preciso.

»Mi visitante parecía tener un bolsillo en el lado derecho de su traje. Él o ella,

fuese lo que fuese, tenía guantes puestos y sacó un revólver. No me pregunten cómo lo reconocí, porque ¡era mi revólver! No me pregunten tampoco cómo podía estar seguro de que llevaba guantes. Pero como que Dios es mi juez, Andrew, estaba seguro.

—¿Qué clase de guantes eran? ¿Guantes de goma como los que usted tiene puestos?

—No, de otro color, por lo pronto. Y no eran de cabritilla ni de gamuza como los que usamos comúnmente, diría que eran muy finos y muy ajustados, cerrados, de *nylon* gris: los dedos de mi visitante no chapuceaban con el disparador. Lo que hizo fue levantar el revólver y dispararme derecho desde una distancia de casi cuatro metros.

»Una llamarada, un trueno, un rudo golpe en la región del corazón. Mis pensamientos, si es que tuve alguno, fueron solamente: *¡Es esto entonces, vino a matarme!* El visitante no dijo una palabra. Tiró el revólver sobre la alfombra y se alejó de la ventana corriendo ambas cortinas.

—Y presumiblemente —cortó Mr. Dawlish escondiendo su cabeza bajo el marco de la ventana abierta—, puesto que estamos de acuerdo en que no existe ningún fantasma, debe de haber hecho esto.

—¡Andrew! ¡Andrew!

—¿Y bien?

—Sí, supongo que hizo esto, a menos que, después de todo, fuese una persona pequeña. No recuerdo haberlo visto escondiendo su cabeza. Pero en estas ventanas hay un buen pie o dieciocho pulgadas entre la línea de la cortina y el cristal de la ventana. Lo único de que puedo dar testimonio es que vino hasta las cortinas y las corrió.

—¿Qué hizo usted?

—Quedé anonadado al encontrarme todavía sentado aquí: asombrado, estúpido, pero vivo y respirando. Algo había caído en el sillón junto a mi mano izquierda. Lo reconocí en cuanto lo toqué, era el taco de cartón del cartucho; cuando era muchacho usaba cartuchos vacíos en las noches de fogatas. Este disparo fue hecho a una distancia lo bastante lejana como para no quemar con pólvora o como para no cortar por lo menos mi chaqueta de *smoking*. Pero el taco me golpeó como una bala perdida. Perdonen mi insistencia, pero tengo mis razones para preguntar: ¿qué hubieran hecho en aquel momento? Yo me levanté y fui hasta la ventana de la derecha, de este lado; y arrojé la execrable envoltura de cartón, fuera, sobre el césped.

—¿Por la ventana de la derecha? ¿No por la de la izquierda? ¿No se le ocurrió pedir socorro o darle caza?

—No, no lo hice. Primero, estaba demasiado conmovido, indignado y permítaseme confesarles, desconcertado. Segundo, oí detenerse el auto, oí voces y después de una pausa, más voces y pies que corrían. No quise escandalizar, ni alborotar, detesto ambas cosas, detesto armar líos. Volví a mi silla, me senté y los

esperé.

Fue Nick Barclay quien habló. Apartándose de la chimenea, se acercó a la ventana de la izquierda, corrió la larga cortina y se volvió:

—¡Tío Pen!, por la gracia de Dios. ¿Por esta ventana salió?

—Por esa.

—Pero la ventana está cerrada. ¡Mira!

—Mi visitante pudo haberla cerrado al salir. Aquellas ventanas se deslizan fácilmente por sus estrías y además ustedes hicieron mucho ruido.

—Tío Pen, mira. ¿No podía el intruso haberse escondido detrás de las cortinas y esperar un momento para deslizarse a través de la habitación cuando no lo vieras?

—No, Nick. No podía. Hazme el favor de aceptar mi palabra sobre esto. Es difícil describir la impresión de consumada *maldad* que aquella figura comunicaba. Espero su probable regreso. Tengo su regreso. ¿Pero, qué te pasa?

Nick dio un paso hacia él.

—Te diré cuál es el problema. O bien estabas soñando, tío Pen, o hemos entrado en la cosa más retorcida que he conocido en mi experiencia de periodista —en ese momento Nick se volvió—. Esta ventana tiene el cerrojo echado desde dentro.

— ¡Te juro que no estaba soñando! No estaba... —Pennington Barclay se calló.
 —Está cerrada, te lo aseguro —repetía Nick. Señaló la manija de porcelana y metal, que descorrió y corrió de nuevo a su antigua posición de cerrada, asegurando con firmeza las dos hojas de la ventana—. Un amigo mío tiene en las afueras de Manchester, una casa construida allá por el año 1870, con ventanas como éstas en la planta baja. No es posible jugar con ellas, como descubrimos una vez que intentamos gastarle una broma a alguien. Si se está del lado de fuera de una ventana de esta clase, es absolutamente imposible abrir el cerrojo del lado de dentro.

En este punto se volvió hacia Garret Anderson.

—Mira, Garret. No sé cómo un fantasma, si es que existe esa clase de cosa, puede pasar a través de una puerta cerrada, como el fantasma del viejo juez parece haber hecho frente a tía Essie o a Mrs. Tiffin. Pero sé que un hombre vivo, que dispara con un arma a través de sólidos cristales y hojas de ventana dejándolas cerradas, al alejarse, es una imposibilidad lisa y llana; sin razón y propósito. Ningún mago ha hecho esto sobre la tierra.

—¿Qué pasa contigo, Nick? —preguntó su tío—. ¿Qué pasa con ustedes?

Un cambio se había producido en Pennington Barclay. Hasta aquí, posesionado, como transportado, con ojos y voz de hipnotizador había dominado el ámbito, arrebatándolos. Ahora, en cambio, se advertía en su voz la misma extraña nota de enfado que habían oído antes, como si los sentimientos de un niño irrumpieran en la mente y el corazón de un adulto.

—¿Por qué he de estar equivocado? —dijo—. ¿Por qué siempre debo de defenderme contra uno u otro cargo? Les he contado, o traté de contarles una historia, que resulta ser, además, una historia verdadera. Y todavía...

—¡Un momento, tío Pen! ¡Nadie te está llamando mentiroso!

—¿No, Nick?

—En absoluto, ¡lo juro! —le aseguró Nick—. Hay una explicación, esto es todo, y vamos a encontrarla. No he venido a perturbar, es la absoluta verdad y te pido que excuses mis modales. No es decente venir a casa de alguien a crearle dificultades, como parecería que yo estoy haciendo.

—Olvidas de nuevo, Nick —dijo Deidre, con voz clara—, que no eres un extraño y que ésta no es la casa de otro. Es tu casa, sobrino, y lo ha sido desde que el testamento de tu abuelo fue descubierto dentro del jarrón del tabaco. ¡No te echas atrás, Nick! Un hombre en tu posición tiene derecho a crear todas las dificultades que le dé la gana.

—Sabes, tía Deidre —dijo Nick—, que me estás mortificando. Por primera vez, mi cordial y hermosa tía, honesta y realmente, me estás mortificando. Y en cuanto a

lo de la casa: molesta. Eso es todo. He tratado, mi condenada tía, de hablar acerca de la casa, pero tío Pen no me ha dejado colocar una palabra ni de refilón.

—¡Ah, la casa! —Pennington Barclay había recobrado su suavidad y desenvoltura—. ¡Vamos, Nick, amortigua los golpes! Estoy deprimido esta noche, lo concedo. Y existe una solución para nuestras dificultades.

—¿Qué dificultades? —preguntó Nick.

—¿Qué solución? —preguntó Dawlish.

Dominando de nuevo la situación el anfitrión daba pasos hacia atrás y hacia delante más allá del escritorio. Los demás le rodearon.

—Una solución muy simple, he dicho. Es una lástima que la ocurrencia sea sólo mía. Te compraré este lugar, Nick. Un justo precio se acordará por medio de una buena firma de subastadores en Lymington o en Lyndhurst, y te la compraré a cualquier precio que fijen. ¿Es correcto o no?

—No, no lo es —bramó Nick completamente furioso—. Te doy la condenada casa, tío Pen. Como un hecho consumado, con plena conciencia y definida voluntad ya te la he dado. No puedes impedirme que te la dé, ¿podrías acaso?

—No siendo abogado, no lo sé. Lo que elijas donar, sin duda, es cosa tuya. Por otra parte, como seis hacen la mitad de una docena, tú no puedes rehusar el libre precio de una remuneración por el favor.

»Observa, de paso, cómo me mira el hombre de leyes. ¡Suéltate Andrew! No te quedes allí callado, ¡te lo ruego! Tienes más bien buena cabeza, en compensación por tu poca imponente figura. Pero no te quedes callado como si vinieses de un juicio. ¿Qué dices de esto?

Mr. Dawlish, en realidad, había estado observando con ojos fijos y mirada de concentrado interés.

—Estaba sorprendido —respondió—. Esta sugestión de comprar la casa, ¿es otra cosa que se te acaba de ocurrir?

—Sí, lo es. ¿No me crees?

—No he dicho que no. Parecía que esta noche estabas tan deprimido y con tan poco ánimo que casi...

—¿Casi qué? —saltó el otro.

—Ésta pregunta, Pennington, tú solamente puedes contestar. ¿Tienes algo más que decirnos?

—¿Qué tendría que decirnos? —preguntó Deidre. El brillo vidrioso de su mirada ponía en sus ojos como invisibles lágrimas—. No pueden seguir trastornándote, lo sabes Pen. Esta excitación es muy mala para ti. Tu corazón...

—Mi corazón, Deidre, no puede soportar casi nada.

—Pero no es una tontería haber recibido un disparo, aunque haya sido con un cartucho vacío. ¿No es mejor que el doctor Fortescue te examine?

—Estoy gratificado, mi querida, con que tú me demuestres tu femenina simpatía al fin. Tengo una herida, creo. Sí, Ned Fortescue debe examinarme. Entretanto, algo

parece turbar a Andrew más de lo que las circunstancias justifican.

Mr. Dawlish se inclinaba sobre el abierto cajón del escritorio.

—Es extraordinario, Pennington, la colección de cosas que guardas en este cajón. La mayor parte ya las has exhibido; el polvo para impresiones digitales, el cepillo, el cristal de aumento. Y aquí al lado de la caja de cartuchos, hay un tubo de cola de pegar.

—¿Quieres decirme —exclamó el anfitrión—, qué diablos tiene que hacer en este asunto un tubo de cola?

—Nada mi querido amigo; no se enfade, estaba pensando en los cartuchos.

—¿Cartuchos?

—El cartucho disparado por el fantasma —y Mr. Dawlish frunció las cejas— estaba vacío. Fue disparado, es cierto, desde una distancia casi de cuatro metros al mismo tiempo —titubeó, como cavilando—. ¿Qué ocurrió con el taco de cartón del cartucho? ¿Dónde está en este momento?

—Les dije, me parece, que lo arrojé al césped. Lo encontraremos allí por la mañana. O si el asunto es de mucha importancia, podemos ir a buscarlo con una linterna. ¿Es tan importante?

—No, es difícil. Pero todavía pregunto qué actitud debemos tomar respecto a que el atacante traiga una pistola desde el sepulcro. ¿Debemos informar a la policía?

—¿Policía? —Pennington alzó los ojos al techo—. ¡Gran Scott, no!

—Es mejor ser prudente en estas cosas. ¿Está seguro de no tener nada más que contarnos?

—*Figura de Fantasma, Atacante desde el sepulcro*. Debo decirles —dijo el otro— que me estoy poniendo insoportablemente pesado debido a las constantes implicaciones que me han hecho parecer nada menos que un prolijo mentiroso. Observen una vez más, ¡y por la última vez!

Saliendo de detrás de la mesa, fue con pasos largos hacia la hoja izquierda de la ventana. Con la mano golpeó la manija de porcelana y metal, colocándola horizontal. Accionando con ambas manos sobre los marcos interiores, todos los dedos hacia arriba menos el pulgar abajo, subió la ventana de guillotina deslizándola con suavidad hacia arriba, de tal manera que la ventana quedó abierta por completo.

—¡Así! —agregó—. Me crean o no, fue así como estaban las ventanas cuando mi visitante apareció. Esto fue lo que ocurrió; puedo jurar solemnemente que sucedió esto. Podemos dedicarnos a encontrar una explicación; Nick estará de acuerdo en que hay una. ¿Por qué siempre soy el delincuente? ¿Por qué siempre creerán a los demás y no a mí? Si Estelle puede tener un espectro deslizándose tras una puerta cerrada, es tan difícil imaginar algún ser humano lo bastante malicioso como para inventar la manera de abrirse paso a través de una ventana cerrada.

—¿Qué es esto? —interrumpió una nueva voz—. ¿Qué es esto, qué es esto?

Todos se dieron la vuelta.

Del lado este de la habitación, entró corriendo como perseguida, con prisa, una

mujer de mediana estatura, mediana edad, con maneras gatunas, y abundante cabellera teñida de rojo. No fea, aunque algo huesuda, con la mirada fija, llevaba una blusa de encaje celeste y pantalones brillantes de tarlatán, que habrían sentado mejor en la figura de Deidre o de Fay Wardour. Colgada de su muñeca izquierda tenía una bolsa de labor de tela de tapicería, y en su mano derecha, como si fueran flores, llevaba una jarra casi llena de lo que la etiqueta decía ser: *La Mejor Miel de la Granja Orley*.

—¿Eres tú Estelle? —dijo Pennington Barclay en un tono nada cordial—. Bien, entra y deja que nos ilumine la luz de tu presencia. ¿Has estado escondiéndote como siempre?

—¿Escondiéndome? —repitió Estelle Barclay—. Pennington, tonto, no hay necesidad de ser tan maligno. ¿No es una vergüenza, una gran, devastadora vergüenza, que nuestro padre no esté aquí para ponerte en tu lugar y enseñarte maneras?

—Por lo que veo todavía estás comiendo.

—¿Comiendo, dices? —fue como si Estelle desdeñase también eso—. *Necesito* vitamina B; el doctor Fortescue dice que necesito vitamina B; y la miel está *llena* de vitamina B. Además son las 10,10, tal vez más tarde. Dentro de media hora o quizá menos se realizará mi fiesta de cumpleaños en el comedor. Y tú no querrás prohibirlo, ¿no?

—Por el contrario, Estelle, seré feliz presidiendo la fiesta de tu cumpleaños y deseando que se repita muchas veces con felicidad.

—Gracias, Pennington. Puedes ser bueno cuando te decides a serlo —sus pestañas se movieron como con lágrimas—. Escondida..., dijiste.

Fue Deidre quien contestó.

—Estabas en el guardarropa, ¿no, Estelle?

—¿Quieres decir que me viste por aquel espejo cuando salí?

—Y cuando entraste, hace diez minutos.

—¡Oh!, querida Deidre, ¿hay algún motivo para que tú, inútil cuñada, nunca estés al alcance cuando se te necesita?

—¡Santos cielos, no! Solamente dije...

—¡Y no digas nada más tampoco tú, mi suave Pennington! ¡No he venido a la biblioteca para *verte*!

—Entonces, sin la menor objeción a tu presencia en la biblioteca, en el guardarropa, o cualquier lugar que le dé la gana a tu fantasía de doncella, ¿puede el suave Pennington preguntarte qué haces aquí?

—¡Es Nick! —gritó Estelle—. ¡El pequeño Nick!

—Hola, tía Essie —dijo el pequeño Nick dirigiéndose a ella.

—¡Hola, querido! Aunque has crecido bastante para poder recibir un beso de tu vieja tía, Nicky, tu tía no es demasiado vieja para recibir uno tuyo. ¡Ven aquí!

Rodeando su cuello con su brazo izquierdo, del que colgaba la bolsa de labor,

Estelle, poniéndose de puntillas, lo besó primero en una mejilla, después en la otra.

—¡Así está mejor!, soy tan poco atractiva. Todavía me envanezco de ello. ¿Sabes, Nicky, que no es la primera vez, en la media hora transcurrida desde su llegada, que veo a la encantadora joven que se ha convertido en tu otra tía?

—¿Ah, no?

—¡No! Estaba en la cocina cuando guardó el auto en el garaje, y no pude resistir fuera. ¡Es maravilloso tenerte en casa otra vez, Nicky!

—Esta querida joven dijo toda clase de cosas halagüeñas acerca de ti, que no te repito para no confundirte.

—Realmente, Estelle —exclamó Deidre—, no he dicho una palabra ni de elogio ni de las otras. Lo que dije...

—Pero se te ve, querida, y la atmósfera puede ser elocuente, ¿o no? Si tú fueras Pennington, Nicky, ¿permitirías que una bonita mujer pasara las vacaciones viajando sola por el exterior? Italia, el año último; Suiza, en 1961; el norte de Africa, el año anterior. Desde luego que no hay nada malo en ello, ¡ni pensarlo! Se va con tan agradables amigas como la condesa de Carpi, en Roma, o Lady Banks, en Lucerna. Y hablando de amigos. Deidre me contó...

—Miss Estelle Barclay —dijo Deidre en voz alta—, ¿puedo presentarle a Mr. Garret Anderson?

—¡Sí, verdaderamente! ¡Ya! —gritó Estelle, haciendo una completa pirueta con la jarra de miel que llevaba en alto—. ¡Es un gran placer! ¿No es el joven Garret Anderson que nos visitó a comienzos del verano de 1939? ¿No es, por casualidad, el mismo joven?

—El placer es mío, Miss Barclay. Soy la misma persona en todo.

—¿Ha estado antes aquí? —preguntó Pennington, saliendo de su ensimismamiento—. Temo no recordarlo, lo siento.

Pero Estelle no tenía nada que ver con esto.

—Lo recuerdo. Nunca olvido nada. Y me parece simpático volver a verlo de nuevo, sólo que ha crecido y es creador de espectáculos musicales y otras cosas. Lo saludo de nuevo, Garret, y ahora paso a otro asunto. Porque por primera vez la pobre Essie va a ser tomada en serio. Mi hermano me ha preguntado —prosiguió— qué venía a hacer en su fúnebre y tonta biblioteca. Quería dar la bienvenida a Nicky, desde luego; pero eso no era todo. Bastante para alguien con memoria y un corazón de veras, pero no era todo. He hecho un gran descubrimiento; ¿puedo hablar con Andrew Dawlish? Tampoco quiero que Pen me distraiga. Dígame, Andrew, cuando el pobre papá murió, ¿no se suponía que habías revisado todos los papeles que dejó?

—Hasta donde sé, Estelle —replicó el desde hacía un rato sufriente abogado—, revisé todos sus papeles.

—No podía haber visto los que menciono. ¿Conoces el cuarto que usaba como estudio? —a través de la galería, Estelle hizo un violento y vago ademán en dirección al sudeste, junto a lo que solía ser cuarto del ayuda de cámara y despensa del

mayordomo, el cuarto con el gran escritorio de tapa corredera—. Sí, sí, está familiarizado con todo. Pero ¿sabía que hay un compartimento secreto en el escritorio?

—¿Un compartimento secreto?

—Bueno, tampoco lo sabía yo. Y no es muy misterioso, aunque mi padre amaba esa clase de cosas. Pero la providencia ayuda a veces, ¿no?

»Después de comer —continuó con extraordinaria intensidad—, estaba en la sala de música oyendo discos *pop*; hay que andar con el tiempo, Andrew. Pero no podía concentrarme sobre los Roysterer o los Upbeats. Algo me decía *vete al estudio y mira*, y me repetía: *vete al estudio y mira*.

»Probablemente sea psíquica; otras cosas me lo han demostrado. Después de un rato fui al estudio. Nada estaba cerrado con llave; nada ha estado cerrado nunca. El cajón de abajo del escritorio a mano derecha tiene un fondo falso. Si aprietas un extremo, se desliza hacia atrás. Y dentro, Andrew, hay un gran y grueso montón de papeles, algunos con la escritura de papá.

—Un momento, Estelle —Mr. Dawlish se levantó como hechizado—. ¿Revisó esos papeles? ¿Encontró algo importante o significativo?

—¡Oh!, cómo podía saber si son significativos, esa es tarea de hombre; es trabajo suyo. Ni siquiera leí la mayor parte.

—¿Qué hizo entonces?

—Junté todo el montón; lo llevé a la cocina, cuando oí a Deidre guardar el auto. No regresó a la casa. Salió sin decir dónde iba, pero sabía que era a la biblioteca. Sabía que estaban en la biblioteca, por eso entré por la puerta de la sala —Estelle hizo un gesto hacia ella—. Estaban tan pendientes de lo que Pen decía, que nadie miró alrededor. Me escabullí al cuarto secreto: ni siquiera cerré la puerta.

Y oí lo que Pen estaba diciendo: no crean que no lo hice.

Pennington Barclay, que habla perdido la calma, la miraba con indescriptible asombro.

—La situación, tal como está, se hace un poco más clara. No te escondías, Estelle. Solamente estabas esperando y oyendo.

—Bueno, Pen —replicó su hermana—. Estoy segura que retorcerás las cosas como siempre acostumbras a hacer. ¿Te importa mucho eso? A mí no. Lo importante es ese montón de papeles que puse debajo del canapé del cuarto secreto. ¿No debería hacerse cargo de él, Andrew, por si hubiera algo que nuestro pobre padre hubiese deseado hacernos saber? Podría llevárselos, ¿no es así? Traté de meterlos en mi bolsa de labor, pero el montón es demasiado grande. Su maletín no parece estar demasiado lleno.

Mr. Dawlish puso su hongo sobre la mesa.

—No hay nada en el maletín —respondió, presionando el cierre y mostrándola abierta—, excepto el cepillo de dientes, el peine y la máquina de afeitar. Lo necesario para un viaje de cuarenta y ocho horas fuera de Londres. Puedo hacerme cargo de los

papeles y examinarlos esta noche. Esto es, si Pennington piensa...

—Pienso que será lo mejor —dijo Pennington con impertinencia—; de lo contrario, Estelle no dejará en paz a nadie, hasta que usted lo haga. Aunque no creo que encuentre nada importante.

—Tampoco yo. No obstante...

Mr. Dawlish se encaminó al pequeño cuarto que daba hacia fuera, a la izquierda de la puerta. Estelle revoloteó detrás de él, sacudiendo la bolsa colgada de su muñeca y el jarro de miel en la otra mano. Todavía como hechizado, aunque con una sonrisa para mitigar la descortesía, entró y le cerró a ella la puerta en la cara. Salió al poco rato, sujetando el maletín lleno de papeles del que un artículo de los que contenía (una hoja de papel más bien arrugada, con líneas escritas a máquina) salía por un lado. Estelle corrió a su lado y sacó la hoja de papel con la mano izquierda.

—Mi falta de habilidad es bien conocida, me temo —gritó. Trató de alisar el papel con ambas manos y casi volcó la jarra de miel—. Solamente estoy tratando de ayudar.

—¿Después del alboroto y de la confusión que ha puesto en los papeles? —dijo Mr. Dawlish, golpeando el maletín—. No se puede calcular que tal conducta ayude mucho. ¿Quiere hacer el favor de volver a poner ese papel donde lo encontró?

—Pero esto —exclamó Estelle, con la intención de poner de relieve algo en lo que Garret Anderson no encontró sentido—, esto es solamente un recibo de una máquina de *bowling*.

—Cualquier cosa que sea, ¿quiere tener la bondad de volver a ponerlo donde estaba?

—Sí, sí, todo es importante —le entregó el papel, que él guardó en el bolsillo—. Ordinariamente, mi querido Andrew, insistiría en que se quedara para mi fiesta de cumpleaños a las 11 en punto. Pero debe de volver a su casa y examinar esto, ¿no es así? Su auto está aquí, sabe. Sí, no me mire tan sorprendido —prosiguió Estelle—, su hijo lo trajo; ahora está en la carretera. Hugo llegó por la puerta principal justo cuando iba de la sala de música al estudio de mi padre. Iba de camino para ver a algunos amigos en Lepe House. Hugo dijo que dejaba el auto para usted, porque sus amigos lo llevarían a su casa. Dijo además que quería hablar acerca del caso Lammas, que era urgente.

—¿El caso Lammas? —preguntó Pennington.

Mr. Dawlish levantó su puño.

—Un joven atolondrado se ha metido en apuros. Dawlish y Dawlish no son siquiera abogados de la familia, sabe. Con las tasas y los costos de la vida sólo debemos tomar asuntos criminales en el caso de que sean urgentes y justificados. Sí, Estelle —añadió de manera cortante—, voy a irme, pero no sea tan precipitada, le ruego. No me siga como si quisiera sacarme de mi cuerpo. Me voy, desde luego, pero en el momento oportuno y de buenas maneras. Entretanto...

—Entretanto podemos ver cómo *pierde* el tiempo. Sé que esos papeles son

importantes. ¡Pobre padre querido!

—Y todavía —dijo Pennington— tenemos *pobre padre querido*. Con Estelle me temo que ha quedado pobre padre querido para siempre. Después del incidente del segundo testamento dentro del jarrón tenía esperanza de que habíamos oído por última vez *pobre padre querido*.

—Tú nunca lo oirás por última vez, Pen Barclay —Estelle casi aullaba—, a menos que no haya quedado alguna bondad en este mundo y algo en ti.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir lo que digo. Las cosas que podría contarles de ti si yo tampoco tuviera corazón. Pero no necesito realmente decírselas. Te condenas por tu propia boca. Esa tonta historia del cartucho vacío con que te han disparado...

—¡Abandona eso, mujer! ¡Alguien ha disparado contra mí! ¿Ni siquiera crees eso?

—Creo eso si los otros lo creen, aunque no se lo he oído a ninguno. ¿Cómo podría saberlo yo, en el fondo de la casa y con estas paredes tan gruesas? Pero tú siempre tienes la decepción...

Nunca pudo completar la frase. La puerta de libros en la pared oeste, que Garret creía que conducía al cruce de las galerías, llevaba efectivamente allí. Pudo echarle un rápido vistazo, cuando la puerta se abrió y cerró detrás de un hombre vacilante de *tweeds*.

—Perdonen esta intrusión —dijo el recién venido; sus ojos se dirigieron rápidamente hacia Pennington Barclay—. ¿Nada malo sucede aquí?

—¡Pasa, Ned! —dijo el anfitrión con alguna nerviosa cordialidad—. No hay pacientes que demanden su atención, es verdad. Lo que hemos tenido es un cierto contratiempo, como quiera... Para aquellos que no lo conozcan: Nick, Mr. Anderson, éste es el doctor Fortescue.

—Mucho gusto —dijo el recién venido con ronca voz. La palabra gusto casi no se oyó.

—El hecho es —prosiguió Pennington Barclay— que hacía las 10 en punto, justo cuando estas buenas gentes estaban llegando, una figura vestida de negro, no fantasmal, sino un malicioso bromista de carne y hueso, hizo fuego con un cartucho vacío sobre mí, con mi propio revólver. Después se retiró de aquella ventana, dejándola cerrada de alguna manera detrás de él.

—¿Aquella ventana? —preguntó el doctor Fortescue, siguiendo la dirección de las cabezas de los demás—. Está abierta ahora.

—Está abierta porque yo aparté las cortinas hace algunos minutos. La encontramos cerrada detrás de las cortinas corridas. Estelle, que no oyó el disparo, rehúsa creerme. Insiste en que estaba borracho o dormido.

—No oí el disparo —dijo—. Pero confío que subsiguientes investigaciones no aporten similar cargo también contra mí. Después de todo, vi la figura.

—¿Usted lo vio?

—Mi querido Barclay, no hay necesidad de estar tan empeinado en la corroboración. Le importaría contarme lo que ocurrió.

Después de una presentación formal de Nick y Garret, Pennington Barclay hizo una breve, vivida y sumaria narración de la historia que acababa de contar.

El doctor Fortescue escuchó, sosteniéndose sobre uno y otro pie alternativamente. Un hombre alto, de miembros flojos, finalizando los cuarenta, con una cabeza larga en la que parches de cabellos castaños se habían refugiado detrás del arco del cráneo, con pensativos y pálidos ojos azules rodeados de arrugas.

—Bien —observó, una vez terminada la narración—. Bien, una forma del problema del recinto cerrado, ¿eh? —su mirada no abandonaba al dueño de casa—. Pero no es la única cosa interesante.

—¿Cómo, Ned? ¿Cómo?

—En comparación soy un recién llegado —dijo el doctor Fortescue al grupo en general—. Fui llamado, ¿cómo podría decirlo?, como médico residente, después de la muerte del anciano señor, en marzo. Si fuera fantasioso, que no lo soy, llamaría a ésta una casa insalubre. No por razones médicas; es mucho menos húmeda de lo que parece. Posee confort, al que tanto me inclino. Un buen aprovisionamiento de vino en la bodega, cuartos de baño ¡en verdad sibaríticos! Agua caliente y fría en cada dormitorio, junto con un equipo para bañarse y afeitarse. Hay a quienes les gusta mucho esto. ¿Usted —miró a Nick— es el heredero norteamericano del cual se ha hablado tanto?

—Soy el supuesto heredero.

—¿Se han arreglado las diferencias familiares? Su tío no estaba seguro de que se pudiera, aunque es demasiado cortés para decírselo frente a frente. No obstante, si las diferencias familiares estaban en la agenda y salieron a luz, espero que se hayan solucionado de manera amistosa.

—Lo han sido —contestó Nick.

—Y amigable, doctor —dijo Deidre con expresión fanfarrona—, es la palabra exacta. Sus únicas diferencias han sido tratar de aventajarse el uno al otro en llevar las cosas más lejos. Nunca vi dos personas llevarse tan bien como mi marido y Nick. Se han tirado rosas a cada paso.

—¿Ha sido así, Mrs. Barclay? Tal vez deba de examinarlo mejor —a despecho de su aire distraído y vacilante, a pesar de la ronca voz gutural que más parecía rondar en torno de las cosas que barajarlas al vuelo, el doctor Fortescue— que avanzaba hacia él tan decididamente que Pennington Barclay retrocedió varios pasos, levantando una mano como para defenderse de un ataque.

—¿Revisarme? ¿Qué es esto? ¿Qué quiere decir?

—Con su permiso, deseo examinarlo. Específicamente quiero tomarle el pulso. Como médico residente puedo ser negligente a veces con mis deberes, tal vez no lo molesto lo bastante. Pero no desearía que pensarán que soy tan poco sensible como el mismo doctor John H. Watson. El aspecto de su cara, hijo mío, alarmaría incluso a un lego. Es además el caso que...

—Un momento —dijo Pennington Barclay.

Antes de este estallido, el doctor Fortescue lo detuvo. Con impaciencia el anfitrión levantó su mano derecha vacía y se examinó los dedos. Después levantó la mano izquierda en la que apretaba enrollados un par de guantes de goma.

—Hay momentos —declaró— que soy tan cabeza de estopa como la misma Estelle. ¿Quiere alguien decirme, por favor, cuándo me quité estos malditos guantes? Me los puse para una demostración, y me olvidé de ellos. Andrew, ¿cuándo me los quité?

—Francamente, no recuerdo —dijo Mr. Dawlish—. Hemos hablado durante un buen rato, más de lo que parece. (Gentil Miss Deidre). Pero no vi motivo para una alarma particular; temo no recordar.

—¿Puedes tú ayudarme, Nick?

—Mira, tío Pen —Nick movió las manos—, has estado insistiendo sobre lo difíciles de manejar que eran esos guantes. Tengo alguna sospecha de que te los quitaste y los guardaste en la mano en el preciso momento en que te moviste hacia la ventana y la abriste. Pero es sólo una impresión; no podría jurarlo. ¿Tú, Garret?

—Lo mismo que Mr. Dawlish, no recuerdo —contestó Garret—, aunque lo que dices me parece lo correcto.

—Es muy bondadoso de su parte —dijo Pennington Barclay, dirigiéndose al doctor Fortescue— hablar de confort. Apenas hay el que debería de haber, y mucho menos del que habría si siguiese siendo el amo. Hasta que los militares ocuparon este distrito durante la guerra (no se apoderaron de Greengrove, pero sí de Lepe House) ni siquiera hubo una conexión eléctrica a la costa.

—Discúlpame, tío Pen —objetó Nick con gran cariño—. ¿Pero no estás confundiendo las cosas? ¿No había luz en los viejos días?

—No dije que no hubiera luz eléctrica; dije que no había cable de alta tensión como para una compañía de electricidad.

Se guardó los guantes de goma en el bolsillo izquierdo de su chaqueta de *smoking*, como quitándolos de en medio de una vez.

—Para ser exacto, Nick, teníamos una fábrica privada, la cual, si recuerdas, siempre estaba descompuesta, sumiendo la casa en la oscuridad en los momentos más inconvenientes. Entonces tenía que ser reparada. Tu abuelo solía realizar esas reparaciones cuando los servidores no eran capaces. Yo no sabía hacerlas, lo que le proporcionaba un motivo para escarnecerme. Y menciono esto porque...

—Porque quieres distraerme, ¿no? —exclamó Estelle como dando un zarpazo—;

no deseas que diga lo que debo decir, lo que estoy impedida de decir, aunque voy a decirlo ¡por más que intentes detenerme!

—Contrólate, Estelle. Menciono esto, señores, porque tiene relación con nuestro problema.

»No sabía hacer reparaciones eléctricas. Mi único talento práctico reside en mi habilidad para abrir cerraduras. Denme un pedazo de alambre o hasta un clip estirado —Pennington parecía estar contándoselo a sí mismo mientras miraba fijamente a Estelle— y podré abrir casi todas las cerraduras que me presenten. En cuanto a tu propio talento, Estelle, no vamos a discutirlo, porque tan lejos como has llegado no has demostrado que sepas emplearlo. ¡Ahora mira aquí!

Dio un gran paso hasta la hoja izquierda de la ventana, gesticulando hacia fuera en la noche y giró en redondo.

—El intruso, con antifaz y capa, salió por esta ventana, dejándola cerrada por dentro. ¿Cómo lo hizo? Si es cuestión de maniobrar con alguna llave, puedo empeñarme en demostrárselo. Pero no se nos opone ninguna cerradura. Aquí, como se puntualizó, tenemos un sólido cerrojo de metal que está firmemente trabado en su sitio. Entonces...

—Te preguntaré de nuevo, tío Pen —dijo Nick—, ahora que has estudiado la ventana y conoces la dificultad, ¿estás seguro que el tipo no podía haber estado escondido detrás de las cortinas y haber salido por la parte de atrás de la habitación en el momento en que no mirabas?

—¿Si estoy seguro? ¿Si estoy absolutamente seguro? Esto, Nick, es una elevada manera de controvertir el orden del universo. No creo que eso sucediera, no. Pero, al mismo tiempo...

—¡Bah!, eso no es sino bla bla bla y más que bla bla bla —saltó Estelle—. Lo único que sucede es que no puedes justificarte de ninguna manera y quieres hacernos tragar ese estúpido cuento, sin que te preguntemos más.

—No tan estúpido puesto que Ned Fortescue parece confirmarlo...

—¡Ah!, ¿lo confirma? El querido doctor Fortescue jura cualquier cosa —Estelle respiraba fuerte—. Puedo creerlo, aunque no pueda creerlo; no sé si se dan cuenta de lo que quiero decir. Pero ¿qué dijo él?

—¿Por qué no se lo preguntas a él mismo?

—Bueno, bueno —observó el doctor Fortescue.

Tembloroso, no muy firme con sus gastados pantalones de tweeds, se pasaba una mano por la cara dándose masaje. Después habló dirigiéndose alternativamente a Nick y a Garret.

—Miss Barclay me halaga, señores. Nunca he estado muy seguro de muchas cosas en este mundo. Mis faltas son muchas y variadas, razón por la cual hago lo posible por guardar compostura. Bebo demasiado, como pronto van a oír, si es que todavía no lo han oído. Pero rara vez me afecta y nunca me ha incapacitado. Miss Barclay puede ser testigo de que no bebí nada esta noche.

»Después de cenar, como puede o no puede haberse dicho, nos separamos por diferentes caminos. Mi dormitorio, aunque mucho más pequeño que esta biblioteca, queda encima, en el extremo oeste. Tiene dos ventanas que miran al norte, otra que da a la fachada y otra mira al oeste. Fui a mi dormitorio, creo que a las 8,30 pasadas. Al final de la cena, Mr. Barclay me ofreció un excelente cigarro, y yo tenía muchas cosas que leer.

—Lecturas profesionales, sin duda —dijo Andrew Dawlish como un hombre pomposo a otro—. Estaría sumido en el Diario Médico Británico.

—Bueno, no, no en el D. M. B. En mi profesión rara vez somos muy glotones de esta clase de trabajos, como sucede con los médicos que se ven en televisión. En realidad, estaba leyendo una novela de detectives.

De nuevo se dirigía a Nick y Garret.

—Esto ahora parece muy apropiado, aunque nada letal ha ocurrido (o lo esperamos así, de todos modos), pero parecía que iba a ocurrir. Y, a pesar de estar sentado en mi dormitorio concluyendo mi cigarro y progresando hacia el final del capítulo quinto, no puedo decir que me sintiera mayormente feliz. En la comida se había sugerido, o más bien que haberse sugerido, había una atmósfera que prometía fricciones cuando el nuevo heredero llegase. ¿Qué clase de fricciones? Nadie lo estableció; pero no tenía mucha confianza. ¿Por qué habría de tenerla?

»Se produjo una importante interrupción. Mi cigarro se había terminado, el crimen de ficción había sido cometido y se estaba investigando cuando me pareció que oí llegar un auto a la entrada. Con toda seguridad, pensé, es Nick Barclay. Eché un vistazo a mi reloj: eran las 9,15; todavía Mrs. Barclay no podía ni siquiera haber visto el tren. Pero tuve la curiosidad de mirar hacia fuera por la ventana de la fachada; había un auto. Luego comprobé que era el del joven Hugo Dawlish, el hijo de nuestro amigo, aquí presente. Él cambió algunas palabras con Miss Barclay, quien contestó desde la puerta principal; llevó el auto por el camino que rodea la casa y regresó a pie. Después...

»Después —continuó el doctor Fortescue, acariciándose lo que le quedaba de sus parches de cabellos— cerré la ventana, corrí las cortinas y apagué la luz. No tanto porque quisiera evitar la luz de fuera, que estaba decayendo. Pero se vuelve muy frío del lado del Solent y, como pueden juzgar por mis pantalones, siento el frío.

»Volví a sentarme, para continuar leyendo, pero tuve dificultad en seguir el hilo de la historia. Sólo podía pensar en Mrs. Barclay de regreso de Brockenhurst con los otros. ¿Quién era yo? Un dependiente, un intruso: tratado con cariño, es verdad, y hasta con consideración y respeto, pero aun así un subordinado, un intruso en la mesa del Mecenaz.

Pennington Barclay se irguió.

—¡Mi querido amigo —protestó—, esto es insensato por completo! No tenía la menor idea de que se sintiese así. Si piensa que no es deseado aquí...

—Déjeme exponerlo, sin embargo; hay tiempo para ocuparse de la verdad.

—Si insiste en decir eso...

—Insisto. Ahora, considerándolo serenamente —preguntó el doctor Fortescue—, ¿cuál es mi función en esta casa? Se trata de cumplir con mi deber y mantenerme presentable. Puedo cumplir con mi deber, pero ¿estar presentable? En este momento mucho lo dudo.

»Serían las 10 cuando abandoné mi asiento. Apagué las luces y dejé nada más que la pequeña, sobre la palangana de mi cuarto. Tomé la máquina de afeitar eléctrica. Mientras me afeitaba necesité pensar. Ahora dígame —se dirigió a Nick—, ¿cuando usted y los otros llegaron a esta casa, y poco después corrieron aquí, vieron alguna luz en el piso de arriba?

—No había luz en ninguna parte —dijo Nick.

—¿Y usted, Mr. Anderson? ¿No tiene nada que agregar?

—Nada, pienso que no había ninguna luz en ninguna parte.

—Podían no ver ninguna luz. La cortina de mi cuarto, como Mrs. Barclay les podrá decir, es de un pesado material para oscurecimiento de los días de la guerra. De modo que era natural que no vieran luz. Déjenme concluir mi tonta historia.

»Terminé de afeitarme. No oí nada, y si alguna sugestión de ruido penetró a través de la cortina cerrada, con una máquina de afeitar eléctrica cerca de la oreja... No puedo decir qué impulso me hizo apagar la luz encima de la palangana, asomarme a la ventana del oeste, correr las cortinas y mirar hacia fuera.

»Opuesto al lado oeste de esta casa se extiende un ancho jardín con canteros y caminos o avenidas entre cercos muy altos, rodeados por una pared cubierta de enredadera. El jardín tiene cuatro entradas, una en cada extremo del compás.

»Una de ellas pueden verla si se asoman a esta ventana, mira directamente a la ventana izquierda de esta biblioteca.

»Muy bien. Miré hacia fuera desde mi propia ventana, desde un punto entre aquellas dos y hacia abajo. No estaba oscuro del todo. Entre el jardín y yo había veinte metros de suave césped. Y entonces vi algo, vi...

—¿Sí? —interrumpió Pennington Barclay—. No se detenga aquí, Ned. ¿Qué vio?

—Vi una figura vestida de negro —replicó el doctor Fortescue.

Se hizo una pausa.

—No intentaré hacer ninguna descripción. Tanto más cuanto que la figura estaba de espaldas. Se movía más bien despacio desde la casa hacia la entrada del jardín, y cuando miré había llegado casi a él. En ese momento percibí el ruido apagado de una voz que venía de alguna parte fuera de mi vista. Me pareció que la voz gritaba: *Vamos*.

—¿Oyó eso de verdad? —dijo Nick Barclay inclinándose hacia delante—. Nos retrasamos un rato, por una razón u otra, antes de correr alrededor de la casa. Fui yo quien dijo *vamos*, ¿qué más?

—Pueden imaginarse: abrí la ventana, una puerta-ventana que se abre hacia fuera como una pequeña puerta. Casi no hice ruido: de todos modos estaban demasiado

preocupados. Tres personas: usted mismo, Mr. Anderson, su amigo, y Mr. Dawlish venían corriendo. Por el ruido de las voces subsecuentes, incluyendo la de nuestro anfitrión, que hubiera hecho fortuna en el cine, deduje que nada serio había sucedido. Y todavía...

»Cerré la ventana; corrí las cortinas; apagué la luz. Después me senté y me quedé cavilando. Nada serio había ocurrido, y, sin embargo... Esperé lo que me pareció un intervalo respetable y decente, permitiendo a los minutos estirarse el mayor tiempo posible, después de lo cual, como ahora se dan cuenta, bajé a preguntar qué había pasado.

»En realidad, señores, queda muy poco por decir. Sólo agregaré una cosa: se refiere a la figura en traje negro, que al final vi en la entrada al jardín. Lo que más tensión ha provocado en Barclay de acuerdo a su propia declaración es lo que considera la *malicia* del visitante. No puedo decir lo mismo; no debo de ser fantasioso, la imaginación destroza nuestras vidas. Doy tan sólo una sugestión, probablemente errónea. Pero me pareció que cuando ustedes tres corrieron y el joven señor Barclay vino hasta la ventana de la derecha, la figura de negro levantó sus brazos como haciendo una cabriola, algo como un triunfante paso de danza, y desapareció en el jardín. Esto es todo.

—Si me preguntan —declaró Nick, levantando su propio brazo como haciendo un juramento—, si me preguntan, buena gente, con esto tenemos más que suficiente. Puede no ser fantasioso doctor Fortescue, pero lo hace bastante bien. *Los fantasmas han venido. Ju Ju.* Bueno tía Essie, ¿qué dices ahora de la ventana de tío Pen?

—¡Insensateces!, ¡no creo una palabra de todo eso!

—¿No cree al doctor Fortescue?

—No creo en nada de lo que dice Ven. No tenemos sino su palabra de que alguien haya disparado sobre él. Y si inventó todo esto sólo para asustarnos él mismo hizo fuego con el revólver para dar un viso razonable a su cuento...

—La objeción a tu cargo Estelle —señaló su hermano— es que mi cuento no suena razonable para nadie, ni siquiera para mí. ¿De dónde partió el cartucho vacío? La pistola estaba cargada con cartuchos vacíos, a pesar de que nunca compré ninguno.

—Eso lo dices tú. Tú eres quien dice que no los has comprado. ¿Cómo podemos saber si los has comprado o no? Escúchenme —suplicó Estelle sacudiendo onduladamente la jarra de miel como si dirigiera una orquesta—. Soy psíquica, lo saben. No soy una sabia, pero soy psíquica y pienso que puedo decirles lo que ocurrió.

»Pen ha inventado todo, desde luego. Pero la poética justicia está siempre esperándonos; ¿no es así? No ha visto nada, está mintiendo. No *creo* que una presencia sobrenatural puede volver. Y sin embargo, una presencia sobrenatural ha regresado y lo está observando. ¿No se *dan cuenta* que es lo que el doctor Fortescue vio sobre el césped?

Fatigado, el doctor manejaba su rostro con desesperación.

—Señora —dijo—, vi a alguien vestido de negro. Es todo lo que vi y lo que les conté que vi. Esta ridícula conversación sobre fantasmas, no por primera vez...

—Piensa que es lo más terrenal sobre la tierra, pero no es realista para nada. Usted es de los que pueden ver cosas ocultas a los ojos de los otros. Usted dijo que siente frío, ¿no es así? Yo también siento frío (a nosotros siempre nos pasa). Cuando se me presentó el viejo juez se produjo un horrible frío en torno.

Titubeando sólo un instante, Estelle corrió directamente hacia la ventana de la derecha que había estado abierta toda la noche. Aunque trabada por la bolsa de labor y la jarra de miel, empujó las hojas de la ventana, la cerró y corrió las cortinas. Después se volvió hacia la izquierda y se apresuró a situarse enfrente de la chimenea hacia el lugar donde Pennington permanecía parado, frente a la ventana de la izquierda.

—Déjame pasar, Pen, y cerraré esta otra.

—No, no lo harás. Quédate donde estás Estelle. ¡No toques esta ventana!

—Pero si todavía está fuera. ¡Cuidado Pen! Puede venir y alcanzarte aún. Por última vez, ¿me dejas pasar?

—Por última vez, no. Hemos tenido bastante de esta insensatez.

—¿Insensatez, eh? ¿Dices insensatez?

—Sí. No voy a soportar, sin hacer nada, que sigas invocando a los espíritus y que, como en Glendower, no vengan.

—¡Oh, tonto, necio, tipo *insensible*!

—En medio de tu refunfuño, Estelle, puede que haya un microscópico rayo de razón. Déjanos usar la nuestra para determinarlo. Cualquier cosa que pase aquí tiene su origen en el pasado.

Después de esto, el sentimiento hasta allí reprimido con lógica, estalló como un chorro de histeria cuando hermano y hermana se enfrentaron junto a la chimenea.

—¡El pasado! —gritó Estelle—. ¿Esto es lo que te importa de él? Esta casa, tus libros. Es todo lo que te preocupa. Es decir, a menos que tus ojos se recreen en un bonito rostro joven. Esa secretaria tuya, puede ser una bonita joven; estoy segura de que lo es. Diedre responde de ello, ¿pero piensas que no vemos cómo la miras y con qué deseos?

—Eso es una mentira —dijo Pennington Barclay con voz clara—. ¿Me estás comparando con *sir* Horace Wildfare?

—No te comparo con nadie.

—No con él, espero. Estoy bastante viejo, sabe Dios, y un poco cansado de este mundo. No tengo ninguna de sus cualidades, incluyendo la malicia. Y, sin embargo, el nudo de lo que está ocurriendo en esta casa puede ser buscado doscientos años atrás. No hay fantasmas. Pero, como en muchas casas, hay una atmósfera que infecta la mente de las gentes, tan palpable como un cuchicheo en el oído. Un cierto panfleto, no leído por ti, o por Deidre, ni siquiera por Miss Wardour, acerca de la cual, insisto

en la calumnia, dice que algún miembro de la familia del juez le dio veneno. Él ha dejado un veneno mental que permanece hasta hoy.

—¿Y tú todavía cuentas otra mentira, no?

—¿De nuevo otra mentira? —rugió su hermano—. ¿Qué cosa en nombre de qué Infierno estás hablando ahora?

—Sí —gruñó Estelle—, puedes decir bien en nombre del infierno. Muchas veces has contado que el fantasma nunca había sido visto desde los tiempos Victorianos hasta que Mrs. Tiffin lo vio, pero yo lo vi este mismo año. Y alguien más lo vio hace años. Mi querido padre lo vio, debes de saber que lo vio. Por lo tanto mientes, también en esto. ¡Si sólo fueras despiadado conmigo!...

—Estoy tratando de ser bondadoso contigo, Estelle, *Dios es testigo de que estoy tratando de ser bondadoso contigo*. Nunca di crédito a que nuestro santo padre haya visto el fantasma del juez ni ningún otro fantasma; en tal caso, con seguridad, lo habría mandado de vuelta a la laguna Estigia a fuerza de insultos.

—Y todo esto —sollozó Estelle cayendo en la tragedia— debe de sucederme y enloquecerme en el momento en que las cosas deberían de ser tan *alegres*. Estamos a quince minutos de mi fiesta de cumpleaños, cuando debiéramos de rodear la tarta en el comedor, el momento para la alegría y los afectos familiares.

—Esta noche, Estelle, me has demostrado la extensión de tu afecto.

—¡Pero yo tengo afecto por ti!

—Entonces déjame rogarte, dulce hermana, que contengas tus lágrimas y no sigas con ellas. Pero, sobre todas las cosas, te ruego que dejes de sacudir esa jarra de miel o vas a salpicar a alguno. ¡Cuidado, Estelle, cuidado!...

En el mismo instante, grotescamente, ocurrió el desastre.

La jarra, sacudida tal vez con demasiada fuerza, golpeó contra la dura piedra de la chimenea. La boca de la jarra se quebró en pedazos, una onza o dos de espesa miel pegó en el muro y salpicó con la fuerza de una catapulta, rebotando sobre la solapa derecha de la chaqueta del *smoking* de Pennington Barclay deslizándose hacia abajo.

El anfitrión quedó inmóvil, con la cara azorada pero impasible.

—¡Escándalo y suciedad! ¡Escándalo y suciedad! —todavía impasible, cerró los ojos—. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho...

Estelle permanecía impávida. Sobre el borde de la chimenea colocó los pedazos que quedaban de la jarra. Entonces con decisión dio un puntapié a los fragmentos de cristal amontonados en el hogar.

—¡Oh, Pen, no seas tonto! Sabes cómo lo siento; pero es tu propia culpa. Seguramente tienes otras chaquetas en el cuarto secreto. ¿Tienes una por lo menos?

—En rigor a la verdad, tengo otras dos.

—Entonces ve y cámbiatela en seguida, querido, y no hagas aspavientos. ¿Presidirás mi fiesta de cumpleaños, verdad? A menos que hayas olvidado que lo prometiste o tal vez nunca tuviste intención de hacerlo.

—No, no lo he olvidado —del bolsillo de la derecha sacó un pañuelo y lo pasó

sobre la miel esparcida sobre su pecho, pero, después de un momento, venció la repulsión y guardó el pañuelo en el bolsillo. La miel empapó la tela; aunque visible dejó de gotear.

—No lo he olvidado —dijo—. Tu estimación del tiempo, Estelle, es muy errónea. Son las... —y consultó su reloj de pulsera—, faltan más de veinte minutos para las 11. Pero no lo he olvidado. Presidiré esta regocijada fiesta. Aun si yo...

—¿Aun si yo... qué?

—Aunque una aparición del siglo XVII, de acuerdo con tu profecía, me arrebate a través de esta ventana y me lleve lejos...

—Pen, no...

—Quedas tú de todos modos Nick, como el verdadero cabeza de familia, para presidir en mi lugar. Ahora, señoras y señores, voy a cambiarme. Indebidamente fastidioso a pesar de lo que parezca, detesto ser visto en este estado; me siento como si no sólo estuviese sucio con miel sino como cubierto de insectos. Ahora indebidamente descortés, a pesar de lo que pueda parecer, les propongo salir de la biblioteca. Tengo una última advertencia para el oído de mi hermana, después de lo cual podremos departir hasta las 11.

—¡No Pen!, la que tiene una pregunta que hacerte soy yo —la voz de Estelle, de poderosa contralto así como la de su hermano era de barítono, resonó en la biblioteca—. ¡Contéstame por la paz de mi alma y de la tuya propia! ¿Qué piensas hacer con tu rubia secretaria? ¿Casarte, Pen? ¿Es tan malo como todo eso? ¿Romperías tu matrimonio con tu mujer y te casarás con esta joven?

—Estás muy equivocada, Estelle. Miss Wardour no significa nada para mí. Dios sabe que tampoco significo nada para ella. Otra cosa es la que carcome mi ánimo. Me carcome profundamente, me carcome ferozmente; sin cesar y sin descanso.

—¿Qué es esa cosa?

—¡Veneno! —dijo Pennington Barclay—. ¿No nos ayudaría hoy, poder descubrir quién envenenó al viejo en su madriguera?

Fue en este momento cuando Garret Anderson miró hacia arriba.

Un cerrojo crujió en la habitación. La puerta de la galería, la misma puerta por donde había entrado el doctor Fortescue, fue entreabierta de nuevo. En la abertura estaba parada Fay Wardour; en su cara por alguna razón había una mirada de absoluto terror.

Como había hecho por la tarde en el tren (vestido blanco y azul, con sandalias azules) maniobraba de nuevo con su cigarrera de carey. Fay se irguió hacia atrás, y la historia se volvió a repetir. Pero esta vez ningún cigarrillo saltó fuera, la cigarrera voló de sus manos. Cayó sobre la alfombra, desplegando una hilera de cigarrillos de marca, sostenidos por una pequeña tira de bronce. Se dio la vuelta, y salió corriendo, cerrando la puerta detrás de ella.

—¡Fay! —gritó Deidre Barclay—. ¿Qué pasa... qué cosa es?...

Luego, reaccionando, salió corriendo detrás de ella, golpeando también la puerta.

Garret se movió a su vez.

La imagen de Fay, la certeza de cuanto ella significaba para él, anularon cualquier otra consideración. No le importó olvidarse de la farsa de encontrarse como extraños. Se dio cuenta sólo de la excusa que tenía para seguirla.

Estúpidamente, gritó:

—Se le ha caído su cigarrera. Ha dejado caer...

No estuvo muy disimulado. Levantó la cigarrera y la cerró. Se dio la vuelta y encontró los sardónicos ojos de Nick. Entonces dio la vuelta a la falleba y salió a la galería detrás de las dos mujeres.

La galería ancha y alfombrada, apenas iluminada, se extendía al oeste para terminar en otra alta ventana cubierta por las cortinas corridas sobre ella. El lado norte de este ala de la casa parecía contener sólo dos largas habitaciones alineadas: biblioteca y sala. Al salir de la biblioteca, Garret se encontró frente a tres puertas cerradas. Presumiblemente conducían a los tres cuartos al sur de la galería, correspondientes al espacio de la sala y la biblioteca.

Deidre Barclay tensa y ansiosa estaba parada frente a la puerta de en medio, al otro lado de la galería. Estaba parada con la mano en el pestillo, como haciendo guardia. Garret corrió hasta ella.

—¡Fay! —dijo—, ¿dónde está Fay?

—Está allí, en la sala de billar.

Los ojos avellana de Deidre no se mantuvieron serenos durante mucho rato. Casi con pánico, se asió al brazo de Garret y comenzó a hablar tan rápidamente como Estelle.

Hay tres habitaciones de este lado, como puede ver. Una, a mi izquierda, cerca de la ventana al final del pasaje es la sala de música. La que está a mi derecha era el estudio del anciano Mr. Barclay. Más allá —el gesto de Deidre señalaba hacia el este—, como también puede ver, la galería accede a un vestíbulo central. Más allá, siempre al este hay otra galería igual a ésta; con cuarto de estar a saliente y comedor sobre la fachada principal, despensa del mayordomo y cuarto para el ayuda de cámara y otras dependencias más en el fondo, aunque no ha habido mayordomo ni ayuda de cámara desde la primera guerra. De todos modos esto no importa, Garret. ¿Le molesta que le llame Garret?

—¡No por cierto!

—¿Es el gran amigo de Nick, no?

—Sí lo soy, ¿pero cómo lo sabe?

—Y también lo es de Fay; pero esto tampoco importa de todos modos. Detrás de mí queda la sala de billar. El anciano Mr. Barclay tenía dos mesas de *pin ball* allí.

—¿El viejo Clovis tenía dos mesas de *pin ball* allí?

—Sí, le gustaba mucho; excepto algún ocasional juego de billar, no parecía gustarle otra cosa. Las encargó a una fábrica de verdaderas máquinas comerciales, la misma que suplió las diversiones de las arcadas de Londres. Y las hizo instalar con un bol para monedas a los lados de cada una, de manera que cada uno pudiera pagar, cada vez que quisiese jugar. Nunca lo vi reír, pero sonreía a veces, cuando lograba hacer sonar la campanilla marcadora de las puntuaciones.

—¿Decía a propósito de Fay?

—Huyó hacia dentro ahora mismo. Pero no puede haber cerrado la puerta porque

no hay llave. ¿Conoce la historia de Fay, no? ¿No sabe lo que le ocurrió?

—No, no sé.

—Bueno, tendrá que conocerla ahora. Toda clase de accidentes han estado ocurriendo; pero éste ha sido el peor de los accidentes estúpidos, brutalmente estúpido, para usar una expresión de mi marido. ¡No sé! Tal vez sea conveniente para ella que se lo cuente; pienso que usted es capaz de ser comprensivo. Sígalala, háblele; sea con ella tan amable como es capaz de serlo, sea bondadoso sobre todo.

—Lo intentaré.

Desde ese momento todo pareció precipitarse.

Una voz femenina dijo:

—Con permiso, señora.

Del lado del vestíbulo central apareció una acicalada, más bien bonita, aunque inexpresiva muchacha de dieciocho o diecinueve años. Deidre, aturdida y más que elegante con sus pantalones negros y su chaleco naranja, se dio la vuelta en redondo cuando la muchacha se le acercó.

—¿Qué Phyllis?

—Por favor, señora, hay dos señores en la puerta principal.

—¿A esta hora de la noche, Phyllis?, ¿quiénes son y qué desean?

—Bueno señora —contestó la muchacha—. Uno es grande e imponente, inclinándose todo el tiempo como un velero con viento en contra. Dice que su nombre es Fell.

—¿Fell? —exclamó Garret, sintiendo que las cosas ocurrían con demasiada precipitación—. ¿Gideon Fell, el doctor Gideon Fell?

—Sí, señor, eso es —entonces Phyllis cuchicheó con Deidre—. El otro caballero es más joven y no gordo. Regresé y le chisté a Phoebe que está en la galería de la cocina. Y Phoebe dijo: *No es un caballero; es un hombre común con ropas comunes*. Estoy segura que no lo conozco, señora. Pienso que el segundo es escocés, aunque no habla como tal.

—¿Su nombre no es Elliot? ¿Diputado comandante Elliot? —interrumpió Garret.

—¿Elliot?, ¿ve?, me di cuenta en seguida que era escocés. Pero no sabía qué decirles señora. Me dirigí al caballero corpulento y le dije que aquí nadie estaba enfermo y que de todos modos teníamos un doctor en casa. Me contestó que no era esa clase de doctor, señora. Dijo que Mr. Pen había enviado por él.

—¿Que Mr. Pen envió por él? —repitió Deidre.

Se produjo otra interrupción. La puerta de la biblioteca se entreabrió. Siguió una pausa, como de gente que oía; y entonces, sobre las últimas palabras de Deidre, se produjo un éxodo en la biblioteca.

Primero salió el doctor Fortescue, tambaleante, a través de la galería y desapareció por donde Deidre había dicho que quedaba la sala de música, en el ángulo sudoeste de la casa. Detrás salió apresurada Estelle, deslizándose como un gato, pero se detuvo junto a Deidre y a Garret en la puerta de la sala de billar; la

seguían Andrew Dawlish y Nick, quien cerró la puerta de la biblioteca.

—Perdóname, Estelle —dijo Deidre alzando la voz—, pero ¿realmente Pen envió a buscar al doctor Gideon Fell?

—No sé, en verdad, si lo mandó a buscar o no, querida, pero yo sí deseo ver al doctor Gideon Fell. ¿Dónde están esos dos hombres Phyllis?

—Disculpe, Miss Estelle, están en la puerta principal. Hablé con ellos, es decir...

—Debió introducirlos en la sala. No importa; lo haré yo. Sabes querida —continuó dirigiéndose a Deidre—, Pen ha tenido alguna relación con el buen doctor. Por lo menos se escribían; ¡oh, estos literatos! El doctor Fell está en el hotel Polygon en Southampton, ayer salió una nota sobre él en Eco. Alguien ha presentado al Colegio Williams Rufus, de la Universidad de Southampton, lo que parece ser el manuscrito original de *Los rivales* de Sheridan, y el doctor Fell ha venido para dar su veredicto sobre si es auténtico o no. Los rivales, desde luego quiere decir siglo XVIII de nuevo, ¿no?

—Así es indudablemente —confirmó Mr. Dawlish, contoneándose junto a ella—. Tarde o temprano, con suerte, saldremos por fin de una vez por todas del siglo XVIII. Entretanto, dado su insistencia por estos papeles, haré mejor en volverme a casa. ¿Dijo usted que el auto estaba en el camino, no?

—Está justo fuera del garaje. Hugo insistió en dejarle un impermeable, aunque le repetí que no iría a llover. Y ahora voy a saludar al doctor Fell, debo contarle...

—No es usted la única, tía Essie. Tío Pen nos ha despedido de la biblioteca y también estoy bramando por verlo. Es la única persona en la tierra que puede ayudarnos; pregúnteselo a Garret, que es muy amigo suyo. El podrá presentarnos. Vamos viejo caballo, vamos a...

—¡No! ¡Vamos, no! —irrumpió Garret, con la imagen de Fay desplazando cualquier otro pensamiento—. Pasa de largo y preséntate solo; estará muy contento de verte. Pero tendrás que excusarme por el momento; hay alguien más que también debe ser entrevistada.

—¡Vaya! ¡Vaya Garret! —el susurro de Deidre era bajo y terminante—. ¡Vaya allá! Guardaré la fortaleza si es necesario, para darle a esta pobre muchacha alguna paz contra las pesadas bromas y conocidas advertencias. ¡Vaya!

Sin más, Garret dio la vuelta a la falleba: se deslizó dentro, cerró la puerta detrás de él... y se paró en seco.

Jira una amplia habitación; con paneles de roble, alfombrada con esteras de goma. Tres puertas ventanas, estilo georgiano, sin cortinas y cerradas dejaban ver el césped, los árboles y una escalera de tres escalones que descendían entre arbustos hasta Lepe Beach. Por encima de los bordes blancos de la resaca, brillante en la oscuridad, se alzaba una media luna que presagiaba lluvia.

En la habitación, cerrada y sofocante, estaban encendidas las luces en las cilíndricas campanas que cubrían la mesa de billar. La otra única iluminación —muy poco coloreada— apenas brillaba, proyectada desde el panel de cristal de una

máquina de *pin ball* situada contra la pared del lado derecho. Fay daba elocuentemente la espalda, de pie junto a la mesa de pino, sin hacer caso de nada. Por un momento tampoco miró a Garret. Después se volvió hacia él. El olor a cerrado de la habitación sobrecogió los pulmones de Garret; la expresión de Fay le sobrecogió el corazón.

—Fay...

—¿Me has seguido, no? ¡Con toda deliberación me has seguido!

—Desde luego que te he seguido. ¿No te has dado cuenta de que te seguiré siempre?

—Por un segundo pensé que deseaba que lo hicieses. Pero ahora no. No es bueno, Garret; ¡nada terrenal es bueno en este mundo!

—Ciertamente no es bueno pensar que el mundo se encamina a su final —Nick le hubiera dicho: «*Sal de ahí bonita, basta de carreras disparatadas*»; pensó, pero yo no puedo hablar así, aunque me gustaría—. ¿Por qué no probamos la máquina de *pin ball*?

—¡No!

—Probémosla de todas maneras. Mira aquí.

Sobre el panel liso se leía en letras rojas *SAFARI AFRICANO*. La figura de un cazador con sombrero blanco y camisa kaki levantaba su rifle hacia un montón de vegetación amarilla y verde que sin duda representaba la selva. Garret tomó una moneda y la dejó caer en la ranura. Sujetó la manija y la empuñó hacia dentro contra los fuelles. El fuelle arrojó seis pequeñas y pesadas bolitas de metal, una cayó forzosamente en la huella al lado de la mesa.

Garret apretó la manija a fondo.

—En los viejos días antes de que el tabaco fuera tasado como excelente, se podían ganar cinco cigarros por una puntuación de veinticinco mil poco más o menos.

Un estallido apagado se produjo cuando abandonó la manila.

La bolita caída en la huella giró alrededor; toda la mesa se conmovió con vida metálica. Fantasmas, figuras flamígeras revolotearon salvajemente a través de la pantalla: un león apareció en la selva, saltó y recibió un balazo mientras la bolita remolineaba y rebotaba contra una campana con repicar maniático que encendía y apagaba luces de colores.

La bolita desapareció. Garret inspeccionó una primera puntuación en cifras rojas al pie del panel.

—Seis mil —dijo—. Hemos ganado un león, de todos modos, y un cocodrilo en el río. ¿Los metemos en la bolsa a los dos, o les aplicamos el mismo método que a tus demonios azules?

—¡Te digo que no está *bien*! —Fay retrocedió dos pasos, con su bolso debajo del brazo—. Dije que era sórdido, pero no te imaginas cuánto. Piensas, porque lees aquellas historias, que puedes comprenderlo, ¡como si fuera lo mismo, Garret! Nadie

puede entender, nadie en este mundo, que no haya sido tocado y arrastrado hacia abajo.

—¿Tocado por qué y arrastrado por qué?

—Asesinato —respondió Fay.

Retrocedió todavía más, apretando su bolsa contra el cuerpo.

—Desde luego no fue un asesinato. Pero algunos creyeron que lo era; creyeron que yo lo había cometido; todavía pueden arrestarme. Y hablando de otras gentes, esta noche subí el sendero justo detrás de ellos.

—Mira aquí, querida, ¿de qué me estás hablando ahora? ¿Subiste el sendero detrás de quién?

—¡Del doctor Fell y Mr. Elliot! Dejaron su auto a la entrada del sendero. Bajé del autobús en Southampton y fui por la hierba de modo que no pudieran oírme y me deslicé por la puerta del fondo. Mr. Elliot es el tercero en el Comando del CID, el único después del comandante y del comisionado asistente. El doctor Fell, aunque creo que podría contarle cualquier cosa, sin embargo en cierto modo me asusta aún más.

»Puedo jurar que, en algún momento, Mr. Elliot se dio la vuelta y me miró. No creo que me haya visto antes, pero ha podido ver alguna fotografía. El hecho es, que está aquí. Puede descubrirlo todo y mezclarte.

»Mr. Barclay sabe algo sobre mí. ¿No escuchaste lo que dijo en la biblioteca? *¿Quién envenenó al anciano en su propia guarida? El desvelar la verdad podría ayudarnos* o algo por el estilo, no puedo recordar con exactitud. ¿Sabes a qué se refería, Garret?

—Sí, sé. Estaba hablando a *Sir Horace Wildfare*, juez del siglo XVIII que hizo estragos aquí.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! Se refería al anciano Justin Mayhew, de Deepdene House cerca de Barnstow en Somerset.

—Fay, mi dulce tonta, estás más loca que una cabra. ¿Quién diablos es Mr. Justin Mayhew o como se llame la casa de Somerset? Puedo asegurarte que Pennington Barclay jamás aludió a él o dijo una palabra acerca de él.

—Tal vez estoy loca; a veces me pregunto. Lo que sé es que, si se llega a descubrirlo, te verías mezclado en este detestable asunto junto conmigo.

Había retrocedido casi hasta la ventana. La luna sobre el Soient estaba detrás de ella. La proximidad física de Fay (el azul oscuro de sus ojos muy abiertos bajo el arco fino de las cejas, la línea de sus brazos y sus hombros) le hicieron revivir con nitidez la misma luna en otro tiempo y en otro lugar, y las escenas que se ligaban con ello.

—¿Crees honestamente que me puede preocupar algo que te alcance? De paso, ¿te dije que te amo?

—¡Oh, me hubiese gustado tanto que *podieras* decírmelo y decírmelo!, pero no debes hacerlo. Y no me toques ¡por favor! Podría cometer cualquier tontería, y esto lo empeoraría todo más aún. Escucha, Garret, ¡quédate quieto y escucha!

—¿Sí?

—Mi nombre, antes de que lo cambiara legalmente, era Fay Sutton. Esto fue hace más de un año, en marzo de 1963. ¿Has pensado lo vulgar que es el apellido Sutton?

—No creía que fuese tan común, no.

—Entonces te equivocas. Hay cuatro columnas de Sutton en la guía telefónica de Londres: desde Sutton, A., en Torrington Park a Suttin-Vane en Stanhope Gardens y Suttonfish en la calle Great Portland. Hasta donde sé...

—¿Hay Suttonyen en Camberwell y Sutton-Zug en Colney Hatch? ¿Por qué no te ríes Fay? Sería mucho mejor, ¡vamos, ríete!

—*Querido, esto no es un chiste.*

—¡Muy bien! Deja que no cumplamos nuestra función o papel en la isla, sólo porque alguien se llama Suttin. Es un condenado buen nombre, se pensaría. ¿Y qué tiene que ver en todo esto?

La emoción estaba alcanzando su culminación. Fay huyó de él. Tropezó con la mesa de billar, tiró sobre ella su bolso y se dio la vuelta con desesperada seriedad.

—Bajo el nombre de Sutton, a comienzos del 1963, respondí a un aviso y fui la secretaria de Mr. Mayhew, un corredor de bolsa retirado. Barnstow es un pequeño pueblo alejado en Campo del Oeste, a diez kilómetros poco más o menos de Bath. Mr. Mayhew era mayor que Mr. Barclay, no se le parecía, sino en que era propenso a cavilar. Nos llevábamos muy bien. En el verano me pidió que me casara con él.

—¿Se llevaban muy bien has dicho? ¿Luego tú y él...?

—¡No! —Fay abrió los ojos con horror—. No soy una puritana, ya te lo he dicho, no pretendo serlo. Pero no, no y no, nada tuve que ver con él.

—¿Qué le respondiste cuando te pidió que te casaras con él?

—Le dije que no, por supuesto. Mr. Mayhew era viudo; tenía un hijo mayor y una hija. Pero no era tanto su edad, como que era más bien raro. No me agradaba mucho, me daba miedo. El matrimonio siempre me ha asustado. Daba la impresión de pasar por encima de todo. Traté de hacérselo ver. Me dijo que haría bien en casarme con él porque había hecho un testamento a mí favor. Las cosas no iban bien en la casa. Hasta que una mañana de octubre fue encontrado muerto por una dosis exagerada de pastillas para dormir.

El tono de Fay no cambió cuando añadió:

—Mr. Mayhew tenía cáncer, ¿sabes? Supimos esto por el sumario. Su médico se lo había dicho; le había sugerido una intervención, que podía salvarlo, pero prefirió darse la muerte por sí mismo. Hizo un testamento a mi favor, pero no lo firmó. La gente pretendió que yo no sabía que no había firmado. Lo peor de todo es que él tenía mis pastillas para dormir, sacadas de un frasco que estaba en mi dormitorio. ¡Oh! Garret, ¿puedes suponer a lo que me llevó eso?

—Sí.

La voz de Fay se levantó apasionada.

—¡Los comentarios! ¡Las horribles, interminables habladurías y cuchicheos! La

carga del Inspector de Policía: *Entonces además me dirá porque...* El juez durante la indagación: *Seguramente Miss Sutton...*

—¿Cuál fue el veredicto de la indagación?

—Suicidio, pero ¿crees que sirvió de algo? *Pero está sólo el veredicto del investigador; siempre podemos abrir la causa, si encontramos pruebas de algo diferente. ¡Y el hijo y la hija además!*

¿Por qué permaneció aquí? ¿Si lo rechazó, por qué no buscó otro empleo? ¿Ir dónde? ¿A hacer qué?

—¡Espacio, Fay!

—*Pensó que podía divertirse con él, ¿eh? Pensó que podía olvidarse de lo que le había propuesto. No supo que no había firmado el testamento, ¿no? Y dondequiera que fuese siempre los periodistas haciéndome fotografías. Fue una horrible salpicadura, la de los diarios. ¿No leíste nada de esto, Garret?*

—¿En octubre de 1962? No estaba en Inglaterra. Recuerda que estaba en Washington viendo una atrocidad llamada *La cabaña del Tío Tom*.

—O tal vez no fue tanto fango como imaginé; vivía aterrorizada de todo. Pensé que estaba mal de la cabeza; y casi lo estuve. La única cosa que me salvó, si algo me salvó, fue no ser fotogénica.

—¿No ser fotogénica, qué quieres decir?...

—¡No me digas amabilidades, por favor! Lo que quiero decir es que no salgo bien en las fotografías. O que tal vez publican las más espantosas de las que hacen. En el caso de que alguien me hubiera reconocido, tal como la cámara me mostraba, me hubiera tomado por la mujer que envenenó a la mitad del vecindario.

»No me dejo llevar por la tragedia, Garret. Puedes ver por lo que ocurrió después. Te conté en París que una tía había muerto dejándome un pequeño legado, lo que era exactamente la verdad. El apellido de mi madre es Wardour: la tía era su hermana. Y debía recibir el legado a condición de cambiar mi apellido por Wardour.

Parada al lado de la mesa de billar, Fay dejaba correr sus manos con concentración a lo largo de sus bordes. La lámpara sobre la mesa hacía brillar sus claros cabellos y empalidecía el color de su piel. Detrás de ella contra la pared oeste de la sala de billar, había otra máquina (apagada) de *pin ball*. Sin mirar en esa dirección Fay retrocedió un paso para alejarse de Garret.

—Desde luego acepté el legado. Lo que me espantaban eran los detalles del procedimiento para el cambio de nombre, el registro del mismo. ¡La prensa! Pueden no tener intención de dañar, pero no tienen misericordia cuando se dan cuenta de que han conseguido una historia. Estaba aterrada de que fueran a conectar a la Fay Sutton que quería cambiar su nombre con la Fay Sutton de Deepdene House en Barnstow, que la policía había querido, y todavía quería, arrestar por asesinato.

—No debías temer, desde que no había habido pruebas, la policía no podía perjudicarte de ninguna manera.

—Sí, ¿quién se preocupa de las pruebas?

Fay corrió hacia él, pero apenas él le tocó las manos que había extendido, ella se retiró detrás de la mesa.

—Bueno, parece que me alarmaba innecesariamente. Además el legado era demasiado pequeño para atraer la atención de la prensa, o tal vez habían dejado a un lado la historia. ¡Ni cámara, ni *flash*, nada, no hubo nada! En mayo me fui al extranjero. Te encontré. Durante diez días fui feliz como nunca lo había sido. Pero aun entonces, estando juntos en París, el pensamiento de todo lo pasado no me abandonaba. Antes de partir, Deidre me había conseguido trabajo como secretaria de Mr. Barclay.

—Fay eso ya pasó. Fue una mala temporada, querida. Pero se terminó, podemos olvidarlo.

—No se terminó, ¡nunca terminará! Garret, ¿qué ha estado pasando aquí esta noche?

—Me parece que sé la verdad.

—Sí, ¿pero qué ha estado pasando? Subía como te dije detrás del doctor Fell y de Mr. Elliot, que hablaban entre ellos acerca de fantasmas y de paseos a través de las paredes. Me deslicé por la puerta del fondo, y vine después a la biblioteca para decirle a Mr. Barclay que tenía los libros y dejárselos sobre la mesa del vestíbulo. Puedo jurar que no sabe una palabra acerca de mí. El único diario que lee es: el *Times* y el *Daily Telegraph* o tal vez el *Southampton Echo*, y a menudo apenas les da una ojeada. Y sin embargo, no bien abro la puerta...

—No sabe nada acerca de ti, como Deidre te dijo; esas palabras sólo fueron accidentales.

—Deidre sabe algo más. Cuando disparé hacia fuera dando un espectáculo grotesco, bien lo sé, Deidre corrió detrás de mí. Justo cuando entraba aquí a esconderme, oí que me decía algo acerca de paseos a través de las paredes y de cartuchos vacíos. Tú puedes explicarme...

Súbitamente Fay se quedó inmóvil. Levantando su mano en dirección a la pared oeste:

—¿Y, ahora, eso qué es, Garret? ¿Qué es ese ruido?

Garret señaló la pared oeste.

—En la puerta de al lado —informó Deidre—, que da a la sala de música, hay un tocadiscos que pertenece a Essie, la tía de Nick. Cuando todos salieron de la biblioteca, hace un momento, el doctor Fortescue se dirigió hacia la sala de música.

—¿El doctor Fortescue está ahí? Entonces, ¿qué estamos oyendo?

—Lo que estamos oyendo, Fay, es una melodía de Gilbert y Sullivan en un disco. Comenzó hace uno o dos minutos con *H. M. S. Pinafore*; ahora está tocando *El Mikado* y probablemente algo más. Es un poderoso tocadiscos, que hace temblar la habitación, ¿no? Pero las puertas están cerradas y las paredes son gruesas, apenas puedes oír las palabras.

—Bueno, Gilbert y Sullivan no pueden hacernos daño. Pero ¿qué sucedió esta noche, Garret? ¿No vas a decírmelo?

—Si te hace algún bien que te lo diga...

—Estoy condenada a oírlo tarde o temprano. Y prefiero oírlo de ti antes que de otro, quienquiera que sea. ¡Por favor Garret, no seas cruel! ¡Tú menos que nadie puedes serlo! Dímelo.

La pesadez del cuarto seguía oprimiendo la garganta. Fue hasta una de las ventanas del lado sur y la abrió. Una brisa fresca sopló a través de ella; podía oírse el golpe de las olas sobre la playa. La historia que iba a contar resultaba menos fresca. Lo hizo de la forma más breve posible, comenzando por la llegada a Brockenhurst. Apenas se detenía en los momentos en que el nombre de Fay fue mencionado. Pero llevó tiempo, hasta que el disco se hizo atronador, el golpe de los timbales llegaba a su clímax poco antes de terminar.

Fay escuchaba con atención, acercándose y alejándose en seguida.

—Un último punto, Garret. ¿Algo de esto te conmovió en particular?

—Bueno, sí. Si creemos lo que contó Pennington Barclay sobre el intruso con el revólver, y contra toda razón debo creerlo...

—Si creemos esto, ¿qué?

—Garantiza que alguien estaba jugando a los fantasmas y que disparó con un cartucho vacío. ¿Qué pensaba el intruso que estaba haciendo? Si tomas un revólver, sin quitarle las balas para examinarlas —argumentó Garret—, el arma cargada con cartuchos vacíos o con balas llenas es exactamente igual.

—¿Y eso qué?

—¿Estaba el fantasma sólo tratando de advertir o de asustar a su víctima o trató realmente de matarlo? ¿Qué sentido tienen esos cartuchos vacíos y quién los puso allí, si no fue Mr. Barclay mismo?

—No fue él —la seriedad de Fay aumentó—. Puedo decírtelo. A ti puedo decírtelo todo. Fue Deidre quien compró los cartuchos y los puso allí.

—¿Deidre?

—Sí. Durante un tiempo él estuvo en un tal estado (como ya lo sabes), que ella llegó a sentir un miedo horrible de que se matara. No tuvo el coraje de quitarle el revólver, que es lo que yo hubiera hecho. Ella no me lo dijo, pero yo la conozco. Si el revólver desaparecía, podía recurrir al gas de la estufa o al veneno o Dios sabe a qué cosa. Entonces sustituyó las balas.

—Ahora pienso... —Garret recordó— ella dijo que había tomado precauciones para que él no pudiese matarse ni matar a ningún otro. No dijo cuáles eran. Pero eso fue un momento antes de que oyéramos el disparo y pensáramos que había sucedido.

Fay se paró frente a él junto a la ventana. Una vez más tuvo conciencia del perfume que usaba.

—Oye, Garret. La tragedia no ocurrió, pero pudo haber ocurrido y todavía puede ocurrir. Te pregunto ahora, si alguna cosa te conmovió en particular en todo esto. Me has contestado, perdóname, con una historia de detective apuntando a un posible culpable. Pero no era a eso a lo que me refería. Tú has debido darte cuenta, no eres tonto.

—¿Dado cuenta de qué?

—Hace un año —respondió Fay deslizado su mano por la solapa de su traje— fui secretaria de un hombre no muy diferente: Mr. Mayhew. Otro hombre acomodado con tendencia a cavilar sobre sus problemas. Otro lugar en el campo, lleno de disensiones como Deepdene House lo fue siempre. No te has preguntado ¿por qué la historia se repite? ¿No sospechas en tu corazón, si no es el mismo asunto otra vez?

—Solamente en un aspecto. ¿Hay algo entre tú y Pennington Barclay?

—No, no, mil veces no. Aunque lo quisiese más de lo que lo quiero, está mucho más atado a Deidre que a sí mismo. Pienso que es un hipocondríaco. No creo que tenga nada en el corazón.

—Entonces, ¿no te ha pedido que te cases con él?

—Nunca, si hubiese demostrado el más mínimo interés hacia mí habría escapado corriendo de esta casa como si *Sir Horace Wildfare* anduviese detrás de mí. Resulta un poco triste que hayas escuchado las sugerencias que ha hecho esa espantosa mujer...

—¿Te refieres a tía Essie?

—Por supuesto, me refiero a Miss Barclay. Esta tarde en el tren meditaba si podrías imaginar algo acerca de ella que yo no te dijera. Tiene un solo talento: puede imitar la letra de cualquiera, de tal modo que se puede jurar que el otro lo ha hecho. Tal vez no tenga intención de hacer daño; tal vez sus interferencias sean nada más que una forma de atraer la atención sobre ella. ¡Pero nadie le hace caso! No es exactamente una personalidad, como en cambio lo es Mr. Barclay. ¿Qué piensas de él?

—Me gustó, me gustó mucho hasta que fuera de lugar trajera tu nombre a colación en la conversación con un aire de soslayada tolerancia. Después tuvo que defenderse él mismo de tía Essie, lo que hizo con gran dignidad. Aunque no son muy cuerdos, hecho el balance, él volvió a quedar muy bien parado. Pero la primera vez, lo hubiera mandado...

—¡Garret, no me digas que estás celoso!

—Bien sabes que sí. Puedo muy bien estrangular a cualquier hombre que mire o que te mire con intención, no puedo evitarlo; es el efecto que me produces. Pueden llamarme *Old Sobersides*...

—A quien te llamara *Old Sobersides* podría decirle algo bien diferente.

—En tal caso...

—¡No, no! Déjame salir, no debemos.

—¿Por qué no debemos, cuándo puedes devolverme un beso como aquél?

—¡Porque te niegas a verlo! ¡Rehúsas verlo!

Esta vez Fay retrocedió hasta cerca de la máquina de *pin ball* alejándose con el color subido y el pecho agitado. De la sala de música, al otro lado de la puerta, se escapaba la potente fuerza de sonidos amplificados hasta el máximo. Era evidente que el doctor Fortescue, insatisfecho con su primer ensayo de Gilbert y Sullivan, había vuelto a poner el mismo disco de nuevo desde el comienzo. Pero Fay no hacía caso de esto.

—¡Garret, basta, y piensa! Cuando hablaste acerca de la persona enmascarada de negro, y usaste la palabra *intruso*, usaste una palabra inapropiada, la peor de todas. Porque no se trata de un *intruso*, y los dos sabemos esto muy bien. Cuatro de vosotros: tú, Deidre, Nick Barclay y Mr. Dawlish, veníais de viaje desde Brockenhurst en el Bentley. Cualquiera que fuera el intruso, no podía ser ninguno de vosotros. ¿Tengo o no razón?

—Sí, puedo jurarlo.

—Entonces, ¿quién era? Si no se cree que puedan ser ni la cocinera, ni ninguna de las muchachas de servicio, sólo quedan tres posibles: Miss Barclay, el doctor Fortescue y yo. ¿Y sabes quién dirán que fue? Dirán que fui yo. No me digas que es ridículo, dirán que fui yo. Yo ni siquiera estaba aquí; perdí un autobús y tuve que tomar el siguiente, ¿pero, cómo probarlo? Cuando venga la policía...

—¿Qué quieres decir con que venga la policía? Cuando nadie la llamó.

—Querido, ya está aquí. Puesto que Mr. Elliot está aquí. Ya te he dicho que esto me horrorizó hasta hacerme sentir enferma. Todavía pueden estar siguiéndome por lo que pasó en Somerset, todavía pueden andar detrás de mí. Esto también ha asustado a Deidre, que es una buena amiga. Ambos, ella y Mr. Barclay, tienen amistad con el superintendente de Hampshire CID. Creo que su nombre es superintendente Wick. Deidre me dijo que quería establecer definitivamente cuál era mi situación actual. Pero le dijo que estaba fuera de su juicio. *No vayas a la policía, nunca te metas con la policía*, le supliqué. Me dijo que no lo haría y más tarde me juró lo mismo.

»Pero lo que ha sucedido esta noche cambia todo. De nuevo volverá la confusión y la horrible e interminable sospecha. No se trata de lo que se sea, sino de lo que los demás creen que se es. Puedes hacerte una idea de lo que ahora pensarán de mí. He sido lo que llaman en televisión un caso juzgado. Lo siento, Garret; tienes que perdonarme. No quiero hartarte con mis pequeños problemas.

—Tus problemas, cualesquiera fuesen, son tan importantes para mí como pueden serlo para ti. Porque estoy enamorado de ti, dulzura mía. Pero te repito de nuevo que estás preocupándote sin motivo. Si las cosas se vuelven a repetir, hay un conductor que puede probar dónde estabas tú, en un momento dado. En cuanto a lo pasado, está pasado y olvidado.

—¡Y de nuevo te digo que no está ni lo estará nunca! Ellos sospechan algo ahora. Se verán obligados a sospechar. Tu amigo Nick, el primero, si es tan inteligente como tú piensas que es.

—¿De qué se trata? —preguntó una voz—. ¿Qué es lo que el amigo Nick debe o no sospechar?

La puerta sobre la galería se abrió. Nick Barclay, un tanto ajado, parado en la puerta, los estudiaba.

—¡Miren ustedes dos! —dijo.

Fay se serenó al momento, fue hasta la mesa de billar y recogió el bolso.

—Es Mr. Nicholas Barclay, ¿no? Sí, yo y Garret nos hemos encontrado antes. Sé que él se lo ha contado, así como yo se lo conté a una amiga mía, bajo condición del más absoluto secreto. Sin embargo, dado cómo están las cosas, no veo cómo lo pueda negar a nadie.

—¡Ah!, ¿es la misteriosa Miss X? Pensé que debía serlo —Nick miró a Garret—. ¡Felicitaciones, caballo viejo! ¿Puedo decirte que tu predilección por las rubias está ampliamente justificada? Pero deseo una palabra suya, mi bonita dama, acerca de algo que parecen estar ocultando.

—Bien, ambos en tal caso... —Nick se calló de pronto—. ¿Pero qué infierno hay detrás de aquella puerta?

—El doctor Fortescue está en su segunda serie de Gilbert y Sullivan. Comienza con *Pinafore*; sigue *El Mikado* y termina con el bullicio de un Coro de la Guardia Civil de...

—Bueno, prosigo, ambos tendremos que esperar —Nick se volvió hacia la pared del oeste—. ¡Hagan callar esa condenada cosa! —gritó.

No había dudas de que el doctor Fortescue no podía oírlo. Por encima del *crescendo* de la música se escuchaba una voz contar vaga, pero vigorosamente, que el capitán dueño del *Pin-a-fore* era modelo de corrección y que nunca se valió de fatuas triquiñuelas. Nick con una pequeña vena latiéndole en la sien, estaba abatido por la desesperación.

—Nuestros asuntos tendrán que aguardar, te decía. Acabo de contárselo todo al doctor Fell, que es el hombre capaz de resolver lo imposible. Pero mira Garret; son

las 11 en punto. Tía Essie está lamentándose por causa de su fiesta de cumpleaños. Considerando que tío Pen... ¿no puedes echar una mano para agrupar y reanimar a la gente?

—¿Echar una mano en qué? —preguntó Garret siguiéndole hasta la puerta. La galería mal iluminada se extendía desde la ventana oeste con cortinas, a través del vestíbulo central para terminar en la segunda ventana al este, también con cortinas. Nick, después de dar un vistazo hacia uno y otros lados, señaló la puerta cerrada de la biblioteca un poco a la izquierda de ellos.

—Tío Pen nos sacó de allí a las 10,40, yo cerré la puerta y él echó llave. ¡Espera un minuto!

Nick se apresuró hasta alcanzar la puerta de la biblioteca y tomó el pestillo.

—¡Tío Pen! —llamó, abandonando el pestillo y golpeando con los nudillos—. Recuerdo —añadió por encima del hombro— que hay dos pasadores: uno arriba y otro abajo. Deduzco brillantemente que él está ahí todavía porque no ha salido. Pero ¿dónde está? ¡Tío Pen!

La galería ya no estaba vacía. Además de Nick, Garret estaba de pie en la puerta de la sala de billar con Fay detrás, la puerta de la sala de música se había abierto, el doctor Fortescue, los miembros flojos y cargado de espaldas, dio un paso hacia fuera y titubeó. La melodía sonaba desde dentro inundando de ruido la galería. Pero había perdido su *tempo náutico*, comprimida, como juntando energía para un nuevo desborde, la música se detuvo en una momentánea ensoñación antes de estallar.

*Sobre el árbol a orillas del río un pequeño tom-tit
Cantó, Willow, titwillow, titwillow...*

En el mismo momento, en la parte más alejada, hacia el este del pasillo, apareció Deidre donde le había dicho a Garret que quedaba el comedor.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Dónde está mi marido?

—No sé —contestó Nick desde el otro lado—, y de paso, ¿dónde está tía Essie? ¿Está lamentándose todavía y fuera de sí?

—No sé qué está haciendo porque no está aquí. Parece haber desaparecido.

—Ella ¿qué...?

—Digo que desapareció —Deidre se aproximó—. Después que usted, usando de sus derechos de señor de la posesión, nos sacó de la sala, Estelle no se dejó ver más.

—¡Qué infierno de mujer! Yo no...

—Sí, lo hizo; usted la sacó de la sala para poder monopolizar al doctor Fell. Y además, no es necesario realmente gritar a todo pulmón.

—Discúlpeme —terció el doctor Fortescue, dándose masaje en la frente—, pero creí oír... que ponía reparos a esta música.

—No, no —dijo Nick—; ¿quién soy yo para poner reparos a nada? No hemos tenido bastante, mantenga ese disco a todo lo que da. De todos modos, la única cosa condenadamente importante que nos sucede ahora es que tío Pen no conteste.

—¿Qué te parece, Garret?, ¿no aconsejas nada?

—No tengo consejo que dar. Tú no piensas...

—No, no pienso. Además esta es una puerta bien sólida. La idea de hacer lo que se te está ocurriendo habría sido una locura.

—Lo sería probablemente. ¿No existe otra puerta entre la biblioteca y la sala?

—Sí, existe, ¡puedes apostar! ¡Medio punto!

Como llevado por el diablo, la corbata al aire, Nick desapareció hacia la sala por la puerta de la galería en la pared de la derecha. La dejó abierta. Una sala del siglo XVIII azul oscura con detalles blancos y dorados a la que Garret Anderson pudo echar una ojeada, le devolvió como una ráfaga la presencia de alguien familiar: un hombre muy corpulento, de tez roja y bigote de bandido y gafas con una ancha cinta negra. Nick cerró la puerta. Se le podía oír, gritando de nuevo y haciendo ruido con los nudillos al golpear sobre la madera. Volvió después de poco más del medio minuto prometido y se paró mirando con fijeza a Garret.

—Efectivamente; la puerta entre la biblioteca y la sala tiene también doble cerrojo, ambos del lado de la biblioteca. ¿Qué son esas palabras que se oyen ahora?

Música y conjunto de voces golpeando ambas a la vez:

Más allá del Gran Lord Verdugo...

—No se me vengan encima de este modo —le rugió Nick a Garret, que no le había dicho una sola palabra—, y no sean impacientes, ¡por la gracia de Dios! ¡Por qué empeñarse en abrir una puerta cuando hay dos ventanas que dan sobre el césped! Una está cerrada (la cerró tía Essie) pero la otra estaba abierta de par en par cuando salimos. ¡Vamos! También haría bien en venir, doctor Fortescue. Puede que no se le necesite, pero puede ser necesario en cada minuto. ¿Qué nos detiene? ¡Vamos!

Descendieron por la ventana del lado oeste de la galería, que daba acceso al césped. Garret se detuvo apenas un momento para apretar la mano de Fay, antes de seguir con prisa a Nick. El doctor Fortescue los siguió inmediatamente detrás. Nick descorrió las cortinas de la larga ventana, abrió las persianas que estaban corridas, pero no aseguradas, empujándolas. Los tres se escabulleron por el césped y doblaron por la derecha hacia la biblioteca.

Una brisa húmeda les sopló encima, la luna se movía en un cielo cubierto de nubes. «En todas partes —pensó Garret— se tiene la impresión de que los arbustos lo rozan a uno, aunque en rigor de la verdad no hay arbustos cerca de la casa».

La ventana que quedaba a mano izquierda de la biblioteca, cuando se miraba desde dentro hacia fuera, se había convertido ahora, mirada desde fuera, en la ventana a mano derecha. Garret la había visto por última vez abierta y con las cortinas descorridas. Estaba todavía así, pero había sido cerrada con cerrojo, al que se podía ver sólidamente trabado en su sitio.

—¿La otra, la que cerró tía Essie —Nick bufó casi en la oreja de Garret—,

también está cerrada? ¿Quieres echarle una mirada?

Garret se precipitó alrededor del espacio que correspondía a la chimenea. La luna daba poca luz, pero lo suficiente para mostrar, sobre el fondo de las cortinas corridas, otra ventana con cerrojo echado. Garret no se detuvo, se apresuró a reunirse con los otros junto a la primera ventana. Una sola ojeada a la biblioteca había bastado. Más de cuatro metros detrás de la ventana, junto a la poltrona en que había estado esperándolos cuando lo vieron por primera vez al llegar aquella tarde, Pennington Barclay yacía de espaldas sobre la alfombra, con su propio revólver próximo a su lado izquierdo.

—Parece realmente... empezó a decir el doctor Fortescue.

—¡Lo es! —rugió Nick.

Una hoja que volaba impulsada por el viento rozó la cara de Nick, él se desvió como si fuera atacado, pero no titubeó. Despojándose de su chaqueta *sport*, se envolvió en ella el puño derecho y lo lanzó contra la ventana justo debajo del cerrojo. Un ruido de cristales rotos estallo, los pedazos volaron y cayeron. Con la mano derecha siempre protegida por la tela, la pasó por la abertura rota. Encontró y abrió el pestillo, y desde fuera empujó las hojas hacia dentro. Los tres pasaron por la ventana.

—¡Garret!, mira si no hay nadie escondido aquí; mira si las puertas están realmente cerradas, porque si están cerradas... si nadie está escondido... ¡Oh Dios!

No podía haber duda. Ambas puertas, la de paso a la galería y la de paso a la sala, estaban cerradas y aseguradas. Garret se lo dijo a Nick. El doctor Fortescue se inclinó sobre el cuerpo del anfitrión.

A la derecha, desde donde se podía ver la sala, una puerta más pequeña se abría sobre un cuarto de reducida dimensión, apenas más que un armario, sin ventanas y cubierto de libros en polvorientas estanterías. Garret encontró una linterna, la encendió, pero sólo halló más libros apilados en el suelo.

El guardarropa a la izquierda, poco más amplio que un armario, era lo bastante grande como para contener una bañera empotrada en la pared, un canapé con almohada y manta y un armario de metal con las puertas aseguradas por medio de una pequeña llave, como las que se suelen usar en los gimnasios.

—Nadie está escondido —dijo Garret—, y no hay ventana de ninguna clase ni en el guardarropa ni en la biblioteca privada.

Nick se había enderezado. El doctor Fortescue, que en la emergencia se demostraba capaz e inmovible, estaba todavía arrodillado junto a Pennington Barclay. La mano derecha de su anfitrión había dejado de crisparse.

—De tal modo —declaró Nick— que hay maneras fuera de las conocidas para haber sido encerrado —entonces lanzó un profundo suspiro—. ¡Pobre tío Pen! Pobre viejo... ¿está muerto, supongo?

—No —contestó el doctor Fortescue, mirándolo fijamente, no está muerto; y con un poco de suerte podemos sacarlo con bien si no se produce algún trastorno inesperado. Hay demasiada sangre.

—¿Demasiada sangre?

—Demasiada, quiero decir, para una herida directa al corazón. Se ha desvanecido por el *shock* y la pérdida de sangre. Desde luego no es una tontería, pero...

—¿Se *cambió* su chaqueta de *smoking*! —exclamó Nick—. No es la misma que tía Essie le salpicó con miel. Parece la misma, es del mismo género grueso y rojo con solapas negras, pero aquella era de pasamanería, y...

—No, no es la misma. Y si me permite concluir, Mr. Barclay, le diré lo que pienso y que debemos poner en acción. No hay miel en ésta, pero hay pólvora quemada. Es casi una herida de contacto con el arma dirigida directamente contra el pecho. El corazón queda más alto de lo que la gente cree. A menos que se haya herido él mismo...

—¿Herido él mismo? —repitió Nick como un eco con cierto acento de incredulidad—. ¿Cree, doctor, que se ha disparado él mismo en un intento suicida?...

—No, no, para nada. Pero dejémosnos de especulaciones.

—Muy bien, ¿qué hacemos?, ¿llamamos a un hospital?

—No será necesario. Si lo toma de los pies mientras lo aseguro por los hombros, podemos conducirlo a su dormitorio. Con cuidado, joven. Mr. Garret, ¿quiere abrir la puerta de la galería?

Garret lo hizo así, corriendo el pestillo con un golpe de su dedo meñique. La puerta se abrió y se dieron de cara con el segundo comandante Elliot, un hombre flaco y espigado, en la mitad de la cincuentena, con una fuerte quijada, y ojos simpáticos.

—Telefonee —dijo a Garret—. ¡No olvide las formalidades! ¿Hay un teléfono aquí?

—Sí, hay un teléfono en el vestíbulo. Este es el hombre de Scotland Yard. Oiga, Lestrade, alguien ha vuelto a disparar contra tío Pen, pero ¿cómo lo hizo?, ¿cómo diablos pudo hacerlo?

No oyeron ninguna respuesta del otro, si es que la dio. Elliot se había retirado. Más bien torpemente Nick y el doctor Fortescue cargaron el peso muerto del cuerpo de Pennington Barclay. Con las puertas abiertas a la serenidad de la noche, música y voces iban in crescendo a medida que el disco llegaba al final:

*Cuando los felones no están sumidos en sus trabajos
o madurando sus planes traidores.
Su capacidad para placeres inocentes
es tan grande como la de cualquier hombre honesto.
Podemos difícilmente apaciguar nuestros sentimientos.*

*Cuando el deber de la policía debe cumplirse
¡Ah!, tomadas en cuenta ambas consideraciones
la parte que le toca al policía no es la más feliz.*

—¡Ejem! —dijo el doctor Gideon Fell.

Excepto el hecho de que la luz eléctrica sustituía las bujías de cera en los candelabros de madera dorada, la sala (azul, blanco y dorado) había cambiado poco en dos siglos. Su alfombra parecía menos gastada que la de la biblioteca. Los muebles eran estilo *chinesco chipendale*. La gran caja de un reloj del siglo XVIII, con sonoro tic tac indicaba la hora: 12,50 de la madrugada.

Diedre Barclay andaba sin interrupción, tropezando a veces con el segundo comandante Elliot que también andaba. A ambos lados de una mesa de juego del siglo XVIII, afeada por soportes modernos, estaban sentados Fay Wardour y Garret Anderson mirándose furtivamente de cuando en cuando. Nick Barclay y el doctor Fortescue estaban sentados en sillas próximas. Dando la espalda a la repisa de la chimenea de mármol blanco, una vasta figura de pie, con un cigarro a medio fumar entre los dedos de la mano derecha, era el doctor Gideon Fell.

Un gran mechón de cabellos, años atrás grisáceo y ahora blanco, le caía sobre una oreja. Su bigote de bandido tenía las puntas caídas. La cara enrojecida, resplandecía detrás de las gafas. Desaliñado en su traje de alpaca negra, con su otra mano sobre el brazo del bastón, estaba parado, cimbreándose como un gran elefante.

Hasta a esa avanzada hora de la noche no disminuía su parecido con Papá Noel o el Viejo Rey Colé.

—¡Ejem! —repetía el doctor Fell, aclarando su garganta, e hizo un gesto señalando el reloj—. Miren la hora, señoras y señores, que aun para mis reprensibles costumbres es desusadamente tardía. Elliot y yo deberíamos disculparnos y desaparecer. Mientras tanto recapitulemos.

—¿Recapitular, eh? —comenzó Elliot con el aire de un hombre en pose de perorar, pero el doctor Fell, cuya especialidad era la oratoria, deseada o no, le interrumpió.

—Hemos llegado aquí —prosiguió el doctor Fell con su resonante voz— veinte minutos antes de las 11. Después de ser introducidos en broma por una damisela llamada Phyllis, fuimos recibidos como por un torrente, por tres personas: por una a modo de agente importante que hablaba mucho y decía poco, por Miss Estelle Barclay y por Mr. Nicholas Barclay, aquí presente.

—¿Puedo hablar? —preguntó Garret.

—Sí, sí, desde luego. ¿Acerca de qué?

—Acerca de su misión en dos lugares. He oído que el Colegio William Rufus, de la Universidad de Southampton, ha sido obsequiado con lo que puede ser o no ser el original de *Los rivales* de Sheridan. ¿No es así?

—Sí.

—Y bien, ¿es el auténtico?

—Mi querido Anderson —replicó el doctor Fell, fingiendo amablemente toser por el humo del cigarro—, debería estar más habituado a la mentalidad académica. No se me ha ofrecido todavía la oportunidad de abrir juicio sobre la autenticidad del manuscrito, dado que aún no lo he visto. Alguien lo ha extraviado.

—La otra parte de su misión, entonces...

—¿Nuestra mala manera de introducirnos aquí? ¡Ah!, cuando me enfrenté este mediodía con la noticia de que el curador mayor no podía recordar dónde había dejado el manuscrito, si en su escritorio o sin darse cuenta lo había guardado en otro lado, recibí una breve nota de Mr. Pennington Barclay rogándome que me presentara aquí por lo que decía ser *un asunto de vida o muerte*. ¿No es bastante curioso?

—¿Por qué?

—Mi única amistad con Mr. Barclay ha sido epistolar. La mayor parte de sus cartas habían sido dictadas a su secretaria y pasadas a máquina. Creo que es así, ¿no, Miss Wardour?

—¡Sí! —dijo Fay con un ligero sobresalto; sus ojos más bien puestos en Elliot que en Fell—. Mr. Barclay siempre escribía cartas, la mayor parte de ellas dictadas. Pero a veces lo hacía por sí mismo.

—Esta fue la segunda comunicación manuscrita que recibí. No podría de ninguna manera mantener la gran sospecha que me suscitó al principio su autenticidad a causa de dos frases que me parecieron muy características. Y que, ¡mil rayos!, han demostrado estar muy justificadas. Pero recapitulemos. Al llegar aquí fuimos recibidos por las tres personas descritas. El abogado Mr. Dawlish que nos lanzó una cortina de humo de palabras. Después se puso una chaqueta impermeable que le había dejado su hijo y partió en su auto hacia Lymington para examinar lo que dijo ser un *gran montón de papeles*. Miss Estelle Barclay, aunque interrumpida por su sobrino con la fina insinuación de que estaba fuera de lugar, comenzó a verter una incoherente historia...

—Salió corriendo, ¿recuerda usted? —dijo Deidre—. Estelle fue a encerrarse en su cuarto y todavía no quiere salir. Está histérica. A veces sospecho...

—¿Sí, Mrs. Barclay? —anotó en seguida Elliot—, ¿sospecha qué?

—No lo sé —Deidre alzó los hombros—. Ha sido una noche tan perfectamente espantosa, ¿no estarían de acuerdo en que no sepan qué pensar acerca de nada?

—Es por esto más necesario aún —dijo el doctor Fell— decidir qué es lo que sabemos. Con el permiso de ustedes, les ruego que abandonen la presente tensión. La historia de Miss Barclay fue retomada de manera coherente y con muchos detalles por Mr. Nicholas Barclay. Habló de la familia. Habló de un fantasma, o de alguien disfrazado de fantasma. Habló del ataque a Mr. Pennington, o del discutido ataque con una bala vacía, disparada con su propio revólver —aquí el doctor Fell miró a Nick—. Mientras describía esto...

Nick, que estaba encendiendo un cigarrillo, se puso de pie interrumpiéndolo.

—Mientras le contaba esto quise la corroboración de Garret de una y otra cosas. Garret se había ido a la sala de billar. Tenía otra razón para sacarlo de allí. Eran las 11 en punto y tía Essie, antes de desaparecer, había estado lamentándose de que quería iniciar la celebración de su cumpleaños a la hora en punto.

—La fiesta de cumpleaños no había comenzado aún (tal vez nunca comience). Casi en seguida que usted se fue, para buscar a su amigo Anderson e iniciar los festejos del cumpleaños de su tía, el disco de Gilbert y Sullivan fue puesto por segunda vez en veinte minutos. Desde el momento que nadie, en la casa ni fuera, oyó el segundo disparo de revólver, esta vez con una bala de veras y desde muy cerca, descerrajado a Mr. Pennington, parece claro que el ataque tuvo lugar en un momento del tiempo que duró el disco. No podemos estar seguros de esto ni de nada. Si tuviera que aventurar una sospecha de acuerdo a la naturaleza de la evidencia, diría que tuvo lugar durante la primera vez que se puso el disco.

—Lo mismo diría yo —dijo el doctor Fortescue, poniéndose de pie junto a Nick—. La extensión de la hemorragia está de acuerdo con el tiempo que señala. Pero ¿tienen que echarme la culpa de esto? —hizo un vago gesto de fatiga—. Pueden echarme la culpa de muchas cosas, supongo. Pero por el solo hecho de estar absorbido por un estridente alboroto en el momento que nuestro posible asesino escogió para dar su golpe, ¿también deben de echarme la culpa?

—No, señor, no se la echamos —el doctor Fell, resollando gentilmente, arrojó en el cenicero vacío la colilla de su cigarro—. La cosa ha sido mencionada tan sólo, créame, para destacar la nube de ofuscación en que hemos venido a parar. Permítanme preguntar: ¿qué sucedió? Examinamos la biblioteca, o por lo menos Elliot lo hizo; estudiamos una habitación cerrada como una fortaleza. Aquí, en la sala, durante dos mortales horas hemos interrogado testigos y elaborado las evidencias. Si tuviéramos que declarar dónde estamos...

—Le diré dónde estoy yo —interpuso Elliot—. De hecho, maestro, estoy tratando de decírselo desde hace un rato largo.

Elliot inclinó su cabeza rubia como si fuese a embestir, e inmediatamente, como recordando su dignidad, la enderezó de nuevo.

—No tengo autoridad aquí, ni injerencia siquiera. Cuando Mr. Pennington Barclay fue herido, sea por el fantasma vestido de negro que volvió sobre él o por algún otro, tomé la única medida que podía haber tomado. Telefoneé al superintendente detective Wick, de Southampton, al que conozco mucho. ¿Y qué descubrí? Lo que por otra parte oyeron. Encontré a Wick en cama a causa de un resfriado de verano. Me prometió estar aquí no más tarde de mañana a mediodía. Entretanto, hay una media docena de personas decentes que podrían ser acusadas, ¿pero haría él algo semejante? No, por cierto. Nada puedo hacer por mi parte como un favor especial para él, sino tomar posesión e iniciar su trabajo de rutina, hasta tanto llegue. Telefoneé a Londres solicitando un permiso especial; casi no lo obtuve.

¿Y pueden sospechar —prosiguió Elliot andando de aquí para allá— por qué estuvieron tan obstinados? Por nada que tenga que ver conmigo, sino porque tuvieron noticias de que el doctor Fell estaba aquí. Esta clase de cosas son para el Maestro pan comido. Conozco al doctor Fell desde hace casi treinta años. Lo he admirado e insultado no pocas veces. Pero tiene un talento especial: no siempre cómodo para la policía, aunque a veces inapreciable cuando se lo necesita. En el caso de un crimen común, desde luego...

—En el caso de un crimen común —interrumpió Nick Barclay con aire de ofuscada inspiración— no debe servil para nada. Es en centésima instancia donde saca ventaja. Es el cazador furtivo bizco, que da en el blanco sin pretenderlo; el buceador distraído que se mete tranquilo en aguas peligrosas y turbias. Su especial talento es útil, sólo cuando un caso es tan absurdo que nadie sino él puede entenderlo.

—¡Oh, Arcontes de Atenas! —gruñó Fell.

Entonces con un largo resoplido se enderezó con majestuosa seriedad.

—Señor —le dijo a Nick—, me sobreestima no porque considere sus metáforas del todo bien escogidas. Es natural que si quiere describir el peso de mi forma corporal buceando lo haga pensando al mismo tiempo en aguas muy oscuras. En cuanto a lo de bizco, es verdad que mis ojos suelen cruzarse de ese modo...

—¿Sí? —preguntó Elliot.

—Por obedecer a mi nariz.

—¿Y dónde lo lleva su nariz ahora? ¿Ve alguna luz en este asunto?

—No diré —replicó el doctor Fell— que el paisaje sea totalmente oscuro. Hay dos líneas para indagar que debemos seguir para encontrar el punto en que ambas convergen. La primera puede ser descrita en su aspecto Peter Pan.

—¿En su qué?

—En su aspecto Peter Pan, el muchacho más bien irritable que rehúsa crecer. La segunda, para evitar enfadarlo con lo que pueda parecerle un espantajo o fetiche, no lo describiré con el aspecto del capitán Hook. Hablando claro, hay una persona aquí que parece demasiado poco práctica para este mundo. Y hay otra que parece demasiado práctica y lista para el medio. ¿Tienen ambas un punto de convergencia? Tenemos mucha información, pero necesitamos más aún. En tal caso, como ocurre que la misma víctima es capaz de testimoniar, tarde o temprano lo hará. Pennington Barclay todavía está vivo, y si permanece vivo...

—Discúlpeme —Deidre Barclay estalló—. ¿No es esto lo bastante malo para que lo empeore con su insinuación? ¿Qué quiere decir con *si permanece vivo*? Mi marido no está muriéndose. El doctor Fortescue ha dicho...

—He dicho, Mrs. Barclay, que tengo todas las esperanzas. El doctor Fortescue tenía aire de más cansado todavía. Estas cosas son a veces cuestión de suerte, sabe; si no respondiera tan bien como hubiéramos querido... Por otra parte, le he dado un sedante, y está tan tranquilo como era de esperarse...

—Pero dicen...

—Si me hace el favor, señora, no se alarme; las probabilidades de que se recupere son de diez a uno. Lo que el doctor Fell quiere decir es, creo, algo diferente.

—¿Algo diferente?

—Algo muy diferente —le aseguró el médico—. Un ataque criminal ha sido realizado contra Mr. Barclay. Si el disparo hubiera dado un poco más alto, le hubiera atravesado el corazón.

—Ve, Mrs. Barclay —dijo Elliot—, que no podemos correr el riesgo de que alguien vuelva a intentarlo de nuevo. Por sugerencia del superintendente Wick un policía particular ha sido situado en el cuarto de su marido. El policía permanecerá hasta que Mr. Barclay esté repuesto o hayamos encontrado un sentido a lo que ha estado sucediendo aquí. ¿No está de acuerdo con la precaución?

—Sí lo estoy, pero...

—¿Pero qué?

—Creo que estoy ayudando —gritó Deidre—. He contado todo. En la declaración que he hecho admití que había comprado cartuchos vacíos y que los había puesto en el revólver de Pen. El segundo atentado contra su vida, con bala real, que por poco tuvo éxito, ¿están seguros del todo de que no fue un suicidio?

—¿Por qué lo habría sido, Mrs. Barclay? Si antes podía pensar que tenía una razón para cometer esa locura, no tenía ninguna cuando, después de encontrarse con el nuevo heredero, oyó y pudo tener por cierto que no iba a perder su casa.

—¡Sí, ya sé! Pensé que lo estaba ayudando y, en cambio, precisamente todo parece trabajar de la peor manera. Es como si cuanto ha ocurrido fuera culpa mía.

Fay Wardour se puso de pie.

—Dee, no pareces tú. Estás poniéndote en ridículo. No ha sido herido con un cartucho vacío; ha sido herido con una bala de verdad y va a mejorar. Esta es la razón por la que debemos dejar de cavilar en forma tan sombría. No es culpa tuya, claro. ¿Por qué habría de ser culpa tuya?

—Bien —Deidre alzo los hombros—. No dije que lo fuese, Fay. Sólo que se lo parecía a mi conciencia. ¿Tiene alguna otra pregunta que hacerme, Mr. Elliot? ¿O usted, doctor Fell? De no ser así, ¿tendrían inconveniente en excusarme y permitirme que les diga buenas noches? Ha sido un día realmente...

—Lo ha sido, es verdad, Mrs. Barclay —confirmó Elliot—Y no creo que necesitemos retenerla durante más tiempo.

El doctor Fell y yo echaremos un último vistazo a la biblioteca, pienso; después nos iremos, hasta mañana.

El doctor Edward Fortescue también hizo un movimiento.

—Si no me necesitan más, segundo comandante, le ruego el mismo privilegio de retirarme.

Miró a Elliot, que asintió. Entonces el alto y desgalichado médico se dirigió temblorosamente con Deidre hacia la puerta de salida.

—Deseo dormir —añadió—. Los franceses tienen un proverbio que dice: *Qui*

dort, dine. En una ocasión como ésta lo puede entender diciendo: *Qui dort, oublie.*

—¿Encuentra —preguntó Fell— que soñar y olvidar son necesidades vitales para su bienestar en esta ocasión?

—No hay nada sobre mi conciencia, aunque siempre trabaja mucho mi cabeza. Después de todo, soy un fugitivo de Salud Nacional. Pero no quise decir dormir demasiado en serio. Mrs. Barclay, iré a visitar al paciente durante la noche. Buenas noches, señora. Buenas noches a todos.

Hizo un gesto y salió. Deidre, como torturada por distintas emociones, todavía titubeó en la puerta.

—Por lo que hace a los dormitorios de nuestros huéspedes —dijo—, por favor, no olviden que Nick Barclay está en el cuarto verde. En caso de que lo hubiera olvidado, Nick, queda sobre la escalera, en el rincón sudeste, al fondo. Mr. Anderson está en el cuarto siguiente, en el llamado cuarto rojo o cuarto del Juez, ya saben por quién. Sus maletas están en sus respectivas habitaciones. No me he mostrado muy buena ama de casa, mucho me temo, pero las actuales circunstancias me excusan. Mr. Elliot, doctor Fell, los sirvientes se han retirado ya; ¿tienen inconveniente en despedirse solos cuando terminen? Nunca cerramos la puerta en esta parte del país. Ahora me retiro. ¿Vamos, Fay?

—No —fue Elliot quien habló—. Miss Wardour, ¿es Miss Wardour, no?, hará mejor en permanecer todavía durante un rato. Ella y yo tenemos algo que decirnos. ¿Quiere sentarse, por favor, Miss Wardour?

—Cómo no, si insiste —Fay se mostraba en toda su candidez—, pero en realidad no sé en qué más puedo ayudarlos. No estaba aquí, ¿recuerdan? Había ido a Londres a traer algunos libros; me entretuve por una diligencia en Southampton y llegué aquí al mismo tiempo que usted y el doctor Fell. ¿Qué más puedo decirles?

—Por favor, siéntese.

La larga caja del reloj dio la 1. Pudo ser solamente una fantasía de Garret que la luz pareciese oscurecerse o apagarse un poco, como si con la noche su poder disminuyese. Lo que no era una fantasía es que un viento cortante soplaba del este.

—Y ahora, mientras el doctor Fell y yo recogemos algunas pocas cosas de la biblioteca —Elliot miró a Garret—, ¿nuestro amigo Anderson tiene inconveniente en venir con nosotros? ¿Querría venir también, Mr. Barclay?

—Puede apostar cualquier cosa a que quiero —dijo Nick—. Este asunto me tiene comiéndome las uñas y bailando sobre una plancha caliente. Pero, seriamente ahora, en este país nunca conocí policías tan tolerantes para dejar a los testigos andar a lo largo del lugar del crimen. ¿No suponen que están sospechando de todos?

—Sospecho de todos, se lo digo con la misma franqueza.

—¿Y?

—Pero hay una persona de la que no sospecho seriamente: Garret Anderson; hombre que conozco desde hace algún tiempo, que no puede concebirse que tenga ningún interés en disparar sobre su tío ni con cartuchos vacíos ni con balas

verdaderas. Y hay otra persona de la que tampoco puedo sospechar: usted. No tenía interés en matar a su tío; pero éste no es el asunto. En cualquier momento que haya podido ocurrir lo del disparo, tan lejos como la evidencia lo indica, usted estaba en la sala con el doctor Fell y conmigo. Si quiere una coartada, puede llamarnos a dar testimonio.

—Mire, Lestrade, no voy a llamar a *nadie* para una coartada. ¡Al infierno con esto! Lo único que digo...

—Para ir a la biblioteca no necesitan que los acompañe, espero —casi suplicó Fay.

—No —Elliot tomó un bloc—. Si la idea la molesta, Miss Wardour, no hay razón para que nos acompañe. Pero no se vaya, espérenos.

—¿Para qué, por favor?

—Por su propio interés; volveremos aquí en seguida. Y ahora, Maestro...

—¿Ah? —dijo el doctor Fell.

Resoplando, gruñendo, murmurando para sí con los ojos cruzados, el doctor Fell sacó una cigarrera de piel de cerdo. Extrajo un cigarro, le mordió la punta y la escupió, arrojándola en un majestuoso arco de la chimenea y se dio la vuelta con precario equilibrio de su aplastada cabeza.

—Déjeme entender esto, Elliot. Vamos a la biblioteca, si he oído bien, a *recoger piezas* del casi crimen. Muy bien, ¿acepta una sugerencia adicional?

—Si es sensata. ¿Qué sugerencia?

—Habiendo hecho esto —prosiguió el doctor Fell—, olvidemos el casi crimen, ¿quiere? Como Mr. Barclay acaba justamente de decir, al infierno con el casi crimen. Salgamos de él. ¿Quiere concentrarse mirando por el lado correcto, no?

—Esto es lo que se aconseja por lo general.

—En tal caso, Elliot, habiendo cumplido con nuestro deber en la dirección correcta, ¿quiere volverse para mirar con seriedad del lado equivocado? Si nos concentramos sobre el lado equivocado —murmuró Fell—, tal vez nuestros ojos desviados pueden discernir la verdad. ¡Por los Arcontes de Atenas! ¿Cuál es el camino de la biblioteca?

Los cuatro (el doctor Fell, Elliot, Nick y Garret) se reunieron en la biblioteca alrededor del gran escritorio. Las dos lámparas arrojaban sus luces cruzadas entre un lado del escritorio y la esquina de la ventana a mano izquierda. Había una horrible mancha sobre la alfombra, aunque la mayor parte de la sangre había sido absorbida por las ropas de Pennington Barclay. Sobre el papel secante del escritorio, rodeado por el desorden de artículos del cajón, abierto todavía, estaba el revólver Ivés Grant veintidós.

Elliot, con su bloc en la mano, se había puesto algo más que pesado.

—Como la víctima no ha muerto —explicó—, el superintendente Wick no ordenará el procedimiento completo: fotografías, croquis, impresiones digitales realizadas por la cuadrilla de gente competente, como debía hacerse. ¡Oh!, debo estar más aturdido que de costumbre, este revólver, por ejemplo; noten dentro del cajón las marcas de polvo gris de la botella que esparcí con el cepillo. No hay impresiones en el arma excepto las del mismo Pennington Barclay.

Nick Barclay llegó casi hasta tocar la pistola, pero instantáneamente se echó atrás.

—¿A qué se refiere? —preguntó Nick—, ¿a la sugestión de tío Pen de que el original fantasma de negro llevaba guantes de *nylon*? ¿Es eso lo que quiere decir?

—No, no es eso. Un revólver como éste, aun empuñado por una mano desnuda, apenas mostrará marcas de suciedad. En Nueva York hace unos años se probó que no se puede tomar impresiones de un revólver o un automático a menos que se hubiese empuñado por el cañón o por la cámara de los cartuchos y cualquiera, además de nosotros, sabe bastante como para no hacerlo. ¿Entonces ahora?

Elliot miró fijamente a Nick.

—Dijo que su tío decía (todos lo han dicho por otra parte) que él mismo había tomado impresiones hace algún tiempo. Y así lo hizo. En este cajón hay una cantidad de tarjetas opacas, con impresiones digitales de la mano derecha de distintas gentes tomadas con tinta especial y rotuladas por su tío. ¡Diablos! —se le escapó a Elliot—, como si alguien hubiese dudado de esto, es la misma escritura de sus notas para el *Times Literary Supplement*, que su mujer identificó. Una tarjeta con impresiones digitales dice Mía, otra *Miss Wardour*, otra *Estelle*, y dos más *Phyllis* y *Phoebe* respectivamente.

—Sí —se apresuró a decir el doctor Fell, que parecía mucho menos bizco mientras estudiaba el escritorio.

—Esta tarjeta rotulada Mía tiene impresiones de ambas manos, derecha e izquierda. Estas impresiones del mismo Pennington Barclay están sobre la cartuchera y el cañón de su revólver: lo cargó con las balas auténticas ante los ojos de cinco o seis personas. Lo puso de nuevo sobre la mesa y bajo este ejemplar de *Southern*

Evening Echo. Cualquiera que hubiese entrado en la habitación, hubiera podido tomarlo y disparar sobre él. O durante algún trastorno momentáneo, pudo haberlo vuelto contra sí mismo. Le he asegurado a Mrs. Barclay que esto no tiene la apariencia de haber sido un suicidio. Y sin embargo, tan lejos como nos llevan las actuales evidencias, ¿cómo podemos saber?

—Nada sabemos —dijo el doctor Fell—, excepto estar seguros de que no fue un suicidio. En cuanto a las impresiones digitales...

—¿Las impresiones digitales? —Elliot estaba casi delirante—. Las de todo el mundo están por todas partes; puede verlo por las marcas que he dejado al seguirlas. Como decía Mr. Barclay, esto no prueba nada. De todos modos, la mayoría son viejas y sucias. Aparte de las de Miss Estelle Barclay en la ventana de la derecha, no oculta para nada, hay sola una, fresca, impresa con toda claridad en alguna parte fuera de este escritorio. Esto nos lleva al interrogante que quiero formularles: ¿quién cerró y echó la llave a la ventana?

—¿Eh?

—El que cerró la ventana debe de haber alborotado bastante. ¡Mire aquí!

La parte baja de la famosa ventana, con un gran agujero abierto en ella cuando Nick pasó su puño a través, bostezaba con la brisa de la noche. Con su block en una mano y el cristal de aumento en la otra, Elliot daba zancadas sobre los fragmentos de cristal usando aquél como puntero.

—Aquí (¿ve las marcas de polvo?), están las marcas hechas por Pennington Barclay de nuevo. Una clara marca, impresa con ambas manos: todos los dedos hacia arriba menos el pulgar hacia abajo, en mitad de la hoja a ambos lados del cierre. La encargada de la casa es bastante sucia; puede ver la marca impresa sobre el polvo sin necesidad de ningún procedimiento especial. ¿Cerró Pennington Barclay la ventana antes o después de haber sido atacado?

Y si de ese modo...

—Eso no tiene nada que ver —objetó Nick Barclay levantando ambos puños—. Se ha salido del camino en campo abierto, lo está revolviendo todo. Mire Gregson...

—¡Un momento! —dijo Elliot parándolo—. No estoy en absoluto en condiciones de dejarme llamar Lestrade o Greg— son o Athelney Jones, como ha estado haciendo durante largo rato. De hecho, me gusta más de lo que pienso que le gustaba a su amigo abogado: Blackstone o *Sir Edward Coke*. Pero no se pase, Mr. Barclay. No se deje llevar tan lejos por su sentido del humor.

—¿Sentido del humor? —rugió Nick—. ¿Sentido del humor, dice? ¡Gran Dios!, hombre, nunca he estado más serio en mi vida.

—Entonces ¿qué es lo que quiere demostrar?

—Ya casi lo he demostrado. ¿Me sigue?

—Sí.

—Tío Pen no cerró esta ventana. La abrió con sus manos en la misma posición de esas marcas, cuando descorrimos las cortinas y la vio cerrada y trabada. ¿No vio

ninguna impresión en la falleba?

—No, solamente está sucia.

—Podría apostararlo. Abrió la falleba con un lado del puño.

Y todo esto está en su block. Tío Pen lo hizo poco tiempo antes de que le disparasen con la bala verdadera: se lo conté en la sala después que lo encontramos caído aquí. Búsquelo y léalo.

Elliot hojeó hacia atrás su block. Garret Anderson escuchó con atención, mientras el segundo comandante repetía la relación de Nick. Garret no había oído la declaración de Nick, porque cada testigo fue examinado por separado. Era lo mismo que Nick había dicho en la biblioteca hacía poco.

—Ya veo —comentó Elliot—. Su tío se quitó los guantes que había tenido puestos y no pudo recordar cuándo lo había hecho. Vino hacia la ventana, con sus manos desnudas y la abrió (aquí está la evidencia de lo que hizo) y no permitió que su tía tocara la ventana después. ¿Correcto?

—Esta es mi versión, de cualquier modo. ¿Cuántas veces debo repetirlo?

Una gargantua y al mismo tiempo ingeniosa expresión de angustia pasó por el rostro de Gideon Fell.

—Digo, Elliot —el doctor Fell parecía conservar todavía a medias su anterior expresión—, que sobre esto no hay ninguna duda, ¿pero qué acerca de las marcas sobre el polvo?

—Bueno, nada más que en las persianas, fuera de estas impresiones, hay algunos rastros de dedos como si alguien hubiera tenido guantes puestos.

—No más extensas, ni más anchas que marcas individuales de dedos enguantados. Casi como si la hoja hubiera sido limpiada.

—No, nada de eso. Venga y mire usted mismo.

El doctor Fell se adelantó pesadamente, tomó el cristal de aumento y miró la ventana como los miopes. Su angustia había aumentado cuando levantó la cabeza.

—Impresiones claras —dijo con una voz estrangulada—. Impresiones claras, un montón de polvo, y ni una marca grande para nada. ¡Oh Dios! ¡Oh Baco! ¿No vemos, Elliot, la conclusión que debemos sacar de aquí?

—Suponga que la saca usted —Elliot recuperó el cristal de aumento—, yo no saco ninguna, por suerte, pues nos dejaría peor que al principio.

—¿Por qué peor que al principio?

—Maestro, *alguien* cerró y trabó la ventana. *Pudo* haberlo hecho el supuesto asesino con guantes; pero ¿cómo la trabó desde fuera? ¿O es posible que la ventana no tenga nada que ver con ello? ¿Es posible que el asesino, excluyendo el suicidio y concediendo que se trate de un asesinato, entre y salga a través de una puerta asegurada con una traba arriba y abajo? Como le digo, es más de lo que puede aguantar un cerebro racional. Más pienso en esta rojiza mescolanza...

—¡No lo tome así, Elliot!

—¿No lo tome cómo?

—¿Puedo pedirle, mi querido colega, que no complique más las cosas arribando de golpe a una conclusión por usted mismo? Cada vez más, a medida que los años pasan, está pareciéndose al superintendente Hadley antes de retirarse.

—Es posible, tal vez tenga razón que sea así. Ahora comprendo a Hadley; sé cuánto tuvo que aguantar en el camino del fetichismo. Pretende sacar conclusiones, buscando refugio en el murmullo délfico. Como se hace tarde (mejor dicho ya lo es) ¿quiere alguno hacer alguna sugerencia? ¿Mr. Barclay? ¿Anderson?

Garret, que andaba midiendo el suelo y tratando de quitarse a Fay del pensamiento, se paró al lado de la estantería de libros a lo largo de la pared oeste.

—La idea que se me ocurre —dijo—, es un poco descabellada y de trama demasiado enredada para ser discutida con seriedad.

—Bueno, las ideas de cada uno de los demás son también descabelladas. No se deje impresionar por eso. ¿Cuál es su idea?

—He oído a alguien señalar que el caso de esta habitación cerrada puede relacionarse con una de estas tres razones: el tiempo está equivocado, el lugar está equivocado, o la víctima estaba enteramente sola. Supongamos, que algo esté errado en esto, en cuanto a nuestro concepto del tiempo.

—¿Del tiempo?

—Sí, del tiempo, o sea del momento en que Pennington Barclay fue atacado. ¿Qué pasaría si la bala verdadera lo hubiera herido en el pecho una hora antes de lo que pensamos: a las 10 en punto? Por alguna razón no quiso admitirlo. En cierto modo (Dios sabe cómo) escondió la sangre. Caminó, nos habló y, sólo después de todo esto, tuvo el colapso. Parece descabellado, lo sé, reconozco...

Se hizo evidente que Elliot apenas resistió el impulso de tirar su block al suelo.

—Suená descabellado —replicó—, y es descabellado. Esconder toda esa sangre, por no decir nada del *shock*, de la herida física y lo demás, hubiera sido más imposible que toquetear puertas y ventanas. Hemos aprendido trucos con puertas y ventanas; lo demás está fuera de cuestión. Las evidencias lo descartan. La víctima se cambió la chaqueta de fumar, recuerde, entre las 10,40 y las 11 en punto. La chaqueta que llevaba cuando fue herido, con la quemadura de pólvora y la sangre, está en su dormitorio ahora; la que llevaba cuando habló con ustedes antes, la chaqueta manchada de miel, con el par de guantes en el bolsillo, está colgado en el guardarropa. El revólver con una única bala empleada está sobre la mesa y frente a nosotros. ¿Qué dice doctor Fell? ¿Vamos a tener más murmullos délficos, o está de acuerdo en que la idea de Anderson es absurda?

—No es absurda —dijo el doctor Fell—, simplemente equivocada. No ocurrió así, estoy de acuerdo. Pennington Barclay, como hemos pensado, encontró su casi muerte hacia las 11 en punto. Pero tiene que preguntarse qué más ocurría aquí.

—¿Qué *más* ocurría aquí?

—¡Sí! He sido acusado, me aventuro a pensar que sin razón, de fetichista y de murmurador délfico. A pesar de lo que pueda parecer, les ruego crean que estoy

haciendo todo lo que puedo para no confundirlos. Por eso, Elliot, de nuevo voy a requerir su atención. Hacia medianoche, mientras estábamos ocupados en interrogar a los testigos en la sala, volvimos aquí para hacer una primera inspección de la biblioteca. Bien: anotamos lo que vimos.

El doctor Fell que por fin había conseguido encender su cigarro, se dirigió hacia la puerta detrás de la que estaban la biblioteca y la sala. Los demás lo siguieron. La puerta del pequeño cuarto secreto permanecía completamente abierta; las luces estaban encendidas. El doctor Fell, en una actitud de concentrada controversia, volvió el rostro hacia ellos señalando la llave.

—Como usted decía, Elliot...

El pequeño ropero de metal que Garret había visto cerrado la última vez estaba ahora abierto. Dentro, prolijamente colgado junto a dos perchas vacías, había una chaqueta color marrón embadurnada con miel. De allí los ojos de Garret se volvieron hacia la bañera, al canapé con sábanas y almohada y de nuevo al armario.

—Como usted decía, Elliot —repetía el doctor Fell—. Aquí está la chaqueta manchada de miel que tenía puesta cuando habló con sus huéspedes desde apenas pasadas las 10 hasta las 10,40. Arriba, como usted declaró, tenemos la chaqueta quemada con rastros de pólvora y el orificio de la bala. Muy bien; las cosas hasta aquí están claras, pero ¿dónde está la tercera chaqueta de *smoking*?

—¿La tercera chaqueta de *smoking*?

—¡Mil truenos, sí! Todos los testigos recordaron que Barclay dijo que tenía tres chaquetas: la que llevaba puesta, y otras dos. Su mujer lo confirmó. Dijo que eran muy parecidas, pero no idénticas; que estaban guardadas en este armario; y puede observar que hay dos perchas vacías. A menos que pensemos que Barclay y su mujer mentían, tenemos que aceptar eso.

—¡Muy bien, acepto! ¿Pero dónde está la tercera chaqueta?

—Ha sido robada.

—¿Robada?

—Sin duda, creo más bien que ha sido así, en nombre de la cordura, Elliot, considerando como se han presentado hasta ahora las cosas y las pruebas de que disponemos.

—Estelle Barclay, Nick Barclay, Andrew Dawlish y el doctor Fortescue fueron sacados de aquí más bien sin ceremonia. Sabemos que realmente sucedió así. Pennington Barclay atracó las dos puertas y se cambió su chaqueta de *smoking*. También sabemos que esto es verdad. Pero, de acuerdo con la evidencia, ¿qué ocurrió después? En un momento del tiempo sucesivo, alguien con intenciones asesinas entró en la biblioteca, y disparó sobre la víctima, deteniéndose sólo un momento para apoderarse de la tercera chaqueta colgada en el armario; por último salió.

—¿Dejando las puertas y ventanas cerradas como están ahora?

—Sí. Por eso tuve mucho cuidado de decir *de acuerdo con la evidencia*. Por otra parte, si esto es lo que la evidencia nos muestra, algo está errado en cuanto a la

evidencia misma o a nuestra interpretación de ella.

—¡Delo por sentado Maestro, no tiene que recordarme esto! Lo aceptaré sin dudar, aunque nos lleve derecho a un manicomio. Pero ¿qué es lo que ahora estamos buscando?

—El fantasma —contestó Fell—, o el pretendido fantasma. ¡Un momento! No me refiero solamente al trabajo de esta noche, me refiero a los acontecimientos anteriores. ¿Quieren acompañarme, por favor?

Absorbiendo el humo de su cigarro y esparciendo cenizas como el espíritu de Vulcano, se dirigió pesadamente hacia la puerta de la galería, deteniéndose un momento lo suficientemente largo como para examinar las fallebas. Entonces los cuatro se pararon y se miraron unos a otros en la semipenumbra de la mal iluminada galería, que se estrechaba hacia la alta ventana del extremo oeste.

—Una vez hace tiempo —prosiguió el doctor Fell—, andaba por aquí el más severo juez; del que tanto hemos oído. En la presente centuria, previamente a esta noche, tres testigos dicen haber visto a la velada figura vestida de negro. Uno de estos testigos fue el viejo Clovis. No podemos interrogar al viejo Clovis; está fuera de nuestro poder, y sucedió hace mucho. Pero Andrew Dawlish, creo que ha prometido buscar el hecho en su viejo diario y decirnos cuándo ocurrió la visita.

—Sí —asintió Nick, que parecía estar dominado por una excitación cada vez en aumento—. Lo prometió y nos lo dirá. Sin embargo, eso es agua bajo el puente. ¿Piensa que es importante en esta fecha tan tardía?

—Nada es agua bajo el puente —dijo el doctor Fell—, cuando su curso es suficiente como para mandarnos a pique. Sí, lo considero muy importante, en relación con otras fechas que usted mismo ha mencionado. Por el momento, olvidemos a Clovis. En fecha mucho más reciente: en el mes de abril, después de la muerte del anciano señor y el hallazgo de su segundo testamento, Estelle Barclay y Mrs. Tiffin, la cocinera, han alegado haber visto también al fantasma. Es una lástima que no podamos tener un relato de primera mano de cada una de ellas. Pero tal vez usted, Elliot, considere esto sin importancia, y una insistencia obsesiva en mirar en dirección equivocada.

—No —replicó Elliot—. No es que lo crea sin importancia ni mirar del lado equivocado. Lo que pasa es que necesitamos una pieza de evidencia sólida, que no vendrá a nuestras manos a pedazos. No podemos seguir cada uno de los caminos que nos parezca que pueden llevar a la persona que hizo el disparo. Mañana, ha dicho el doctor Fortescue, podremos preguntar al mismo Pennington Barclay.

—¿Y si no puede decirle quién quiso matarlo?

—Esperemos que podrá; afrontaremos la dificultad cuando aparezca, entretanto...

—¡Ah! ¿Entretanto?

—Ya lo ha dicho, para adoptar su convencional estilo, doctor Fell, la única cosa sólida en este caso parece ser el fantasma. Alguien, vestido de negro, con velo y todo, ha estado jugando alegre e infernalmente con la gente de aquí. El armazón del

escenario es real. De todos modos, alguien lo utiliza, y está en esta casa; sólo deseo ajustar las piezas en su sitio y dar con él.

—¿Con un permiso de registro, quiere decir?

—Puedo obtener un permiso, desde luego. Es lo que un agente pasado de moda hubiera hecho. Pero estas son gentes sugestionables. ¿Para qué arrancar por una senda impía creando antagonismos entre ellos sin necesidad? Mañana por la mañana, le apuesto lo que quiera, Pennington Barclay nos dará permiso para hacer un registro completo. Entretanto, contestando a su pregunta, he avanzado un paso por lo menos. Mrs. Tiffin, que se supone que se había acostado hace un buen rato, no está en la cama; he hablado con ella en privado. Muy bien, observemos. Esta vez síganme.

Haciéndoles frente había tres puertas en la pared sur de esta ala de la casa. Una daba a la sala de música, otra a la sala de billar y otra al cuarto que Clovis Barclay había usado alguna vez como estudio.

Sin prestar atención a esto, Elliot condujo a sus tres compañeros del lado este, a lo largo de la galería hacia el recuadro del vestíbulo central que se estrechaba tomando el fondo de la casa. Los muebles eran de comienzos del siglo XIX; algunos borrosos retratos adornaban los paneles de la pared, en el fondo se alzaba una maciza escalera. Pero Elliot no se detuvo en este vestíbulo. Haciendo ademanes siguió por la continuación del lado este de la galería, conduciendo a sus acompañantes hasta un cruce.

—¿Ven? —prosiguió—, en la fachada correspondiente a la sala y a la biblioteca de la otra ala tenemos: primero, lo que los Victorianos llamaban un cuarto de mañana, y el comedor. A través de la galería desde aquí...

Garret Anderson se dio la vuelta y miró.

A través de la galería, en vez de los tres cuartos del lado sur de la otra ala, solamente se veían dos habitaciones separadas por un ancho corredor que se estrechaba hacia la parte de atrás de la casa.

Elliot señaló.

—La habitación a la izquierda, en el ángulo sudeste del piso bajo, fue alguna vez la despensa del mayordomo. La habitación a su derecha, vecina a este vestíbulo central, fue alguna vez el cuarto del ayuda de cámara. No ha habido ni ayuda de cámara durante muchos años, como hemos oído. Pero la habitación del ayuda de cámara la usa la cocinera, que actúa como ama de llaves vigilando a las doncellas —entonces Elliot llamó a la puerta del cuarto de la cocinera, levantando la voz para decir—: ¿Sí, Mrs. Tiffin?, ¿quiere venir y reunirse con nosotros?

Instantáneamente, como si alguien hubiese estado escuchando desde dentro, la puerta se abrió, apareciendo una mujer mayor, baja, pero maciza y fuerte, con aire de gran respetabilidad y dentadura postiza que hacía ruido. Mechones de cabellos grises flotaban en torno a su cabeza, cada vez que respiraba hondo hacia arriba.

—Sí señor. ¿Qué decía, señor?

—Siento tenerla levantada hasta tan tarde, Mrs. Tiffin.

—Está bien, señor. No se preocupe por eso. ¡En cambio preparé una tarta tan hermosa y ninguno de ustedes siquiera la miró!

—Es la cocinera, ¿no?

—Efectivamente no se equivoca, señor, soy la cocinera, aunque Mr. Pennington piensa que no debería serlo.

—¿Ha estado largo tiempo con la familia, Mrs. Tiffin?

—Dieciocho años, se cumplirán ahora. Llegué al final de la última guerra cuando el amo era, el anciano Mr. Clovis, ¡realmente un caballero! Traté de aliviar las espaldas de Miss Deidre de algún trabajo, como lo había hecho antes con Miss Estelle.

—Usted y Miss Estelle, según se nos ha dicho, son las únicas que han visto al supuesto fantasma.

—Sobre lo que Miss Estelle haya visto, señor —de nuevo los dientes hicieron ruido—, estoy segura que nada podría decirle. No estoy siquiera segura de lo que he visto yo misma. Pero si pregunta a Miss Estelle...

—No necesitamos molestarla esta noche, Mrs. Tiffin. Y tampoco la voy a entretener a *usted* mucho más. Solamente tengo algunas preguntas que hacerle, aparte de algo que quiero decir a cierta joven. Después...

Ambos, Nick Barclay y Garret Anderson, saltaron; hasta el doctor Fell se conmovió un poco. Claro en el silencio de la noche, por encima del viento que doblaba los árboles, se alzó el clic clac de alguien con tacones bajos que bajaba corriendo la escalera. Garret miró de lado hacia su derecha a través del vestíbulo, hasta el pasadizo y más allá de él. La puerta de la sala de música se abrió de golpe de par en par y apareció Fay Wardour, a quien había llamado hacía tan poco dulzura mía. Lo que exactamente parecía ser en ese momento. Se quedó parada, inmóvil, con la mano sobre el pestillo.

Sin embargo no era quien había hecho sonar la escalera de madera. Desde el vestíbulo, llegó sobresaltada Estelle Barclay. Sus rojos cabellos aparecían desordenados. Su vestido era el mismo, chaqueta de casa y pantalones, excepto que ahora llevaba puestas unas pesadas sandalias. Los ojos tenían una extrema fijeza entre los párpados hinchados por el llanto.

—¡Los oí! —gimió Estelle—. ¡Lo oí, Mr. Elliot! Si tiene algo que preguntarme, hará mejor en hacerlo ahora. ¿Y quién, dígame, es la joven a quien tiene algo importante que decirle? ¿Es Dreide, no? No es sino Dreide, me imagino...

—Lo he escuchado —repetía Estelle. Sus ojos se habían transformado casi en puñales—. Me he pasado dando vueltas horas y horas hasta que volví a mi dormitorio. A las 11, el doctor Fortescue golpeó mi puerta y me dijo lo que le había ocurrido al pobre Pen. Yo, yo quise verlo, pero ellos no me dejaron entrar.

—Nadie puede verlo todavía, Miss Barclay —Elliot manifestaba cierta impaciencia—. Mañana, si tenemos suerte, podrá contarnos la historia completa.

—No sabía qué hacer, ¿comprende? Siento, siendo psíquica como soy, no sé si se lo he dicho, que puede necesitarme. Pero no sabía *qué* hacer. Vacilé entre permanecer en mi dormitorio o sentarme en la escalera, hasta que oí decirles a estos señores (¡hola Nick!), lo que dijeron durante los cinco o diez minutos transcurridos. Mi querido doctor Fell es una pena que no me haya escuchado...

»Si quiere revisar la casa, Mr. Elliot, hágalo por favor. Aunque Pen no le dé permiso, yo puedo dárselo. Soy hija de mi padre, ¿o no? Ha podido encontrar cosas que le sugieran que alguien ha estado jugando al fantasma, lo que sería tremendo, pero no podría alterar en lo más mínimo el hecho de que aquí existe un espíritu malvado, un fantasma de veras. Esto es lo que yo he visto. Estoy dispuesta a detallárselo. Pero ¿querrá contestar mi pregunta? ¿Qué preguntas tiene que formular a una cierta joven y quién es ésta? ¿Es Deidre?

—No señora, no es Mrs. Barclay. ¿Por qué se imagina que se trata de ella?

—Se lo diré —Estelle se lanzó en una embestida—. Deidre es una tierna muchacha, nadie más encantadora que ella, pero es *irreflexiva*. No se da cuenta del efecto que produce sobre casi todos los hombres que se le acercan. Hasta Andrew Dawlish, que es un viejo de lo más pesado y obtuso que existe, cloquea detrás de ella como una gallina cobijando a sus polluelos. Mi hermano, ¡pobre tonto de Pen!, se enamoró violentamente de ella la única vez que la vio. Pen no había hecho nada parecido desde que, cuarenta años atrás, encontró a la pequeña actriz Mavis Gregg y la instaló en una casa en Brighton. Con Deidre, desde luego, fue otra cosa muy diferente.

—Estoy seguro de que lo fue, Miss Barclay, y también lo estoy de que quiere ayudarnos. Pero ¿qué es lo que está sugiriendo?

—Mr. Elliot, Mr. Elliot, aparte del asunto del fantasma, cosas horribles han estado pasando aquí. ¿No podría Deidre, sin ninguna intención desde luego y hasta sin darse cuenta, haber sido la inspiradora que empuja a alguien a hacer las cosas que han pasado? ¿Tiene algo que decir, Mr. Elliot?

—Sólo que todavía no alcanzo a comprender lo que intenta decir.

—¡Oh!, ¿cómo podría saber lo que trato de decir? Siento cosas, todavía no las he razonado con claridad.

—Entonces, desde que no está segura de ellas —Elliot sacó su block— tomemos nota de algo de lo que dijo estar segura. Se dice que usted y Mrs. Tiffin han visto al fantasma. ¿Cuándo tuvo esta experiencia, Mis Barclay?

—Sí, Annie y yo lo vimos —asintió Estelle, señalando hacia la cocinera—. Debería adelantárseme, Annie, puesto que lo vio primero.

—Como diga, Miss Estelle.

Mrs. Tiffin con inmensa dignidad, a pesar de los mechones de cabellos que volaban en torno de su cabeza cada vez que respiraba, alzó los hombros mirando a Elliot.

—El anciano Mr. Clovis —continuó— murió el 18 de marzo. Y, aunque era todo un caballero, sin embargo tenía mal genio. Este nuevo testamento del que se habla fue descubierto un mes más tarde. No puedo recordar con exactitud cuándo pasó.

—Déjeme ayudar su memoria, Annie —Estelle también había elevado mucho la dignidad de su tono—. El nuevo testamento, dejando todo a Nick sin ningún codicilo aclaratorio, fue encontrado el viernes 10 de abril.

—¡Ah! —respiró Mrs. Tiffin haciendo sonar su dentadura—. Entonces, puedo aclararle, señor, cuándo vi lo que dije. Fue una noche una semana después, es decir el 17. Estoy mortalmente segura de ello, ¿por qué? Pues porque iba a realizarse la fiesta de cumpleaños de Mrs. Pen, al día siguiente, o sea el sábado.

»Eso es —añadió Mrs. Tiffin, ratificándose a sí misma de nuevo—. El cumpleaños de Mr. Pen cae en 19. Pero la tarta se corta, lo mismo que el resto de la ceremonia que se realiza, a las 11 de la noche del día anterior. Por eso el viernes por la noche estaba pensando en la tarta que debía preparar el sábado por la mañana. Pensaba para mí: *le haré una tarta con coco blanco, pues le gusta el coco blanco*. Pero una tarta bañada con coco no me parecía apropiada para un cumpleaños, pues no es fácil clavar las velitas en el coco, ni escribir algo. Siempre deseo complacer a Mr. Pen, aunque él piensa que no. Piensa que lo manejo, aprovechándome, según dice, de mi posición de vieja sirvienta; y cree que me niego a cocinar los platos que le gustan. Deseo complacerlo, ¿pero qué le puedo hacer?

»Aquella noche no podía dormir. Mi dormitorio está en lo más alto del edificio, junto al de Phyllis y Phoebe. No podía dormir; a veces me sucede que son las 12, y hasta algo más tarde, cuando se me ocurre que debo bajar y *mirar* la cocina, mirar justamente, y también el comedor. En ocasiones a veces me decido a hacerlo. ¡Ahora, señor y usted también señor!

Volviéndose primero hacia Elliot y después hacia el doctor Fell, Mrs. Tiffin extendió la mano hacia la parte del fondo entre la despensa del mayordomo a la izquierda y el cuarto del ayuda de cámara a la derecha. La única luz que alumbraba allí provenía de la galería donde estaban parados. De ese lado, donde por una ventana empotrada, sin cortinas, se mostraba el borde de una borrosa media luna, el corredor se bifurcaba hacia la izquierda y hacia la derecha.

—¿Vio, señor? —insistía Mrs. Tiffin—. Si da la vuelta a la izquierda, al final

encuentra una galería que lo conduce al fondo del vestíbulo central. Bien, descendí como les decía...

Elliot alzó los ojos.

—Esto sucedió entre las 12 y las 12,30, según soy capaz de recordar, señor, aunque no puedo jurar que fuera exactamente así.

—No se preocupe, es bastante con que sea aproximado. ¿Qué sucedió?

—No había luz en ninguna parte, y yo no las encendí. Conozco tan bien la casa que no las necesito. De todas maneras tenía fósforos y había una luna muy brillante.

—Sí, comprendo. ¡Prosiga!

Mrs. Tiffin agitó la cabeza.

—Bueno, me detuve un rato en la cocina, pensando un poco. Después bajé y me volví por la galería y a través del comedor, encendiendo mis fósforos una o dos veces. Sólo me detuve unos minutos en el comedor. Allí decidí que no sería una tarta de coco, sino la usual tarta de cumpleaños con baño blanco y *Feliz Cumpleaños* escrito encima en letras rojas. Esto fue lo que pensé. Entonces volví por ese corredor de aquí, sin necesitar de mis fósforos, para nada. Veía la luna llena a través de la ventana, que llegaba hasta aquí dentro, iluminando mucho más que ahora. Iba camino de la escalera de atrás para subir, cuando al llegar al final del corredor, vi...

—Vio el fantasma, ¿no? —preguntó Estelle—. ¡Dígalo Annie! Si no era un ser del otro mundo, que los hay a pesar de lo que puedan decir los descreídos, no tema decirlo ahora.

—¡Cómo que Dios me está mirando, Miss Estelle, no pudo decir más que lo que es verdad!

—¡Oh Annie!...

—Miss Estelle —gritó la cocinera— era un hombre o algo semejante con un largo vestido negro y una máscara con agujeros para los ojos. Estaba parado al final del corredor, próximo a la pared de la derecha, cerca del cuarto del ayuda de cámara, con la luna que le daba de frente, y me miraba a mí de soslayo. Entonces se dio la vuelta hacia la pared. Yo estaba a alguna distancia, aquí donde comienza el corredor. Lo que pensé en ese momento es que se había introducido a través de los tabiques y que desapareció, como se espera que desaparezcan los fantasmas. Esto que les digo, es lo que pensé entonces...

—¿Dice que pensó? —exclamó Estelle—. ¿Sólo pensó? ¡Oh Annie, Annie! ¿No puede decirlo mejor?

—No, Miss Estelle, no puedo —respondió Mrs. Tiffin—. ¿Por qué? Porque desde luego era un hombre o algo semejante; era un ser real; era un ser humano; vi brillar la luna a través del agujero de la máscara de su ojo derecho. Y tampoco andaba a través de la pared. Estando muy cerca de la vuelta del pasillo del fondo, se alejó andando por la derecha de la galería hacia el vestíbulo grande; y parecía igual que las otras cosas. Esto es todo lo que puedo decir.

»Usted señor —dirigiéndose a Elliot— y usted señor —dirigiéndose al doctor Fell

— me preguntan a qué se parecía. Me *pareció*, vestido como estaba, alto y flaco, pero yo soy baja y algo regordeta, y mucha gente me parece así. De esa manera sucedió. ¿Puedo retirarme?

—Sí, puede irse —Elliot exhaló un suspiro de alivio—. Pero la figura era real, ¿no? ¿Está preparada para jurarlo si fuera necesario?

—¡Oh! Lo juraría si tuviera que hacerlo, pero esperamos que no sea necesario. Les informé bastante, pero no iría a menos que Mr. Pen me lo agradeciese. Sea lo que haya sido, era una persona y perversa. Nada le importa a la pobre vieja Annie; lo sé. Pero habiendo sucedido y pudiendo haber sido visto por dos muchachas con sus cabezas llenas de películas de cine y de televisión: ¡digo que no hay *derecho*! Buenas noches señores, buenas noches Miss Estelle. Buenas noches.

Se alejó con paso acelerado, llevando en pos su dignidad a lo largo del corredor por donde dio la vuelta a la derecha hacia atrás de la escalera. Estelle Barclay estaba temblando, gimió para los otros.

—Es en verdad demasiado malo —dijo—. ¡Todos son filisteos! ¡Tengo la esperanza de que por lo menos el doctor Fell sea simpatizante!

El doctor Fell, que había sacado un cigarro, pestañeaba vagamente ausente, concentrado en guardar la cigarrera en el bolsillo.

—Bien puedo ser un filisteo, señora, de los peores de las cinco ciudades. Le ruego crea, sin embargo, que mi simpatía está a su servicio. ¿Qué vio *usted*?

—Vi algo que entró en la despensa del mayordomo, aquí.

—¿Un fantasma en la despensa del mayordomo? —repitió Nick Barclay, con ademanes salvajes—. Mira, tía Essie... ahora...

—¡Oh sí, puedes estar seguro! Ríe, ríe y ríe, ¿por qué no lo harías? Es muy fácil reírse, ¿no?

—Señora —dijo el doctor Fell—, no me estoy riendo.

Estelle apuntó con sus dedos hacia la puerta cerrada del cuarto a su izquierda.

—En 1918, cuando dejamos de tener mayordomo, porque el viejo Trueblood se fue a la guerra, mi querido padre ordenó que se cerrara la despensa. Sólo se abría cuando había necesidad de sacar algo de dentro o para limpiarla y pintarla una vez al año. De otra manera, decía, podía meterse gente dentro, y podían dejar la luz encendida o volcar alguna vasija. Mi padre, que podía ser muy generoso en muchos aspectos, solía practicar pequeñas economías como esta. No recuerdo muchos detalles del comienzo, por supuesto: entonces sólo tenía nueve años. Pero así fue cómo empezó, y mi querida madre estuvo de acuerdo con él. El cuarto permaneció cerrado.

—No cerrado a perpetuidad de todos modos —musitó el doctor Fell—, desde que se podía entrar cuando era necesario. ¿De qué modo lo mantenían cerrado?

—¡Oh, querido!...

—Por su salud señora, ¿cómo lo mantenían cerrado?

—¡Bueno!, las llaves de estas puertas del piso bajo son todas iguales. Una

cantidad de llaves se extraviaron, y nunca las reemplazamos. Pero las que quedaron sirven para cualquier cerradura de cualquier puerta.

El doctor Fell echó una mirada de soslayo a través de sus gafas que cabalgaban casi oblicuas sobre su nariz como asombrado, en torno del vacío. Un poco más abajo, la puerta del lado este del cruce del pasillo sobre el comedor, estaba medio abierta en la oscuridad. Había una llave en la cerradura. Con un sordo resoplido de disculpa, el doctor Fell se deslizó hasta allí y sacó la llave de la cerradura. Con ella en la mano, vino hasta la puerta de la despensa del mayordomo, donde después de cierta concentración metió la llave en la cerradura. La puerta giró sobre sus goznes y se abrió, sobre una oscuridad mayor.

—¿De este modo? —preguntó.

—¡Cuidado! —suplicó Estelle, moviéndose hacia Nick—. No me harán caso; nunca lo hace nadie; pero tengan cuidado, ¡por favor! ¿Cómo podemos saber qué acecha en esta impía hora de la noche?

—Si algo acecha, Miss Barclay —interpuso con voz de buen sentido Elliot—, intentaremos cortar esta línea de retirada. ¿Quiere proseguir con lo que vio? ¿Cuándo vio aquello?

—Eso ocurrió —Estelle respiraba rápidamente— un jueves a finales de abril. Estoy casi segura que era 23; sé que era jueves porque los tres sirvientes habían salido. Annie había dejado una cena fría, que yo iba a servir esa noche. No era noche cerrada todavía; era por la tarde, a eso de las 6 en punto, y se anunciaba una tormenta.

»Había ido a la cocina para tomar mi dosis de vitamina B. Regresaba a lo largo del corredor y entraba justo aquí en el cruce de la galería. El aire sopló frío como hielo; dirá que era el tiempo, pero no creo que fuera eso. La lluvia golpeaba sobre los cristales del extremo este. Estaba dando la vuelta por el lado oeste, es decir hacia la sala de música, cuando se produjo un gran relámpago que iluminó la ventana y la lluvia. No pude evitar echar una mirada alrededor. Algo me hizo presentir lo que iría a ver. Y allí estaba, parado al lado de la puerta de la despensa del mayordomo. Los ojos de la máscara estaban vueltos hacia mí. Precisamente cuando se produjo el *shock* del trueno, levantó las manos con dedos como garras, así, y con súbito ímpetu se me vino encima. No sintió nunca un aura tal de horror como la que experimenté en ese momento; no me pude mover, casi me desvanecí. Pero no me agarró. Se detuvo, se volvió hacia la puerta aquella que debía estar cerrada y que se abrió con el solo roce de la figura que al entrar la cerró.

—¡Un momento Miss Barclay! —interrumpió Elliot—; ¿cómo sabía que la puerta estaba cerrada con llave?

—Porque siempre está cerrada con llave. ¿No se lo he dicho?

—No... nunca. ¿Qué hizo entonces?

—Después de un minuto o algo así, después de haberme detenido como paralizada, me moví de pronto y corrí hacia arriba por la escalera delantera hacia mi cuarto. Y en cuanto me senté, sintiéndome mal de nuevo, me *di cuenta* de que había

visto a *Sir Horace Wildfare*, lo mismo que lo vio venir mi padre desde el jardín al atardecer, hacía muchos años. No quise alarmar la casa, cada uno estaba en sus diferentes habitaciones como corresponde. Tardé media hora en armarme de coraje y todavía tengo que hacerlo. Descendí las escaleras de nuevo. Ambas puertas, la de aquí y la de la parte de atrás hacia la cocina, todavía estaban cerradas con llave, como siempre lo han estado.

—¿Está segura señora? —le dijo el doctor Fell con voz suave.

—¿*Que si estoy segura?* ¡Oh, por favor, no me torture!, ¿qué quiere decirme?

—Que si está segura de que esa puerta estaba cerrada con llave cuando el fantasma entró. Esa tarde todos los miembros de la familia estaban aquí, con excepción de los sirvientes. Pero en diferentes cuartos, según dijo usted.

—Sí, Pen estaba en la biblioteca, Deidre se estaba bañando, Miss Wardour estaba escribiendo a máquina cartas en su dormitorio, el doctor Fortescue estaba oyendo discos en la sala de música.

—Alguien, supongamos, supo que usted había ido a la cocina —el doctor Fell proseguía hablando suavemente—. Alguien podía suponer que usted regresaría por el corredor, alguien quitó la llave de otra puerta e hizo lo mismo que yo hace un momento y abrió la puerta de la despensa que vemos delante de nosotros. Alguien, por la no muy humorística travesura de aterrorizarla, con vestido y cara velada y todo lo necesario, la esperaba para representar la comedia; después cerró con llave la puerta y se fue. Una pregunta de Elliot daba esto como probable y creo que podemos echarle la firma que eso fue lo que sucedió. Otros, como por ejemplo Mrs. Tiffin, han sugerido la presencia de algún ser humano perverso. ¿No cree en la perversidad humana, Miss Barclay?

Estelle dio la vuelta en tomo de él.

—¡Dios me libre! *Claro* que creo en la perversidad humana. Además puedo advertirla; siempre la advierto, ya se lo he dicho. Y también está aquí. Muy bien, doctor Fell y Mr. Elliot. Hagan lo que les pido, revisen la casa; tienen mi absoluto permiso. Aunque encuentren un traje y un velo, como dije, eso no probaría que no hubiese una presencia sobrenatural cerca de nosotros. Pero probaría la perversidad de alguien y podría indicarnos la dirección de donde proviene. Y esto me recuerda... ¿qué estaba diciendo? ¡Ah, si! Había una mujer... *una joven*, como la llamó usted con gran delicadeza, que estaba citada para una declaración. Pensé que era la pobre Deidre, aunque usted me dijo que estaba equivocada como de costumbre. Pero si no era Deidre, no podía ser sino...

Estelle se interrumpió bruscamente. Y Garret miró en torno buscando a Fay Wardour, que estaba casi rozándole el codo. Por un instante, aunque pareciera increíble, había perdido de vista a Fay. Se había acercado desde el cuarto de billar durante la declaración de Estelle. Muy pálida, alta la barbilla, pero la boca temblorosa, Fay estaba tan próxima que podía tocarla. Estelle, después de una ojeada no volvió a mirarla.

—Bien, Mr. Elliot, me ha tocado el turno de decir buenas noches. Usted es la policía, ¡cumpla con su deber! Mañana por la mañana sabrá algo más. Pero no intente enseñarme lo que hay o no hay aquí. Sé lo que sé.

Y Estelle, como una sonámbula fuera de control, se ajustó las sandalias y salió corriendo. Las sandalias golpearon contra la dura madera del suelo del vestíbulo central, luego sobre la escalera a medida que subía; por fin el ruido se desvaneció. Entonces Nick Barclay irrumpió desde su propio trance personal.

—Tía Essie —dijo— puede saber lo que sepa. Hablando para mí, sin que nadie me pregunte nada, lo que puedo decir es que no sé nada. Mire, segundo comandante...

—¿Qué?

—Hemos encontrado una explicación para dos apariciones de fantasmas. Tío Pen dijo que debía haber una explicación muy simple, y la hay. ¿Pero cuál es la explicación de la habitación cerrada con llave?

—Por el momento, Mrs. Barclay, no tengo la menor idea.

—¿Todavía está cerrada la habitación?

—Está mucho más que cerrada, a menos que el doctor Fell pueda darnos alguna clave acerca de su propio enigmático murmurar.

—Elliot —estalló el doctor Fell, que parecía mucho menos benevolente con el brillo oscuro de sus gafas—, le explicaré mi enigmático murmurar muy pronto. Pero ahora no, si no le molesta. Hay poderosas razones para que sea mejor no hacerlo. ¿Quiere seguirme?

—No, no lo seguiré —dijo Nick—, espero que no importe mucho. La reunión se ha roto y yo estoy lo mismo. Lo único que deseo, mis queridos amigos, es respirar un poco de aire fresco. Después voy a despojarme de mi chaqueta. Los veré más tarde, espero.

Dando la espalda, Nick salió dejando al pequeño grupo reunido. Llegó hasta el vestíbulo central, pasando entre la despensa del mayordomo y el cuarto del ayuda de cámara, lo cruzó, y se fue a lo largo de la galería oeste. En su extremo, las persianas de la ventana victoriana todavía estaban completamente abiertas. Nick levantó la punta de una de las cortinas, sacó su cabeza y desapareció.

En alguna parte escalera arriba, un reloj dio las 2 con profundo sonido. Los ojos azules de Fay se alzaron.

—Mr. Elliot —dijo—, si la reunión se ha roto para designarlo con un nombre tan moderno, ¿todavía tiene algo que decir a algunos de los que estamos aquí?

Elliot dejó pasar un momento sin responder.

—Miss Wardour, no fue a la biblioteca con el resto de nosotros. Entre otras cosas, el doctor Fell nos llamó la atención sobre el guardarropas. No era la primera vez que el maestro y yo visitábamos la biblioteca.

—¿Sí?

—En la primera ocasión, a eso de la medianoche, hice una investigación completa

del guardarropas. Además el doctor Fell se puso de rodillas y miró bajo el canapé. No había nada debajo excepto la alfombra, según sostiene. En la segunda vez, estando cuatro de nosotros presentes, ni siquiera miró debajo el canapé. Pero daría cualquier cosa por saber qué pensó que podía haber habido allí.

Fay hizo un gesto de desconcierto.

—¿Por qué me miran? —exclamó—. No estuve en el guardarropas, ni siquiera en la biblioteca, no pasé de la puerta. Lo que sé sobre el atentado de Mr. Barclay es lo que me han contado. Desde que no puedo serle útil en nada, ¿por qué me mira con tanta insistencia?

—Porque —contestó Elliot— hay un pequeño punto sobre el que querría tener alguna aclaración.

—¡Oh!, ¿cuál?

—Creo, Miss Wardour, que tiene todo el derecho de usar legalmente el nombre que lleva. Sólo recuerdo que era Justin Mayhew, secretaria de Mr. Barnstow en Somerset, cuando aquél murió a causa de una dosis excesiva de barbitúrico, en octubre de 1962. ¿Creía que sabía esto?

El silencio se rompió como un estallido frío que afectó a Garret como si le hubieran dado un golpe detrás de la oreja. Había estado esperando ese momento con temor, y no era fácil de superarlo ahora que había llegado.

—Y bien, Miss Wardour, ¿pensó que sabía eso?

—Temí que me reconociera, sí. ¿Pero a qué viene eso ahora? ¿Es una *reprimenda*? ¿O lo que se llama un *modo de torturar*? Me pondrá de cara a la pared, supongo, hasta que me rinda. Maté a Mr. Barclay, como tal vez envenene a Mr. Mayhew. ¿Por qué no habría de verme obligada, por fin, a hacer una confesión? Es esto lo que intenta, ¿no es así?

—No exactamente —dijo Elliot—. No es una reprimenda al modo de Miss Barclay, como parece pensar. Y no es ciertamente un intento de torturarla, como ha imaginado por cuenta suya. En realidad lo que quería era tranquilizarla.

—¿Tranquilizarme?

—Mire. Sabemos que no tuvo nada que ver con la muerte de Justin Mayhew. El inspector Harned (¿lo recuerda?), tiene la declaración de la enfermera que vio al doctor Mayhew robar el frasco de pastillas de embutal de su cuarto.

Mr. Mayhew se suicidó, esto ha sido establecido con toda claridad. No puede esperar que la policía de Somerset le escriba una carta diciéndole: *Deje de temer, sabemos que es inocente*. En estas circunstancias sin embargo, puedo decirlo.

—Pero...

—Tranquilícese, Miss Wardour. Está muy ofuscada, pero, por favor, no tome una buena noticia de la peor manera. He tenido que cumplir demasiados deberes desagradables en mi vida como para haber perdido casi la desenvoltura cuando se trata de lo contrario.

—*Espero* que no me esté engañando —suspiró Fay—. ¡Dios mío, lo he esperado,

lo he esperado tanto! Pero si esto es solamente una trampa, si está jugando al gato y al ratón después de todo...

—Acepte mi seguridad, Miss Wardour, de que no hay trampa ni engaño. Elliot y yo hemos hablado sobre esto. Usted *no es* la siniestra aventurera que arrastra a los hombres a la muerte; nadie piensa tal cosa. Si lo ha pensado en serio por un momento, puede ver cómo figura en este caso y cómo se arregla para no figurar en él. Por otra parte, si Elliot y yo tenemos alguna palabra con usted...

—¿Oyes, Garret, lo que está diciendo?

—Sí, lo oigo.

—Y además sin ninguna información que me dé derecho a girar sobre ello —el doctor Fell siguió los ojos de Fay—, algo me dice que nuestro amigo Garret está comprendido también en esto.

—La medida justa en que estoy comprendido —comenzó a decir Garret con verdadero tono de oratoria— sólo Fay por sí misma puede decírselo. Hace un año en París le dije que...

—¡No Garret, por favor! —las lágrimas temblaban en las pestañas de Fay—. Cuando dicen que quieren tener unas palabras conmigo se refieren a unas palabras en privado, y eso es lo mejor. *Quiero* hablar con ellos. Nunca tuve miedo del doctor Fell; tampoco temo a Mr. Elliot ahora, pero no quiero que estés presente cuando hable con ellos. Sigue a Nick, Garret; vete fuera, al parque. Te seguiré tan pronto como me lo permitan. ¿Quieres hacerme el favor?

—Si realmente crees...

—¡Sí, lo creo! Soy tonta, lo sé, pero seré totalmente incoherente si no te vas en seguida. Parece...

—¿Que nada es imposible? Es completamente cierto. Me voy al jardín. Si encuentro a alguien enmascarado como un fantasma cometeré asesinato por estrangulamiento, agréguelo en la cuenta. Entretanto levanta la barbilla, querida. El buen tiempo está acercándose *et ego in Arcadia*.

Tras los pasos de Nick, Garret siguió por la galería hasta el tramo oeste y de allí por la ventana abierta en el extremo opuesto. Tuvo una última visión de Fay, con su brillante cabello dorado y el rostro surcado por lágrimas. Inclinando la cabeza pasó por la ventana para entrar en la noche impenetrable.

Respiró hondo.

La luna estaba poniéndose, aunque su luz era todavía una superterrena luz blanco lechosa. El viento había cesado. Desde abajo subía el ruido del agua golpeando la superficie de una playa en declive.

Andando despreocupadamente sobre el césped, se dirigió hacia donde asomaba un seto de ligustro de doce pies de alto, poco amenazante ahora.

Pensó que podía medir los pensamientos de Fay por los suyos propios. Sentía la cabeza ligera a fuerza de aliviada. Fay había sido absuelta; el doctor Fell lo había dicho; no había nada que temer.

Cuatro avenidas principales, una en cada punta del compás, conducían al centro del jardín, dentro del tablero de ajedrez que dibujaban las avenidas entrecruzadas. A medida que avanzaba por la avenida en dirección opuesta a la ventana rota e iluminada de la biblioteca, Garret fue atenazado por el vago recuerdo de que en el centro encontraría un espacio abierto, cuadrado, con un reloj de sol en el medio.

El césped bajo los pies, los setos de ligustros a ambos lados, brillaban humedecidos por el rocío. Garret apenas se daba cuenta de ello ni de ninguna otra cosa. Aceleró sus pasos hacia el centro, ensimismado en sus pensamientos.

No, ya no había nada que temer. No tenía por qué preocuparse, como tampoco ninguno de sus amigos. La situación en El Codo de Satanás podía ser encarada como un problema (confuso, desagradable, con emociones y caminos retorcidos), pero no pasaba de ser un problema académico en el cual él...

Garret llegó al centro y se detuvo bruscamente.

—¡Oh! —exclamó una voz de mujer.

Sobre el disco de sol de piedra gris, dos personas, un hombre y una mujer, estaban parados; tan estrechamente enlazados, y abrazándose con una tal pasión, que Garret no podía imaginarse qué le hizo a la mujer mirar de soslayo y apartar la cabeza con la boca abierta como una mancha oscura en la sombra. Ella dio un grito, se separó de pronto del hombre y huyó por la avenida. El hombre era Nick Barclay, la mujer Deidre.

Garret la oyó sollozar mientras corría. Él se quedó inmóvil contemplando a Nick.

—Bueno, que me condenen —dijo.

Pudieron haber contado hasta veinte antes de que ninguno de los dos hablase, en el húmedo jardín negro y plateado bajo la luna.

—Mira —comenzó Nick.

La potente voz de Nick, forzada, no conseguía su volumen ordinario. Pasó una mano por sus oscuros cabellos, pero el latido de su pulso le tiraba del codo y el ademán resultaba a la vez forzado e inútil.

—Parece gracioso, pero no tiene nada de gracioso. ¿Qué estás pensando?

—Solamente pienso en que debía haber puesto dos y dos juntos hace mucho tiempo.

—¿Dos y dos? ¿Por qué dos y dos?

—Por una sola cosa, ¿pretendes que no habías puesto los ojos en Deidre antes de encontrarla en la estación de Brockenhurst esta tarde?

—No, por supuesto que no lo pretendo. Eso es lo que quiero decirte.

—Tu tía Essie puede dar información útil hasta cuando refunfuña. Estuve pensando en los viajes de Deidre por el extranjero durante el verano. Estuvo en Suiza en 1961 y en el norte de Africa *el año anterior*. Cuando la gente habla de el norte de Africa, no se refiere a Egipto, a menos que diga Egipto. Por lo general se entiende Marruecos o sus alrededores. Estuviste mucho en Marruecos el verano de 1960. ¿Es allí donde la encontraste?

—Sí, fue allí. Ambos fuimos a dar al hotel Minzeh en Tánger y allí me enteré de quién era. Pero...

Nick dio un paso hacia delante. Tartamudeando dentro del alto muro de seto de ligustre que los encerraba lejos del mundo, obligando a cada uno a enfrentarse con su propio problema y al mismo tiempo con el del otro.

—Nick, ¿cuántas veces te has encontrado con ella desde entonces? No te lo pregunto por vana curiosidad. Te lo pregunto porque puede ser de vital importancia para la situación de aquí, de Greengrove. ¿Cuántas veces te has encontrado con Deidre desde entonces?

—Cada verano. Estuve en Lucerna en 1961; en Venecia en 1962 y el verano pasado, como Deidre había prometido visitar a una antigua compañera de colegio, decidimos vernos en Roma.

—Como ves, Nick, esto toma un color oscuro. Estabas en Roma pasando una temporada muy divertida, mientras Fay me persuadía...

—¿Qué quieres dar a entender por temporada muy divertida? Mira, Garret. No pretendo que me comprendas, pero éste no es un asunto barato, o una sórdida intriga. Es un gran amor, un amor espiritual, algo que ocurre una vez en la vida y a veces nunca. Y no te puedo acusar si te sientes un poco burlado... Pensabas que llegabas

aquí lisa y llanamente conmigo. Te ofrezco por lo tanto, pues de hecho te la debo, una explicación.

—No me debes ninguna explicación, no me la des. Pero no necesitabas llevar tan lejos la farsa.

—¿Farsa?

—Sí. En Waterloo, justo antes de tomar el tren, fingiste que creías que la mujer de tu tío era rubia. Sí, lo sé. Más tarde tapaste esto haciendo obvia referencia a una fotografía que te había enviado tu tía Essie. Pero era de nuevo un engaño, aunque bien urdido.

—¡Por Dios, Garret!, ¿qué otra cosa *podía* hacer?

—Es difícil decirlo, si crees que estás justificado. Todavía antes, en el *Thespis*, hablaste de *misteriosas mujeres* (*mujeres* en plural) que aparecían y se desvanecían como si nunca hubieran existido. Esto que es lo que pensé de Fay, no hay duda de que era lo que tú pensabas de Deidre. Y ni así caí.

Nick dio un paso de baile a la luz de la luna.

—Persisto en decirte, Garret, que no entiendes nada. Lo que Deidre y yo sentimos el uno por el otro, y lo sentido durante cuatro largos años..., no es común. Es muy diferente. ¡Es sagrado, hombre del demonio! Y no te quedes mirándome impertérrito como un oráculo, ¿no puedes decir algo?

—¿Deseas que el oráculo te hable?

—Si tiene algo útil que decir.

—Muy bien. Después de cuidadosas consideraciones sobre lo que tanto parece agobiarte en este juicio oral, llego a la simple conclusión de que no se trata de nada más que un chato, vulgar y simple caso de sexo, fuera de moda.

—¿Sexo? —gritó Nick rebelándose—. ¿Dices sexo? No vuelvas nunca más a hacer la menor referencia a ello porque, amigo o no amigo, te rompo algo sin ningún miramiento. No hay nada entre nosotros que tenga que ver con él. Lo hemos deseado, pero no hemos tenido nada que ver con él, eso es todo. ¿Y qué hay de malo en ello?

—Mira, Nick. Es tu tío Garret quien te habla. No hay nada de malo en ello, por nada del mundo. Pero no lo tomes tan en serio. Disfruta del sexo, goza con lo que Dios te ha dado. No magnifiques una saludable urgencia biológica, convirtiéndola en una gran pasión sacada de una novela victoriana.

—Querría —rugió Nick— querría... —se calló de golpe. Una especie de convulsión agitó su rostro y giró de nuevo en un paso de baile—. Espera un minuto, ¿no hemos sostenido antes esta misma conversación en alguna parte?

—Sí, en el *Thespis Club*, el miércoles por la noche. Las palabras son las mismas, pero eras tú el que predicabas y yo quien te oía. Es muy diferente cuando el caso es el propio.

La actitud de ultrajado de Nick se desvaneció. Necesitó un rato, recorrió el cuadro hasta el centro del jardín, y volviéndose dijo:

—Esto está mal. Estoy perdiendo todo sentido de la proporción; es verdad. Se

acabó. Di lo que te dé la gana, piensa lo que quieras, pero lo de Deidre y yo es algo muy sólido. ¿Lo puedes creer?

—Sí, si estás seguro.

—Estoy muy seguro; lo mismo que Deidre. Casi hemos enloquecido. La cuestión es: ¿qué vamos a hacer?

—Lo sospecho, pues lo has sugerido.

—¿Que lo he sugerido?

—En el *Thespis*, antes que ningún asunto amoroso se hubiera planteado, explicaste que no era decente que despojases a tu tío Pen de sus derechos hereditarios. *No puedo quitarle su amado Greengrove, de ninguna manera*, aunque... debiste de haber tenido la intención de añadir, aunque le quite a su mujer.

—Bueno, ¿qué otra solución queda?

—No lo sé.

—Esto no puede seguir así —Nick levantó su puño—. Es intolerable; es destruirse la vida sin motivo. Deseo casarme con Deidre, entiendo que digo que quiero casarme; tarde o temprano las cartas deberán de ser puestas sobre la mesa. Cuando llegamos, y tío Pen hizo aquella accidental referencia al rey Lonchivar, pensé que podía hacerle frente. Y ahora me encuentro con que no puedo y me siento casi como si fuera a morir.

—Sabes Nick —dijo Garret pensativo—, supongo que un gran amor puede excusar muchas cosas. Pero ¿hubiera sido precisamente ése el camino a seguir?

—No te entiendo, ¿el camino a seguir para qué?

—La manera de darle la noticia. Querrías haberle dicho cambiando el final de la cita:

Llego aquí en son de paz o en son de guerra.

¿O a bailar en tus bodas, joven Lonchivar?

Llego aquí en son de paz, pero cuando el amor está de mi lado.

Puedo cabalgar triunfante con la novia de tío Pen.

—Hubiera sido algo muy sucio.

—Perdóname. Pero sin ánimo de ofenderte, ¿pudiste pensar que te hubiera entendido?

—Vuelvo a decir que hubiera sido algo sucio. En cuanto a tío Pen, no pensó nada tampoco Deidre, su cabeza está ausente, como lo habrás notado. Tengo que hablar con él; ¿qué otra cosa puedo hacer? No lo tomará a mal y, aunque así fuera, la verdad tiene que salir a la luz. ¿No puedes comprender qué es un gran amor? ¿Y qué hay de tu propio gran amor?

Nick sacó un paquete de cigarrillos. Cada uno de los dos tomó uno, como duelistas eligiendo espadas. Nick los encendió con su encendedor, la llama iluminó sus ojos vidriosos hundidos en sus cuencas. Resumió su deseo de paz:

—Te juro por la Biblia —dijo con calor— que las relaciones entre Deidre y yo

han sido tan inocentes... bueno, inocentes como... como... ¡ayúdame a decírtelo, por favor! Han sido absolutamente inocentes. Pero ¿puedes tú decir lo mismo? Ahora que has encontrado de nuevo a Fay, la pequeña rubia tan bonita, ¿puedes decir lo mismo? ¿Fue un romance tan puro y rosa como me juraste que era?

—Puedo contestar a esto —dijo la voz de Fay.

La pálida luz pintaba sombras sobre su cara y su vestido azul y blanco la ceñía, acentuando las líneas de su cuerpo. Moviéndose silenciosa sobre el césped húmedo, apareció como un fantasma, por el lado este contra el muro de seto vivo.

El cigarrillo de Nick pareció apagarse y encenderse con rapidez, cuando giró en redondo.

—No pude evitar oírlo todo, Mr. Barclay. Habla tan alto como para despertar a toda la casa. Pero sólo voy a contestar a su última pregunta. Y le contesto, no. De acuerdo a lo sucedido entre usted y Deidre, mis relaciones con Garret han sido todo menos inocentes. Y seguirán siendo de la misma manera, espero. Pero no aquí. ¡Desde luego no aquí! Sólo cuando se aclaren los horrores que han sucedido y se conozca la cara que se esconde detrás de la máscara. Tal vez parezca desvergonzadamente apurada por decirlo, pero ahora que ya no puedo perjudicarlo apareciendo junto a él, ¡nada me importa!

—Escuche Miss Wardour, lo que le he dicho a Garret se entendía que era confidencial.

—¿Y piensa que lo que yo le digo no es confidencial? Había demasiadas cosas dentro de mi cabeza; puede llamarla conciencia si lo prefiere. La razón de que hubiese sido tan esquiva, Mr. Barclay, es que hace dos años me vi envuelta en lo que pareció ser un caso criminal aunque no lo era. He sido sobreseída ahora, cuanto ocurrió ha quedado aclarado esta noche. No puedo evitar concentrarme en el hecho glorioso de verme por fin libre.

—Yo en cambio no lo estoy —dijo Nick, irrumpiendo con violencia—. Todo se toma peor y más complicado cada minuto. Guardaremos cada uno nuestros secretos, ¿no? Y ahora de veras les doy las buenas noches; además les aconsejo hacer lo mismo a usted y a Garret. Aunque dudo que pueda dormir. ¡Dios de Dios! ¿Por qué ha tenido que ser *todo* tan complicado?

Murmurando en voz alta, fumando con furia, se perdió a través de las altas galerías de seto. Garret esperó hasta que lo vio desaparecer.

—Fay...

—¿No oíste lo que dijo Nick, querido? También insisto en lo mismo, tiene razón, lo que *tenemos* que hacer es decirnos de una vez buenas noches. He estado horriblemente emocionada, Garret.

—Como por un motivo u otro lo estamos todos. Además, ¿no has tenido nuevas noticias del otro lado de las barricadas? El doctor Fell y Elliot...

—Se fueron hace diez minutos.

—¿Por qué insististe tanto en que no me permitieran oír?

—No por lo que pudiera decirles, todo cuanto les dije, ya te lo había dicho en el cuarto del billar, sino por el comentario que el doctor Fell podría hacer de la historia.

—¿Y cuál fue?

—¡Por mi vida, al principio no pude sacarle nada! La mayor parte del tiempo pareció como distraído o apenas enterado. Hasta que de golpe soltó algo absolutamente incomprensible que al mismo tiempo vino a golpear certeramente en el corazón mismo de la verdad.

—Es su costumbre, Fay. ¿Por ejemplo?

—¡Por ejemplo! Le conté que desde hace mucho tiempo Deidre quería averiguar si la policía todavía estaba detrás de mí por el asunto de la muerte de Mr. Mayhew, pensando preguntárselo al superintendente Wick. Mr. Elliot dijo: *Pero nunca supimos que lo hiciera*. El doctor Fell dijo: *No, y sin constituirme en juez del carácter de Mrs. Barclay, no debía preguntarlo. ¿Qué habría debido de hacer?* Entonces, como contestándose a sí mismo, dijo con voz gangosa: *Pienso que era como clavarse. ¿Clavarse qué?*

—No me preguntes. Hasta allí no parecen ser sino incomprensibles silabeos. ¿No dijo nada más que aclarara algo?

—Sí, si daba a entender lo que creo.

—¿Qué?

—El doctor Fell dijo: —*Si pensase cometer un crimen, Elliot, ¿usaría un revólver? Tal como son las leyes en la actualidad, sabe que no. Apuñalar a la víctima, envenenarla, estrangularla, matarla de cualquier manera menos con un arma de fuego; si llegan a agarrarlo en tal caso el peor castigo sería cárcel perpetua, lo que significa una docena de años. Pero mátele con un revólver y lo colgarían. Esto, mi querido amigo, es tentativa de asesinato de la que se ha escapado por una nada y la gracia de Dios.*

Fay parecía casi un ánima en pena a medida que se acercaba a Garret con los ojos clavados en él.

—*Para afrontar un riesgo tan maldito como éste,* —prosiguió el doctor Fell—, *debería de probar más allá de cualquier cavilación que la muerte fue suicidio o providenciarse, ¿qué? Providenciarse una víctima propiciatoria. Y, por Dios, esta joven tenía que ser la víctima propiciatoria.* Se refería a mí, Garret, a mí.

—Desde luego. Pero, a estas horas ¿a qué pensar en quién se refería?

—Lo sé, querido, no es muy bueno, por cierto. Y ahora me voy. ¡Por favor, por favor!, no vengas conmigo. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

—Sí.

—Dame cinco minutos de tiempo, y después me sigues. Si miras hacia la casa, verás que he apagado todas las luces del piso bajo. Toma esto —y le puso en la mano una linterna— para guiarte por la escalera. ¿Recuerdas qué cuarto te fue asignado? Junto al último del lado sudeste, te dijo Deidre. No necesitarás la linterna cuando estés arriba. Encenderé la luz de tu cuarto antes de ir al mío. Esto es todo. Te veré por

la mañana. ¡Y esperemos, sobre todas las cosas, que ninguno de los dos vea al fantasma subiendo la escalera!

Por fin, después de un confuso intervalo, ella partió.

El jardín se había puesto escalofriante, una brisa lluviosa comenzó a susurrar. Garret arrojó lejos su cigarrillo, pensó encender otro y desistió. Cinco minutos después, o lo que le parecieron cinco minutos, se dirigió hacia la casa a oscuras.

¿Ver un fantasma en la escalera? Difícilmente, y sin embargo...

Pasó a través de la ventana abierta de la galería. La cerró con pestillo. Encaminado por la galería, hacia el vestíbulo central y después en la escalera, hubiera podido jurar que oyó el roce de pisadas furtivas detrás de él. El rayo de luz de su linterna no le mostró nada. O el ruido estaba en su imaginación o era algún rondador nocturno que se alejaba en la noche. Negras ideas agitaban su cabeza y su sangre: no habían terminado las inquietudes.

Al final de la escalera, a la derecha, una fina línea de luz se deslizaba por la puerta entreabierta. Debía de ser su cuarto. Fay le había prometido dejarle encendida la luz. Una figura con bata estaba parada en la puerta y se dirigió hacia él. Era el doctor Edward Fortescue, en robe de chambre, pero su aparición le subió por un instante el corazón a la garganta.

—Discúlpeme —dijo el doctor Fortescue con su apologética voz—. Vine para decirle una palabra, la luz estaba encendida, pero usted no estaba. ¿Puede venir conmigo un momento?

—Desde luego que sí, ¿qué pasa?

—Es Mr. Barclay, Mr. Pennington Barclay.

—¿Cómo está?

—No duerme tranquilo. Sale del efecto del sedante y permanece con los ojos abiertos, insiste en hablar. Le pregunté *¿Quién lo hizo, quién le disparó?* La respuesta no aclara mucho: *No sé*.

—¿Estuvo cara a cara con el asesino, más cerca de lo que estamos nosotros ahora, y no sabe quién es?

—No hago sino transmitirle lo que me dijo, que puede formar parte del delirio. *El brazo cruzado sobre la cara y la cofia son diferentes o La cofia era extraña*, y cosas por el estilo. Ahora desea verlo.

—¿A mí? Pero eso no puede ser, casi no lo conozco...

—A pesar de eso, desea, verlo. ¿Quiere seguirme?

—Doctor Fortescue, ¿no es imprudente?

—Sí, tal vez sí. Puede estar solamente un momento. Pero es aconsejable, dentro de lo que las circunstancias lo permiten, darle gusto al paciente. Por aquí, por favor.

La luna agonizante llegaba hasta la galería por una ventana del lado oeste. Guiado por su luz y por la de la linterna del doctor Fortescue llegaron hasta los cuartos sobre la entrada de la casa. Entraron a un pequeño cuarto sobre vestir situado sobre la puerta principal. El doctor Fortescue en una mezcla de murmullo y pantomima le

indicó que el cuarto del lado este era el de Deidre Barclay y el del oeste el del marido. Torciendo a la izquierda del cuarto de vestir entraron al dormitorio del anfitrión.

La luz bajísima de una lámpara, rodeada de una gruesa capa de papel de diario, alumbraba desde una pequeña mesa situada en un rincón. Una puerta en la pared oeste daba sobre un cuarto de baño a oscuras. En la inmensa cama, con un dosel sostenido por soportes labrados, Pennington Barclay yacía con la cabeza recostada sobre almohadas bajas, su nariz parecía más grande en la cara demacrada. Sus manos que mostraban las venas salientes como pequeñas serpientes estaban tendidas sobre el edredón. Tenía los ojos cerrados. Garret pensó que dormía, e iba a volverse cuando una voz familiar le habló desembarazadamente.

—Preparando un drama —decía la voz—, para todos y para nadie. Preparando un drama, preparando... ¿Ah, está ahí?

Los ojos del hombre se abrieron. Hundidos y profundos, castaños oscuros bajo la sombra del dosel. Un fuerte policía, con el casquete sobre las rodillas, estaba sentado en una silla próxima a la ventana. Se enderezó cuando la voz habló. El doctor Fortescue dio la vuelta hacia el otro lado del lecho.

—Sería mejor, sugirió, si...

—Si duermo y dejo de molestar. Sin ninguna duda, es lo que alguien pensó. ¡Paciencia, Ned! ¡Paciencia, querido amigo! El cuadro sigue confuso, pero va tomando forma. Pronto voy a recordar quién apretó el gatillo. Si todavía estoy con dudas, en parte es porque la verdad parece demasiado increíble. Entretanto, Ned, ¿por qué has escondido mis navajas?

—Mi buen amigo...

—Lo hizo, ¿no? —preguntó el otro, haciendo un esfuerzo para incorporarse—. Debo ser el último hombre sobre la tierra, ahora que mi padre ha muerto, que todavía se afeita con navaja. Y me las esconde; no siempre he estado amodorrado; lo vi. ¿Era porque pensaba que volví el revólver contra mí y podía completar la obra cortándome el cuello? Y, seguramente —añadió, cambiando con brusquedad la mirada y la voz—, es Garret Anderson quien está parado en la puerta. ¿No es Garret Anderson?

—Estoy aquí, Mr. Barclay —dijo Garret acercándose—. ¿Tenía alguna razón especial para desear verme?

—Mi cabeza divaga. Pero todavía pienso que es un hombre honesto. Si es un hombre sincero o un biógrafo honesto, no permanezca demasiado tiempo entre la gente de esta casa. Hubieran conseguido enloquecer a Diógenes. La mayoría están inclinados a la mentira y a la locura; yo, mea culpa —la fuerte voz se alzó—, soy el peor y el más mentí, roso de todos. Y todavía queda el caso de la mujer bruja.

—¿De qué?

—Todos los hombres con su imaginación buscan a la mujer bruja, a la sirena, a la hechicera que reúne todos los encantos en una sola carne. Pienso que he encontrado la mía; moriría feliz si estuviera seguro de ello. ¿Quién sabe? ¿Quién puede estar seguro? ¿Ha buscado usted su mujer bruja, señor?

—Sí.

—¿Cree haberla encontrado?

—Sé que la he encontrado.

—Sea quien sea, puede serlo. ¿Cómo se puede negar la ilusión de otro? Pero ahora, debo abandonar esta soporífera sesión. Buenas noches, amigo mío, ensaye el camino con su encantadora bruja y que le aguarden sueños placenteros como espero que me aguarden a mí. Buenas noches.

Si los sueños de Garret fueron placenteros, después nunca pudo decirlo, porque nunca los recordó. El cuarto que le habían atribuido, el que Deidre llamó cuarto rojo o cuarto del Juez, no parecía sino una sombría reliquia del esplendor eduardiano. Estaba exhausto física y espiritualmente. Se fue derecho a la cama, y se durmió hasta bien entrada la mañana del sábado. No se despertó, en efecto, hasta pasadas las 11.

La lluvia pegaba en la ventana. Garret se bañó y se afeitó rápidamente en el cuarto de baño continuo; a eso de las 11,30 bajaba la escalera. En el adornado comedor, la serie de bandejas de plata sobre el aparador había sido reemplazada por fuentes con platos calientes. Nick Barclay estaba sentado solo frente a su desayuno. Una mirada a su rostro renovó en la mente de Garret las inquietudes.

—¿Qué ha sucedido, Nick? ¿Cómo está tu tío?

—No muy bien, dice el doctor Fortescue. Está muy excitado a causa de algo..., pero no es lo que pienso. El infierno está ardiendo hoy.

—¿Cómo?

—Elliot y el doctor Fell están aquí. Elliot está alborotando en torno a la búsqueda del traje y del antifaz del fantasma... El doctor Fell ha cambiado algunas palabras con tío Pen, en apariencia sin mucho resultado —Nick tomó un sorbo de café—. Sírvete lo que quieras; prueba las salchichas con huevos, Deidre me ha prestado el Bentley. Dentro de una hora poco más o menos, tú y yo estaremos camino de Lymington. El doctor Fell viene con nosotros.

—¿A Lymington? ¿Y por qué a Lymington?

—Mira, Garret, Blackst (Lord Macau) o sea que telefoneé a Andrew Dawlish contándole lo ocurrido. Había tenido un ataque y precisamente iba a llamarme.

—¿Por qué?

—Había revisado el viejo diario y aclarado cuándo el fantasma se le apareció por primera vez a Clovis. Pero ése no era el asunto principal; la razón por la cual el infierno sigue bombardeando el lugar. ¿Recuerdas el montón de papeles que se llevó anoche?

—Sí.

—¡Bueno; ha descubierto otro testamento!

Sábanas de lluvia giraban golpeando como granizo la tranquila ciudad y las colinas en torno al río Lymington. Se pagan seis peniques al entrar o al salir por el camino del puente. El Bentley, con Nick al volante, Garret junto a él y el doctor Fell solo en el asiento de atrás, cruzó el puente y las barreras, dobló a la izquierda y prosiguió con el agua golpeándole de frente, pendiente arriba, por la colina de High Street que, con o sin lluvia, estaba convertida en un alborotado pesebre por ambos lados. El sábado era día de mercado y la ciudad estaba tan concurrida como durante las vacaciones del banco en agosto.

—La taberna a que me refiero... —cantó la voz del doctor Fell.

—Condenada taberna —dijo Nick, sin apartar sus ojos de las tiendas junto a las cuales pasaban—. Lo siento Gargantúa, pero olvidé la taberna y la cerveza. ¿Dónde está el lugar de todos modos?

—Tengo anotada la dirección —Garret consultó una tira de papel—. Esta en 18A y 18B de Southampton. ¿Ha estado antes aquí? ¿Dónde está la calle Southampton?

—Sí, solía venir aquí antes. Southampton recuerdo vagamente, da la vuelta por fuera hacia la derecha al final de High Street. Blackstone e hijo tiene su oficina en 18 A y 18 B, o tal vez al otro lado a la vuelta; es una sola casa de todos modos.

—Si fuera un poco más claro...

—No puedo serlo, porque no lo han sido conmigo. La broma es que es todo lo que sé. Y creo que, de todos modos, no almuerza. ¡Vaca sagrada!, ¿quieren contemplar el tiempo?

Habían salido tarde. En una aldea llamada Blackfield. Escasamente a dos millas de El Codo de Satán, al doctor Fell le pareció que había descubierto una taberna que le gustaba. Insistió en discurrir allí durante un rato hasta que lo convencieron de que se moviera. A cierta distancia del garaje de Greengrove pasaron un Morris pequeño, que alguien dijo que pertenecía a Estelle. Nick dirigió el Bentley patinando sobre la resbaladiza carretera hacia su destino.

Era la 1,30 pasada en el reloj de la iglesia, cuando vinieron a dar con el tumulto de High Street. Lymington, centro de *yachting* y a la vez retiro de gentes prósperas, estaba oscurecida en medio del bullicio. En Southampton Road, también sombría a pesar del incesante tránsito, una casa blanca de piedra daba su fachada desnuda a la calle.

El doctor Fell, saliendo del auto con un impermeable transparente tan amplio como una carpa, señaló con su bastón la chapa de bronce a la derecha de la puerta. Guió a sus compañeros a través de ella hacia una polvorienta sala severamente amueblada.

—Por aquí, me hacen el favor —llamó Andrew Dawlish con voz imperativa.

Desde la sala, un corto pasillo con dos ventanas a la calle unía la puerta de

entrada con una oficina que también daba a la calle. A la izquierda de la puerta, una chaqueta para lluvia, ligera, larga, de color azul chorreaba agua, colgada junto con un sombrero también para lluvia. A lo largo de la pared del pasillo, a la derecha de la puerta, se alineaban armarios, con cristales más polvorientos aún que los de la biblioteca de Greengrove.

Mr. Dawlish en persona, con las comisuras de los labios caídos, los aguardaba de pie en el umbral.

—Buenas tardes, Nicholas. Ha sido amable de tu parte el haber venido.

—Nada de eso, siento llegar retrasado. Le he hecho perder su almuerzo, ¿no?

—En un caso tan grave como éste, muchacho, puedo omitir mucho más que un almuerzo. Ha traído algunos extraños, veo.

—No son extraños, son amigos y colaboradores; los conoce y han venido a petición especial mía. Todo está en orden, ¿no?

—Así será si insiste —un claro dejo de angustia se traslucía en la voz del abogado—. Al mismo tiempo, señores, les ruego la mayor reserva sobre lo que puedan oír o ver. Tengo la impresión, doctor Fell, de que no tiene conexión oficial con la policía, ¿no?

—Su impresión es correcta.

—¿Quieren pasar, señores?

Con un ademán, Mr. Dawlish los introdujo en una habitación que, aunque severa, no carecía de austero confort y hasta ostentaba cierta opulencia. Sobre la chimenea colgaba un trofeo en forma de placa de plata, pulida, con el nombre de Andrew Dawlish grabado. Otros trofeos estaban en los armarios de madera con puertas de cristal. Estanterías con compartimentos para los documentos cubrían el fondo. Sobre el escritorio, junto a una ventana con vista a la calle, había un montón de papeles, que Garret pensó, con razón, que eran lo que Mr. Dawlish había traído de Greengrove.

Varias sillas daban la impresión de que nadie se hubiera sentado nunca en ellas. El abogado, de pie, dando la espalda a la calle, detrás del escritorio, tomó de entre el montón de papeles un largo sobre con sus bordes abiertos. Nick, un tanto erizado, miraba por encima del escritorio.

—Bien, consejero, ¿qué es todo esto?

—Es esto —ceñudo, levantó el sobre en su mano—. Por el momento, sin embargo, las demás consideraciones deben ceder su lugar a las desagradables novedades de las que me hizo un breve resumen por teléfono. Su tío Pennington...

—Tío Pennington está vivo.

—*Apenas vivo*, según me dijo. Apelo a *usted*, doctor Fell, ¿puede haber alguna duda?...

—¿De que fue un intento de asesinato? —salmodió casi el doctor Fell, echando una bocanada de humo mientras se sostenía sobre su bastón—, a mi entender, ninguna. Otros no están tan seguros. Fortescue no está interiormente convencido de que no haya sido un intento de suicidio; Elliot mismo tiene sus dudas. Y Barclay,

aunque jura que fue atacado, no puede o no quiere decir quién lo atacó. No tiene el corazón en tan malas condiciones como cree, o ya hubiese muerto. Pero tuvo un gran *shock*. Una evidencia más en un sentido o en otro.

—Todo está muy bien —dijo con vehemencia Nick— y eso que nadie simpatiza más que yo con tío Pen —de nuevo se volvió hacia el abogado—. Pero ¿cuáles son los nuevos inconvenientes, como si no hubiera habido bastantes? ¿Qué hay acerca de ese nuevo testamento de que habló?

—No, no es un nuevo testamento —Mr. Dawlish sacó del largo sobre una hoja doblada de apretada escritura en papel de oficio. Un codicilo del testamento existente—. Y estoy perplejo, señores. Por una vez lo confieso, estoy absolutamente perplejo. Hasta he tomado ciertas precauciones.

—¿Precauciones?

—Esta mañana —prosiguió Dawlish, señalando con un ademán al impermeable colgado en la percha del pasillo—, hice una visita a Brockenhurst. Durante cien años los Barclay han encomendado sus asuntos financieros al Banco de la Ciudad y de la Provincia de Brockenhurst. Por consejo mío y guiados por mí, lo hacen todavía hoy. El encargada de ese ramo, Mr. Akers, es, de paso, algo más que un aficionado en materia de grafología y una autoridad en manuscritos. Tanta para disipar como para confirmar mis sospechas... ¡Un momento!, tenemos una visita.

Se calló, mirando hacia fuera por la ventana. Nick y Garret siguieron su mirada. Un pequeño Morris, guiado a demasiada velocidad para un día tan lluvioso, pasó dando la vuelta en dirección a Southampton Road desde High Street. Se detuvo, rozando y apenas logrando no estrellarse contra la parte de atrás del Bentley. Y rozando el borde de la acera fue a parar unos seis metros más allá del otro auto. Fuera del Morris vino a dar en tierra la desmelenada Estelle Barclay. Con dificultad abrió un paraguas y se encaminó a través de la bocacalle hacia la casa.

—Si se me pregunta —dijo Nick, fuera de sus casillas—, este asunto se está poniendo cada vez peor. ¿De qué se trata Blackstone? ¿Qué hace aquí tía Essie?

—La mandé buscar. Muy pronto, Nicholas, apreciará mi perplejidad. No tengo el menor placer en hacer lo que he debido hacer. Pero no me quedó otro remedio.

No tuvo oportunidad de extenderse en explicaciones. La puerta de calle se cerró con un portazo. Estelle, con sombrero y ropa muy a la moda, luchó por cerrar el paraguas mientras corría a lo largo del pasillo para entrar como un torbellino en la oficina.

—¿Bien? —comenzó, apoyando el paraguas en un rincón—. Aquí estoy, Andrew, ¿tenía razón, no? ¿Encontró algo importante entre esos papeles?

Mr. Dawlish miraba la placa de plata sobre la chimenea y el armario a un lado. Después acercó una silla al escritorio.

—Su instinto, Estelle, parecería haber sido pavorosamente cierto. Siéntese, por favor.

Estelle se dejó caer en la silla con actitud algo desafiante a pesar de la fijeza de su

mirada. Los demás permanecieron de pie.

—Tengo aquí —prosiguió Mr. Dawlish, desplegando la hoja de oficio— lo que se supone sea un codicilo del testamento de su padre. La disposición testamentaria permanece más o menos la misma; su sobrino continúa siendo el heredero. Pero hay un suplemento importante.

—¿Suplemento?

—Suplemento o modificación. Es el sentido de la palabra codicilo. Está irregularmente redactado; por lo demás, si fuera auténtico, sería indudablemente válido. *A mi querida hija, Estelle Fenton Barclay, a la que a veces he descuidado y aun menospreciado, doy, lego y trasmito la suma de diez mil libras, libres de impuestos u obligaciones, que le deben ser entregadas de mi propiedad.*

—Es maravilloso pensar que mi padre no me olvidó. Pero no entiendo lo demás, ¿qué significa lo de *Si es auténtico*?

—Sí, mi querida señora. ¿Por qué ha hecho esto?

—¿Por qué hice qué?

—¿Por qué fraguó este documento e hizo que lo encontrara entre los otros papeles?

—No entiendo una palabra de lo que está diciendo.

—Perdóneme, me entiende demasiado bien. Estamos informados sobre su habilidad para imitar la escritura de los demás. Si hubiese ensayado esto con otro que no fuera yo, Estelle, se hubiera metido en serias dificultades. Me di cuenta inmediatamente de que era un documento falsificado; Mr. Akers, del Banco, opina lo mismo. Como les he dicho a estos señores...

Estelle saltó de la silla, el brillo de sus ojos había aumentado hasta un punto casi de locura.

—¿Se lo ha dicho? Aunque fuera verdad, lo que no admito por un minuto, ¡qué espléndido amigo de la familia resulta ser *usted*! ¡Pensé que era un hombre decente, Andrew Dawlish!, ¡pero no es mejor que el resto! ¡No sólo me insulta, sino que me trae aquí además para avergonzarme frente a estos intrusos!

—¿Avergonzarla? —rugió Mr. Dawlish—. No estoy tratando de avergonzarla, estoy tratando de protegerla. La última noche protegí a otro miembro de su familia, cuando se hizo evidente, para cualquiera con inteligencia, que... bien, no hagamos caso. Quiero protegerla, darle una oportunidad. Déjeme destruir este ridículo documento, sin necesidad de decírselo a nadie. Dispute conmigo, pelee, vaya y sostenga que su falsificación es auténtica, y llegará a un punto en el que nadie podrá ayudarla.

»Y esto no es todo, Estelle. Este truco, por mucho que se haya creído astuta, es extremadamente estúpido. De acuerdo con el arreglo hecho por Nicholas, usted debe recibir tres mil libras por año durante el resto de su vida. ¿Tiene idea de la enorme suma que se debe acumular para asegurar esa renta? Los simples diez mil, créame, son una suma insignificante junto a eso. Si su sobrino cambia de parecer...

—Eso es cierto, tía Estelle —Nick movía los brazos como si fuese a parar un tren—. Su sobrino no va a cambiar de parecer. Todos nosotros hemos hecho cosas raras en nuestro momento. Pero ¿quién hace caso? La renta está en pie; sigue siendo tuya, y lo será mientras la necesites.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Estelle.

—Música de violín —chilló a Dawlish—. Una mujer debe cuidar sus propios intereses en un mundo en que los hombres se unen contra ella. No me refiero a *ti*, Nicky. Escribí este codicilo, es verdad, pero en realidad no lo hice por el dinero. Deseé que la gente pensara que mi padre no me había *olvidado*. Pero he sido traicionada.

—Nadie te traiciona, tía Estelle, eres tú quien se traiciona. ¿No oíste lo que estábamos diciendo?

Más lágrimas le brotaban de los ojos.

—Me expresé mal, Nick, no soy una experimentada periodista como tú. Lo que quiero decir es que hay alguien en Greengrove que me odia, me desprecia, y que haría cualquier cosa por herirme. Y ahora estoy segura de quién es.

—Estelle —dijo Mr. Dawlish con gravedad—, está fuera de razón. Parece no quedarle la más leve muestra de buen sentido.

—¿No está allí? Regreso a casa. Hoy mismo, a esta misma hora, voy a ponerlo en claro con la persona en cuestión. Y que nadie intente detenerme. Te estoy en extremo agradecida, Nicky. Tu vieja tía no se te presenta bajo una luz favorable. Pero es mejor ser desagradable que cruel, desdeñable y viciosa como otra. No dejes que nadie intente detenerme.

El rostro distorsionado, el cabello escapándose del sombrero, miró hacia el paraguas que había dejado en un rincón. Lo tomó, se precipitó a tropezones fuera de la oficina. La puerta exterior se cerró de golpe. A través de la ventana la vieron luchar mientras atravesaba la calle, contra las olas de lluvia. Un momento después, el auto rodaba alejándose de Southampton Road hacia el campo abierto. Acortó la marcha, se detuvo, se cruzó abruptamente en el camino de otro, dio la vuelta en redondo y retrocedió hacia High Street en la misma dirección por donde había venido.

Nick se alejó de la ventana.

—¿Está todo bien, no? Quiero decir: dejarla salir de aquí para que vaya a infernar a algún otro lugar. Está todo bien.

Andrew Dawlish dobló la hoja de oficio con el codicilo, la dejó caer en un gran cenicero de cristal y le prendió fuego con un fósforo.

—Me animo a pensar —dijo observando la llama—, me aventuro a pensar que hemos concluido con este asunto. No es la perversa tía de la leyenda, sabe, ahora está a salvo. A quien compadezco es a la pobre Miss Deidre, sola en aquella casa con cualquiera que sea quien esté allí. Desearía saber, doctor Fell, por qué está perdido en esa oscura meditación.

—¡El fantasma! —dijo el doctor Fell, que animándose sin más se dio la vuelta

ignorante de donde estaba—. ¡Arcontes de Atenas! Con nuestra preocupación a propósito del testamento y demás asuntos extraños, estábamos en peligro de olvidarnos del fantasma. ¿Sería bastante amable, como para comunicarme la fecha?

—Desde luego, si es posible. ¿Qué fecha?

—Hace algunos años, tengo entendido, el supuesto fantasma apareció en el jardín de Clovis Barclay. Además —Fell hizo un gesto indicando a Nick— se me dijo que podría decirme cuándo ocurrió esto.

—Sí, puedo decírselo —Mr. Dawlish miró una nota desplegada sobre su escritorio—. La fecha exacta fue el 1 de octubre de 1926.

—¿Está seguro de eso?

—Mi diario lo confirma plenamente.

—1 de octubre de 1926. ¡Sagrado día! —el doctor respiró hinchando sus carrillos—. ¡En su límite el sol brilla en todo su esplendor! Con seguridad que es capaz de apreciar el significado que esto tiene.

—Veo al menos lo que hemos estado pensando a lo largo de los mismos pensamientos.

—En cuanto al fantasma, no cabe duda. En cuanto a otros asuntos, la cosa es menos segura. Ahora —agregó el doctor Fell con gran decisión— tenemos que irnos. Mis jóvenes amigos han protestado por mi insistencia en comer y beber. Ambos han tomado un tardío y completo desayuno. Mientras que yo...

Mr. Dawlish los escoltó hasta la puerta de la oficina.

—Aquí están mis diarios —dijo señalando la sección más baja del armario del pasillo—. Si más adelante puedo serle útil en algo, ordéneme. ¿Qué decía?

—¡Espantoso! —exclamó Fell— parece ser la palabra adecuada. Por mi parte puedo sumergirme haciendo estragos en un plato de *sandwiches* acompañado de cerveza. ¿Están de acuerdo?

—Nada de comer, para mí —dijo Garret—, pero medio litro de cerveza sería estupendamente recibido.

—Condenada cerveza —dijo Nick—. Llévenme donde encuentre un sustancioso *scotch* con hielo. ¿Qué hay, maestro, acerca de algo reconfortante?

El doctor Fell no le aclaró nada. Pero a las 2 en punto, estaban acomodados en el bar empapelado de rojo de un pequeño hotel en la parte baja de High Street en Lymington. La lluvia y la feria bullían fuera; el doctor Fell estaba ruidoso dentro. Llenando una cómoda silla, había consumido una docena de *sandwiches* y estaba terminando su quinta jarra.

—Con la mayor firmeza —dijo—, tuve que restringir mis lecturas: era muy aficionado a las historias de fantasmas, o de hecho a todo lo perteneciente a ellos. Me deprimí y confieso que me admiro a mí mismo por mi autocontrol.

—¿Por qué se restringió? —preguntó Garret—. ¿Qué hay en la atmósfera de ese lugar? Hasta ahora no ha visto nada, por lo menos que yo sepa. Sin embargo, anoche se me ocurrió que iba a encontrarme con algo. Me ocurrió en la galería oeste del piso

bajo. Venía del jardín —contó lo ocurrido, sin mencionar a Fay, a Nick ni a nadie—. Hubiera jurado que oí a alguien deslizándose detrás de mí. Pero encendí la linterna y no vi nada. ¿Estaba en mi imaginación o qué?

—¿Qué fue eso? —preguntó Nick—. Ordena tu cabeza. Si pudiéramos llegar a tener aunque fuera sólo una línea sobre la identidad del fantasma. ¿O vamos a quedarnos cloqueando estúpidamente, doctor Fell?

—No, está concentrado en el mal aspecto; está confundiendo la esfera de acción de Peter Pan con la esfera de acción del capitán Hook. ¿Cree que estaríamos más cerca de una solución si en este momento conociéramos la identidad del fantasma?

—¡Desde luego que lo creo!

—No necesariamente —dijo Fell.

Por un momento se quedó sin hablar, haciendo ruidos raros con su garganta.

—Atraigo su atención —prosiguió, girando en redondo la jarra de cerveza sobre la mesa— hacia una importante pieza de testimonio. Sólo conocemos tres personas que hayan visto el fantasma: el anciano Clovis Barclay, Estelle Barclay y Mrs. Annie Tiffin. Los tres, aunque extraordinariamente diferentes en todos los aspectos, tienen por lo menos una cosa en común.

—¿Cuál?

—Piénsenlo. Una vez que consigan establecer la relación lo que no es demasiado difícil, verán... ¡Oh Dios, oh Baco!, mi viejo sombrero.

En el momento que levantaba su jarra, la dejó de golpe como electrizado y como una exhalación se puso de pie.

—Mi atolondrada táctica, señores, me ha cegado sobre otro punto obvio. Haremos bien en volver a Greengrove cuanto antes.

—¿*Tiene* sentido excitarse de ese modo? ¿No era mejor dejar a tía Essie ir por delante?

—Puede que nada esté equivocado; espero sinceramente que no. Pero al mismo tiempo, pienso que el lazo que une a esos tres testigos... ¿Pero qué estamos esperando? ¡Vamos!

Por algún milagro habían encontrado un lugar para estacionar el auto cerca del hotel. En un minuto Nick maniobraba el Bentley descendiendo la colina bajo la lluvia y contra el tránsito. Una vez que dieron la vuelta a Gosport Street y atravesaron el puente, con los mástiles de los yates elevándose sobre el borde del agua a la derecha, el pie asentado sobre el acelerador hizo volar el auto.

Campos y montes desaparecían al paso. Esquinas, curvas, corrales, ponies pastando y melancólicas vacas, Nick dejaba atrás todo conduciendo con no demasiada cautela. Sentado atrás, el doctor Fell iba con las manos crispadas sobre su bastón. El silbido del viento golpeaba constantemente. Pocas palabras se hablaron: frases sin continuidad, de hecho, hasta que atravesaron Beualieu y Exbury y entraron en la larga curva de El Codo de Satán.

—Sus insinuaciones, Solón —dijo Nick por encima de su hombro—, me han

desconcertado más que antes. ¿No puede darnos otros datos? Cualquiera que sea la explicación del fantasma, creo que tiene que ver con el crimen.

—En su raíz —respondió Fell—, puede encontrarse una palabra: sexo.

—¿Sexo? —exclamó Nick como si no pudiera creer a sus oídos—. ¿Dijo sexo?

—Sí señor, juega un papel muy importante en nuestra vida. Y no pienso que esté inmunizado contra su influencia.

—¿Inmune? ¡Dios mío! ¡Nunca pretendí haberlo estado!

Pero ¿qué tiene esto que ver conmigo?

—En un sentido, nada —dijo el doctor Fell, reflexionando un momento—. O fue el dinero el principal motor, no lo sé. Sin embargo, si mis cálculos son correctos, ambos, voracidad de sexo y dinero son los grandes planeadores del vicio y el crimen a sangre fría.

—Francamente, no me gusta la palabra plan. ¿Hay más de un delincuente mezclado en esto?

—¡No, mil truenos!

—Una respuesta directa.

—Una respuesta directa. Y si no me equivoco mucho, sólo una persona llevó a cabo el crimen o sabe algo acerca de él. Aunque no hay duda de que la influencia de cierta mujer...

—¿Cierta mujer? —exclamó Nick—. Mire, Aristóteles, su manera directa de responder es tan oscura como las palabras del oráculo.

El auto ascendía la loma, permitiendo ver debajo del agua. El techo y las chimeneas de Greengrove se alzaban sobre los árboles en su pequeña península.

—Casi hemos llegado —Nick hizo una mueca— y espero que esta raza de John Gilpin no sea inútil. ¿Qué diablos es ese ruido? Suena como la sirena de una ambulancia.

—Es la sirena de una ambulancia. Aminore en la curva con cuidado, con suavidad. Tienen más prisa que nosotros.

El terror golpeaba tanto en Garret como el viento del Solent. La ambulancia blanca con cruces rojas pintadas en cada puerta, pasó entre los pilares de la carretera. Se sumergió en la hondonada haciendo sonar su sirena, volando hacia Blackfield. Nick apenas aminoró la velocidad mientras encaminaba el Bentley derecho a la carretera de la casa. Al llegar hizo una parada brusca y descendió. Garret hizo lo mismo por el otro lado. La puerta principal estaba abierta completamente. Deidre Barclay, con chaleco azul y falda de *tweed*, estaba parada en medio de la lluvia.

—¡Nick, Nick, qué alegría que hayas regresado. Ha sido horrible!...

—¿Tío Pen o qué?

—No, Pen está bien. Es Estelle.

—¿Es ella? ¿Qué ocurrió?

—No lo sabemos bien, fue un accidente. Llegó en muy mal estado a causa de algo. Pero no dijo una palabra. Dejó el auto a un lado y corrió hacia la escalera

principal hasta el primer piso. Entonces, debe de haber perdido el sentido de dónde iba, como le sucede a menudo. De golpe se oyó un horrible ruido. El doctor Fortescue, que estaba arriba en su dormitorio, corrió hacia ella. Debe de haber clavado la cabeza. Es una de esas cosas que no se pueden atender en casa. Parece ser una fractura de la base del cráneo.

Telefoneamos al hospital de Blackfield, y el doctor Fortescue se ha ido con ella en la ambulancia.

—¿Cayó? Alguien le... —Nick movió las manos.

—Dios mío, no puede haber sido nada de eso. No había nadie cerca de ella. La más próxima era la pobre Fay, que salía de su cuarto. Pero Fay estaba a metros de distancia y ni siquiera tuvo tiempo de ver nada de cuanto ocurrió. Nick, no puedo soportarlo más. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Hacer, señora? —repitió el doctor Fell—. ¿Hacer?

Con infinito trabajo, Fell consiguió salir del auto. La lluvia caía sobre ellos, Nick y Garret sin sombrero ni impermeable, Fell parado inmóvil, con impermeable y sombrero de alas, hizo un potente ademán con su bastón.

—Al menos —dijo—, tenemos la satisfacción de pensar que estamos aproximándonos a un final. Entretanto tan sólo nos queda aguardar la noche.

¿E sperar la noche?
Era bastante tarde.

La cena, a la que asistieron el doctor Fell y el segundo comandante Elliot, se sirvió a las 8 en punto. Deidre, Fay, Nick y Garret comieron lo que pudieron tragar. Fueron servidos por Phyllis y Phoebe, una linda y pizpireta rubita que podía ser la hermana de Phyllis, pero que en realidad era su prima. El doctor Fortescue se quedó en el Hospital de Blackfield, de donde llegaron noticias que no eran nada alentadoras. Estelle tenía fracturados el cráneo y el brazo derecho, además de múltiples desgarramientos. Pero el diagnóstico, de acuerdo con el golpe hubiera podido ser peor, de no mediar su fuerte naturaleza. Después de la cena el grupo se disolvió; cada uno tomó por distinto camino.

En algún momento de la tarde, Garret fue presentado a un hombre corpulento, con bigotes, de aspecto imponente, que resultó ser el superintendente Harold Wick, quien escasamente pronunció seis palabras. Al final de la cena el superintendente Wick se mostró de nuevo; después desapareció del todo.

¿Y entonces?...

La lluvia había dado paso a una noche sin nubes. Garret y Fay, luciendo el mismo vestido blanco y azul del día anterior, salieron a dar un paseo por la playa. El ánimo de Fay estaba dominado por una intensa emotividad. Pasadas las 10, bajo una brillante luna, regresaron a la casa. Cuando el reloj marcaba las 23, ambos estaban inclinados sobre la máquina de *pin ball* en la sala de billar. Era la segunda, la que estaba colocada contra la pared oeste, ahora muy bien iluminada. La campana sonó anunciando la partida de una carrera de automóviles.

—¡Qué aburrido! —dijo Fay, inspeccionando el marcador—, Garret, esto es muy injusto. Es mi última bola de prueba y he marcado menos de seis mil puntos; es un juego estúpido. Si aquí no quieres hablar sobre lo ocurrido...

—Estoy perfectamente dispuesto a hablar sobre cualquier cosa. Pero...

—Te lo he dicho y repetido una y otra vez. Se lo he dicho a todo el mundo; en realidad fue un accidente. Estelle estaba sola cuando se desplomó, ¿no me crees?

—¡Claro que te creo! Pero esto ha ocurrido en un momento tan particular que resulta extraño que sea un caso fortuito como...

—Querido, no tiene nada de extraño. Has visto a Estelle, estoy sorprendida de que una cosa así no le haya ocurrido antes. Es entrometida y al mismo tiempo terriblemente torpe. Además parece hecha para crear dificultades. Pero no es de esto de lo que deseo hablar. ¿Quieres venir conmigo ahora?

—¿Dónde?

—Ya lo verás.

Fay estaba irresistible; haciéndole señas desde fuera de la sala de billar lo siguió unos doce pasos hacia delante por la galería. Apretó el botón de la luz, situado justo detrás de la puerta abierta de la habitación próxima, y con aire de triunfo lo introdujo en la sala de música.

No había duda que en el siglo XVIII había sido un lugar muy importante. Sobre paneles de palo de rosa los cristales de los brazos de luz producían un resplandor matizado.

A través del cielo azul de yeso del techo, decorado a las claras por un artista georgiano, dioses y diosas del amor, pintados con colores que se habían desvanecido mucho desde entonces, hacían travesuras. Bajo la ventana empotrada, hacia el sur, había un antiguo piano. En un rincón había un arpa que nadie tocaba desde hacía mucho tiempo. Ambos estilos, tanto el Victoriano como el moderno, se habían introducido allí. La pared del oeste tenía dos grandes ventanas, iguales a las de la biblioteca, de manera que se podía salir por ellas al parque si se quería. El tocadiscos estaba entre ambas ventanas, frente a varias sillas tapizadas en brocato.

—¿Ves? —dijo Fay acercándose al aparato—. Todo está listo. Alguien ha dejado un disco colocado.

—¿Más Gilbert y Sullivan, o uno de los discos *pop* de Estelle?

—Ninguno de los dos. Esta es música *pop* de otra generación; es de una opereta llamada *El príncipe estudiante*. Oigámoslo.

Fay apretó el botón de arranque y colocó el brazo en su sitio. Quedó de pie apoyada sobre el aparato, con una sonrisa en los labios, pero con miedo en los ojos. La música rompió, primero con una ensoñadora nota de violines. Era un *pot pourri* de melodías y fragmentos. Había comenzado a sonar un vals cantado por un coro:

Vengan muchachos, alegrémonos muchachos.

La educación no es sino un juego científico, juguemos pues.

—¿Tienen algún inconveniente en parar eso? —interrumpió una voz.

Era la voz del Elliot. El tumulto calló instantáneamente. En la sala casi en sombras, a pesar del resplandor amarillento de las luces de la pared, Deidre Barclay andaba con la mirada de alguien decidido a cumplir con su deber. Elliot la seguía con un block en la mano.

—¿Molestamos? —preguntó Garret mientras Fay se acercaba—. ¿Necesita esta habitación para interrogar?

—No, ya he hecho casi todas las indagaciones que debía hacer —Elliot exhibía ceñudo aire de satisfacción—. Sin embargo, necesito alguna confirmación de usted.

—¿De mí?

—Sí, la última noche, mejor dicho muy temprano por la mañana, salió al jardín mientras el doctor Fell y yo estábamos hablando con Miss Wardour. ¿Cuándo regresó a la casa?...

—No recuerdo, debe de haber sido alrededor de las dos y media. Usted y el

doctor Fell se habían ido.

—Muy bien. Le dijo al maestro, este mediodía, que cuando regresó a la casa le pareció oír que rondaban en la oscuridad, aunque no podía asegurarlo. ¿Es correcto?

—Sí.

—Bien, había alguien allí. Ahora Mrs. Barclay, ¿tiene algún inconveniente en repetir lo que descubrió este mediodía?

Deidre titubeó. Se había cambiado el chaleco y la falda de tweed por un vestido oscuro que le sentaba muy bien a su figura atlética. Miró a Fay como pidiendo ayuda; luego dirigió los ojos hacia el techo, de donde rápidamente desvió la mirada.

—Realmente —dijo Deidre—, el doctor Fell...

—El doctor Fell todavía está con su marido, Mrs. Barclay —le respondió Elliot—. Pero lo he hecho llamar; estará aquí en un momento. Entretanto si quiere comenzar con los preliminares...

No fue necesario esperar. El doctor Fell irrumpió, sosteniéndose en su bastón, en la puerta y se les unió.

—¿Y, Mrs. Barclay? —dijo Elliot.

—¡No es nada agradable, sabe! —Deidre apelaba al doctor Fell—. Lo oí por casualidad. Era Phyllis Latimer, una de las muchachas.

—¿Sí, Mrs. Barclay? —insistió Elliot.

—Me di cuenta que se refería a su novio, alguien llamado Harry. Lo demás no lo pensé hasta este mediodía, cuando se produjo una riña entre ella y Phoebe. Siempre tienen disputas, desde luego, pero ésta fue una bastante más importante. Entré en la cocina en el momento en que Phoebe decía... No sé si puedo repetirlo...

—Estamos investigando un intento de asesinato, el asesinato de su marido. Prosiga, por favor.

—Entré en la cocina en el momento en que Phoebe decía: *por lo menos no me escapo para encontrarme con hombres en la playa a mitad de la noche*. Annie Tiffin intervino entonces para señalarles cómo hablaba una muchacha en sus tiempos, y no fue nada fácil llamarlas al orden. No podemos en estos momentos tratar al servicio doméstico como hace cincuenta años —dijo Deidre poniéndose de pie—. Y además estoy de acuerdo con ello, creo ser bastante tolerante, pero de todos modos me parece que tiene que haber un límite...

—¡Un momento! —interrumpió Elliot. Consultó su block y volviéndose hacia el doctor Fell, añadió—: Ahora sabemos que Phyllis salió a encontrarse con su novio anoche. Pudo haber salido por la puerta del fondo, pero de hecho entró por la ventana abierta de la galería. No regresó hasta cerca de las 2,30, que fue el momento en que casi cayó sobre Anderson, quien la hubiera sorprendido de no haberse escondido en la sala de billar, cuando encendió su linterna.

—La sala de billar —explotó Fay Wardour—. Todas las brujas están obsesionadas con ese lugar. ¿Qué tiene ese sitio que parece ser la guarida preferida de los seres espantosos, Dee?

—¡Por Dios, Fay!, ¿qué te sucede? Pase lo que pase *contigo*, nadie te ha dicho una palabra.

—¿Hay algo que quiera decirme? —preguntó el doctor Fell a Elliot.

—Sí, siempre que se queden callados. *¿Me oye Miss Wardour?* Trato de... Quiero aclarar una evidencia. Lo que importa no es a qué hora regresó Phyllis a la casa, lo importante es a qué hora salió y qué vio cuando lo hizo. ¿Puede aclararnos esto, Mrs. Barclay?

—No veo la razón —Deidre dominaba visiblemente sus nervios— para que el interrogatorio se centre en mí. ¿Por qué no se lo pregunta a la misma Phyllis?

—Se lo pregunté, pero no es precisamente un testimonio muy fidedigno. Cuando se refiere a su vida amorosa, ¿lo es por fortuna alguna vez el testimonio de una mujer? Tal vez fuera mejor que me lo dijera a mí. Esto no concierne a la vida amorosa de Phyllis, pero sí a la investigación. Comenzó a salir, según ella lo jura, a las 11,45, es decir, quince minutos después que el doctor Fell y yo fuimos por primera vez a la biblioteca; me parece recordar, Mrs. Barclay, que a las 11,45 estábamos interrogándola en la sala.

—Así fue —asintió Deidre.

Garret contuvo a Fay que estuvo a punto de añadir algo.

—¿Puedo hacer una pregunta, Elliot? ¿Dice que Phyllis vio algo cuando salía de la casa por la ventana al final de la galería? Bueno, ¿qué es lo que vio?

—Vio a un hombre en bata deslizándose por la ventana con un paquete debajo del brazo.

—¿Un hombre en bata? —interrumpió Garret—. ¡Pero eso es absurdo!

—¿Por qué absurdo?

—A las 11,45 nadie está vestido con bata. ¿Creen ese cuento?

—Sí. Tenga en cuenta —le replicó Elliot, haciendo sonar sus dedos para llamar la atención— que la muchacha apenas puede dar una impresión. Tal vez no haya sido exactamente una bata lo que llevaba puesto el hombre, lo mismo que podía no haber sido un paquete lo que llevaba debajo del brazo. Por otra parte, Phyllis estaba a una distancia bastante grande. Ella debió de entrar a la galería desde la escalera del fondo por el este, a través del vestíbulo central, con toda la galería oeste de por medio. Además, las luces estaban apagadas, pero había muy poca claridad fuera. El hombre le daba la espalda, no podía siquiera calcular su estatura. Todo lo que vio...

—¿Le sugirió un fantasma? —preguntó el doctor Fell.

—No estaba pensando en fantasmas, puesto que iba a una cita de amor en la playa. Se puede olvidar hasta a los fantasmas cuando viene bien. Todo lo que vio fue un hombre vestido con una bata llevando algo que le pareció un paquete. Pero ¿quién era el hombre? ¿A dónde iba, de dónde venía? Eso no es probable...

—El hombre de la CID se identificó —dijo girando en redondo el doctor Fell—. No es probable —añadió— que eso encaje exactamente en la teoría que ahora compartimos usted y yo.

—Así es, desde luego. Además de apartarse del todo de lo sobrenatural, compone una terrible viñeta. Creo que se impone una conferencia en privado.

—Creo que sí. Vamos. ¿Qué sacó de Pennington Barclay?

—Lo que esperaba. Nunca ha cooperado nadie tanto, Elliot, nos estamos acercando.

—Es posible, aunque puede no servir. Discúlpennos.

Se retiraron; el doctor Fell arrastrándose pesadamente detrás de Elliot. La puerta se cerró.

Una agitada Fay hacía frente a una agitada Deidre, en una habitación que la temperatura emocional de ambas había caldeado bastante.

—¿De modo que la infeliz sirvientita dejaba sus obligaciones por una entrevista? ¡Qué chocante! Otros no se conducen de la misma manera, ¿no hacen lo mismo?

—Si tienen algún sentido de autocontrol —replicó Deidre—, estoy segura que no. Pero no quiero discutir este asunto, querida Fay. Lo dejo para que lo discutáis entre tú y Garret. *Discúlpame.*

De nuevo la puerta se cerró. La temperatura se elevó todavía más.

—¿Y bien? —preguntó Garret—. ¿Qué sentido tiene esta pequeña escaramuza? ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Pongamos el disco de nuevo —la mirada de Fay era intensa y lejana. Se volvió al aparato—. Escucha, ¿quieres?

De nuevo la música estalló llenando la habitación como un bol se llena de agua.

—Puedes escuchar varios temas, aquí —dijo Fay—. Uno es el fragmento de una vieja tonada llamada *En lo hondo de mi corazón, querido*. Después viene el famoso canto de los bebedores. Espera, escucha las letras. Algunas son extrañamente reveladoras.

El compás cambió. El tambor cesó de repiquetear. Las palabras de un joven rogando a su amor, en un sonoro solo fueron subiendo de tono con la melodía, al mismo tiempo ruidosa y juguetona, con algo de siniestro, además.

*Bebo, bebo, bebo, ojos brillantes como estrellas
Que irradian dentro de mí (en mí)
Bebo, bebo, bebo labios rojos y dulces
Como frutas en los árboles (en los árboles)
Con la esperanza de que esos ojos brillantes alumbrarán
Tiernamente, confiadamente, pronto en mí...*

—¿Oyes? —dijo Fay, mientras su compañero se aproximaba al aparato—. Garret, ¿qué haces?

—¡Apago esta condenada cosa! —y así lo hizo. El silencio los cubrió como una campana—. ¿Reveladoras, dijiste? ¿Puede haber algo revelador en una opereta de hace cuarenta años? Deidre tiene razón, Fay, ¿qué pasa dentro de ti? ¿Dónde va a parar todo esto?

—Estuve pensando en el caso.

—¿En el casi asesinato?

Fay respiró con esfuerzo. Paseó su mirada sobre los dioses y diosas (Marte, Venus, Apolo, Dafne y sus frívolos amores) del techo.

—*Tiernamente, confiadamente, pronto en mí.* Tú en cambio has demostrado falta de confianza, Garret, al contarme lo que hoy dijo el doctor Fell. Que el móvil había sido una combinación de sexo y dinero.

—¡Por favor, niña mía, cálmate un minuto! ¡No vuelvas a ponerte histérica otra vez!

—Ayer en el tren comenzaste a lucubrar toda clase de teorías absurdas. Entre ellas, sugeriste que Nick Barclay podía ser un impostor, no ser en verdad Nick Barclay. Fue la más absurda de las ideas del lote. Sabemos que es Nick Barclay, que no tiene nada que ver con este asunto. Al mismo tiempo...

—¿Sí? —Fay se adelantó con la mirada resuelta—, sabemos que no tiene nada que ver, estamos de acuerdo. Al mismo tiempo que... he estado angustiada...

—¿En qué sentido?

—Una y otra vez se ha repetido, el mismo Elliot lo ha señalado, que Nick Barclay no tenía ningún motivo para matar a su tío. Elliot no sabe lo que tú y yo sabemos, que Nick y Deidre estaban enamorados desde hace cuatro años, luchando contra el destino; impotentes dada la situación, en un estado de nervios peor que el tuyo y el mío. Y esto es un motivo. ¿Entonces qué quieres decir?...

—No, Fay, no quiero decir nada —Garret andaba mientras hablaba—. Aun en el caso de que dudara, lo que no puedo admitir porque conozco a Nick, es el único hombre del que no se puede sospechar, pues en el momento en que se produjo el disparo estaba con Elliot y con Fell. Está fuera del caso, puede presentar a la policía misma como coartada.

—¿Pero quién disparó? ¿Quién fue la mujer que inconsciente o deliberadamente inspiró el asesinato? ¿No sabes quién puede ser esa mujer, Garret?

—¿Quién?

—¡Puedo ser yo!

—¿Estás loca?

—Espero que no, aunque no lo sé. Y no te enfurezcas, ¡por favor! No la tomes conmigo —Fay cerró los puños—. Soy la mujer sospechosa, el interrogante. Al final, como en tantos casos misteriosos, debe de haber un corazón frío detrás de todo. ¿Cómo suena esto?

—No muy convincente. A menos que quieran argumentar que fui el asesino, facilitándome tú la coartada, mientras dejaba la sala de juego para ir a cumplir la infame misión, eso no sería factible. De otro modo, ¿con qué otros hombres podías haber estado mezclada?

—No hay otros, no hay ninguno. Te conté, es verdad, que Mr. Barclay me quería, y creo que a su modo también el doctor Fortescue, pero no lo que tú has entendido. Desde que te conocí, Garret, ¡te juro por Dios que no ha habido ningún otro!

—Es pura imaginación. Así lo creo. Te has estado torturando sola, como de costumbre, con cosas que has soñado.

—No comprendes, Garret. No has conseguido disipar la pesadilla de ser sospechosa. La tengo. Tal vez sea sólo imaginación, pero puede haber en esto más de lo que los dos sospechamos. Anoche, cuando dijeron que estaba libre de sospecha, sentí que podía andar sobre las nubes. Pero no duró. Tú puedes tener confianza en la policía, yo no. ¿Decían la verdad? ¿No se trataba, no de una mujer inspirando el crimen, sino simplemente de una presunta criminal a quien se le tendía una trampa? Cualquiera podía sospechar quién podía ser. *Ven aquí, Fay Wardour o Fay Sutton, o como sea que elijas llamarte, te conocemos, eres la que buscamos; ¿por qué no te pones sensible y confiesas?*

—Oiga —dijo una voz atronadora—, ¡pare de una vez!

La gran puerta de la sala de música se abrió de par en par y el doctor Gideon Fell apareció en ella.

—Perdone mi intromisión —prosiguió en un tono de voz más gentil—. Pero es hora que alguien se inmiscuya. Siga en ese tono, Miss Wardour, y tendremos otro caso de hospital en nuestras manos. Es hora de que alguien haga de Edipo; no el Edipo de la leyenda popular que parece haber nacido en clínica psiquiátrica de Viena, sino el Edipo que contestaba los enigmas. Me gustaría, con su permiso, contestar algunos y quitar algunas máscaras. ¿Tengo ese permiso, Miss Wardour?

Fay, en apariencia desesperada, corrió hacia Garret y le tomó la mano.

—¡Desde luego que tiene mi permiso! No es que importe mucho que esté o no de acuerdo, pero desde ahora lo tiene. A menos que...

—A menos que, mi bonita señora, no diga mentiras y le tienda trampas. Pero no hay mentiras ni trampas para usted, ya que ha padecido bastante. Les pido solamente a usted y a Garret, parte doblemente interesada en lo que a usted le concierne, que me acompañen a la biblioteca, escenario original de tantos contratiempos. ¡Le ruego que no tenga miedo! Por aquí, por favor.

Garret, rodeando con su brazo a Fay, que apoyaba la cabeza en su hombro, aquietaba lo mejor que podía su temblor, guiándola detrás de Fell, por la mal iluminada galería hacia la biblioteca. En el camino se cruzaron con la cara agria de Elliot que salía de allí.

—Aparecerá —dijo Fell— porque reina un gran silencio en la casa. ¿Dónde están los demás?

—Después de todo —Elliot consultó su reloj— es casi media noche. Todos, excepto Fortescue que sigue en el hospital, se han ido a la cama, o han dicho que se iban. Pero las puertas no están cerradas; no lo están nunca, puede entrar cuando quiera.

—¿Ningún signo todavía?

—Ninguno —Elliot dio grandes pasos por la galería.

Un gran silencio acompañado de una cierta tensión invadió la biblioteca.

Solamente una luz estaba encendida, la lámpara de pie junto al escritorio. Reinaba una gran pulcritud. La ventana rota había sido reparada, los papeles apilados en orden sobre la mesa; la mancha de sangre casi había desaparecido de la alfombra. Tanto la puerta del guardarropa como la de la biblioteca estaban cuidadosamente cerradas. El doctor Fell miró alrededor las paredes cubiertas con volúmenes, las sillas tapizadas, las carpetas y las cortinas descoloridas.

—Es conveniente —dijo, buscando en su bolsillo la bolsa de tabaco y una larga pipa— que tenga lugar una cierta explicación. Esta no es solamente la escena del crimen, vista desde otro punto de vista, también ha sido el escondrijo y cubil de Pennington Barclay. Curiosa personalidad la de Pennington Barclay. Lo han visto por ustedes mismos; lo han oído describir a aquellos que lo querían y a los que no lo querían. La puerilidad de todos los Barclay, desde el viejo Clovis amante de las máquinas de *pin ball*, la travesura con no mucha gracia representada por Estelle, se hace evidente en él. Pero ¿lo podemos condenar por esto, con tantas puerilidades como cargamos cada uno de nosotros en nuestra propia naturaleza? A veces era una persona de convivencia nada fácil, pero tampoco podemos condenarlo por esto, escondiendo tantos demonios dentro de nuestro propio corazón.

»¿Cuál era su característica más saliente, además de su pasión por el pasado? Sensibilidad mezclada con cinismo; buen natural junto a raptos de malhumor; amor por el misterio y lo secreto, por las historias de fantasmas más aterradoras (su especialidad) y las historias de detectives ingeniosas. Pennington Barclay es un romántico amargado, una especie de intelectual Peter Pan; y permítanme repetirles que este era su cubil. Aquí leía, aquí cavilaba, aquí dictaba sus cartas, aquí...

—Pensaba en la obra que iba a escribir —añadió Fay.

—Miss Wardour —dijo Fell—, ¿habló alguna vez de que estaba escribiendo una obra teatral?

—¡Sí, por cierto!

El doctor Fell llenaba su pipa desparramado en un gran sillón tapizado, de espaldas a la puerta que daba a la sala. Fay estaba sentada en otro más pequeño sobre el brazo del cual se apoyaba Garret.

—¿Lo *decía* actualmente? —insistió Fell—, ¿cuándo se lo enfrentaba con una pregunta directa? Sus palabras acotadas por tantos testigos que lo oyeron en su cuarto anoche, era que desde hace algún tiempo estaba preparando un drama.

—*Preparando un drama* —citó Garret— *que explorará la conducta humana en estado de stretch*. Parecía obsesionado por eso. A eso de las 2,30 de la mañana lo vi en su cuarto de enfermo, repetía *preparando un drama* casi medio inconsciente por los sedantes.

—Bien, ¿cuál es la diferencia? —preguntó Fay—. Es la misma cosa, creo.

—En este caso es algo muy diferente.

El doctor había llenado por fin su pipa que encendió con un fósforo que raspó bajo el sillón.

—Recuerden que hasta hoy he mantenido varias conversaciones con Mr. Barclay y que no me había encontrado nunca con el hombre, en un grado que me permitiera pensar que lo conocía. Nos habíamos escrito mucho.

—¿Y él lo llamó, no? ¿Le escribió una nota?

—No, Miss Wardour, no me llamó.

—Pero...

—Aunque no puedo decir que desconfié de su última nota llamándome, no obstante encontré que contenía mu chas frases nada usuales en él. Ahora podemos estar seguros de que la misiva era de Estelle Barclay, que aguardaba grandes cosas de acuerdo a mi reputación, y que me trató con bastante rudeza cuando la defraudé. Con seguridad no fue escrita por Pennington. No tenía ningún interés en verme aquí, nunca me habría dejado venir.

—¿Por qué —preguntó Garret— no quería que viniese aquí?

—Porque me temía —contestó Fell—. Debe recordar que una cabeza de chorlito también puede ser aniñada.

—¿Temerle?

—Desde el comienzo tuve conciencia de dos elementos, el de Peter Pan pueril y malo, aunque no criminal, y el del capitán Hook, también pueril, pero más adulto y sabiamente vicioso, en lucha uno con el otro. Me parecía que tanto Elliot como usted y Nick Barclay cometían un craso error en sus conclusiones. Daban como un hecho que la persona que jugaba al fantasma era la misma que cometió el crimen.

—¿Y no era así?

—No era así; de allí provenía casi toda la confusión. Para eludir lo que creía puse en claro esta mañana que el fantasma había aparecido a tres personas; hace algunos años a Clovis Barclay; a Estelle Barclay y a Mrs. Tiffin, en la misma semana del mes de abril. Les pregunté, hablando sobre el problema del pretendido fantasma, qué encontraban que había en común en esas tres personas.

—¡Pero aún no lo veo! —protestó Garret—. Si va a aclarar enigmas y a arrancar máscaras, este es el momento de decirlo. ¿Qué tenían esas tres personas de común?

—Cada una, en distinto momento y por diversos motivos, tenían clavado un puñal en Pennington.

Fay saltó del asiento. Garret se enderezó.

—Doctor Fell, le contaré algo que dijo la última noche tío Pen. Luchaba con las palabras a causa de los sedantes o con ambas cosas a la vez. *No permanezcas mucho tiempo entre la gente de esta casa. La mayoría son dados a mentir y locos, y yo «mea culpa», soy el peor y más loco de todos.*

—Sí —asintió Fell—, en ese estado estuvo la mitad de la noche. Sumido en lo más hondo de un abismo de remordimientos y clamando de dolor por sus recuerdos.

—¿Remordimientos? —repitieron como un eco a la vez Fay y Garret—. Dios mío, ¿dónde vamos a parar ahora? ¿Dice que tío Pen es el criminal responsable de todo este sucio incidente?

El doctor Fell golpeó el suelo con el regatón de hierro de su bastón.

—No, no cometió el crimen —entonces se alzó su gran voz—, pero es el fantasma, el único que jugó al fantasma en esta casa.

—¿E stá usted loco, doctor Fell?

—Sinceramente espero que no.

—¿Y qué acerca de la aparición?

—Mi querido Anderson, *nadie* vio al fantasma anoche.

—Pero mire...

—¿Quiere tener en cuenta la evidencia? —dijo Fell con impaciencia.

Al ponerse de pie, las cenizas volaron de su pipa. Con los ojos cruzados se quedó mirando por encima de la cabeza de sus compañeros, hacia la hoja izquierda de la ventana de la biblioteca.

—Los hechos sobre los que atraigo la atención de ustedes —prosiguió—, constituyen una parte de la historia familiar que me ha sido proporcionada hace poco por Nick Barclay. Es la misma, creo, que le contó a usted cuando comieron en el *Thespis Club* el miércoles. En la primavera de 1926, cuando Pennington Barclay tenía veintidós años y Nicholas estaba escasamente en su segundo año de vida, Greengrove fue sacudida con una hermosa explosión. El joven Pen Barclay, después de una violenta discusión con su padre, tan grande como la disputa que tuvo con su hermana Estelle, sin decir palabra, hizo sus maletas y se fue de la casa. Lo primero que volvieron a saber de él fue que estaba en Brighton con una joven actriz cuyo nombre facilitó Estelle, Mavis Gregg.

»¿Qué fue de Miss Gregg?, no lo sabemos, ni es cosa que interese a esta historia. Lo que sabemos es que en septiembre del mismo año (Nick nos lo contó), Pennington Barclay volvió aquí. Impasible, alzando los hombros ante el alboroto, aparentaba total indiferencia; las recriminaciones resbalaban sobre él. Pero en octubre, según la fecha marcada, *Clovis vio el fantasma*.

»Al atardecer, mientras estaba parado frente a la ventana, lo vio emerger por la entrada del jardín. Tomó forma y sustancia como el verdadero fantasma de la casa; vestido de oscuro, con la cara velada, se movió a través del césped otoñal, corriendo de pronto hacia Clovis como si intentase arrastrarlo fuera con él. Y Clovis, el hombre de hierro, tuvo un *shock* que lo dejó tambaleante.

»¿Quién representó aquella mascarada? No era probable que fuese el hijo mayor de Clovis, hoy bajo tierra, y menos su hija que lo idolatraba, sino Pennington. ¿Empieza a ver claro?

—Sí, ahora lo veo —dijo Garret—, las piezas coinciden. Pennington pretendía no estar mayormente preocupado por la pelea con su padre, pero...

—Estaba resentido, trastornado por el escándalo. Así se le ocurrió el plan. Era joven, menos inhibido que ahora. Lo necesario para disfrazarse: traje, máscara, podía ser comprado o arreglado por él mismo. Clovis pretendía, según decía, no temer a los

fantasmas ni creer en ellos. Bien, Pennington le haría ver. Atacaría a Clovis en el punto que sospechaba vulnerable en el tirano. Le daría el susto de su vida. Y fue lo que hizo. Después lo ocultó y hasta juró no haber oído hablar nunca del incidente.

La pipa del doctor Fell se había apagado, volvió a encenderla con un fósforo que frotó en el fondillo de sus pantalones.

—Los años pasaron como sucede siempre. Podemos acostumbrarnos a todo, hasta que a la gente le gustase Clovis Barclay. Había usado de lo sobrenatural, y había triunfado. Pero debería tener mucho cuidado en el futuro. Habiendo jugado su farsa una vez, no podía repetirla con la misma persona, y menos con alguien que sospechaba que él lo hubiese hecho. La vida a veces se volvía muy desagradable. Pero tenía sus sueños. Arte, letras, música, lo consolaban. El hombre no era tan joven. Fue creciendo y se sintió solo. A una edad madura, en algo así como un ímpetu, conoció, se enamoró y se casó con una joven que todos conocemos, Deidre Barclay. ¿Y después?

»Las cosas no empeoraron ni tampoco mejoraron. Al viejo Clovis le gustó la mujer de Pennington. Tiene mucho encanto, como podemos advertir. Parece sana, decidida, sin complicaciones. El mismo Pennington tenía derecho a mirar el futuro con cierta complacencia. El anciano no podía vivir siempre. Removido aquel obstáculo, el cielo volvió a serenarse y los sueños a traer mensajes felices.

»Parece que trabajando a la intemperie Clovis Barclay atrapó una neumonía y murió. Sabemos lo que pasó después, en menos de un mes de serenidad. El jarrón del tabaco se cayó y se rompió en pedazos; se hizo la revelación del nuevo testamento. La astucia de Clovis golpeaba desde la tumba. Para Pennington Barclay, puede decirse, esto fue lo peor.

—¿Lo peor? —repitió Fay.

—Mucho, mucho peor. No solamente lo perdía todo sino que un nuevo heredero venía de Norteamérica. Es verdad que Nick Barclay *decía* que no tenía intención de quedarse con la casa. Pero ¿podía creerlo? Hubiera podido, de no haber tenido junto a su oído alguien sembrándole dudas, derramándole veneno.

—¿Alguien? —Fay comenzó a temblar, con tanta violencia, que Garret se apoyó de nuevo sobre el brazo del sillón—. ¿*Alguien* ha dicho?

—Así es, piensen un poco. Pero antes que los murmullos hubiesen conseguido su objetivo, ¿qué ocurrió en el intervalo? Pennington Barclay estaba amargado y en un sombrío estado de ánimo. Entre el descubrimiento del segundo testamento y el momento de tomar alguna decisión, el fantasma apareció dos veces en una semana.

»¿A alguno de los que consideraba sus sostenes o aliados? ¿A Deidre, a quien en verdad ama, a usted Miss Wardour, a quien sinceramente quiere, al doctor Fortescue, a quien quiere y además protege? No, no se apareció a ninguno de ustedes. Se le apareció a Mrs. Tiffin. Se le apareció a Estelle Barclay.

»Admito que ambas están en casos diferentes.

»Es evidente —el doctor Fell lanzó una gran bocanada de humo— que Estelle no

puede encontrarse con su hermano sin fastidiarlo o hacerle pullas. Puede llevar esto a cualquier extremo. El pierde con facilidad el control de su persona. Pudo arreglar que ella tuviera una renta propia y lo hubiera hecho de haber permanecido en posesión de la propiedad. El dinero no significa nada para él, nunca representó nada. ¿Pero la quiere realmente? Respóndanse ustedes mismos.

»En cuanto a Mrs. Tiffin, no le importaba nada. La misma cocinera nos facilitó la explicación, aunque siento que no era exacta. Según ella, Pennington Barclay creía que hacía las cosas exprefeso para desagradarlo: lo que él pensaba en realidad, y quizá con razón, es que ella no sabe cocinar. No es fácil despedir a una empleada que ha estado en la casa dieciocho años, de la misma manera que él no deseaba dejar a Estelle desamparada en un mundo indiferente, bajo ninguna circunstancia deseaba cambiar lo que estaba establecido. ¿Qué podía hacer entonces?

»Permítanme insistir que se hallaba en un amargado y caviloso estado de ánimo. Y, si fuera poco, hermana y sirvienta se arreglaban para aumentar las fricciones domésticas, que lo enloquecían. ¿Ellas no lo querían? ¿Se aliaban en su contra? ¡Por mil truenos! Les daría su merecido. ¡Por mil truenos! Ambas se ofrecían por otra parte como magníficos casos para esa experiencia. De tal manera en dos ocasiones el fantasma apareció, esfumándose después por los medios que sospechamos.

Fay hizo un gesto de rechazo.

—Doctor Fell —dijo—, creo en lo que dice, porque es usted quien lo dice.

—No soy el único que lo sostiene, Miss Wardour.

—¿Quién más?

—El mismo Pennington Barclay.

—Estoy obligada a creerlo, desde luego, si él lo admite. De todos modos, a menos que esté loco...

—No está loco en absoluto.

—Pero lo que ocurrió hace años es una cosa; lo que ocurrió este año es otra. ¿Es posible concebir que Barclay se conduzca como una criatura haciendo travesuras en una casa desierta?

Así es.

—¿Un hombre de su edad? ¡Es grotesco y tonto! Un hombre que, a pesar de cualquier cosa que pueda decirse de él, sin embargo es un hombre civilizado.

—Nuestros gustos pueden ser civilizados, o así nos preciamos de que sean. Pero ¿nuestros pensamientos también son civilizados? Que la edad aumente la cordura es una tesis que contradice la experiencia humana; esto es una cuestión de temperamento. Le voy a hacer otra pregunta. ¿Piensa que nunca podría hacer nada tan tonto como lo que Barclay ha hecho? ¿Puede darse nada más tonto, sin embargo, que lo que usted ha estado haciendo?

—No —saltó Fay—, ya veo lo que quiere decir. Estuve equivocada, no debía haber hablado como lo hice, discúlpeme. No hay nada tan grotesco y tonto como lo que yo hubiera deseado no haber hecho. ¿Quién soy, pues, para juzgar a los otros?

—Usted misma tiene algo de romántica. Corrija su tendencia a cavilar. Está dotada para gozar de la vida. Sólo que debe decidirse a practicarlo. ¡Disfrute, Miss Wardour, deje que Anderson la ayude! Entretanto...

—Entretanto estaba *usted* diciendo que Mr. Barclay decidió disfrazarse. Sé que lo hizo; lo observé, cuando dictaba o simplemente narraba lo que hacía. Se pensaba a sí mismo en el carácter del viejo juez. Quiso jugar a él y de ese modo amedrentar a las dos mujeres. No tuvo éxito, pero ese no es el problema. ¿Qué escenario usó? Desde luego, que no el mismo de hace cuarenta años.

—No exactamente —el doctor Fell señaló con su pipa—. Los trapos, un vestido, la máscara de seda negra con agujeros para los ojos, y un par de guantes de *nylon* los obtuvo en Bournemouths. No hay que sorprenderse porque Elliot no los encontrase cuando revisó la casa. Hasta que el mismo Barclay nos lo dijo no había modo de dar con ellos, pues estaban en su habitación, debajo de la cama que ocupaba en aquel momento.

—¿La cama que ocupaba en aquel momento, no está allí ahora? —preguntó Garret poniendo las manos sobre el hombro de Fay.

—Por el momento —valga la expresión—, está sentado informándose. Pero está muy débil y muy afligido por los remordimientos.

—¿Remordimientos de nuevo? —dijo Fay, más bien desdeñosamente—. ¿Por qué?, ¿por haber asustado a ese marimacho de Estelle?

—Por eso entre otras cosas —respondió Fell—. Si puedo retomar mi narración, recuerde su amargura y su depresión de ánimo entre abril y el día de hoy. En cierto sentido estaba luchando al jugar al fantasma, pero el perro estaba a sus espaldas; la negra hipocresía estaba derramando veneno en sus oídos. El nuevo heredero llegaría, le susurraba su torturador. Pennington Barclay sería desposeído. Cesaría de ser el señor de la posesión; sería alejado de Greengrove para siempre. Entonces decidió...

—¿Quién era el torturador, doctor Fell?

—¿No hay evidencias que lo señalen, Miss Wardour?

—No lo sé —Fay estaba temblando—. Por momentos pensé, a medias que usted averiguaba, que después todo se nublaba. ¿El torturador es el asesino que se busca acaso?

—Sí.

—Entonces, prosiga, síganos contando. No lo interrumpiré de nuevo. ¿Qué decidió Mr. Barclay?

—Está llegando a un fin. Los perros negros y los demonios azules han vencido, como muchas personas temían y una fervientemente ansiaba; decidió matarse.

De nuevo la pipa del doctor Fell se apagó; esta vez no volvió a encenderla. Guardándola dentro del bolsillo, siguió a Garret arrastrándose hasta el escritorio, al que dio la vuelta. Ambos, Garret y Fay, se levantaron y se le pusieron delante. La lámpara de pie arrojaba una luz brillante sobre la mesa y el papel secante; la luna plateaba la ventana sin cortina.

—Entonces determinó matarse. En su cuarto la última noche, delante de un grupo de testigos, admitió buenamente su intención. Le pido Anderson que recuerde lo que pasó la noche anterior. Habiendo decidido suicidarse, ¿cómo pensó hacerlo? Tenía un revólver con cartuchos, el revólver era ruidoso. Pero hay mucho más que eso. Aunque nervioso por la desesperación, desesperadamente sincero, todavía podía resistir el dramático escenario y el toque dramático.

»Su mujer se había ido a la estación de Brockenhurst para traer al nuevo heredero. Estaría de regreso a eso de las 10. La acompañarían otras personas, entre ellas, creía él, su secretaria, a la que había enviado a la ciudad con un encargo poco usual: que le trajera algunos libros, que hubieran podido serle enviados por correo como era la costumbre.

»Todos se reunirían para un acto épico. El tiempo apremiaba. Cuando oyó acercarse el auto, se paró delante del sillón tapizado, próximo a la mesa, y se descerrajó un disparo en el corazón.

Casi resollando, el doctor Fell tocó con su bastón el tapiz del sillón.

—Imagínese Anderson —dijo—, usted que estuvo aquí anoche, lo que pasaría por su cabeza. Había vivido su última noche sobre la tierra, así lo creía, escribiendo notas para el *Times Literary Supplement*. Estaba preparado, sentimientos sombríos anidaban en él, podía oír el ruido del motor del auto. Tomó el arma, la acercó a su pecho (no la puso contra su pecho) pues los suicidas abominan ocasionarse dolor. Apretó los dientes y el gatillo. He aquí el informe, el *shock*, la oleada de dolor cuando el gas al estallar le quemó el pecho. Después nada. Se desplomó sobre la silla, ileso, excepto el horror del anticlímax. Su mujer había cargado el arma con otras balas. Se había disparado con un cartucho vacío.

Fay se levantó pero permaneció en silencio. Fue Garret quien habló.

—¿Y entonces? Inmediatamente después...

—Ya se lo dije —replicó Fell—, la realización de todo esto duró unos instantes. Lo que le pasó después fue el rechazo de lo que había hecho. Había ido demasiado lejos, por poco se había convertido en un tonto. Pero la desesperación había pasado, volvería a luchar.

»No podía admitir que había intentado suicidarse, no podía admitir nada de lo que, en realidad, había sucedido. Debía inventar una historia que lo explicara todo. Usted mismo señaló, lo que por otra parte varios testigos han ratificado, que pasó bastante rato antes de que usted, Nick Barclay y Andrew Dawlish llegaran hasta la ventana de la biblioteca.

»Los testigos vieron la impresión de dolor impresa en su cara, tanto como el malestar físico que persistió. Tenía motivo para ello. Había sido golpeado por la explosión del cartucho de la bala vacía; si no tenía el *smoking* quemado por la pólvora, tenía la piel dolorida y además quemada. En cuanto al cartucho, ¿lo tiró al césped? La lluvia ha impedido su búsqueda. ¿O lo hizo desaparecer por el retrete del cuarto de baño del guardarropa? Me inclino por esto último.

—De todos modos, ¿ocurrió en el intervalo en que los testigos llegamos a la ventana?

—Arrojó el revólver al suelo, cerca de la ventana izquierda, y se apresuró hacia el guardarropa. Allí habían dos chaquetas iguales a la que llevaba puesta. Colgó la quemada en el armario y volvió al sillón, con los músculos contraídos por el efecto del drama. Y con su historia preparada.

»Desde luego su actitud para con el fantasma era paradójica. Mientras juraba que no creía en fantasmas, esperaba que otros, Estelle y Mrs. Tiffin, ayudarían a creer en él. No creía, claro está, dado que el fantasma era él mismo. Con Estelle tuvo éxito.

»Ahora bien, puesto frente a la necesidad de explicar el disparo de revólver, usó la imagen del fantasma para convertirla en la de un malvado intruso que le había descerrajado un tiro con un cartucho vacío. El fallo estaba en no haberse dado cuenta de que la ventana izquierda estaba cerrada. Viendo la ventana derecha totalmente abierta, pensó que la otra también lo estaba, detrás de las cortinas corridas. Contó bien su cuento, con voz de hipnotizado y gran presencia de ánimo. Sin pensarlo, los mentirosos tropiezan con estos obstáculos.

—En tal caso, ¿no había nada de verdad en su historia?

—¿Acerca del intruso velado? Ni una sola palabra.

—Pero el doctor Fortescue confirmó...

—Olvide eso por el momento. Concéntrese en lo que ocurrió aquí en el momento en que entraron los testigos.

La escena cobró vida en la mente de Garret.

—Doctor Fell, cuando usted hace resonar la palabra verdad, veo a tío Pen, alto y delgado, con su cara descolorida, y sus ojos de hipnotizado, dominándonos mientras contaba su historia. Había abandonado su espectacular intento suicida, había fracasado en él. Describió la visita del intruso velado, que fracasó también; y sin embargo, me convenció. Comprendo lo que debía estar sintiendo. Había recorrido varios infiernos...

—Otros infiernos, podemos deducir, se estaban preparando para él. Por ello le pedí que se concentrara sobre lo que ocurría aquí poco después de las 11. Alguien había esperado con ilusión, rogando que el suicidio se realizase. Comprendió el fracaso del intento y supo por qué había fracasado. Alguien sospechaba todo. Vio que las circunstancias creaban una oportunidad perfecta para el asesinato. Alguien se aprovechó de esas circunstancias. Le ruego que recuerde que la escena se desarrolló delante de sus ojos. Si se concentra en ella, verá...

El doctor Fell se calló de golpe. La puerta de acceso a la galería se abrió dando paso al segundo comandante Elliot. Detrás de él la galería estaba oscura como boca de lobo. Elliot con una linterna en la mano, dio la vuelta al botón de la luz encendiéndola y apagándola en seguida. El doctor Fell volvió la cabeza.

—¿Ahora Elliot?

—Ahora —contestó el otro—. Hace unos minutos, añadió. ¡Quietos todos!

El doctor Fell hizo un ruido sordo con la garganta.

—Muy bien; vaya al vestíbulo central, me reuniré con usted en un momento.

Elliot desapareció hacia el este, el rayo de luz de su linterna relucía delante de él, en la oscura galería. El doctor Fell hizo un guiño a Fay y a Garret.

—La contraseña es, como han oído, quietos todos —el doctor Fell no parecía estarse muy quieto—. No veo ninguna razón para que ustedes dos no permanezcan juntos, si es que les importa ver el final de esta comedia...

—Sí, sí —susurró Fay.

—Sígueme en silencio.

Calzando su bastón bajo el brazo izquierdo, el doctor Fell sacó una caja de fósforos. Llegó hasta la lámpara junto a la mesa y la apagó. Excepto el resplandor plateado de la luna que entraba por la ventana del oeste, una pesada oscuridad se hizo en la habitación que había sido teatro de tantas emociones. Entonces raspó un fósforo, la pequeña llama se encrespó, iluminando los ojos de Fay y su boca.

El doctor Fell levantó el fósforo. A su manera les indicó el camino hacia la puerta. Garret lo seguía, guiando a Fay con los brazos en tomo a sus hombros. Elliot había dejado la puerta completamente abierta. Fell la dejó como estaba. Guió a sus compañeros, a través de la galería en diagonal hacia la derecha, a la puerta de la sala de música. El fósforo se apagó. El doctor Fell lanzó una blasfemia y encendió otro, y habló en un susurro.

—Algo puede suceder o no suceder. Si sucede, será dentro de los quince minutos. Quédense donde están; no se muevan de la puerta, no se sienten. Pueden hablar un minuto o dos, pero después de eso, y en ningún momento cuchicheen. Si ven a alguien dirigirse hacia la biblioteca... ¡Bueno! Cualquier cosa que vean u oigan, no hablen ni intervengan. Si nada ocurriera en el término señalado, terminaremos la muestra de manera diferente. Si algo ocurre, quietos todos, y ¡que Dios nos ayude! Ahora discúlpenme.

La débil llama flameó de nuevo en la galería hacia el vestíbulo central. Después tembló y se apagó. El doctor Fell no encendió otro fósforo, pero podía oírse, aun apagado por la alfombra, su pesado paso.

La luna entraba en la galería por la ventana oeste hasta unos tres metros sobre la alfombra. La vieja casa parecía totalmente dormida, ni siquiera las maderas crujían. Pero había otra clase de ruidos. Garret tomó a Fay apretándola contra él, para evitar que temblara. Los cuchicheos sonaban como latigazos, con su urgencia en medio de la oscuridad.

—¿Garret?

—Chis, despacio, ahora.

—¡No estoy hablando alto! Si vemos a alguien ir hacia allá, pero ¿por qué razón iría alguien hacia la biblioteca?

—Puedo estar equivocado, pero no pienso que sea hacia la biblioteca —la imaginación de Garret comenzó a trabajar—. Pienso que es al guardarropa, donde

supongo que está tío Pen.

—¿Mr. Barclay?, ¿qué hay de él?

—No está en su dormitorio, el doctor Fell no quiso contestar la pregunta. La prueba es que insistió en que estaba en su cubil y le hicieron preparar una cama en el canapé.

—¿Pero Garret cuál es el nombre de...?

—¡Chis, por la gracia de Dios, chis!

—El doctor Fell dijo que podíamos hablar unos pocos minutos. ¿En razón de qué estaría Mr. Barclay allí?

—Si el asesino hace otro intento tiene una trampa tendida...

—¿Otro intento? ¿Con la policía custodiando a la víctima como todos saben?

—¿Lo saben todos? No hablar de ello es lo que aconsejó el doctor Fell...

—¿Sí?

—*Permanezcan juntos, dijo, no hay razón para que no permanezcan juntos.* ¿Hay alguna razón para que esto no siga durante un tiempo más largo? ¿Miss Wardour, quiere hacerme el honor de ser mi esposa?

—¡Oh Garret! ¿Crees que eso es *posible*? ¿Que eso puede andar?

—¿Por qué no sería posible?, ¡por el amor de Dios! ¿Porque piensas que lo de Deidre y Nick no es serio?

—No, no es eso, no. Pienso...

—Andará dulzura mía; andará.

—Garret, Garret, ¿quién está hablando ahora?

—Hablo yo, tan alto como me place. Ven aquí.

—Estoy aquí querido, no sería posible estar más cerca.

—Bueno...

Pero no hablaron más, ni bajo ni de ningún otro modo. No era necesario. Se besaron largo rato mientras la imaginación corría por otros cauces. Nunca podrían haber dicho lo que duró Un distante reloj (que ambos pensaron era el de la larga caja de la sala) dio el cuarto de hora después de la medianoche. Fue algún tiempo después que el brazo derecho de Fay, aferrado al cuello de Garret, se soltó para señalar. Los nervios de él disiparon los sueños de sus ojos, para volverla a la realidad con el *shock* de un miedo prudente.

Alguien se arrastraba a lo largo de la oscura galería en dirección al vestíbulo central.

No podría jurar que lo había oído. Lo que podía advertir parecía menos identificable como ruido que como una impresión de movimiento, un desplazamiento de aire, la sensación de que alguien se acercaba con malos propósitos. Cualquiera que fuese quien andaba lo hacía con evidente cautela, tanteando el camino. El siguiente ruido que oyó no fue de pasos sino un débil ligero roce como de metal a través de una superficie dura, y de nuevo se ahogó.

En la puerta de acceso a la sala de música, donde estaban aguardando Fay y

Garret, se produjo un silencio asfixiante. Apenas podía percibir con aquella luz la cara y los enormes ojos de ella. Fay no hablaba, pero esos ojos trasmitían un mensaje casi audible por lo claro.

—¿No te irás? —rogaba—. Nos han dicho que nos quedáramos aquí. ¿No te irás verdad?

—¡Tengo que hacerlo! —respondían las miradas de Garret—. Alguien se dirige hacia la biblioteca, alguien se acerca aquí y...

Entonces se dieron cuenta.

La luz de la luna volcándose por la ventana oeste llegaba algunos centímetros más allá; casi tocaba el lado oeste de la puerta de la biblioteca. El rondador, no ya en la oscuridad sino alcanzado por el borde del rayo de luz de la luna, titubeó un instante antes de deslizarse por la puerta abierta. La luna cayó sobre algo que él llevaba y que Garret identificó con el furtivo ruido. El intruso penetró en la biblioteca con claro designio. Afiló su navaja en la piedra que tenía en la otra mano. Hecho esto, Garret, desprendiéndose de Fay que trataba de retenerlo, atravesó la galería con largos pasos sin hacer el mínimo ruido y se detuvo a la entrada de la biblioteca, buscando con los ojos el espacio de luz de luna que la sombra del rondador salpicaba de oscuridad. ¡Por fin, el final de los misterios y de los enigmas! ¡Ver la cara del rondador! La realización de este deseo tan ansiosamente esperado valía el riesgo de que éste se diera la vuelta y lo atacara.

Pero no lo atacó, ni se dio la vuelta, no se dio cuenta siquiera de su presencia. La piedra aceitada envuelta en un trapo o algo por el estilo ahora debía de estar guardada en su bolsillo. Con la mano izquierda manejó la linterna que dio un rayo de luz. Buscaba la puerta del guardarropa. Con Garret a cuatro pasos detrás de él llegó hasta tomar el pestillo y abrió la puerta. El rayo de luz exploró el interior. Con la navaja lista en la mano derecha ahora experimentó un movimiento de tajo en el aire. Entonces dio un paso dentro del cuarto...

—Bien, bien —dijo una voz familiar.

Un rápido clic se produjo. La luz inundó la habitación cegando a Garret. Cuando recobró la vista unos segundos después, pudo retener la imagen de Pennington Barclay, sentado en su canapé cama, con la espalda recostada sobre almohadones contra la pared. También momentáneamente cegado, tenía atado a su mano el cabo de una larga cuerda sujeta a la llave de la luz. Pero la ceguera no le impedía dirigirse al rondador a los pies del canapé.

—Entre querido amigo —dijo la hermosa voz—. ¿Volvió a intentarlo de nuevo? Pero esta vez era de esperar que me cortase la garganta. Muy bien, superintendente, hará mejor en detenerlo ahora.

El rondador giró en torno la cabeza agachada como si fuese a embestir. Detrás de Garret que ya había recuperado la vista, se produjo como una explosión cuando la puerta del cuarto secreto se abrió. El superintendente Haroldo Wick, los bigotes tiesos, andaba con paso ominoso a través de la habitación.

—¡Quédese donde está, señor! —dijo a Garret—. No deseamos interferencias — luego, dirigiéndose al rondador—. ¡Andrew Dawlish, queda arrestado por tentativa de asesinato a Pennington Barclay! Le prevengo que todo cuanto diga le será tomado en cuenta por escrito y usado como prueba en su juicio.

La taberna que tanto había atraído al doctor Fell estaba en Hampton Yeoman en Blackfield. Esa tarde del domingo 14 de junio, las refinerías de aceite de Fawley lanzaban contra el cielo nocturno sus luces anaranjadas formando un halo luminoso detrás de Blackfield.

En un rincón, entronizado detrás de una mesa y de un jarro de cerveza, estaba el doctor Gideon Fell, con Fay sorbiendo frente a él su tercer coctel de champaña, Nick Barclay a un lado bebiendo un *whisky* con soda y al otro lado Garret Anderson que se regalaba con su *Pim's N.º 1*. El humo del tabaco subía como una bendición.

—¿Así que era el viejo Coke y Littleton? —dijo Nick en voz alta—. ¿Pero qué pudo llevarlo a hacer esto? ¿Cómo puede explicarme que creyera que este inmundo y enmarañado trabajo podía servirle para ganar a Deidre?

—Está bien, pero a menos que te estés callado cinco minutos, el doctor Fell no podrá contarnos nada.

—Yo... —prosiguió Nick—, yo... callado y mudo. Desde este momento, comparado con mi inmutable silencio, la Esfinge no es sino una charlatana semejante a cualquier cuáquera rugiendo en un mitin. Muy bien, Solón, ¿cuál es el narcótico?

El doctor Fell apoyó sobre la mesa su pipa de espuma de mar.

—Si se me permite empezar por el principio —dijo— en lugar de zambullirme por en medio, como parezco haberlo hecho, convendría considerar a ese mismo Andrew Dawlish.

»La primera vez que encontré a este señor fue el viernes por la noche, cuando nos recibió a Elliot y a mí con mucha conversación y muy poca información. Después se puso el impermeable que su hijo le había dejado, tomó su maletín y desapareció, o aparentemente desapareció, en su auto.

»Recuerden el impermeable: un largo impermeable azul, ligero, que después vimos colgado en la galería de su estudio. Recuerden el maletín, además, porque volveremos sobre ambos.

»Es de sumo interés comparar el falso rostro que presentaba al mundo con el verdadero rostro que escondía para sí. El rostro falso era el de un hombre fiel, sensato, amigo de la familia, más bien sin imaginación. El rostro real, que asomaba a veces, a pesar de él mismo, era muy diferente. Lo contrario de inimaginativo. Cuando se distraía, aunque sólo fuese por un momento, sus actitudes eran teatrales como las de Pennington Barclay. Pero su rasgo característico era la vanidad. Estaba henchido de vanidad. Su tendencia a representar apenas podía ser controlada, le imponía estar en pose constantemente. Recuerdo que Pennington Barclay hizo comentario sobre esto.

Nick golpeó la mesa con el puño.

—Puedo apostar que dijo: *Acércate Andrew, no te quedes en pose, por favor. Sí, tienes más bien una cabeza interesante, pero no te quedes ahí parado, componiéndote como Macaulay llegando a un juicio.* Algo así, ¿no es verdad?

—Es verdad —asintió Fell—. Esto era tan evidente, como la manía de Dawlish de mirarse en el espejo.

De nuevo Nick golpeó la mesa.

—¡Por las vacas sagradas!, hay un gran espejo veneciano sobre la chimenea de la biblioteca en Greengrove. No hacía sino mirarse en él a hurtadillas cuando quedo parado junto a Deidre. Lo noté, es verdad. Pero nunca pensé...

—Y aun cuando no había espejo —dijo el doctor Fell—, bastaba con que tuviera una superficie pulida como la placa de su escritorio o los cristales de su biblioteca. Pudieron notarlo cuando lo visitamos el sábado.

»Pero les pido perdón señores, me estoy apartando de mi historia; debo volver a ella.

»Algo más tarde de las 11 de la noche del viernes, después que Pennington Barclay fue herido en el pecho. No me refiero al fracasado intento de suicidio con una bala vacía, que ya describí, sino al verdadero ataque y al verdadero intento criminal. Ya habíamos oído a muchos testigos. Cuatro primero: Mrs. Barclay, Nick, Garret y Andrew Dawlish; después otros tres más: Mrs. Tiffin, Estelle y el doctor Fortescue. Del relato de cierto significativo episodio entre Estelle y el doctor Fortescue en la biblioteca, antes que Pennington Barclay los hiciese salir a las 10,40, el abogado comenzó a emerger bajo una curiosa luz.

—¿Cómo?

—En Waterloo cuando ustedes tres tomaron el tren, él insistió en la posibilidad del suicidio. Después no volvió a hacerlo, echándose atrás al ver que había ido demasiado lejos; pero continuó sugiriéndolo. La fuerza del plan estaba en fingir que temía el suicidio, y simular su preocupación por que éste pudiese ser prevenido.

»No obstante, durante el viaje a Greengrove, supieron otra cosa: que Pennington Barclay poseía un revólver veintidós. *El revólver fue un error, decía Dawlish, dirigiéndose a Deidre, Nunca debí permitir que lo comprara, y mucho menos que aprendiese a usarlo.* Creo que esto fue lo que dijo Dawlish.

—Exactamente —asintió Garret—, esas fueron sus palabras.

—¡Oh! —el doctor Fell puso cara de angustia—, Andrew Dawlish no es tan sólo el abogado de la familia. También atiende casos criminales, sabía que si se quería impedir que Barclay usara un arma de fuego, una palabra discreta a la policía hubiera sido el truco. Barclay nunca lo hubiera sabido, simplemente no hubiera obtenido la licencia y no habría podido comprar el revólver. Para él era muy fácil haberlo hecho. Puedo citar casos en que ha sido así. Pero Dawlish ni dio un paso. Estas hipócritas palabras que insistía en repetir indicaban dos cosas: que tal vez no era experto en el uso de armas de fuego, que ahora sabemos no era el caso, y que detrás de su amistad hacia Barclay acechaba alguna sucia complicación. Su exagerada, en apariencia

paternal, devoción hacia Deidre Barclay...

—No era paternal para nada —afirmó Fay—. El viernes, ya tarde, oí a Estelle y me pareció advertir que hacía alusión a sus salvajes intenciones, de las que había descubierto la verdad. Dijo que estaba interesado en Dee más de lo que correspondía. ¿No fue así?

—Así fue Miss Wardour; las sospechas de Estelle eran acertadas una vez más: el buen Dawlish exageraba sus atenciones, su insistencia en estar cerca de ella; sacaba su nombre en la conversación aunque nada tuviese que hacer. Un hombre de su estupenda vanidad no encontraba obstáculos en su convicción de que una vez que su marido muriese, Deidre Barclay pudiese ser persuadida de caer en sus brazos.

—¿A pesar de Deidre...?

—Me aventuro a creer —replicó el doctor Fell— que nunca pensó en esto. Mrs. Barclay es de corazón cálido, impulsiva, quizá inclinada a ser demasiado confiada. Y confió en Andrew Dawlish implícitamente.

—Lo mismo que hicieron los demás en cada caso —saltó Nick.

—Sí, tu tío también confiaba en él.

—Quiero decir que...

—Sabemos lo que quiere decir. Pero en más de un sentido, Dawlish creía que había encontrado una buena presa. Pennington Barclay es un hombre rico; si moría, su mujer lo heredaría. ¿En qué medida estaba inspirado por la mujer misma y en qué medida por la dote que llevaría con ella?, sigue siendo un interrogante. Pero ante sus ojos brillaba una gloriosa perspectiva. Sus sugerencias en el oído de Barclay lo empujaban al suicidio. Si la idea sugerida tenía éxito, si Barclay se quitaba la vida, bien y mejor. Si no había suicidio...

—¿Blackstone tendría planeado el crimen?

—Lo tenía planeado. El suicidio, como sabemos, estuvo a punto de ocurrir. Dawlish llegando a la escena a tiempo pudo oír el disparo, al atardecer, pero se encontró con que todo había fallado. Debía cambiar su plan por completo.

—La respuesta a lo que sucedió después puede verse en las palabras y actos de Dawlish, cuando debió enfrentarse con Pennington Barclay, inmediatamente después que éste trató de eliminarse. Dawlish se informó de cuanto había sucedido; como lo demostraban sus preguntas. Barruntó los movimientos de Barclay. Desde luego —aclaró el doctor Fell— examinando el testimonio de Dawlish el viernes por la noche, no podía jurar que mi acumulación de sospechas sobre él fueran justificadas. Necesitaba más información y la confirmación vino después.

—Mire Solón —exclamó Nick, poniéndose de pie para atraer la atención—, no necesita ser tan tremendamente cauteloso a estas alturas. Sabemos que tío Pen volvió el arma contra sí. El suicidio se diluyó en un *shock* de tío Pen y en una chaqueta chamuscada. Colgó la chaqueta en el armario y se puso otra. Blackstone, Garret y yo nos tragamos eso. Tío Pen nos lo agradeció, y en seguida contó su historia acerca del intruso. Usted tiene toda la razón; el viejo Dawlish sospechó lo que tío Pen había

hecho. Fue una especie de duelo, en que casi enredaba a tío Pen para que admitiese su intento de suicidio, que tío Pen negaba. *Esta tarde*, decía Dawlish, *estaba usted tan deprimido y decaído de ánimo que casi...*, tío Pen lo increpó: ¿Casi qué?; entonces Dawlish le preguntó si no tenía nada más que contarnos.

»Acuerdo sin lucha —prosiguió Nick, inclinándose sobre la mesa—. Pero todos conocemos esto; estamos convencidos de ello. Algo muy significativo parece haber ocurrido en cambio en la biblioteca en ese momento. ¿Qué fue? Olvide su cautela Solón. ¿Qué ocurrió?

—Bien —dijo el doctor Fell—, un incidente importante que recordarán. Ocurrió poco después que Dawlish lo desafió con estas palabras. Fue cuando usted mismo puso en evidencia la historia de su tío al mostrar la ventana de la izquierda cerrada por dentro. ¿Lo recuerda bien?

—Claro que lo recuerdo bien. ¿Y, después?

—Su tío estaba apenado y desconcertado como tenía que estar. En un paroxismo de humillación, viendo que se dudaba de él, se acercó a la ventana de la izquierda y la abrió. Un poco antes, puedo recordarlo, se había puesto los guantes de goma. Los tenía o al menos así lo dijo, para sus experimentos con las tomas de impresiones digitales, aunque no tenía ninguna necesidad de hacerlas. Dijo que era para determinar la identidad del fantasma. Desde luego, también habrá sido obvio para ustedes que la toma de impresiones no era sino una manera de cegar, una cortina de humo. Desde que él mismo era el fantasma, tomó esas muestras con el solo objeto de desviar la atención de él.

»Pero hizo las tarjetas de las impresiones digitales —prosiguió el doctor Fell—, y entonces mostró que tenía los guantes de goma que se había puesto en presencia de ustedes. Después se armó una discusión sobre si llevaba o no los guantes de goma puestos, cuando corrió a abrir la ventana.

—¿Y bien? —preguntó Nick.

—Su tío no pudo recordar. Le daré la respuesta si quiere.

Contrariamente a su impresión, en el momento en que abrió la ventana tenía los guantes puestos.

—¿Eh... cómo...?

—Tenía puestos los guantes, y lo puedo probar. ¡Un momento!

Con intensa concentración el doctor Fell sacó en forma desmañada del bolsillo alto de su chaqueta, entre un montón de papeles, la hoja de un block que desplegó sobre la mesa haciendo pestañear a Nick.

—Aquí está su propio testimonio. Se lo dio a los otros testigos, a Elliot y a mí. Elliot lo tomó verbalmente y yo, con algún trabajo, lo copié. Esta es la respuesta que le dio a Elliot acerca de los guantes. *Tengo la impresión de que se los quitó, conservándolos en la mano izquierda, justo antes de ir hasta la ventana y de abrirla. Pero esto no fue sino una impresión; puedo jurarlo.* Su réplica a su tío, la hizo con las mismas palabras. Anderson y Dawlish contestaron que no recordaban. Anderson

porque era honesto; Dawlish porque se equivocó sobre la clase de respuesta que podía favorecerle. Pero esto fue lo que usted dijo.

—Lo dije —asintió Nick—, y ¿qué hay con eso?

El doctor Fell volvió a guardar la nota, en el bolsillo de arriba de su chaqueta.

—A la 1 pasada de la mañana, él regresó, ustedes estaban en la biblioteca cuando Elliot y yo discutíamos la misma evidencia. Un juego completo de las impresiones de Pennington Barclay: de ambas manos, todos los dedos hacia arriba menos los pulgares hacia abajo, vistos con líneas marcadas en el polvo en la mitad de cada hoja de cada lado del cierre de la ventana. Ustedes repitieron entonces su testimonio, diciendo que cada impresión se había marcado cuando su tío abrió la ventana. ¡Y esto, saben que no podía ser! ¿Por qué no podía ser de ninguna manera?

—¿Qué es lo que no podía ser? ¿Qué no podía ser de ninguna manera?

—Ensáyenlo —insistió el doctor Fell—, traten de levantar una ventana como esa con un par de guantes contra la palma de la mano izquierda. Podrán tal vez dejar una nítida impresión de los dedos: y digo, *podrán*. Pero permítanme decirles por qué no lo harían. No lo harían sin levantar mucho polvo al rozarlo con el par de guantes sostenidos en la mano. En el polvo de ese alféizar (el mismo Elliot comentó) no había tales marcas. Ninguna marca, excepto las de las impresiones digitales donde el alféizar había sido rozado con la mano enguantada. Elliot dijo esto, cosa que yo confirmé; además era obvio. Cuando su tío abrió la ventana, levantando la parte de abajo con un lado del puño, e hizo rodar las hojas hacia fuera, la abrió con la mano todavía enguantada. Esto es lo que significaba, lo único que quería significar.

—Mira Solón —dijo Nick casi gimiendo—. Las impresiones de tío Pen *estaban* en la ventana. ¿Quiere decir entonces que eran impresiones viejas?

—Deberían haberlo sido —dijo con intención el doctor Fell—, pero no lo eran.

—¿Entonces qué hacían allí?

Lo verá en un momento.

Había poca gente en aquel tranquilo rincón del bar, por ser tarde de sábado, lo que imponía la necesidad de bajar las voces. Esto exigía un particular esfuerzo a Nick y al doctor Fell; lo exigía hasta de Fay y Garret.

—¡Por favor! —interpuso ella moviendo de atrás hacia delante su vaso sobre la mesa—. No es este el lugar más apropiado para discutir acerca de impresiones digitales, no es este el lugar para discutir la mayor parte de las cosas de que hablamos. Pero esto no es tan importante, creo. Lo que importa es el planteamiento del crimen y quién lo planeó. Andrew Dawlish, a quien Deidre considera infalible mientras todo esto sucedía, ¿qué tenía en la cabeza?

—Ah sí —el doctor Fell se echó hacia atrás triunfante—. La pregunta es oportuna. ¿Qué pensaba?, ¿qué hacía?, ¿qué tenía en su cabeza? ¿Hacia dónde volvía su vista interior en busca de un camino para sorprender a la buena fortuna? Todas las previsiones no habían servido de nada; Pennington Barclay seguía obstinadamente vivo.

»¡No, por todos los demonios! Se creía infalible. Sus dioses no iban a demorarse en garantizarle oportunidades.

»¿Qué pasó después? En la biblioteca, desde el guardarropa, apareció Estelle Barclay hablando con mucha excitación de un *gran montón de papeles* que acababa de descubrir en el estudio de su padre, que había dejado en el guardarropa cuando corrió allí.

»Había descubierto todos menos uno, en el compartimento secreto del escritorio de su padre. Desde que el secreto queda guardado entre nosotros, puedo mencionar el papel que no descubrió. Era el codicilo en que el anciano señor le legaba diez mil libras. Ella misma lo fraguó. Creo en su juramento, una vez que se la descubrió, de que no le importaba el dinero, sino que su querido padre no la hubiese olvidado.

»Habiendo fraguado el codicilo lo escondió entre los otros papeles sin valor, usando una de sus tácticas habituales. Quería molestar a su hermano: quería fastidiar al abogado. Creyendo en la absoluta honestidad de Dawlish, quería obligarlo a llevarse los papeles y a estudiarlos. El codicilo sería descubierto: lo que significaría la recompensa de la devoción de Estelle: todo lo anterior se hacía humo y ceniza.

»Esto, digo yo, fue lo que *ella* urdió. Andrew Dawlish tenía otra idea. Buscaba la manera de llevar a cabo sus designios. Diría que la ocasión la pintan calva, e iba a actuar de acuerdo con ello, digamos que no sin cierto descaro. Después de todo, sus dioses no lo habían abandonado, allí podía esconderse una dorada oportunidad.

—Medio minuto, Aristóteles —dijo Nick—, está llegando a la fuente demasiado rápido para mí. ¿La dorada oportunidad para qué?

—¿No la ve? —preguntó el doctor Fell—. Estuvo de acuerdo en llevarse los papeles del guardarropa. Pero no necesitaba los papeles; no necesitaba tenerlos inmediatamente. Entró en el cuarto, cerró la puerta en la cara de Estelle cuando intentó seguirlo. Había otra cosa que quería sacar de allí, algo que podía cargar en su maletín, algo que le abriría la puerta del éxito. ¿Qué era?

—Creo que lo veo —dijo Garret—. Quería uno de aquellos *smoking* del armario.

—Ha dado en el blanco —dijo el doctor Fell—, como que estaba al tanto de las costumbres de su víctima, también conocía la de las chaquetas. En el armario estaban colgadas dos muy parecidas a la que Barclay tenía puesta. Barclay había intentado suicidarse con una bala vacía. Una de esas chaquetas tenía que estar chamuscada. La otra estaría limpia. Podía escapar con la chaqueta chamuscada.

»Dawlish entró en el cuarto, como digo. El montón de papeles, de momento no le interesaba; lo escondió debajo del canapé. Por eso miré allí, pero a medianoche había sido sacado. No importa, sigamos a Dawlish después de haber intentado el asesinato. Habiendo puesto los papeles bajo el canapé, metió la chaqueta limpia en el maletín.

»De este modo, queridos amigos, bajo la vista de ustedes, este maestro de impudicia, salió después de cerrar el maletín. ¿Vieron los papeles que decía llevarse? No. Como muestra, para despistar y convencerlos, tomó un recibo, lo metió en el maletín, dejando una parte a la vista. Estelle se apoderó de él y la obligó a

devolvérselo. Después de esto, podían jurar que habían visto los papeles. Y pudo retirarse con lo que realmente quería, la chaqueta intacta del armario.

—¿Pero para qué diablos podía necesitar la chaqueta intacta? —estalló Nick.

—Para dejar la deteriorada. Suponiendo que la presunta víctima se viera obligada por algún motivo a cambiarse la chaqueta que llevaba puesta. Barclay *creía* que en el armario estaban colgadas las otras dos. Pero ahora no era así. De no poderlo evitar, aun contra su voluntad, no hubiera tenido más remedio que ponerse la chaqueta chamuscada: la que se había quitado antes. Esto facilitaba el camino del crimen. Sobre el escritorio estaba el revólver; durante la confusión el fanfarrón y audaz abogado pudo robarlo en cualquier momento. Una bala podía dispararse, desde alguna distancia. Previendo que Pennington Barclay podía ser muerto de un disparo al corazón, la marca de pólvora sobre la chaqueta haría parecer, por su proximidad, la herida de un suicida.

»¿Pero, se preguntarán, cómo podía maniobrar Dawlish para que suplantara la que llevaba puesta por la chaqueta quemada? En este caso, debo recurrir a mi fantasía, aún no estaba seguro. Debió dejar la casa. Estelle, por otra parte, se empeñó en alejarlo. No quiso irse en seguida. El indomable cerebro de Dawlish, escogido favorito de los dioses, pensó tranquilo un medio. Todavía buscaba cuál podía ser, cuando entra en escena otro personaje, que tanto contribuyó a confundirnos. El doctor Fortescue, que confirmó la historia de Barclay sobre el enmascarado.

»*No se quede demasiado tiempo*, dijo Barclay, *entre la gente de esta casa la mayoría es inclinada a la locura y a la mentira*. Decían bien; cada persona inocente o culpable, tiene su pequeño secreto oculto. Y cada una procede, además, de acuerdo a su propio carácter. Conserve esto en la memoria y le ruego que no juzgue a Edward Fortescue con excesivo apresuramiento.

—¿Fortescue, entra en esta historia? —preguntó Nick.

—Entra, desde luego; y recuerde mi advertencia. El doctor Fortescue no es un mal hombre; tampoco es particularmente deshonesto. Lo ha visto y lo ha oído, por lo tanto puede deducir cuál es su carácter. Aun en nuestro Servicio de Bienestar Social, por el cual confieso tengo muy poca simpatía, ninguna ley está obligada con el médico dentro del Servicio Nacional de la Salud. Fortescue ama la vida fácil, él mismo lo ha dicho. Su posición aquí, para un hombre sin ambiciones en su carrera, no sobrecargado de obligaciones ni responsabilidades, puede definirse como un cómodo y agradable trabajo. Para él sus obligaciones se limitan a dejar andar las cosas. Él mismo se ve como un parásito en la mesa del Mecenaz. Pero esta posición de parásito resulta asimismo favorable. Debe realizar su trabajo, para pagar su manutención. Esto incluye, según él lo entiende, su solidaridad con su Mecenaz. De tal modo, cuando lo oye contar lo que sabe es una serie de crasas mentiras, lo respalda lo mismo. Esto es todo.

—Si *me* permiten, excúsenme... pero —protestó Fay—, esta no es la parte más importante. Enfrascarse en ella es dejar a un lado lo principal de la historia.

—La que como estuvo a punto de decir —asintió el doctor Fell—, es la de un brutal y más bien brillante atentado criminal. Bien, volvamos a Andrew Dawlish lleno de perplejidad, lo mismo que los demás, en la biblioteca.

»¿Cómo impulsar a la víctima a ponerse la chaqueta chamuscada? Cuando atrajo tan innecesariamente la atención de ustedes hacia el tubo de cola en el cajón del escritorio, ¿qué tenía en su mente? De nuevo es mi imaginación la que trabaja. ¿No pensaba ensuciar con ella la chaqueta de Barclay de manera que tuviese que cambiársela? No era fácil. Además, una manga salpicada con cola tal vez no lo hubiera justificado. Se necesitaba algo muy importante para que Barclay decidiera cambiarse de chaqueta, para ponerse la que le recordaba el desagradable incidente de su suicidio. Toda idea a primera vista parecía poco efectiva.

»Pero no era tan desesperada, puesto que los dioses no abandonan a sus elegidos. Recuerden lo que ocurrió. Estelle, enredada como de costumbre en una violenta disputa con su hermano, volcó la jarra de miel salpicándolo. No podemos, desde luego, insisto en ello, sospechar de ninguna complicidad de Estelle con los designios de Dawlish. Estelle como cómplice hubiera sido el peor que hubiese existido. Fue, simplemente, lo que se llama un accidente: ella siempre entra en ellos con los ojos abiertos. Durante un rato había estado blandiendo la jarra. Exagerando tal extravagancia, la jarra fue a estrellarse contra la chimenea, de manera que la miel fue a rebotar sobre la chaqueta de su hermano.

»¿Y bien queridos amigos? Esto vino a colmar los designios del asesino. Con toda seguridad ahora Barclay se cambiaría de chaqueta. Ya no se trataba de una simple salpicadura en la manga. Cuando se encontrara con que la chaqueta limpia había desaparecido y sólo quedaba la chaqueta con las marcas de la quemadura de pólvora, el hombre, fastidiado, de todos modos preferiría la empapada de miel que llevaba puesta. Y con esa chaqueta no dejaría la biblioteca, no podría asistir a la fiesta de cumpleaños. Ahora nadie podría sacarlo de allí. Había cerrado ambas puertas. Para Andrew Dawlish la cosa era diferente. Napoleón Dawlish tenía un hado reservado para él. Barclay debía morir.

—¿Y qué hizo Dawlish cuando dejó Greengrove, diciendo que iba a su casa?...

—Sí, ¿qué hizo? —preguntó Fay, abriendo y cerrando las manos—. ¿El cuarto estaba o no cerrado? ¿La ventana izquierda seguía todavía abierta?

—La ventana izquierda seguía abierta —asintió Fell.

—¿Qué hizo entonces? ¿No va a decírnoslo?

—Sí, voy a decírselo, Miss Wardour, después de mencionar otra interferencia inocente que se vino a cruzar en este asunto.

—¿Interferencia inocente? ¿Por qué inocente?...

—Por la que estoy seguro que Andrew Dawlish es culpable y que le concierne a usted.

—¿Que me concierne a *mí*?

—Sí, Miss Wardour —el doctor Fell, tomando su pipa miró a Garret y a Nick—.

He aquí una joven que hace dos años se vio envuelta, inocentemente, en un caso de envenenamiento, en el oeste. Elliot y yo la reconocimos: él, además, sabía con certeza de su no culpabilidad. Pero ella estaba muy atemorizada. Sólo el último viernes por la noche o el sábado temprano había sido declarada inocente. De tal modo, la joven resultaba poco operante, pero Dawlish esto no lo sabía.

»En esos momentos de ociosa meditación, creía que Dawlish era con probabilidad culpable. Pero sólo yo lo creía. Podía estar equivocado. Si había procedido como creía que lo hizo, era tratando de que ese disparo aparentara ser un suicidio. Pero debía de tener una segunda línea de defensa; esos audaces entendidos, siempre la tienen. Si todo le hubiese fallado, si la policía rehusaba aceptar que se trataba de un suicidio, ¿qué mejor segunda víctima podía haber que una joven que ya había sido sospechosa de asesinato? Abreviando, ¿qué mejor coartada? Y, ¿cómo Dawlish podía saber algo acerca de ella? Según el propio testimonio de Miss Wardour, Mrs. Barclay era la única que estaba al tanto de su historia. Mrs. Barclay, muy preocupada por su amiga, había decidido preguntar al superintendente Wick si la policía continuaba tras la pista de ella. Miss Wardour obtuvo, sin embargo, su promesa de que no lo haría. Mrs. Barclay cumplió su palabra. Pero seguía ansiosa por saber cuál era la posición de Miss Fay ante la ley. ¿Qué podía hacer para saberlo? ¿A quién iba a preguntárselo?

»A todas voces y con claridad la respuesta me llega de mi subconsciente freudiano. En términos confidenciales tiene que habérselo preguntado a Andrew Dawlish, el hombre de leyes. El hombre cuya profesión es guardar secretos. El único en quien podía confiar por entero. Los siguientes interrogatorios a Mrs. Barclay, comprobaron que así lo había hecho. Por azar del juego, Miss Wardour también quedaba de este modo a manos de Dawlish.

»No estaba sino en el terreno de la teoría, si lo prefieren, pero sentía que había dado en el clavo; podía cantar hosanna, podía escribir Q. E. D. Mi ocioso cavilar resultaba correcto: Dawlish era culpable. Sólo ahora se podía decidir con alguna certeza lo que debía hacerse.

»Al abrigo de la confusión, que él mismo puso en evidencia, Dawlish robó el revólver de encima del escritorio, antes de que los huéspedes hubieran salido de la habitación y faltaban todavía veinte minutos para las 11. Cuando me habló en la sala ya tenía el revólver en el bolsillo. Hombre precavido, se puso su largo impermeable azul (prematadamente, puesto que la lluvia no comenzó hasta el amanecer), su hongo, tomó el maletín, que no contenía sino la chaqueta robada, y se encaminó hacia su auto.

»Pero no condujo hasta muy lejos. Sólo hasta donde comenzaba la tierra, ahí dejó el auto y se volvió. Se deslizó en el jardín por una de las entradas alejadas de la casa. Por la entrada este, de cara a una de las ventanas, todavía abierta e iluminada. Allí maduró del todo el plan. Esto fue poco después de las 11. Pennington Barclay estaba en la biblioteca, y como Dawlish había supuesto, llevaba la chaqueta chamuscada con pólvora. Cerca de allí en la sala de música, Gilbert y Sullivan interfería elevando sus

sonidos hacia el final como para cubrir cualquier ruido.

»Un Dawlish triunfante se encontraba a unos quince metros de aquella abierta ventana: la distancia necesaria para hacer blanco. Cualquier alerta o llamada atraería hacia ella a Barclay. Como han podido ver, toda persona de pie delante de la ventana en la zona de luz. Dawlish tenía su blanco: la mancha negra en el lado izquierdo de la chaqueta marrón.

»Levantó el revólver e hizo fuego.

»Pero esto no fue todo. El arma debía ser restituida a su lugar, de manera que nadie advirtiera que había sido sacada de allí; debía encontrarse próxima al cuerpo del presunto suicida. De tal manera, el asesino se expuso a un nuevo riesgo. Corrió a través del césped hacia la ventana para arrojar dentro de la habitación el revólver. No era un gran riesgo; la luz de la luna se había velado, corrió con la cabeza gacha, tapándose la cara con el brazo izquierdo.

»¿Pero qué pensó Barclay en ese momento desesperado en que sólo lo salvó de la muerte el que la bala hubiese dado tan abajo?

Algo lo había atraído hacia la ventana. En la oscuridad brilló un fogonazo. Esta vez no se trataba del cartucho vacío que lo había golpeado antes en el mismo lugar. Se había hablado mucho de fantasmas, o por lo menos de un intruso vestido de negro. Fuera, en el jardín, una figura cubierta con un largo impermeable azul oscuro que de lejos le pudo parecer una túnica o lo que fuera, corría hacia él. No podía reconocer a su asaltante, de tal manera que fue necesario un paciente interrogatorio para aclarar qué era lo que había visto. Con esa luz tan pobre, ni siquiera el hongo era reconocible. Solamente pensó que no se trataba de un sombrero, sino de algo diferente.

»¿Comienzan a darse cuenta?

»Barclay estaba aterrorizado, era como si su propia imaginación se hubiese vuelto contra él. Actuó por puro instinto. Apenas atinó a resguardarse de la figura que se adelantaba hacia él; debía poner un escudo entre ambos; debía cerrar la ventana. Trastabillaba, pero consiguió llegar hasta el marco.

»Desde luego que Dawlish no tenía ninguna intención de jugar al fantasma, ni entonces ni en ningún otro momento: era un hombre práctico que solamente quería matar. Y aun así, en el momento decisivo sus nervios casi se quiebran. No quería sino arrojar el arma lejos de él, dentro de la biblioteca. ¡Pero su víctima le cerraba la ventana! Sin cuidarse de las impresiones digitales, que de todos modos no podían grabarse, puesto que él no manipuló sino la manija, Dawlish arrojó el revólver en la habitación, que fue a posarse caprichosamente sobre la alfombra junto a la silla tapizada.

»Campo, figuras, luz de luna, todo giraba ante los ojos de Pennington Barclay. Algo lo tenía *aprisionado*; tal vez fuera el final. Con sus manos desnudas, dejando las impresiones que encontramos, tomó las hojas de la ventana y las cerró. El filo de su mano hizo fuerza sobre el pestillo al cerrarlas. Tratando de mantenerse derecho,

retrocedió desde la ventana, se dio la vuelta, anduvo algunos pasos por la habitación, tambaleó y cayó encima del revólver.

»Allí —dijo el doctor Fell, sorbiendo un gran trago de cerveza y apoyando el jarro de golpe—, allí está el porqué del cuarto cerrado, simple y llano. Tal vez le sugerí a Elliot, que persistía en no ver la evidencia. En un cuarto cerrado, donde al fin y al cabo cada persona había actuado de acuerdo con su carácter. Era Pennington Barclay, que esta vez no había tenido intención alguna de burlarse, quien casi nos despistó al final.

—¿Pero Dawlish? —inquirió Nick—, entre los perros traidores que nunca...

—Su conducta —dijo el doctor Fell—, fue rigurosamente ejemplar. El resto de sus actos puede contarse pronto. Todavía no pudo irse a su casa. Tenía que sacar el montón de papeles que había simulado llevarse cuando lo tiró debajo del canapé del guardarropa. De modo que esperó. En algún momento entre las 11,30 y las 11,45, mientras todos estábamos ocupados, entró subrepticamente por la ventana abierta, en el extremo oeste de la galería. A las 11,45, quince minutos después que Elliot y yo visitamos por primera vez la biblioteca, salió con el montón de papeles debajo de un brazo, sospecho, y su hongo debajo del otro. Phyllis, que lo vio de lejos, confundió su impermeable con una bata y el montón de papeles con un bulto, con el añadido de su elemental fantasía como toque final.

»¿Sabía en ese momento que Barclay no había muerto? Puede ser, pero creo que no. Lo más probable es que no lo supiera hasta que Nick Barclay se lo dijo por teléfono al día siguiente.

»Entretanto, habiendo examinado los papeles ante la insistencia de Estelle, de la que ya tenía alguna sospecha, descubrió el codicilo falsificado y también lo usó a su modo. Para salvaguardar su propia posición, primero la denunció y después le ofreció su protección.

»¡Una fina muestra debemos reconocer que hay que poner en su beneficio! Más que la mera maldiciente sospecha de que no era bastante bueno. Había dicho que no podía recordar la fecha en que el *fantasma* se le apareció por la primera vez a Clovis Barclay, y que sólo la había mirado esa mañana. Sin embargo, el armario donde declaró que guardaba sus diarios (¿recuerdan?), tenía una puerta de cristal con polvo que evidenciaba a las claras que no había sido abierto desde hacía algún tiempo. Recordaba la fecha, la recordaba muy bien, desde siempre, pero como muchos criminales, se esforzaba por contar su cuento demasiado bien.

»Habiendo fallado el crimen una vez, ¿lo ensayaría de nuevo? Era más que seguro que lo haría. Con mucha cautela le conté que Elliot se inclinaba por pensar en un intento de suicidio. De hecho hasta el viernes por la noche Elliot dudaba. En una palabra, hice las veces de tentador.

Dawlish solamente sabía que había un policía apostado cerca de la víctima. Otro pequeño incidente ocurrió antes de que abandonáramos la oficina. Entre otros trofeos de las proezas deportivas del caballero, observé una copa que lo mostraba como

certero tirador de revólver en las pruebas de Bisley. Un poco como distraído, murmuré *Bisley*, pero como ustedes dos entendieron otra cosa, he debido explicárselo ahora.

»Una subsecuente conversación con Elliot y el superintendente Wick, en la noche y más tarde en aquel mediodía, me descubrieron que ambos habían llegado a esta conclusión, con la que yo, en cambio, había tenido la suerte de tropezar. El superintendente Wick estaba absolutamente persuadido de que *Dawlish & Dawlish* había estado en una situación financiera tambaleante durante algún tiempo. Hundido en un abismo de remordimientos, Pennington Barclay completó el cuadro lleno de detalles de su intento de quitarse la vida.

»Otra cosa que necesita ser aclarada. Estelle Barclay abandonó la oficina del abogado convencida de nuevo de que de alguna manera su hermano había conspirado contra ella y salió como un rayo hacia la casa para desatarse con él. Su inclinación al accidente obró sobre ella. Entró corriendo escaleras arriba, equivocó la dirección y se vino abajo de la manera que ya conocen. Por fortuna no se ha hecho ninguna fractura seria, y se recuperará. Pero el 13 de junio, me temo, no ha sido precisamente un cumpleaños feliz.

»¡En fin!

»Dawlish podía o no volver a atentar contra la vida de su víctima. Barclay, sin embargo, insistió del modo que saben para que se lo atrajese con una trampa. Una llamada telefónica atinada y simpáticamente hecha a Dawlish, en nombre de un viejo amigo de la familia. No alcanzo a describirles la belleza de esta última neurosis de Barclay; que se lo trasladara abajo, junto a su amada biblioteca.

»Si Dawlish atentaba de nuevo, ¿qué arma utilizaría? Otro revólver, posiblemente, pero la policía tenía el original, y esta vez era necesario que no quedase duda de que se trataba de un suicidio. Barclay se afeitaba con navaja, y aunque Fortescue había guardado todas: una navaja es algo impersonal, que cualquiera puede adquirir.

»Fue enviado un policía para seguir a Dawlish. No podía haber certeza del ataque porque el versátil caballero había abandonado su casa tarde en su auto. Pero el policía lo siguió. No antes de que pasase por Beaulieu, a menos de quince minutos de distancia de aquí, Elliot tuvo una llamada telefónica diciendo que nuestro hombre probablemente haría una visita. La trampa estaba tendida; un criminal bien conocido entró por la puerta principal y se encaminó directamente hacia el interior de la casa. Aparte de alguna corriente subterránea emocional, creo que nada de esta historia queda por contarse.

El doctor Fell apuró su jarro y se echó hacia atrás.

—Sí —dijo Fay—, es una explicación de los hechos. Pero ¿qué nos deja? ¿Qué nos queda por hacer ahora?

—Lo que nos queda por hacer ahora —dijo casi repitiendo Nick—, es tomar otro trago. Los vasos están vacíos. ¿Qué tomamos, lo mismo?

—Deberíamos tomar lo mismo, pero me toca hacer los brindis. ¡Siéntate, por favor! Por última vez...

Nick estaba de pie con las manos metidas en los bolsillos. Antes de que pudiera discutir, Garret juntó los vasos y los puso en la bandeja, llevándolos hasta el mostrador. Allí, el barman los tomó y desapareció con ellos. Una especie de tensión reprimida se había apoderado de Garret. Al tomar de nuevo la bandeja, echó una ojeada en tomo. Tenía a Nick a un lado y a Fay al otro.

—Mira —dijo Nick en un portentoso cuchicheo—, acerca de esa subterránea corriente emocional que insinuó Solón...

—¿Sí, qué...? —dijo Fay.

—¿Qué? —dijo Garret.

—El viejo Solón no ha sospechado *aquello*, se ha dado cuenta de todo, pero no lo ha dicho porque no tiene nada que ver con el crimen.

—¿Estás seguro de que no tiene? Fay y yo, por ejemplo...

—Si no estoy hablando fuera de turno, Garret, ¿qué acerca de ti y de Fay?

—Y si tampoco yo estoy hablando fuera de turno, ¿qué acerca de ti y de Deidre?

—Mira, muchacho. No me retracto en absoluto sobre lo que pienso o siento respecto de Deidre. Pero...

—Pero ¿qué?

—Fue un hermoso sueño, muchacho; eso es todo, o fue, —o nunca pudo ser. A menos que la policía me necesitase para algo inmediato, me vuelvo a Nueva York dentro de pocos días. Y me voy solo. Si Deidre se viniese conmigo, su conciencia nunca la dejaría en paz. Tampoco estoy seguro de que la mía se sintiera cómoda. Pienso que Deidre en realidad nunca se ha interesado hondamente sino por tío Pen. ¿Qué pienso y siento yo, honesta y sinceramente? Que estos grandes romances de campanas al viento, constituyen la mayor trampa y desilusión del mundo. Por esto deseaba preguntarte algo. He oído alguna conversación en las últimas veinticuatro horas acerca de que te casarías.

—¿Has oído? —preguntó Garret—. Debemos de estar seguros de nuestros actos. Le he pedido a Fay que se case conmigo y le ha parecido bien contestarme que me vaya al diablo.

—¡Oh!, ¿de qué están hablando? —el énfasis de Fay hizo caer un vaso sobre el mostrador; era un vaso vacío, así que no tuvo mayor importancia—. Nunca he dicho tal cosa...

—Muy bien, ¿qué has dicho entonces? Cara o cruz, ¿te casarás conmigo?

—Mire —replicó Nick, dedicando una tenebrosa ojeada a Fay—, piense bien antes de contestarle a éste. Los quiero a los dos, puedo asegurarles que deseo verlos felices. No hay duda de que dos como ustedes pueden pasarlo muy bien juntos todo el tiempo que quieran, mientras no se empeñen en llamar a eso amor. Piensan que están enamorados, pero cásense y verán cómo se hunden. Tengo experiencia; puedo decírselo. Recuerden que estuve casado. ¿Qué oportunidad creen que puede dárseles

en estos días y a esta edad? Ninguna. Escuchen al tío Nick; oigan la voz de la experiencia. ¡No se casen, no sean locos! Piensen que nos les importa probarlo, ¿pero qué esperanza pueden oponer a la sabiduría acumulada de tantos ejemplos que les dice que no lo hagan?

Los ojos azules de Fay se alzaron hacia Garret.

—Bueno, de todos modos —dijo alegre—, vamos a probarlo.

—FIN —



JOHN DICKSON CARR (30 de noviembre de 1906 - 27 de Febrero de 1997) fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Además de firmar mucho de sus libros, también los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y *Sir Henry Merrivale*.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gaxton Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow Man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de *Sir Arthur Conan Doyle* y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.